IMPACIENCIA DEL CORAZON

TAMOSA NOVERA DE STEFAN ZWEIG

Un nuevo "argumento de amor" para sus labios: el tono CYCLAMEN del lápiz labial



Descubra toda su belleza!... Ponga en sus labios ese toque de encanto que sólo el tono CYCLAMEN de lápiz labial INVISOL le brinda!... Contémplese luego en el espejo y verá que INVISOL es realmente un nuevo argumento de amor para sus labios.

Pídalo también en los tonos: FUEGO, TROPICAL, ROSICLER, LIGHT Y CARIOCA

Unica distribuidor:

THE SHEET HERE WELL AND A SHEET HERE AND A SHEET HERE.

JOSE E. ROSETTI

La Rural 187

Buenos Aires

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

ARO XIV- Nº 337 2 de junio de 1946 PARTIES FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 78
TARIFA REDUCIDA
CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 110 T. A. 33 - 0003 BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085



En este número:

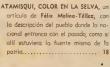
CUANDO EL CIRCO NO VIAJA, be-

lla nota gráfica, con texta de Walter Steward...... 4

ENTRE LIBROS Y AUTORES, todo lo relacionado con la vida intelectual en la Argentina", con entrevistas a cuatro de sus poetas más representativos.



STALIN Y TRUMAN CONTRA PICASO, un artículo de Vicente Sánchez-Ocaña, pleno de interés, de grocia e ironía. 14



ACTUALIDADES GRAFICAS 40

..... 114

ILUSTRARON ESTE NUMERO: ARTECHE - OLIVAS - LISA -RAUL VALENCIA. DIBUJOS E HISTORIETAS DE: VIGNOLO - VALENCIA - VILLA-FAÑE - SEVILLA - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO

En el próximo número:

IUNA GRAN NOVELA ARGENTINA!

La historia dramática y apasionante de la conquista del desierto, la lucha contra el indio y el esfuerzo por transformar el campo yermo en patria ancha y fecunda.

EL ULTIMO PERRO

la gran novela argentina de GUILLERMO HOUSE

narra la historia de la Posta del Lobatón, un alto en la soledad, una raíz de patria en tiempos en que hombres y mujeres valerosos ampliaron nuestras fronteras sin más armas que los propios pechos.

LEOPLAN aparece el 16 del actual.



No todos tienen una mamita acróbata

Cuando el circo

ALGUNA VEZ DETIENESE LA CARAVANA TRASHUMANTE Y SUS MIEMBROS CONSAGRANSE A LA TAREA DE PRE-PARAR SUS PRUEBAS MARAVILLOSAS

Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ECIR gente de circo y decir trotamundos, viene a ser la misma cosa en el sentir general. No obstante, hay una época del año en que el circo se está muy quietecito en su casa. En el país de los dólares, por lo menos, donde este tipo de espectáculos comienza en la primavera, así ocurre. Los circos hacen su invernada en Florida, de clima apacible y benigno en los peores meses del año,

Mas si el espectáculo cesa en lo que respecta a su vinculación con el público, prosigue en lo que atañe a la preparación de la próxima temporada. Es como si gestara y madurara, en ese tiempo, la flor de maravillas que luego, echando a rodar, pasea por todos los caminos.

Los forzudos, trapecistas, equilibristas y demás, no pueden dedicarse al descanso ni al engorde, pues la primavera los sorprendería fuera de estado atlético. ¡Adiós, entonces, sus estupendas pruebas! Por lo tanto, deben seguir su entrenamiento. Otro punto de no menor importancia es la renovacialmente, novedad, deslumbramiento.







Esta es la dura ley: hay que renovarse constantemente. Y nadie la discute ni se queja de ella. El invierno propicio facilità esta renovación. Las más grades celebridades mundiales, que ya han hecho mara-villas, preparan otras. Jamás deben de estar muy vistos, y el mudar las suertes viene a ser algo así como si mudaran de rostro y ropaje, que son los verdaderos nombres de los saltimbanquis.

Renovación

Y hablando de ropajes, otra de las cosas que se renueva es el vestuario. Se diseñan nuevos trajes, sereemplaza lo nuevo por lo viejo y se arregla lo que tiene compostura. Hasta los hombres se componen. En el campamento de Sarasota, en Florida, donde la gente del Ringling Bros, Barnum y Bailey realiza sus invernadas, un miembro de la "troupe" de los Alzanas, que en la temporada anterior sufrió una caída, de re-





Parece arrancado de una novela exótica este domador que usa de pieles

sultas de la cual estuvo internado varios meses en el hospital, se recompuso lentamente, adquirió sus anteriores virtudes y hoy pasea en bicicleta, muy se-guro, sobre el alambre. Le acompañan dos hermosas "girls", algo distantes porque penden de las ruedas.

Variedad

Es extraordinaria la variedad de tipos humanos que componen un circo. Mas no siempre tenemos ocasión de verlos en la pista. Y no los vemos sencillamente porque, aunque sean artistas en su género, su presencia estaría de más. Así el caso de los marineros que manejan, atan y recomponen las sogas de las carpas y las maromas de los equilibristas. ¡Quién iba a decirlo, la marineria al servicio del circo! Bien es cierto que, aun cuando muy terreno, se mueve, viaja y bambolea. Los marineros se hallan en él como a bordo.

Otros artistas que no vemos son los diseñadores de los trajes fantásticos, que hieren nuestra imaginación como un cuento en colores. O el diestro carpintero, experto en circos, que ejecuta la notable plataforma en la que caben Rosie, el elefante, y toda la compañía. A pesar de su solidez, el artefacto debe ser no sólo portátil, sino fácilmente armable y desarmable en pocos minutos. Y, efectivamente, lo es.

Leones, leopardos, panteras negras, chimpancés, domadores, etc. Todos los "artistas" se preparan durante el invierno, humanos, paquidermos o felinos. Los visibles y los no visibles.





Un cuento de

MANUEL PEYROU ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

VARISTO Félix Ducroix, inspector de policía de París, casse naba a las diez de la noche por la calle de Rivoli. Era hombre alto, con cierto blanqueo en las sienes, ojos ne y mentón hendido; un hombre sin edad y sin bigotes: com nación sugestiva y contradictoria, porque en París llevan be-tes casi todos los hombres sin edad.

Caía una lluvia fina, que se había desatado por la tarde, de pués de una mañana radiante. Calculaba que las suelas de zapatos resistieran al agua hasta llegar a su casa, por lo apuraba su marcha. Pero al cruzar el Puente Nuevo vió a que lo paralizó. Sobre la borda de una barcaza amarrada

murallón, se veía un hombre con el cráneo destrozado El inspector Ducroix estuvo por cerrar los ojos, archivar suceso, olvidarse de su profesión y continuar su marcha. Per el sentimiento del deber lo detuvo. Lanzó un largo anatema -muy francés- en el que envolvió a todos los criminales. todos los horarios, a todos los jefes, a todas las circunstancade la vida que le impiden a uno llegar a su casa con los pessos secos. Después, extrajo el silbato y sonó tres veces.

Por la calle mojada apareció un gendarme. Después aparecotro y dos o tres curiosos. Con la ayuda de una soga bajo gendarme Dufresne y volvió con el cuerpo del individuo. E ba muerto, y parecía haber caído, o haber sido arrojado, desde lo alto del murallón.

-Mire usted -gritó uno que se había acercado y miraba el agua con atención -: la canasta del florista del Teatro Miraca Dufresne volvió a bajar y subió una gran canasta que flotaba en el agua.

-Es la canasta del père François, el florista -agregó el dividuo -. Hace un rato lo vi salir del teatro y venir para

Ducroix ordenó a Dufresne que condujera el cuerpo a comisaría del distrito catorce, y tomando la canasta se dirizal teatro. Quedaba apenas a doscientos pasos del río, sobre calle de Bourgogne. La luz endeble de los picos del gas temblaca en sus grandes globos amarillentos, con una vaga periferia sombras. Las letras del nombre chorreaban luz mojada. Vis laba la puerta un individuo de uniforme imponente y llamatros

-¿Conoce usted esta canasta? - interrogó Ducroix. —Sí, señor — dijo el portero —, es la canasta del père Fra-çois. Hace un rato que salió por la puerta de servicio para lado del río. Hace tres días fué tomado para ayudar a la pieza y se le asignó alojamiento en una pieza del fondo.

Entraron por la puerta lateral, traspusieron un corredor. bieron una empinada escalera, que se quejó bajo sus pies. entraron en una pieza llena de fotografías viejas y reco-de periódicos. El hombre del uniforme llamativo estuvo a purto de desmayarse. Sobre el piso estaba el cuerpo de un hombo con la cabeza y los brazos cortados. Era grueso, de una al semejante a la del encontrado en el muelle. El cuello ha sido limpiamente cortado, como por el brazo de un preur Carlomagno. Algunas manchas de sangre partían desde el suelle y llegaban hasta una silla, pero ésta estaba limpia. Ducrozz examinó la pieza: era chica, oscura, con una cama en el opuesto a la puerta. No encontró armas; pero en la cama h impresiones digitales sobre manchas de sangre. Ducroix des una guardia y bajó en busca del propietario. Este era Whetheimer, el judío, dueño de varios cabarets en Montparnasse.

El teatro era pequeño, lujoso, recién construído; su hall central se comunicaba con el bar Lapin d'Or, que pertenecía mismo propietario. Alli iban las coristas, después de la función y obtenían un éxito que dificilmente repetían en el escena Desde el interior del teatro no se podía pasar al bar; era so salir al hall.

Estaban en el segundo acto de una comedia entre vodevi jer. La hermana de su mujer se enamoraba del hijo de su 🔤 mana. El incesto y el adulterio latían en la atmósfera. El transcurría en una lujosa biblioteca con muebles antiguos la pared había una panoplia con dos espadas cruzadas.

Dos personas parecían despreciar este brillante espectâciones Estaban en el bar. El primero era grueso, alto, con gran bar orilla izquierda

te, y tomaba el inevitable Dubonnet: era francés; el segundo te, y tomaba et inevitable butonnet. Eta frances, et segundo era alto, atlético, delgado, con una cara pálida que las negras cejas matizaban sobre la inexpresividad de sus ojos claros; tomaba el inevitable whisky: era inglés.

El caballero francés padecia un tic nervioso: continuamente guiñaba un ojo. Por lo demás, su fisonomia era común, salvo una nariz garrafal, de esas que el destino nos inflige de vez en cuando, en compensación, claro está, de alguna virtud interior que nadie ve.

El bar era moderno, gris, brillante, con sillones de respaldo y brazos metálicos, de los que hacen pensar en el dentista.

El joven se había dedicado a contemplar a su vecino, cuando los batientes de la puerta del hall se abrieron y apareció Du-croix, junto al gerente del Miracle. El joven reconoció al poli-cía, pero el caballero alto no pareció reconocerlo ni preocuparse por él. Siguió paladeando su lento Dubonnet. Al último trago siguió un chasquido de su lengua, como un punto final. Entonces el gerente se adelantó y, con una sonrisa que le dislocó la mandibula, musitó con mucho respeto:

-Conde de Michelet: el inspector Ducroix quiere hablar con

—Pasemos a la Administración — dijo Ducroix.

El conde, algo extrañado, se levanto y lo siguió. Salieron sin reparar en que el joven solitario los seguía. Cruzaron el largo corredor del lado opuesto y entraron en un salón grande, unos metros antes de la escalera que conducia al lugar del

Pero la puerta se volvió a abrir y apareció la cara del joven. -¿Qué desea usted? - interrogó Ducroix, sordamente.

Caballero: me llamo Jorge Vane, y sospecho que se ha descubierto un crimen. Creo que se ha cometido con una espada; habria que encontrarla.

-¿Como sabe usted que se ha cometido un crimen, y justa-mente con una espada? - interrogó Ducroix, sin ninguna ama-

bilidad y mirando al joven con aire de sospecha.

-En el primer acto - contestó el joven, con naturalidad hay dos espadas en el escenario; en el segundo, una de ellas ha

desaparecido; es lógico que haga una deducción.

-Acepto su colaboración, señor Vane - contestó Ducroix con cierta blandura, y lucgo, dirigiéndose al francés; —Conde Alfred de Michelet: usted es una de las pocas personas que entran habitualmente en los camarines, ¿puede usted informarme si entre las diez y las once notó algo extraño?

El conde se quedó hablando con Ducroix, y Vane se dirigió a la pegueña escalera. Subió y entró en la pieza. El hombre asesinado estaba de espaldas y una línea de sangre salia del

cuello y llegaba hasta la silla. Ya hemos dicho que la pieza estaba adornada con cuadros viejos y recortes de diarios. Hasta tres días antes había sido ocupada por la modista, que ahora trabajaba en un salón más amplio, en el piso bajo. Frente a la puerta estaba la cama, y a un costado el retrato de una artista famosa.

Jorge Vane se olvido por un instante del crimen y se detuvo

a mirar los cuadros.

Un rumor de pasos lo volvió a la realidad. Una muchacha delgada, morena, de ojos acerados, se quedó bajo el dintel. Miró con espanto al hombre asesinado; después se llevó las manos a la cabeza y bajó, dejando un reguero de gritos:

Ducroix y el gerente salieron a tiempo para atajarla. Vane también bajó y entró en el salón. La Administración era una

pieza grande, con dos sillones de cuero y una mesa sin papeles. -Lo que más me llama la atención - dijo Ducroix, rascándose la cabeza con aire perplejo — es la ferocidad demostrada por el asesino o los asesinos. ¿Qué necesidad tenían de cortar la cabeza y los brazos? Además, en el cuerpo encontrado en el muelle, la cabeza está destrozada completamente. ¿Qué iba hacer usted a la pieza? — dijo después, volviendo la cabeza

hacia la muchacha. -Iba a buscar flores, simplemente. Como ha terminado el

segundo acto, tenia diez minutos.

-Ya trataremos de aclarar eso después de la función agregó Ducroix -. Por lo pronto, no diga nada de lo que ha

visto. No vale la pena alarmar a los demás, Todo lo averiguado hasta entonces era que el florista François había salido a las diez de la noche con la canasta hacia el rio. El portero lo atestiguó, y los choferes que esperaban en-frente pudieron ver, a pesar de la lluvia, su capa y su sombre-ro. Diez minutos después, Ducroix había encontrado un hom-



bre con el cráneo destrozado cerca de

la canasta del florista.

Instantes después llegaron los datos sobre el hombre encontrado en el rio. Era un tal Pierre Lafrisse, con puesto de verdura en el mercado del Faubourg Saint-Antoine. Se supo algo más. habia escapado tres meses antes con la hija del père François, corista de un teatro de variedades, por lo cual el padre y el raptor se habían amenazado mutuamente. El gerente de un Biard cerca de Saint-Phillippe-du-Roule, ascguró haberlos visto irse a las manos en una ocasión,

Ducroix escuchaba los datos por teléfono, en un angulo de la habitación, mientras Michelet parecia vivamente interesado y Jorge Vane divagaba.

-Lleve ese dinero a la comisaria y busque algún otro dato — agrego Du-croix, en el telefono. Y luego, colgando y dirigiéndose a Vane: -Dicen que han encontrado cuarenta mil francos en el domicilio del père François. He ordenado que vigilen la casa; seguramente antes de darse a la fuga irá a buscar el dinero. Con estos individuos siempre pasa lo mismo: viven miserablemente, y después resulta que esconden una fortuna.

En un sillón de cuero estaba el conde Michelet: fumaba distraídamente y miraba los giros del humo, que despedia entre sus grandes bigotes: Y sus bigotes, donde se enredaba el humo, parecian el pasto cuando se quema. En cierta ocasión, a Vane le pareció que le guiñaba un ojo. La mesa llena de papeles estaba en el centro y tres sillones de cuero azul rodeaban la mesa. La luz entraba por una gran claraboya, y desde el lado contrario a la puerta podía verse el escenario por una pe-

queña mirilla. Ducroix se dirigió a M. de Michelet

con el tono más amable: Sólo nos queda esperar la detención de François - dijo, convencido -Le presento mis excusas por haberlo detenido un instante; pero era necesario asegurarse sobre todas las personas

que entran habitualmente al escenario y a los camarines.

-M. Ducroix - agradeció el conde, efusivamente —. No tiene usted nada de qué disculparse. Voy al bar a terminar mi vaso; estaré ahí a sus órde-nes. — Y salió con aire aplomado y gesto solemne; pero al pasar frente a Vane, éste vio que le guiñaba un ojo.

-El conde pasaba una mensualidad a la hija de François - agregó Ducroix -; pero esto no tiene importancia. Creo que no sabe nada del asunto. Sin embargo, Vane insistió en obte-

ner datos sobre M. de Michelet. Ducroix lo conocía muy bien. Era originario de Tours y llegó a París, a estudiar, a los quince años. A los veinte se enamoró de la hija de su profesor, con una pasion devastadora. La familia lo mando llamar. Como no podía olvidarla, volvió y se casó con ella. Como ni aun así pudo olvidarla, y era muy celoso, la vida se les hizo insoportable. Después de un divorcio accidentado. partió hacia América. Diez años des-pués volvió, "avec l'argent gagné dans les prairies liriques' -: Es muy gastador?

-Gasta una fortuna en mujeres repuso Ducroix -.. Como es muy vanidoso, cuando alguna mujer cae bajo el radio de acción de su guiñada, nunca confiesa que es un gesto involuntario. y le compra flores y la convida. Esas guiñadas le están costando una fortuna - termino, humoristicamente: pero en seguida se quedò serio, porque el crimen lo preocupaba ahora intensamente, aguzando su vanidad de detective. Faltaba una hora aun para que terminara la comedia. Vane se levanto y arrojó sú cigarrillo.

-Voy a dar una vuelta - dijo a Ducroix -. Volveré para la salida del teatro, porque me esperan. Para entonces ya tendrá usted noticias . , o las ten-



Se puso el impermeable, encendio nuevo cigarrillo, y salio. La calle esba desierta. El viento arreciaba, de mdo que la lluvia parecía ahora volar vez de caer. Camino hasta el Sona y detuvo un rato contemplando las ces de la orilla derecha.

Hacia quince años que visitaba ris, regularmente. Y debemos supo - y éste era el caso - que cuando ujoven que practica el monólogo interillega a París, le hace con el objeto de

que se convierta en diálogo. Aquella tarde habia estado en la barrios nuevos, en el Champ de Madespués de almorzar en Marguery, pe enesima vez había entrado en el Lovre. Y el recuerdo de su paseo de la tarde le trajo la imagen de la Venus examinada por el largamente en cada viaje a Paris. Recordo haber leido La Sculpture Classique - la revisttan habilmente dirigida por Elisabeta Bourgeois - un apasionado estudio a Münsterberg y Nahlowsky acerca cómo debieron ser los brazos de la tatua famosa. Estos autores arrojaban - o pretendian arrojar - nueva sobre el problema: reconstruían un Venus con el brazo izquierdo levanta do y una antorcha simbólica en la mi no correspondiente. La tesis dejaba en el misterio la actitud del brazo dero cho y contrariaba, por supuesto, la vi clasica de Renaudel - apoyada por na die menos que Ratzenhofer —, que pr-sumía una Venus juntando los brazu en actitud de acercar un invisibil amante a su pecho de piedra. Natura mente, la tesis más audaz era americana: Cornelius Smith, de la Univer sidad de John Hopkins, fué expulsad de ésta por sostener que la Venus nunca tuvo brazos.

De pronto Vane, sobresaltado, m r el reloi; eran las once y media. Se htar camino volvio por la Avenue di L'Alma. El malhumor del tiempo pa saba; la lluvia disininnia. Una mucha cha tan fina que podía pasar entre legotas de la lluvia caminaba adelatitu La alcanzó y apuro el paso. Y no mirsiquiera a la Venus nocturna, perque el recuerdo de la otra, la del Louvis le había inspirado una idea sobre crimen. Llegó cuando la gente salla Hendió los compactos grupos y se rigió a alguien que lo esperaba, on una cita para una hora mas tarde fué en busca de Ducroix. .

-Hemos detenido a la hija - dille éste cuando lo vió llegar —; iba a pieza del père François con el fin retirar los cuarenta mil francos, s ramente.

Después le presentó a M. Courve sier, jefe de policia de Paris, que h bia llegado con su estado mayor M Courvoisier era el tipico jefe de policia francés, es decir, que no parecia jefe de policía, sino auxiliar de minte terio, o segundo jefe de la Direcc de Puentes Colgantes, o subenearga de despacho de la Prosecretaria de No gocios Coloniales o tercor ayudante de subjefe de la Inspección de Mansard

Llevaron a la muchacha que er lirroja, baja, con las mentlas humiliay los ojos enrojecidos, hasta el lusas del crimen.

Examinó quidadosamente el cucino lo reconoció. Agrego que jam. bia visto a su padre con tal por

Lloriqueó un instante y, después, confesó que su padre le había telefoneado una hora antes, odenándole que recogiera los cuarenta mil francos y los guardara hasta nueva orden

Ducroix, que se acordó de pronto que la hija de François habia sido amante del conde, lo mandó buscar. El agente volvió diciendo que no estaba. Ducroix se enfureció.

-El conde debe saber quién mató al desconocido - mugió,

- contestó Vane, con aire distraído - que -Suponga usted el crimen fué cometido por dos personas. El conde, con su fuerza hercúlea, decapitó al desconocido. Luego el pere François se llevó la cabeza y los brazos.

-¿Esa es una hipótesis? - preguntó Ducroix.

Si, pero no es verdadera; porque queda sin explicar el corte de los brazos. Además, no aclara el primer asesinato, ni los mo-

tivos que hubiera tenido el conde.

—Tiene usted razón; yo creo que la única hipótesis verdadera es ésta: el pere François asesino al desconocido; después salió, como lo atestiguan cuatro personas, llevando la cabeza y los brazos, y los arrojó al agua. Posiblemente Lafrisse lo sorprepdió en estos menesteres y se trabó en lucha con él; el père François, más fuerte, lo arrojó desde el murallón. Además, Marguerite ha confesado que su padre le en-

cargó que recogiera el dinero. -¿Le comunicaron a Marguerite que Lafrisse fué encontrado muerto? - inte-

rrogó Vane, como al pasar. -No, por supuesto -contesto Ducroix.

-¿Tiene el pere François un dedo menos o un tatuaje en un brazo?

-No sé.

¿Qué triunfa en caso de duda: el amor filial o el conyugal? - interrogó Vane de nuevo al asombrado Ducroix.

No me haga preguntas ajenas al caso, Mr. Vane; no sé cuál amor triunfaría, ni tengo tiempo para pensarlo.

-Por eso no descubre el crimen - ter-

minó Vane, con una sonrisa.

-¿Qué pretende usted insinuar? Basta que encontremos al florista asesino...

-No hay florista asesino.

-¿Y los dos crimenes, y el florista que sale con la canasta, y la confesión de la muchacha?

-No hav dos crimenes; no hay florista que sale con la canasta, aunque alguien sale con la canasta del florista; no hay verdadera confesión de la muchacha.

El jefe de policía se acercó; todos ro-dearon a Vane, y, por detrás de Courvoisier, apareció la plácida figura del conde

de Michelet.

El asesino tenía un problema: la identificación del asesinado hubiera producido su inmediata identificación, debido a ciertas circunstancias que los ligaban. Resolvió el asunto con la decapitación, y lo perfeccionó con el corte de los brazos. Esos brazos cortados, al parecer inútilmente, me hicieron pensar que la victima tenia algún defecto identificable. Esa simetría de brazos cortados, pues, que significa una gran imperfección, sirve para ocultar una imperfección menor que hubiera hecho descubrir el crimen.

"Después se puso la capa del père Fran-çois y el sombrero. Colocó la cabeza, los brazos y la espada en la canasta y salió. Como llovia, al portero y a los choferes que esperaban les bastó reconocer la capa y el sombrero y pensaron que era el flo-rista. Con ese sistema, el criminal conseguia que se persiguiera por asesino al propio asesinado."

—¿El père François? — gritó Ducroix, con asombro —. Si es así, ¿por qué Marguerite no reconoció el cuerpo de su padre? ¿Por qué dijo que le había hablado para que fuera a buscar el dinero?

-Por eso le pregunté a usted si estaba de parte del amor filial o del conyugal.

Marguerite pensó en seguida que Lafrisse
lo había asesinado. Si reconocía el cuerpo de su padre, encerraban a su amante; prefirio plegarse a la maniobra de Lafrisse, porque no sabía el desenlace final, en que su amante resul-tó muerto. Y el desenlace fué que Lafrisse se dirigió al río, arrojó la cabeza, los brazos y la espada; después, sin querer, tiró también la canasta; pero como ésta empezó a flotar, se propuso recuperarla. En estos tramites perdió pie y se mató.

—Su novela es buena. Veremos si resulta confirmada — dijo

Ducroix. Y ordenó que rastrearan el río.

Habria pasado una hora, durante la cual Vane fumó cigarrillo tras cigarrillo y miró la hora con una regularidad matemática, cuando llegaron los gendarmes con una canasta. Traian una cabeza de hombre y dos brazos. Dufrasne blandía una enorme espada, la misma sustraída de la panoplia del escenario. Colocaron la cabeza y los brazos en el cuerpo, y el resultado fué François. De la mano izquierda faltaba el dedo anular. Courvoisier miró

el rompecabezas resuelto y ordenó que trajeran a Marguerite. El portero y dos o tres más reconocieron al asesinado; cuando

llegó Marguerite, también lo reconoció

Ante la evidencia, M. Courvoisier abrazó a Vane, le besó primero una mejilla, después otra, y con grandes palabras le co-munico que pondria el hecho en conocimiento de las autoridades; pensaba, sin duda, en la roseta de la Legión de Honor o en las Palmas Académicas. *





PROYECTOS PARA EL AÑO 50

En un breve paréntesis a las múltiples ocupaciones que llenan sus días, conversamos de poetas y de poesía con Castiñeira de Dios, el ioven autor de "Del impetu dichoso". A poco, la charla recae sobre el tema de su propio tema.

-Nunce he escrito un solo verso sin sentirlo hondamente -nos dice-. Pero mi vida burguesa, de hombre



normal, comodo, no esta llena de sobresaltos liricos ni de relâmpagos de euforia. He querido plantarme bien en este mundo, y creo, en contracanto con los representantes más característicos del gremio, que en esa tentativa... de humanización, diría, reside buena parte de la felicidad. Y buena parte de la creación. Si el canto del poeta trasciende, cuando el hombre vulgar, en la acepción justa de la palabra, lo siente como suyo, como salido de su misma bora, el poeta debe tender a humanizarse día a día, a luchar, sin descanso ni pausa, contra ese gran tentador de los especuladores inteligentes: el literato. No he querido ni quiero ser literato. Escribo cuando las cosas me llaman, cuando insisten en su llamado. Poeta es sinónimo de creador, pero al poeta no le queda el poder de recrear las cosas, de mostrarlas ante los ojos ciegos de las gentes. Y ese oficio tremendo, ese oficio de propagandista de la Hermosura, es muy peligroso como para desempeñarlo vanamente. Por eso, por eso nada más, escribo poco, y de a poco, si así puede decirse.

-Tengo muy embarullados mis días. Estu-diante, librero, imprentero, editor, periodista, empleado público y finalmente bancario, al mismo tiempo que verseador, político, conver-sador y otras flaquezas por el estilo, me he gastado muchas horas porque si no más. En algunas de ellas he escrito los poemas que formarán un próximo libro a editarse allá por 1950, después de las numerosas guerras que se anuncian, y si sobrevivo. El libro se llamará "Del nemoroso", y en él han de incluirse los cantos "A los campos del sur", cuyos sonetos publicaré en breve, no sé donde.

NOTICIAS BREVES

- Casi medio siglo después de muerto, Zola sigue alborotando y provocando las reacciones de la censura. En Francia ha sido prohibida la exhibición de la pelicula "Naná", basada en su famosa obra del mismo nombre, a menos que los productores de la misma no acepten algunos cortes.

Varios críticos extranjeros se han referido recientemente con elogiosos términos a Manuel Gálvez, nuestro conocido novelista, y su obra. El escritor francés Louis Parrot ha dicho, por ejemplo, que Gálvez "está considerado en América del Sur como el escritor en prosa más importante de hoy" y que, "ante los novelistas más jóvenes, representa un papel análogo al de Theodore Dreiser frente a los novelistas norteamericanos de hoy".

- "Lázaro rió", drama de Eu-gene O'Neill, que ha vuelto a representarse en el teatro de la Universidad de Fordham, Estados Unidos, necesita la intervención de 249 actores

Durante su breve y reciente estada en Buenos Aires abordamos en breve reportaje a Alfonso Sola González, el poeta de "Elegías de San Miguel"

-¿Qué opina de su generación, Sola González? -Certificar devociones

amistosas sería no responder al problema literario que se me plantea; hablar de constantes estéticas que

conformen orgánicamente -y que por lo tanto permitan decir algo orgánico-, a ese grupo de "menores" de treinta años que en 1940 asumió responsabilidad poética sin programa alguno y sin inventar herencias y firmar los debídos pagarés a largo plazo, es perder el tiempo. Por lo tanto, y contrariando las condescendencias de todo reportaje, considero saludable esperar que los jóvenes citaristas de "Canto", entre los que me incluyo; los memorables adolescentes de "Verde Memoria" y los apocalípticos trovadores de "Cosmorama". peinen las venerandas canas académicas, para hablar mal de ellos sin que se ofendan. Restando el abundante tanto por ciento de exageración que hay en lo anteriormente dicho, valga la respuesta y perdonado sea.

-¿Cuáles son sus proyectos literarios, en qué trabaja ahora?

-Por razones vocacionales y de profesión -luego de una vigorosa y noble bohemia catartica- estoy cabalmente entregado a la investigación literaria. La literatura argentina de la colonia ocupa ahora todo mi interés. Trabajo en una edición crítica de "La Argentina" de don Martín del Barco Centenera, y ordeno, en la cátedra libre Luis de Tejeda, de la Universidad Nacional de Cuyo, un vastísimo plan de labor que dará óptimos resultados, según espero. Tengo abundante obra inédita, pero la creación pura no me inquieta actualmente. Hay años en que uno no tiene ganas de escribir poemas, como hay países en que apenas se sienten deseos de leerlos. A pesar de los dominicales y módicos servicios líricos.

y la construcción de ocho grandes decorados. En este drama. escrito en 1926, y representado por primera vez por la com-pañía teatral de Pasadena, California, en 1928, O'Neill explica "lo que le sucedió a Lázaro cuando resucitó". - "Unicornio" lleva por título la breve y perfecta revista de

poesía que Marcos Fingerit, el conocido poeta, ha empezado a editar en La Plata, y que aparece con poemas de Rilke. Elena Duncan, Marcos Fingerit, Martín A. Boneo, Esther de Caceres, Julio J. Casal, Mario Benedetti, Arsene Yergath. André Silvaire y una glosa de Claude Ducellier.

- Otra revista de poesía aparecida recientemente es "Caballo de Fuego", dirigida por el poeta chileno Antonio de Un-durraga, quien agrupa en el número tres poemas de diversos

valores de la lírica continental.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

"LAS ORBITAS VACIAS", novela de RODOLFO FALCONI. 152 pégs. Ed. El Ateneo. Bs. As.

"EL NUEVO LEVIATAN", novelo de MARIO MIGUEZ. 140 págs. Ed. Contrapunto, Bs. As.
"NOCIONES DE ORGANIZACION DEL COMERCIO Y LA EMPRESA",

por CELSO RODRIGUEZ LAGARES, 342 págs. Ed. Ciorcia y Ro-"LOS ARBOLES INDIGENAS CULTIVADOS EN LA UNIVERSIDAD DE TUCUMAN", por TEODORO MEYER, 38 págs, Ed. Universidad

de Tucumán. "NUEVA ATLANTIDA", revista del Instituto de Humanidades. 236

páginas. Nº 2. Rosario.



ESTE ES ... el purgante-depura-

tivo de eficacia conocida desde hace más de un siglo.

Ahora es la mejor época del año para depurar su organismo, librándolo de las impurezas que constituyen un constante peligro para la salud.

LEOP1. AN : 13

EN SUS 3 FORMAS: JARABE . POLVO . SELLO:



Stalin y Euman Vicente Sánchez-Ocaña

Bohemia

hombre del Norre! – le gr Van Dongen a Picaso.

Era en los tiempos de su loca ventud, cuando vivían en el Bar Lavoir, caserón de Montmartre llamado de esa manera por antifrasis bablemente, puès nada más difícil lavarse en un edificio donde diez = quilinos no contaban sino con fuente.

El holandés Van Dongen sólo desesba enfadar un poco a su amigo el malagueño Picaso; pero no lo solia co-seguir: al español le constaba que, cida o no en el Norte, la Pintura via muy 2 gusto en el Sur, con ti como su paisano Velázquez o su pa sano Goya. Abrazarse a ella es lo que hacía falta para retenerla, en Amberes. en Sevilla o en Montmartre.

El se le había entregado con pasito Pintar era su único ejercicio y su único pensamiento. Pintar diez horas. quince horas seguidas, con calor con frio, alimentado o hambriento. hasta sin luz; hasta sin pinturas... día que su último tubo de blanco etaba exhausto y él no tenía dinero para comprar otro, ha pintado un ra mo de flores sin una sola pincelada de blanco. De modo que a veces no se sabe si su menosprecio por el color es un concepto estético o una reacción defensiva frente a los vendedores

de pinturas que no le fían. Le faltan cosas menos desdeñables que los colores. No tiene qué comer Algunas tardes almuerza porque al levantarse, hacia mediodía, encuentra



Este dibujo de Pisaso dió origen o sa brosa onécdota. Enviado a un psiquilatra, rol como si se debiera a un loco, me reció que el especiolisto juzgoro ol outor como "demente paranolco, pero caya inteligencio racional podio ser re-

contra Ticaso

la puerta de su departamento una lata de sardinas y un pan que ha dejado alli la mano fraternal de otro artista español, vecino del Bateau-Lavoir: el madrileño Paco Durrio.

En ocasiones, quien le sutre de viverse es su perra Frika, que aparece con una ristra de morcillas o un pollo, robados en los establecimientos de la vecindad: según las malas lenguas, Picaso y su compañera, Fernanda, la tenian adiestrada para essa expediciones.

"Un gran artista"

En suma, el pintor malagueño soporcó muchos años de humiliante cola ances de acceder a la fama. Y una fortuna de quince o veinte millones de pesex, la majexad de jefe de escuela y
los nimos de tres generaciones de
mobs no le han reconciliado con la
sociedad tradicional. Por eso despuéde la liberación de Paris — el día 14
de noviembre de 1944, exactamente —
ingresaba en el Comunismo.

El decano del partido francés, M. Cachin, le acogió con la pompa debida a catecúmeno tan vistoso:

"Un gran artista — escribía — es siempre un gran hombre v su pasión por la justicia le ha guiado a nuestro partido, que se siente muy orgulloso de su rasgo".

Estos y muchos más piropos se publicaban en "L'Humanite", con un

rirulo a cinco columnas, Poco después, como algunos cuadros

Poco después, como aigunos cuartos de Picaso, exhibidos por primera vez en el Salón de Otoño, fueran censurados, la crítica comunista corrió a su defensa, denunciando a las personas desafectas al cubismo como fascistas, agentes de los Trusts, provocadores de guerra, viboras lúbricas, hitlerotroskystas, y espias de Wall Sireet.

Donde Thorex se queda solo

El cenit de su ascensión política lo alcanzó Picaso al encomendarle el partido comunista francés el retrato de Mauricio Thorez.

Mauricio Thorez no es, por supuesto, ni un necio ni un filisteo asustadizo. Pero había visto cuadros del Papa cubista y no ignoraba a qué azares se expone un objeto sometido en su estudio a la "visión simultánea" v a la "representación integral". Así, en su primera sesión de pose, comenzó, prudentemente, a indicarle al camara-da Picaso cuán desconcertante resultaría para los militantes de la base contemplar al secretario general del partido transmutado en un romboedro, tuerto y con tres orejas. Aunque la dialéctica pictórica materialista impusiese tal avatar, no convendria mo-derarlo, ocasionalmente, por conveniencia táctica? Sobre muchos camaradas pesaban todavía, en Arre, prejuicios pequeñoburgueses.

-¡Hum! - gruñó Picaso. Movió la cabeza, gruñó de nuevo y salió de la habitación.





Una visita

Cuento, por Jorge Calvetti

ESPECIAL PARA "LEOPLAN" . ILUSTRACIÓN DE A. LISA

E alejé del pueblo cuando perdí a mi madre; por eso este retorno tiene para mí tanta importancia emocional. Ahora, de regreso, siento como si después de muchos años, mi espíritu hubiera vuelto a su cuerpo abandonado.

Este es mi hogar, el único en el mundo, y mi verdadera estatura de hombre sobre la tierra se yergue aquí, en la quebrada de Humahuaca, en esta casa de vetustos paredones de adobe, con su jardín de ro-

sales añosos y filamos cimbreantes. Aqui experimenté esa triste y a veces hermosa sensación de ver en las caras — que el recuerdo conserva inmutables — el trabajo del tiempo, artista que se plagia con frecuencia, pero también autor de obras sin olvido, Preguntando por mis viejos compañeros de aventuras, supe que muchos se habían ido "para abajo", para ese sur siniestro que nos afucina y absorbe, y que otros habían muerto.

Lo que más me impresionó fué conocer el fin de Sixto Yurquina, ¡Pobre amigo! Me acuerdo de sus lujos de criollo viejo. Usaba unas botas coloradas y un poncho

granate con banda blanca...
Voy a contarles lo que pasó con Sixto...

y su muerte.
Ustedes saben que la madera de los cactos, llamados en el norte "cardones", es
porosa y pesadísima, como toda planta del
desierto que guarda su provisión de agua
para las grandes temporadas de "seca"

que debe fatalmente vivir. Este arbusto llega a medir hasta diez metros de altura y alcanza, estando verde, a pesar casi media tonelada.

Quiso la suerte que Sixto, por ganar unos pocos pesos, tratara de hachar un cardón enorme y que la mole verde y espinosa le cayera encima, acribillándolo y marcando prematuramente en sus carnes los rumbos de la muerte, como para aliviar de estuerzos a las postereas y seguras "dagas subterráneas". ...
Una fantasía de los Inmortales —diría

Una fantasía de los Inmortales — diría Pindaro — que nosotros, los hombres, no podemos inventar...

Sixto, que supo ser domador de afición y oficio, tuvo que dedicarse a esa labor porque una creciente de la quebrada había atrasado sus potreros y sepultado sus quintas. Pudo salvar el rancho por ventura de Dios, pero ya no tenía edad ni fuerzas para volver a empezar,

No quise hablar más del asunto y evité continuar con el tema. Me furé que no dejaría de visitar a sus familiares. Sixto había sido siempre bueno conmigo y nunca es tarde para ayudar — aunque sea con palabras — al prójimo.

Quiza porque el rancho queda retirado del pueblo, fui demorando la visita; por eso, un día en que vaya a saber qué fuerza o qué añoranzas me llevaban sin rumbo por el campo, y me vi de golpe cerca de la casa, decidi acercarme y cumplir.

Era de veras como para llorar. Si hubiese sido porque ubiqué el lugar reconocí de inmediato el rancho, no lo biera creído. Me acuerdo de que la última vez que estuve en esa casa fué para un carnavales guitarreados y bravios veintinueve o el treinta... Acostumbra mos atar los caballos en las raíces de molle enorme que se alzaba en el calle frente a la entrada de la propiedad; des pués sabíamos atravesar la quinta - al así como cien metros - por un sendero dominado, ya borrado por la vegetación Y ahora, donde hubo tanto verde, se abraamplia, hinchada, pedregosa, la playa la quebrada. Sólo la resignación casi malesca de estos hombres puede soportar tales tragedias.

Gracias a Dios, pense, queda el molle el rancho està bien cuidado; ¡pobre familia, de qué estará viviendo ahora!

Mi caballo parecía sentir la desoladel lugar tanto o más que yo. Se esputaba con frecuencia y se arqueaba en la didas súbitas y violentas. A fuerza de lero llegué hasta el molle. Lo até a una las raíces pensando en lo lindo que biera sido acertar con la misma despusde tantos años, y no había caminado tres metros cuando oí bufar a mi animme di vuelta, pero ya escapaba al galte-Me acuerdo de que me dió tanta rabía a le tiré una piedra y lo insulté de lo do... Será que ya me he olvidado de los

nudos fiadores...

Qué iba a hacer estando alli; me acerqué y estuve un rato golpeando las manos. No me atendió nadie, pero no me extrañé; por algo he nacido aquí y conozco las costumbres. Entré no más y enderecé para la cocina. Como lo esperaba, allí vi a Micaela, la mujer de Sixto. Estaba enteca la pobre. Una pañoleta negra le cubria la cabeza. Vestía las ropas de luto que siempre supo usar, y tenía los mismos parches y papeles pegados a las sienes. Era igualita a su recuerdo. Habló como si me hubiese estado esperando; recordamos largamente los años idos, las últimas cosechas de fruta, el oscuro que yo le había comprado a Sixto y la mula mora que no me quiso vender... "¿Se acuerda, don Jorge, de esa mula mora de puro paso que tanto le gustaba a usted?" Cómo no había de recordarla! "Recuerdo hasta que le ofreci cuatrocientos pesos... Era un lindo animal". "Aqui la tengo", me dijo, señalando por la ventana de la cocina el otro patio. Me asomé y la reconoci en seguida. Era un animal de excepción. De buena alzada, tronco fino, bien conservada por bien cuidada.

Cuando, después de mirar esa mula de color crepuscular, ese patio donde temblaban las luces últimas del sol, reflejadas por el cielo blanquecino, volvi los ojos a Micaela, me pareció que la mujer emergia de la niebla, se formaba, se "definia" entre la niebla y la pared. Todo esplendia con un halo verdoso... Me apreté las sienes y alejé esa impresión con esfuerzo, como quien se defiende de un vahido.

Entonces elogié el estado de la mulita y felicité a Micaela. Ella sonrió apenas. "Es mi compañera —dijo—; siempre estamos juntas". "Claro —contesté—; es quiza, con el rancho, lo único que le queda; cuidela siempre asi, está bien, muy bien".

Después de un rato me despedi, contento. Había sido interesante la visita. Cuando sali, no sé por qué pensé que cualquier día le iba a pasar algo a esa casa. En la primera creciente de la quebrada se va al diablo, me dije, ya tiene

hasta el cauce hecho.

Sali otra vez al camino y estaba pensando en los años que tendria la mulita—no menos de veinte o más tal vez—cuando vi a los peones de mi casa haciéndome señas con los brazos. Yo siempre pienso lo peor, lo reconozco y aunque me han criticado mucho esa costumbre, me apuré con us peo de miedo y sin saber que desgracia podía haber ocurrido. Sin embargo me tranquilicé pronto pensando que los hombres, al ver llegar solo a mi caballo, se habrian imaginado un accidente...

Cuando llegué junto a ellos, los pobres estaban temblando. "¿Qué les pasa? — comenté — ¿Qué ha ocurrido?" "¿De dónde viene, patrón?", me dijo uno. "De lo désixto, ¿por qué?" "Pero, patrón, cómo anda por aquí, ¿no sabe que todo este lugar está "embrujao"?"

Me hizo sonreir..., y decidi darle una lección: "No hombre, y déjese de cuentos le dije—. Estuve en el rancho, conversé con la Micaela, la mujer de Sixto, y aqui

Me escuchaban con inquietud azorada y creciente; cuando terminé se persignaron.

"Cómo —tartamudeó uno —, si la Micaela ha muerto hace más de dos años, patrón". Lo mire con incredulidad. "Si, patrón, yo ful al velorio. Al Sixto, cada vez que se pasaba en la bebida se le ponia en la cabeza que su mujer lo engañaba, y entonces le pegaba una paliza y después la acollaraba con una mula mora y la largaba al ciénago. En una de esas noches la hallaron muerta. Palabra, patrón, que todos han muerto."

Me pusieron nervioso la sinceridad y el temor del hombre, y — como tantas otras veces — terminé por indignarme. "No sean supersticiosos y crédulos", les dije fuerte. "Lo que pasa es que ustedes creen todo lo que les dicen. Una buena tropa de tontos, cso es lo que son. "gaollarada a la

mula mora!, vengan conmigo ahora mismo y verán a la Micaela, y si se me ocurre, le compro la mula..., siempre quise tenerla y todavía está linda..., venga y la verán. Ahí está en el palenque del patio, vengan, acompăñenme".

"¿La mula? — me respondió el hombre—, pero si se la llevó el rio cuando la creciente grande... ¿En el palenque ha dicho? Pero mire bien, patrón — me gritaban los dos—, imire! —y señalaban al rancho—, ¿oué ha visto usted, si no hay ni techo, y las paredes no alcanzan ni a un metro?..."

Me di vuelta. . ¡Para que lo habre hecho!... Mis ojos recorrieron la playa hinchada y pedregosa, el árido descampado y... ¡ningún signo de vida! *



Altamisgui,

TAMISQUI fué siempre una esperanza a orillas de un río viajero que se sabía poeta y buscaba entre las raices de seculares quebrachos el cauce definitivo que aguantara sus ansias.

Río viajero, poeta inquieto con alma de pájaro, quería llenar con su canción de agua los huecos de la tierra santiagueña. Por eso corría desesperadamente de un lado a otro para fertilizar paisajes desola-

dos y crear la cortina de un sueño verde. Quería ser una caricia redonda, una madeja de rosa de cariño para el paisaje duro, porque había visto que la luna era tan redonda y blanda como la angustia inexplicable de una novia; pero, a veces, hay cariños que matan, ansias que destruyen, porque la pasión es la incontrolada postura que adopta el sentimiento. Y el cariño de ese río poeta fué crimi-

nal a fuer de abrazar apasionadamente,

El viejo pueblo está de fiesta

Esta mañana hemos llegado a Atamisqui después de un viaje alternado en ferrocarril y en automóvil. Un sol vivo, santiagueño, bajo un cielo esplendoroso de azul, nos anticipa la belleza de un dia de invierno en la vieja villa que fuera posta colonial en el largo trànsito del río de la Plata a la altiplanicie del Perú. Posada de virreyes y viajeros de la España metropolitana y orgullo de los primeros pobladores de la provincia de Tucumán, muestra su larga ranchada de adobes que aguanta la techumbre de tierra. Grandes aleros brindan la cordialidad de una sombra criolla ganada después de un largo viaje; sus calles están silenciosas, apagadas de murmullos, y tan sólo se oye el piar de polluclos que desaprensivamente siguen a la gallina madre, o el balido de los chivos que escapan de los corrales cercados de jarillas.

Pero hemos avanzado hacia la plaza, donde una muchedumbre extraordinaria se mueve de un lado a otro, junto a la policromia de cientos de prendas tejidas en los telares primitivos. Es día de fiesta, fiesta de los telares, del tejido, de las luces, de los colores que se alinean en símbolos y flores bajó largos cobertizos de sunchos, mientras manos morenas de grandes y de chicos hilan sin descanso madejas de blancas lanas que cantan su nobleza en virgenes vellones.

La canción de los colores

Hay en la plaza profusión de telares primitivos que trabajan al ritmo de un esfuerzo sin estímulo. Las mujeres trenzan en la urdimbre de hilos tirantes la madeja retorcida en los ovillos y construyen poemas luminosos sobre colchas, pellones, sobrecamas, fajas, alforjas, ca ronillas, ponchos, bolsos y manteos. Sinfonia de colores en la turbia calma de un ambiente terroso, cuyo fondo es el bosque santiagueño, donde los pájaros pasean por las ramas de algarrobos y quebrachos y se recrean con las rojizas flores de los quiscaloros y cactos de todas clases.

A esta fiesta del tejido acuden viajeros de todos los puntos cardinales y se emocionan al ver las caras morenas de grandes y de chicos que, imperturbables, se



mente amada, a la que quiso fecundar con sus ansias y con el florecimiento del espíritu.

Dicen que, doncella al fin, amante tierna, se refugió con los recuerdos de mejores días en el bosque donde había quebrachos y algarrobos, tuscas y vinales. porque quería regustar en silencio el sal-do dulce de un amor fracasado. La dejaron sola por muchos años, para que así pudiera redimirse de sus pecados en un silencio pecador que tenía más emociones que la plenitud de una realidad idilica. siguió siendo la madre de un fruto optimo, de una tradición venerable construída con amor, con dolor y tristeza; siguió siendo voz dulce, lejana, que viene del fondo mismo del tiempo; hija de la tierra y del río poeta; hija de una dulzura universal que se viste de gala en un día cualquiera para recibir a todos los soñadores de la tierra.

¡Atamisqui!.



ALFOMBRAS DIVERSAS Y, ENTRE ELLAS, LAS FAMOSAS DE "PELO CORTADO"

colores en la selva

Por Félix Molina-Téllez

ocupan de realizar una labor primorosa. artistica, en la que ponen todo el sentimiento contenido en el mutismo de largos soliloquios espirituales, al volcarlos en los preciosos dibujos de ingenuo simbolismo.

Aquello se nos antoja un jardin de flores que quieren vivir muertas, porque la ficción se ha superado en un afán religioso de creación plástica.

Canción, vino y cerveza

Y no es solamente el grito de los eolores lo que nos subyuga. Es la canción
triste del criollo que estimula la ronda
de los vasos repletos de cerveza; es la
bulla de los baratijeros que turban con
voces gringas la pas serenisima del pueblo atamisqueño; es la palabra cortante
del comisario pueblerino que aprovecha
la oportunidad de ostentar su principio
de autoritaria función ante la mansa actitud del criollaje; es la chillona vestidura de la matrona ciudadana que extiende la petulancia de un boato extraordinario sobre la modesta y limpia pobreza del chinaje; es el continuo reclamo
de jugador de profesión que promete ga-



nancias fabulosas al incauto, y es el senorío del criollo afincado que a pura fuerza de ser noble conoce el significado de una hospitalidad ofrecida sin reserva de ninguna especie.

Una leyenda sugestiva

En este lugar, impregnado de tipida ori ginalidad, nuestros ojos se fijan en una (CONTINUA EN LA PAGINA 114)



LA ANCIANA TEJEDORA, DE ROSTRO INEXPRESIVO Y HABILES MANOS

MECANICA DENTAL

LE ENSERAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS YNOCTURNAS Todo persono torde a temptono necesitará colocor dientes artificiales, que los mecánicos poro dentistos ejecuton poro los profesionales. H A Y GRAN DEMANDA.



GRÂN DEMANDA,
No hoce folto experiencio mecónica previo, JARRASE
CAMINO EN LA VIDA! GRATIS, — Pido Inmediotomente el interesonte folleto expiicativo, mejor pote
o conversor personalmente, — Escribonos hoy mismo,

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires 2021 - RIVADAVIA - 2021

NC SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Localidod L 337

BANDERAS ARGENTINAS

Av. DE MAYO 959 - Bs. As.



DE PURA LANA

DE PURA LANA
1.50 × 0.80. \$ 14.90
2.00 × 0.90. . 20.—
2.50 × 1.35. 32.—
3.00 × 1.50. 36.—
Nos especializamos en banderas reglamentarias

para escuelas, confeccionadas en gro.
SOLICITE CATALOGO

CASA PER

T.A. 31-9434 31-9452



Los ojos en la ventana

Un cuento de HORACIO SCHIAVO

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

asordinando el viento amainaba, asordinando el largo genido del pinar, el antiguo reloj de pie ahondaba el silencio del salón con su ritmo grave. Afuera, la nuche había descendido sobre el parque; se había filitado a través de la fronda y, resbalando por los troncos añosos, habíase expandido finalmente por los senderos hímedos y solitarios. Pero volvia el viento a su carga, y la sombra se poblaba de rumores, de quejas de árbolos estrujados, haciendo así más neto el contraste con la apacibilidad interior del recinto amplio, tibio, envuelto en suave penumbra dorada, bien provisto de libros ordenados en sobrias bibliotecas que ranizaban las paredes.

Un nurmullo llegó hasta la sala; al parecer, dos mujeres hablaban en voz baja cerca de

Eduardo levantó la vista del libro en que estrudiaba, y consultando la hora se puso de pie, dispuesto a averiguar el origen de esa conversación nocturna; pero algo le distrajo al incorporarse: el examen de sus flamantes pantalones largos. Dió algunos pasos por la habitación, orgullos y complacido, y olvidando el motivo que le hiciera incorporar, volvió a sentarse cónodamente en su sillón para darse a divagaciunes nuevas, brotadas de un nuevo y reciente

Llegaron otra vez voces veladas; luego, un rumor de pasos cortos y apresurados. El viento aulló con furia entre los pinos, y grandes gotas contenzaron a redoblar contra los cristales.

Observó Eduardo las ventanas, para cerciorarse de que todas estaban bien cerradas y, al hacerlo, detúvose su mirar, súbitamente azorado, en una de ellas, amplía y baja, que daba al parque, a la noche: dos ojos le miraban desde allí.

Inmóvil, deseando un grito que no podía articular, mantuvo su mirada en la otra, en

la de aquellos ojos desconocidos que brillaban iluminados por la luz del interior, pero en torno a los cuales nada más se podri distinguir, ni facción ni rasgo alguno que permietera identificar a la persona o al ser que allí se encontraba. Ojos en la noche. Ojos de la noche. Ojos surgidos de la sombra o de la tempestad, fijos, vivos, inquisidores, sin parpadeos... Una impresión de terror comenzó a invadirle... Pero menudeó la lluvia y los extraños ojos se apagaron, o se diluyeron en ella, volviendo a ser la ventana tan sólo un rectángulo sombrio.

Cuando pudo incorporarse, dirigióse a las habitaciones de su padre; pero, antes de franquear su puerta, se detuvo, meditando sobre el efecto que en aquél produciría su relato; recordó prestamente el carácter agrio v enérgico de su padre y, decaído, volvió sobre sus pasos, como si hubiera oido, en verdad, una carcajada irónica, por toda respuesta a tan extraña confesión. De retorno, atravesó la bihlioteca con los ojos bajos, apresurando su andar. Se metió en su habitación, corrió las cortinas que daban al parque y comenzó a desvestirse con lentitud, reflexionando, no ya en lo que terminaba de ver, sino en la conducta que siempre había observado su padre para con él... Ya en el lecho, muchas cosas se agolparon en su cerebro; aquellos ojos, su padre, su infancia, su soledad. Al siguiente día, se lo propuso, le contaría todo a miss Harriet, la buena y fiel ava de su niñez. Tal vez ella... E iluminóse su vigilia con viejas estampas en cuyo centro se hallaba siempre miss Harriet, su grande afecto, lo más parecido a una madre para él.

2 2 2

Era muy pequeño entonces. La noche era tempestuosa y negra. Hacía ya mucho tiempo de todo esto... El escenario era otro hallaba en la casa de campo de su padre jugaba en un desván atiborrado de esos obstos en desuso que nunca se termina de arriar, acaso por la párina de recuertos que recubre. Allí también había una ventana daba a un parque, o a la noche, y por primera aparecieron los ojos vigilantes, readores. Se echó a llorar y — lo recordabamis Harriet acudió presurosa. "No, no... labáia parecido, per no existian... O si no...'All. 'Sil Ella erq quien había mirado por ventanal" Eduardo sabía que aquellos no erales jos de mis; Harriet pero olvidó.

Otra vez, contaba ya once años, los me habían aparecido en el gran ventanal del como dor. Estaba cenando con su padre, solos, cum siempre, y el mucamo terminaba de alejarse. Il pronto, en un ángulo inferior del ventanal, bian aparecido los ojos; luego, una mano fina, muy pálida, se había posado sobre el tal, a la altura que vendría a corresponder boca de la misteriosa persona; por dos sees las vemas de esos dedos habían tocado con vidad, como obedeciendo a un mandato rior que indicara llamar; pero el silencio había sido quebrado. Inconscientemente se bia puesto de pie para ir a refugiarse en padre; pero éste, que seguramente había to también, arrojando la servilleta, y aparrasdo al niño de si, había salido del comedor la puerta que daba al parque, a la noche. Harriet había entrado por otra puerta, razdamente, para hacerse cargo de ét su rostra apenado, denotaba que algo iba a ocurrir, grande su desasosiego. Más cariñosa que ca, hablándole de muchas cosas a la vez, había conducido a su dormitorio... ' era nada... A él le había parecido.. " Pllegaba hasta ellos el rumor de una disc Su padre estaba muy enfadado. Alguien

raba. "¡Harriet! ¡Harriet! ¡Alguien llora! ¡Por favor! ¿Quién llora, Harriet?" Pero no llegando la respuesta, él también se había echado a llorar amargamente, convulsivamente... Y sin saber por qué.

2 2 2

Habían transcurrido ya muchos días desde la última aparición de los ojos en la ventana; como en veces precedentes, la imagen de aquéllos habíase esfumado en el cerebro de Eduardo. Hasta pensó en un defecto probable de sus ojos, debilitados por la lectura.

Una mañana, más temprano que de costumbre, el mucamo llamó a su habitación: le comunicó que su padre deseaba hablarle, y que le aguardaba en su escritorio. Se vistió con mucha inquietud y salió con premura; pero al hacerlo, tropezó en el pasillo con el mucamo, quien a causa del encontronazo dejó caer algo que llevaba: ropas de hombre. Un traje negro. Extrahado, se detuvo; preguntó...

—Si, señor. Un traje nuevo. Es para usred. De pie junto a su mesa de trabajo, el padre aguardaba. Su corbata de luto polarizó la atención de Eduardo; luego, tambien sus ojos griess le sorprendieron: habían perdido su expresión habitual, imperativa, tras una suave niebla de cansancio, o de dolor. Pero el tono de su voz era el de siempre: seco, cortante. Y Eduardo lo supo todo muy brevennete: su madre había fallecido, lejos, en otro país. Debía él vestir un traje negro ese mismo día. Se lo entregaría miss Harriet. Cuando fuera mavorcito, sabría más.

Se retiró sin lágrimas, pero con sed de llan-

to; con el ansia, imposible ya de satisfacer, de conocer el rostro de su madre para llorarla en el recuerdo. V mist Harrier, como siempre, reunióse prestamente a él. ¡Ah! ¡Ella la habia conocido! ¡La labía querido mucho! Comenzó a describirsela, y lo hacía muy bien; no obstante, algo faltaba.

-Harrier, ¿Cómo eran los ojos de mi ma-

Y Harrier calló. No. No tenía valor. El silencio se fué agrandando, se fué agravando... Y de pronto fué roto por un grito ahogado, por un grito de niño hecho hombre de repente. ¡Había comprendido al fin!

Y aquellos ojos fijos, anhelantes, ansiosos, que —para verle crecer — tenían que mirar furtivamente desde la sombra en noches de borrasca, no volvieron jamás a aparecer. «



José Ingenieros, el

SU EXTRAORDINARIA
VITALIDAD LE PERMITIA
DESARROLLAR UNA LABOR
INGENTE Y TRASNOCHAR
CON ALEGRES
COMPAÑEROS

QUE un artista sea bohemio no tiene nada de particular; más aun: dijérase que es cosa que está en su naturaleza. Pero que lo sea un hombre dedicado a estudios metódicos y Tegraves especulaciones

filosóficas, que lo sea un pensador sixemático, cambia por completo el aspecto de la questo de Rubén Darío, príncipe de la bohemia literaria, refiriéndose al autor de Sociologia Argentina: "Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que vo, fuimos desde un principio excelentes amigos; algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alergar el tiempo. Era de los que trasnochaban comigo hasta clarear el alba... y, sin embargo, tenia horas para consagrarse al estudio, y como él lo bace, a conciencia".

Una segunda naturoleza

Más joven, sí. Cuando Rubén Darío llega a Buenos Aires, en 1893, José Ingenieros tiene 16 años. Ha terminado el bachillerato, ha sido líder de una huelga estudiantil, ha fundado un periódico —también estudiantil— titulado *La Reforma* y acaba de entrar en la Universidad.



CHARLES DE SOUSSENS, EL POETA SUIZO.

donde cursará simultáneamente dos carreras. Por añadidura, ese mismo año está marcado para él con un episodio revolucionario: interviene en el assito a la Municipalidad de Barracas al Sur, hoy Avellaneda, y en la escaranuza magnificada con el nombre de "combate de Ringulet".

Antes de acercarse a los ceráculos literarios frecuenta las reuniosces obreras. Ilos a reuniosces obreras. Ilos caracteristas de la compación del parte de la undación del parte del parte del comité como del parte del comité central. All traba co-nocimiento con Roberto I. Pavvó y con Leon I. Pavvó y con Leon de la cerca del comité central. All traba co-nocimiento con Roberto I. Pavvó y con Leon de la cerca del comité central. All traba co-nocimiento y con Roberto I. Pavvó y con Leon de la cerca del central con la cerca del central con la central con la central central con la central central con la central central central con la central cen

to J. Payró y con Leopoldo Lugones. Con este último funda La Montaña, aquel "periódico socialista revolucionario" que dejó larga memoria de su terrible viru-

lencia, pese a su corta vida.

En cambio, otra de sus fundaciones de aquel tiempo, que corresponde a él por entero. La Syringa, había de lograr una existencia más prolongada. No se trataba en este caso de ningún periódico ni cosa semejante. La Syringa era una creación de su espíritu, que era el espíritu de la alegría. Una asociación sin finalidades políticas ni literarias, sin reglamento y aun sin sede social. Si acaso con una bandera: la risa.

Y él es quien lleva esa bandera, quien irrumpe con ella en las ocasiones más solemnes. La risa —la burla— es en él como una segunda naturaleza; una segunda naturaleza que completa la primera... o que la traiciona.



88



CURIOSA FOTOGRAFIA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

sociologo bohemio

Como cuando se presentó en la comissimoración socialista del 1º de mayo de 18/0 con levita y somberco de copa. .. Humorada de Svringo, que le valió ser suspendido por nueve messe en sus derechos de afiliado. En realidad, él mismo parceía anunciar, con aquel rasgo, su próximo aparraniento de sus actividades de militante del partido, practicadas hasta entonces tan ardorosamente.

La obsesión literaria

Su aventura de La Montaña, en compañía de Leopoldo Lugones, lo vincula al ambiente literario. No es un hecho casual el que lo veamos en aquella ocasión del brazo de un poeta. En algún momento escribiria: "Ha sido señal de ceguera psiquica la unilateralidad con que hasta la fecha se ha desarrollado la intelectualidad americana. Una verdadera obsevión literaria ha absorbido todas las energías de la juventud v, con raras excepciones, el trabajo de investigación y reflexión sobre las causas, la esencia y las resultantes de los fenómenos de la vida social ha sido rehuído, como si se temiera el cansancio, o la impotencia, al abordar temas de verdadera importancia y utilidad social." Sin embargo, pese a su vocación científica, el también pagó su tributo a esa "obsesión", puesta de manífiesto

en buena parte de su obra y reconocida por el mismo cuando dice: "no fui indiferente a las letras".

Será en el ambiente literario donde mejor arraigará La Syringa. Su carácter travieso va muy bien al espíritu iconoclasta y renovador de aquella hora artistica. Y, sobre todo, al espíritu bohemio que preside la vida literaria. Siendo lo más extraordinario que la flor de aquel espíritu, flor de bohemia, sea tan amorosamente cultivada por quien cultiva a la vez tan amorosamente la flor del estudio. Porque Ingenieros, que asiste todas las noches a las tertulias de escritores y poetas, no deja de asistir durante el día a ninguna de las clases de la Facultad; esto, mientras no se doctora, que luego tampoco dejará de concurrir puntualmente a los cargos que desempeña, como tampoco dejará de atender ningún día su consultorio.

Tal vez por contraste, sus más grandes amigos en el mundo de las letras eran los bohemios más impenitentes. Sabida es la cariñosa protección que dispensaba a Charles de Soussens que vestía siempre de chaqué porque siempre vestá trajes de Ingenieros. A este propósito ha que-



LEOPLAN - 23

EL POETA ESPAROL FRANCISCO VILLAESPESA



EN LA QUE APARECE JOSE INGENIEROS.



ANGULOS Y ENFOQUES

En los estudios EFA entinúa activamente el redaje de "Romance sin palabras", cuya acción se ubra en los elegantes ambientes de um moderno y suntuos hotel. Son los principales intérpretes de esta novedad: Miguel Faust Rocha, Florindo Ferrario, Elina Colomer, Carmen Valdés, Alejandro Maximino, Darlo Garray y José Comellas, quienes actuarán bajo la dirección de Torres Ríos.



"Viudos al revés" se denominará "Cita de estrellos". Esta producción, una de las primeras de la muera división del sello Emeloo, será dirigida por Carlos Schlieper, y contará con el concurso de Maria Duval y Juan Carlos Thorry. Se trata de una comedia original de Verbisky y Villalba Welsh. Estr Land es el productor delegado.



Sabina Olmas, José Olarra, Sara Guasch, Leticio Scury, Flarindo Ferrario y Guillermo Bataglio secundan a Huga del Carril en "Ramance del 900", que dirigirá el astro confor paro la San Miguel,

María Duval, Jorge Rigand y Juanita Sujo ahimarán un film de corte policial, de los que hasta ahora ha carecido nuestro cine, por lo menos en producciones de categoría. Lie-vará por título "El caso de la mujer asesinada". Es del sello San Miguel y será dirigido por Boris Hardy,





ES probable que Arturo de Córdova anime, en Lumiton, un film sobre argumento de Enrique Santos Discépolo, Ya se han hecho las primeras gestiones y el astro ha declarado que le agrada el papel que se le brinda.



"LA CALLE GRITA"

He adul a Enrique Muiño enfrentando la graciosa se energicio Castell. La escena corresponde o la profesi personale de Altrissa Argentinos Ascocidos de Petrologo de Altrissa Argentinos Ascocidos de Esperio, en esta en en esta en es

ARGUMENTO HISTORICO

En los estudios Emelco, el director. Carlos Borcosque ha comenado ya a trabajar
en las últimas tomas de "El tambor de Tacuari". Se trata de las históricas escenas del
25 de Mayo de 1819. "El tambor de Tacuari", episodo de la epopeya de Mayo, será
una pelicula de la que podrán estar orguliosos los argentinos y una párina de historia
vuelta a la vida por obra y arte del cine,
según alirman ainecramente quienes intervienen en as rodale. Juan Carlos Barbieri,
nez, Leticia Scury, Ricardo Canales, Mando
Diax, Héctor Rodríguez y Julian Bourges
forman la plana mayor del numeroso y homogéneo elenco que interpreta este film con
argumento original de Hugo Mac Dougali.



DE UN NOMBRE

Curiose es la historia de cómo Virginia Meya es laigiá to lo mobre para actuar en Viellywood. Per virginia Jones, desembra es uprimer popel per virginia Jones, desembra es uprimer popel virginia de diamente), de Billy Rosse, periodicio de la compositio de la co





Ofrecida por DEVON"La Colonia del Señor"

GUIA CAPRICHOSA

VIDA LITERARIA

LEOPOLDO LUGONES Y UNOS ALE-JANDRINOS

REO haber dicho que me veia muy poco con Lugones. Quiero decir en su despacho, en su rin-

cón de páginas sonoras. Pero yo sabía que él contaba con mi cariño y mi admiración. En conferencias, exposiciones, redacciones y hasta en las plataformas de los tranvías, de vez en cuando. Y al azar de las calles. Una de estas veces, al azar de las calles, lo fué por la cuadrícula del centro que, ahora, a la distancia, se torna en madeja inextricable. En esa ocasión caminamos juntos unas cuadras, hablando animadamente. De libro en libro, de poema en poema, acabé por confesarle. que lo que más me gustaba en él, ya en un sentido restringido, eran sus alejandrinos. Me parece que



esa medida se ceñía a su fortaleza, a su ímpetu, a su aliento. Sonrió al sesgo V me contestó como no dan do importancia ni a mi elogio ni a su forja:

-Pues l€ prepararemos unos...

La ciudad se colmó de bondad y de poderío. Pocas palabras, pero, ¿no es una obligación rememorar todas las suyas, una devoción? Creo que sí. Por eso las recuerdo y las entrego. Nos hace falta la roca entera, la espuma ferviente, y el musgo que la suaviza por aqui y por allá:

-Pues le prepararemos

Guardamos silencio unos instantes v siempre me quedó la duda de si él crevó que yo creía que los tales alejandrinos podrían ser para mí. Yo no vi, en todo caso, sino otros versos de Lugones en la columna de un diario arrebatados en seguida por los vientos y las aguas de la

Luego nos despedimos y si alguna vez volvimos a encontrarnos nada le dije Una mano de piedra, que sólo se levanta de vez en cuando, pesa sobre el ar-cón de los recuerdos. Sin embargo, a menudo me vuelve la frase:

-Pues le prepararemos

Y con ella su figura. Y aun la mía. Su figura y el halo que la rodea.

TINO

Fué en uno de esos gran des cafés que hacen esquina entre dos avenidas. Espeios por todas partes. Mesas de billar con sus tres



DE BUENOS AIRES



lámparas, tres bailarinas. sobre la pradera del paño. Y vino el lustrador y con un ademán me ofreció sus servicios. Como se aproximaba con una cara resuelta y alegre, le dejé hacer aunque a mí esta labor me produce siempre remordimientos. Era grisáceo, anguloso. La gorra ladeada tenía un galón dorado con el nombre del establecimiento. Los cepillos eran un vértigo, los trapos encerados restallaban con júbilo. Yo estaba mirando la plaza vecina, olvidado de todo. De pronto sentí un golpecito en el pie, despertándome, sin duda, diciéndome que ya no estaba prisionero. Y se me ocurrió la idea absurda de que abría la trampa, de que lo dejaba en libertad, como si fuera un pájaro. Y desde entonces estoy con la comparación en la cabeza, de si vale, de si es grotesca o no le o no vale, de si es grotesca o no es grotesca. Pero yo levanté mi pie con curva y vnelo, pese a la doble suela y al taco de goma. Y así lo dejo. Y lo consigno por 'si a alguno le ha ocurrido lo mismo. Lo que me * tranquilizaría.

OTRO

Venía delante de mí ya calmado el chaparrón que había inundado la ciudad. No quería apresurarme, dejarlo atrás. Los extremos de una bufanda mal arrollada le desbordaban y volaban por uno y otro lado. El sombrero, negro y blando, caido sobre lo que de jaba ver el carnoso y rojizo pestorejo. Luego la espalda cuadrada, con masas musculares espesas, ondulantes, bajo el saco un poco estirado. Las piernas eran cortas, uniformes, cilíndricas. En la mano izquierda llevaba un paquetito blanco que bailoteaba. Iba contento, en paz, entre la frescura que emanaba de al gunos jardines y los arro yuelos que se destrenza ban pegados al cordón de la acera. Nadie desdeño tanto un paraguas como él después de la lluvia. No se cómo lo llevaba, apenas sujeto con un dedo, sobre la cadera, oblicuo, flojo, mojado. Yo caminaba distraido, pero no dejaba por eso de ver que el paraguas dibujaba el palo de una K. Ese definitivo palo de una K que, al escribir, deja uno caer hasta donde quiere. "





Na basta ser trabajador para ganas grandes sueldos! Para lograrlo, hay que tener conocimientos especializados que valoricen sus estuerzos. Gracias al modernisimo sistema de enseñanza por correa de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA. sistema de ensenanza por correa ue la UNIVERSIDAD FUFULAR SUDAMERICANA, sisted puede adquirir fon volisoso conocimientos, que significarios hienestor y progesso, estudiando, en horos libres y en su propia cosa, con gastos realmente lairme; Decidase pues? Saque provecho de su natural inteligencia y estudie! Mandenos hoy mismo el cupón y recchirá GRATIS el interesante libra "HACIA ADELANTE", que le explicara como usted podra aumentor sus ganoneros

NOMINA DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

CURSOS COMERCIALES Teneduria de libros Asesor Mercantil Técnico Mercantil Emplesdo Bancario Empleada de Comercia

Taquiganta
Taqui Mecanografo
Jefr di Ofnino
Antinetico Comercial
Redaction y Ortografia
Escritura Comercial y
Colografia

Administrador de Hoteles Bolanceador y Martillero Argumentos de Cine

CURSOS INDUSTRIALES

Tecnico en Pinturas y Barances Tecnico en Pinturas y Barances Tecnico en Acertes y Grasas Tecnico en Jabones , Perfumes Técnico en Jabones Tecnico en Hilados Tecnico en Tejidos

Tecnico en Tejidos de Panto Tecnico en Tejidos Especiales Tecnico Metalurgico ESCUELA DE DIBUJO Dibujo Artistico y Arte Decoro-

CURSOS PARA EL HOGAR Corte y Confección Labores) Arte Decorativa

Agronomia Administrador de Estancia Proyectista de Moebles

ESCUELA DE AGRICULTURA Mecanico Agricolo Tecnico Tambero Avicultura Jardinessa v Arbaricultura

Motores a Explosión Motores Diesel

Motores Diesel Mecánico de Automóviles

ESCUELA POLITECNICA

Floritationara Bahanadas

Radio Television

Telegratia Radiotelegratia

Construccion

SUCURSALES: En COLOMBIA - Edificio Mortinez, Ol. 11 - MEDELLIN. En URUGUAY - Serondi 481 Ol. 1 - MONTEVIDEO.

PROV

	NIVERSIDAD POPULAR
ı	SUDAMERICANA

Sr	Ing		Margulian. RIVADAVIA			dad	Popular	Sudameria	cana"
Ren	nitom		RATIS y sin cor			libra	"HACI	A ADELA	NTE"
	ОМВ	RE.	-				- FOAT	0	

DIRECCION LOCALIDAD

MANDELO

HOY

HISMO



ZAMORA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

EL HEXAGONO DE NUESTRO

El triángulo mayor

ESDE los programas de Literatura, a los medallones o remates de telón en la embocadura de los teatros, nos acostumbraron a la admiración de seis nombres, cuya gloria se ha mantenido durante tres siglos: Pedro Calderón de la Barca, Félix Lope de Vega, Gabriel Téllez o Tirso de Molina, Agustin Moreto, Juan Ruiz de Alarcón y Francisco de Rojas, Para fijar así el número de nuestros grandes clásicos teatrales ha pesado, quizás en lo subconsciente, un inadvertido influjo matemático. La cifra tiene en lo aritmético el privile-

gio de ser la primera que admite divisibilidad múltiple, a la vez por par y por impar. El contorno geométrico correspondente goza desde remota antigüedad, en su forma perfeccionada de hexasono regular, el privilegio de ser considerado como expresión poligonal la más bella y simétrica de armonia, y lo es indudablemente: por la igualdad del lado con el radio del circulo en que aguél se inserble; por la consiguiente división en seis triàngulos iguales y equilàteros; por

la subdivisión de los seis en doce rombos a su vez iguales; y por la formación con la mitad inferior de los interiores de otro hexágono, semejante al primero, que es su cuádruplo, y susceptible a su vez de análogas e indefinidas desomposiciones. Sin desconcer el influjo indirecto de esa preocupación numérica, pesó pará detenerse en los seis grandes autores una consideración de orden ya puramente literario, a la cual haré alusión final.

En todo caso debe quedar aclarado que el hexágono, aun admitido sin reproche de arbitrarias e injustas exclusiones, no fué de ningún modo regular, por haber sido notoriamente desiguales los seis ángulos, o sea la capacidad creadora de los autores, y los seis lados, cuva extensión se mide por la magnitud de las respectivas obras por aquéllos producidas. Por el contrario destácanse claramente dos triángulos diferentes entre si, y ninguno de los dos equilátero por la misma razón antes indicada. El triángulo mayor está formado por los tres autores de mayor o más excelsa magnitud: Calderón, Lope y Tirso. Si aquilatamos más en la ordenación jerárquica de las tallas los alinearemos por el orden mismo en que acaban de ser enumerados. La perplejidad más fundada la experimentamos al comparar a Calderón con Lepe; pero después de vacilaciones, originadas por el reconocimiento de distintas primacias en cada uno, el juicio definitivo concuerda con la impresión primera. Calderón fué la cumbre de perfecciones, tras la cual, por ser ya imposible nueva ascensión, era inevitable la decadencia. Ante su maestria sentimos admiración, y en cambio más bien asombro ante la fecundidad pasmosa, y pudiéramos decir por inconcebible monstruosa, del genio productor de Lope. Hay frases que condensan y reflejan el acierto del asense general; y así como llaman a la comedia francesa la "Carde Molière", ha llamado la gente, y no la inculta, "Casa Calderón", al teatro españo lo antiguo Corral de la Pacheca No podemos substraernos en las comparaciones, aun referidas a genios, a la pauta de los concursos u oposiciones con ejercicios sobre el mismo tema, y en tal sentido no cube olvidar el contraste más directo y claro acerca de "El alcalde Calamea", oscurrecido en la ingente producción de Lope, que sube a la cima de nuestro arte dramático llevado alipor Calderón.

En cuanto a Tirso ha alcanzado desde el siglo XIX reparaciones, a las que era acrecdor, fuera de España principalmente en Alemania, y dentro de mi patria en estudios notables, como el de Menêndez Pidal, quien le dedicó, a propósito de "El condenado por desconfiado", su discurso de ingreso en la Academia Española, o como la insigne escritora doña Blanca de los Rios de Lampérez, cuya labor de investigación y entica ha sido meritisima. Pero por muy realzada que deba quedar, la figura de fray Gabriel Téllez, no se iguala con las otras dos, ni basta a suplir el fallo de la evidencia la conjetura de que Tirso hubiera podido igualarse con el tiempo, si su orden de la Merced no lo hubiera atajado, por iedemás tras largo plazo de prueba, alarmada o escandalizada al cabo por las desvergiuenza del immortal fraile, cuyo terto suele ser tan verde como un sembrado en primavera, salvo



CALDERON DE LA BARCA, INSIGNE DRAMATURGO ESPAROL

TEATRO CLASICO

excepciones cual "La prudencia en la mujer" y algunas otras. Debe añadirse a favor de Tirso, en la revisión justiciera de su obra y méritos, que dentro del gran público, y de la fama ruidosa que este concede, vino a perjudicar a aquél la poesia inspirada, algo más que versificación sonora, del Tenorio, haciendo olvidar a casi todo el mundo quién fué el precursor de Molière, de Byron, y más todavía de Zorilla en el estudio psicológico y teatral de don Juan. Con todo ello el triángulo mayor se nos presenta en el orden antes dicho.

El triángulo menor; lugar dentro del mismo para la representación criolla.

Dentro del otro triángulo menor la primacía debe otorgarse, en justicia, a Moreto, por la altura de su vuelo poético, la extensión y refinamiento de su saber, y la categoria de sus pensamientos, apreciados no como impresionantes sutilezas, y si medidos desde la elevación a la profundidad. El sexto o último lugar, todavía tan alto y tan honroso, le corresponde a Rojas, sin que sea apreciable en su favor con iguales fundamentos la probabilidad más o menos remota, alegada en favor de Tirso, de que hubiera podido ganar de haber continuado su producción. Queda en el quin-

to lugar Ruiz de Alarcón, y debemos aplicarle la expresión proverbial de que "no hay quinto malo", sobre todo cuando todos los demás son excelentes, insignes, inmortales, no ya buenos.

Si dentro de nuestro teatro clásico, en lo que este tiene de típicamente hispano, corresponde a Ruiz de Alarcón ese lugar, en la literatura universal ha sido quizás el que más ha influído a través de Pierre Corneille, quien pesó a su vez sobre Molière, y los dos, y con ellos por tanto el primero el nuestro, para la creación y predominio de la moderna comedia de costumbres y caracteres, observados con atención y reflejados con fidelidad. Le ha sucedido con ello a Ruiz de Alarcón algo parecido a lo que pasó con otro triángulo ingente, y



AGUSTIN MOFETO



LOPE DE VEGA



JUAN RUIZ DE ALARCON

tampoco equilátero: el de la tragedia griega. En este otro, y despojada su acerba crítica de la apasionada ceguera del odio, tenía razón Aristófanes, cuando sostenía en "Las ranas" que el trono del teatro griego era de Esquilo, y si éste se ausentaba debía ocuparlo Sófocles; pero siendo eso verdad en lo propiamente helénico, de tan inmensa valia, en lo universal y humano, que es lo permanente, ha influido mucho más Euripides, a través primero de Séneca en Roma y, muchos siglos más tarde, de Racine en Francia.

Al formular esa apreciación mantengo en América la misma opinión que expuse en España - aunque entonces no tuviera que entrar en comparaciones detalladas - cuando hice v publiqué el último estudio anterior a la guerra civil, referente al insigne autor formado en este Nuevo Mundo. Algún día habré de insistir sobre el tema. Por hoy baste decir que, siendo lo más probable que Ruiz de Alarcón naciera de familia castellana en Méjico, es indudable que alli se formó su espiritu, reflejando éste en su obra rasgos esenciales de criollo. Tal vez sea el más hondo, a pesar de ser el más disimulado, la defensa de la inmigración extranjera en América, programa atre-

vido entonces, sobre todo para un secretario, relator y escribano, del Supremo Consejo de Indias, encargado de aplicar la ley de Felipe II, prohibitiva de tal inmigración. El autor criollo, impresionado por la inmensidad de este continente americano y su escasa población, acudió al rodeo de poner lo que él deseaba para estas tierras en labios de Licurgo, como protagonista de "El dueño de las estrellas", y con destino a Creta. Otros muchos atisbos o pensamientos reflejados en sus obras responden a la formación criolla de aquel espíritu, que honra a la vez a España y a América, mostrando antes de transcurrir un siglo desde la conquista, cuán fertil era la tierra en que tan pronto



TRASTORNOS CIRCULATORIOS

VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459

"JUVENIL"

- Cons. de 16 a 20 horas

EN ELLA UN CRECIMIENTO

En cambio si Ud. nota que

camina agobiado, consulte

de inmediata con su mê-

dico y si le indica el uso de

una espaldera, recuerde el

Disponemos de todos los talles

v medidas.

Antigua CASA PORTA

SARMIENTO 1185 - BUENOS AIRES

T. A. 35 - 6190



HISPARGENT, S. R. L. (CAP. \$ 80.000.00) D'ONOFRIO 130 - CIUDADELA, F. C. O.

arraigaba la semilla, y cuál era la fecundidad de ésta para producir semejante fruto.

Los excluídos del hexágono

Tal vez la justicia hubiera aconsejado no dejar distanciados por aparente abismo, ni oscurrecidos por el silencio, a algunos otros autores. Los eruditos han procurado salvar el nombre de Mira de Amescua, y el gran público ha mantenido, tras la prueba secular del tiempo, la fama de Vélez de Guevara, autor de la mejor tragedia española "Reinar después de morir", y la de Guillén de Castro, cuya obra original fué aprovechada y a la vez eclipsada para la notoriedad mundial por "Le Cid" del gran Corneille.

Sin duda para no haber continuado el escalafón de dramaturgos y comediógrafos del teatro clásico, pesó una consideración tardiamente reparadora de las injusticias que en vida sufrió Cervantes. Era imposible darle primacía dentro del teatro, y no se quiso, como si éste fuese un escalafón, colocar más autores delante de él. Tributo póstumo, retardado y sin



TIRSO DE MOLINA

motivo, porque la gloria de Cervantes está en otra dirección, y en ella es única. Fué el autor de obras maestras, no superior en ellas a los demás del Siglo o Epoca de Oro, y quizá no igual a otros varios; pero fué al cabo el autor de una obra sin par, verdaderamente sobrenatural. Ese es su elogio. acerca del cual no recuerdo nada tan impresionante como la anécdota, que lei en Francia como referencia incidental al tratar de Flaubert. Contaban que el gran estilista francés. autor famoso de "Madame Boyary" y de "Salambó", la obra que con tanta razón admiraba D'Annunzio, sin desvanecerse por los elogios de su tertulia de amigos, dijo, señalando al "Quijote", que después de escrito ese libro no cabía ya en el mundo escribir nada que pudiere comparársele. Esa expresión de justicia admirativa, tributada por un francés, y de la talla de Flaubert, es la merecida por Cervantes, sin preocuparnos de que éste en el teatro, que fué, juntamente con la milicia, ilusión atrayente de su vida, no llegara a la cumbre, alcanzada en la vejez como final del último camino por él recorrido, que fué el de la novela. *



DIMENSION

Por VIGNOLO



-¡No me vo a negar que es exactamente mi doble!





—A mi Nicasio no le hablen de conducir el coche durante el invierno.



—¿Te acuerdas qué friolento era yo cuando chico?



—Siempre sucede lo mismo cuando canta la "Voz cálida de Buenos Aires".







UN APRENDIZ DE ...

tarde no sentí ni frío ni calor. Nada. Dueño de esa envidiable temperatura me decidí entonces a leer de nuevo aquellos renglones. Lo hice más despacio. Primero normalmente, de arriba hacia abajo. Después, en sentido contrario, de abajo hacia arriba. Más tarde, de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda. Era lo mismo. Decían lo siguiente: "Todo está pre-NTE todo, debo declarar que soy parado... He resuelto asesinar a mi un hombre ordenado, minuciomarido... Lo sabrás tú solamente.. so. Tengo cuarenta años, me Puedo anticiparte con exactitud la feafeito tres veces por semana y perte-

nezco a esa legión rara de hombres que aun usan paraguas... Comprendo que es lamentable ser así, pero no puedo remediarlo. Ahora bien, mi situación es todavía más triste porque soy casado y mi esposa - ¡ay! - carece en absoluto de esas condiciones. Con lo cual, lector, creo dejar perfectamente establecido que Susana. "ella", es el desorden personificado, el desorden vestido con polleras .: . largas. Bien. Aclarado este punto, pasemos ahora a los hechos, mejor dicho, a las consecuencias de esos hechos. Como es natural, esa forma de ser de ella me obliga, en determinados momentos, a cruzar eso que los maridos llamamos la frontera doméstico-conyugal y que se parece mucho a una invasión de jurisdicciones. Por ejemplo, acondicionar mejor las ropas de vestir, observar si las puertas del ropero no presionan demasiado las mangas de los trajes — ¡cada día más caros! -, mirar detenidamente ciertos rincones de los muebles, alejar todas. las posibilidades de que las señoritas polillas - ¿serán señoritas las poli-'llas? - no inicien relaciones demasiado intimas con nuestros abrigos, etcėtera.

Y fué por eso, sí. no lo olvidare nunca, por curiosear en una sección de la casa que no me pertenecía, jurídicamente hablando, que encontré... lo que encontré. Si se quiere, en apariencia, era una simple hoja de papel de cartas, inofensiva. Pero... tenia algo escrito. Eran unos renglones apenas. La letra, inconfundible, era de Susana. Ocupaban las primeras líneas. Aquello daba la impresión de que, de improviso, una razón muy poderosa la hubiese obligado a no continuar escribiendo, a ocultar apresuradamente esa hoja entre sus ropas, donde yo, por casualidad, acababa de encontrarla.

Lei... Bueno, lo que yo lei... Confieso que...

... tuve que sentarme. Sentí que mis piernas, de pronto, no podían sostener cha de su muerte: el 23 de agosto entre seis y siete de la tarde..."

los setenta y cinco kilos (sin sobreto-

do) de mi persona. De inmediato, sen-

ti frio. después calor. Un minuto más

Era casi un telegrama, y no de felicitación. La letra pertenecía a Susana... El marido soy yo... El 23 de agosto estaba muy próximo... Hice cuentas..., ocho días escasos... Es decir... que... una semana más tarde yo sería cadáver... No me pareció correcto ni serio. "Todo está preparado..." Lo había escrito ella... Traté de no alarmarme, de ver claro. Confieso lealmente que no pude hacerlo. Mi inexperiencia de cadáver era absoluta, vergonzosa. Recién ahora, puede decirse, y gracias a mi mujer, iba a comenzar mi aprendizaje... Me quedaban apenas siete dias y medio para recibirme dignamente de muer-10. . .

Me propuse, pues, aprovecharlos y... observar.

No soy un hombre miedoso, pero, durante los días que siguieron al descubrimiento de esa carta, numerosos estremecimientos y escalofrios recorrieron mi columna dorsal. No obstante, me fui recuperando lentamente, poco a poco. De a pedazos, Primero el cerebro, después el corazón... Aunque, en verdad, si todo estapa preparado, más aún, elegido el día y la hora.

mis precauciones resultarian inút l Casi era hasta muy conveniente q comenzara, en silencio, a despedir de muchas cosas. Sólo que, duran esos días, también se apoderó de una curiosidad enorme.

Yo queria rer cómo lo harian. Po que era indudable, que en derredo mío se habia estado tramando un confabulación. Comencé por observa a todos en conjunto y luego por separado. A mi esposa... a los sirvientes... No llegué a ninguna conclusional como confabración de la companiona de la companiona

Llegamos así a la tarde del 23 dagosto, la fecha señalada. A las se en punto colocaba la llave en la cerradura de mi departamento... Mi apredizaje de cadáver habia terminado.

Sólo me quedaba una hora de vida

Un silencio frio, total, reinaba en las habitaciones, se volcaba por los pasillos. La casa entera parecia dormida. Aquello no me sorprendió. Puede decirse que era casi lo que yo esperaba. Llamé:

—¡Susana! Nadie respondió. Llamé un poco más fuerte:

-Maria! Juan!

El mismo resultado. Sin embargo que yo supiese, los sirvientes ese dis no habían solicitado permiso para ausentarse de sus tareas. Pero era indudable, eso formaba parte del plan. Avancé despacio... Podía salirme al encuentro un balazzo o una puñalada. Allá, en la cocina, notábase algún movimiento. Fui hasta ella. Empujé con violencia la puerta.

—¡Susana! Estaba sola allí, en un lugar que no era el suyo, a una hora impropia, y tenia entre las manos algo que me obligó a gritar su nombre. Ella tam-



CADAVER

Cuento, por Julio Franzoso ESPECIAL PARA "LEOPLAN" ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



Unas palabras absurdas, inverosimiles, interrumpieron mis últimas meditaciones. Susana debía estar muy cerca... Oía casi su respiración.

-¿Sabes? Yo queria hoy que estuvieramos solos porque... deseaba leerte una novela policial... Sé que vas a reirte..., pero es con destino a un concurso... Además, están de moda las novelas policiales.

Abrí los ojos. Miré. No dije nada. Susana estaba sentada a mi lado. Tenía un grueso cuaderno en su falda. -Sólo que, como soy tan descuidada, he perdido algunas de sus hojas... En una de ellas, precisamente, tenía escrita la forma en que la esposa se

dispone a asesinar al marido... Yo no sé, lector, qué harías tú en mi lugar. Yo sólo sé que le di un beso y luego le dije:

-Lee.. Y me dispuse a dormirme tranqui-

wen, quien sabe por qué, me devolvió aquel grito:

-; Apo! - Me llamo Apolinario, pero a Susana siempre le gustó acortarme el nombre —. ¿Qué te pasa? Me Las asustado...

Ese... cuchillo... - pude, al fin, balbucir, señalando sus manos. -¿Que tiene este cuchillo? ¿No es,

caso, el de siempre?... -Me pareció más grande... Perdóname... Venía distraido... Pero, ¿y Maria? ¿Y Juan?

-Les di permiso... Hoy queria escar sola... Necesitaba estar sola... -; Ah! Muy bien ... ¿Y ... la coci-

-También... Le dije que no cená-

bamos en casa... Por eso estaba probando sus herramientas... su cuchillo, por ejemplo... Sentí algo extraño a lo largo de la

espalda. Picazón, frío... No lo sé. -Es decir que... estaremos... de

seis a siete... completamente solos... -Tú lo has dicho: completamente solos... Pero, Apo, ¡tú estás pálido!
—Es posible... No sería raro...

Estos últimos días... -Entonces - lo decidió ella -, es

mejor que te acuestes... Después de todo, será mejor así, acostado...

ne

Francamente - pensé -, aquella mujer no podía ser mi mujer ... Era demasiado cinismo, demasiada frialdad. Desde luego, por lo que pudiese suceder, yo estaba de acuerdo con ella en que era mejor así...

Segui su consejo: me acosté. Y es-

Más tarde, la vi aproximarse lentamente. Traia algo en las manos... Cerré los ojos... Era el final... A pesar de todo, la perdonaba. Yo no podía, yo no queria saber qué motivos poderosos provocaron esa resolución - un marido que se respete muere sin averiguar ciertas cosas -, pero sé que la amaba... No quise abrir mis ojos... Un momento más y aquel cuchillo...



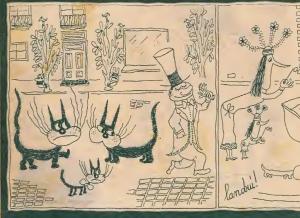
NOCHE OSCURA

Por LANDRU



—Es muy bueno... Es un pedaza de pan. —Sí, de pan negro.

—¿Ves, hijo? Eso te pasa por tomar tantos baños de sombra . . .







OH, LAS MUJERES!

A los veinticinco años, la mujer suele decir: "La poca juventud que me queda".

A los treinta y cinco: "Estos pocos años de juventud que me quedan".

Y a los cuarenta y cinco: "Los muchos años de juventud que me quedan".

DE DOS MALES ...

En la redacción de una revista:

—Señor director, hay abajo dos personas que desean verle: un poeta, que trae unos trabajos originales, y el sastre, con una cuenta atrasada que usted le debe.

El director vacila, pero luego, con aplomo, responde:

-El sastre, que pase el sas-

ISI LO SABRIA!

CLIENTE, - El mes pasado me cobró usted ochenta pesos por el arreglo de esta radio, y hoy ya tengo que volver con ella. ¿Cómo se lo explica? ELECTRICISTA. — ¡Ah, es que yo sé conservar la clientela!...

LO DE SIEMPRE

El mozo del restaurante, gritando a los de la cocina:

-: Preparen más cubiertos, porque se hah apagado las luces de uno de los salones!...

INSTINTO

Decia Alfredo Capus:

"La mujer es capaz de proceder mal, sólo para poder experimentar el placer de contarlo".

PINCELITO PURAPOSE

Misión prosaica

Por DOMINGO VILLAFAÑE



CASO DUDOSO

por Sevilla



-Dígame, doctor, esto de muerte aparente, ¿qué es? Porque ahora no sé si tengo que llorar o reir...

ACTUALIDADES GRAFICAS



TA CASA DE BUENOS AIRES".—En un octo que olcanzá gran trascendencia y al que pocurrieren el presidente de la Nacion y altos autoridades del pois, inauguráse "La mas de Buenos Aires", refleja de la vida de la provincia bománima.



EMPADRONAMIENTO FEMENINO.—En la sade central del Registra Civil lleväse a cabo una significativa ceremania can la que se inicia dicialmente el empodranamiento femenino en la país. Astitueron al acte la esposa del primer magistrado y autaridades



EMBAJADA POPULAR.—Numerosos agasajos reciben los componentes del canjunto "Co. ma y Danzos de España", que nos visita. Durante el acto de recepción brindan con el rendente de Buenos Aires el embojador de España y su espaso.



INAUGURACION.—En el Teatra Nacional Cervantes se inauguraron, con la presencia del secretario de Educación y allos funcionarios de dicho departamento, dos solas que cerán destinados a exposiciones, conciertos y conferencias. Uma de ellas se denomina "Sola Argentina".



EXPOSICION.—Fué muy concurrida la muestro que, en la Galería Müller, inaugura recientemente el pintor Ramón Gómez Cornet. Las obras expuestos recibieron elogiosos conceptos de los criticos de arte locales.



AGASAJADO.—Fue agasajada con una comido por un grupo de amigos y componeros de tarcos el señor Rodelfo Igletios, de la firma comercial del mismo nombre, quien fue despedido así de la vida de soltero. La reunión transcurrió en un ambiente de grata comaradería.



ARTISTICAS. — Susano Bétous, conocida pintoro franceso, ocobo de regreser a Buence Aires, éonde posera gross porte de sa vida, con el objeto de exponer una muestra de sus obres, al cobo de varies años de estudie en el extranjero.



LAUREADA. — Flore Hudelmon, que repreregion de la repreres region de la repreregion de la repreregion de la reprereg

CONCIERTO. — Une vez més presentés e ante el público argentino la celebroda violnista españolo Rose Més. El auditorio premió su labor con prolongados aplausos en mérite a su exquisita arte.



DIRECTOR — El señer

DIRECTOR. — El señar Efraín Orocco, celebrada director y compositor que actúa en el dirusdida programa "América de pie", que se propoda por la onda de Radia Splendo exola está destinado e exolar y dirusdir los ritros, y cantores del continente.







LIBRERIA

LIBROS Y GRABADOS

CASTELLANOS INGLESES FRANCESES

PAPELERIA DE LUJO

REVISTAS NORTEAMERICANAS

> **ARENALES 1198** Esq. LIBERTAD T. A. 44-0707

nes demasiado largas, replique solo con un displicente y me puse a despedazar mi porción de torta. Esta indiferencia de parte mia aumento más todavia la nerviosidad de Adabei, quien, tapándose a medias la boca, agregó con voz discreta:

Pero si es Hofmiller, de la Intendencia General; usted tiene que conocerlo. Aquel que durante la guerra recibio la condecoración de

la Orden de Maria Teresa.

Como este hecho no pareció conmovernic en el grado esperado, empezó a contar lo que este capitán de caballería Hofmiller había hecho durante la guerra, sus hazañas en el arma de la caballeria v luego en un vuelo de exploración sobre el Piave, en el que él solo había derribado tres aviones y, finalmente, en fina compañía de ametralladoras con la que mantuvo durante tres días ocupado todo un sector del frente. Refirió todo eso con muchos detalles (que paso aquí por alto), manifestando a cada instante su profunda sorpresa de que vo no hubiera oído hablar de este hombre extraordinario a quien el mismo Emperador Carlos, en persona, habia distinguido con la condecoración más alta del ejército

Me dejé seducir a mi pesar, v miré hacia la otra mesa para ver, por una vez, a distancia de dos metros, un héroe con el sello histórico. Pero tropecé entonces con una mirada dura y disgustada que parecía decir: "¿Ya le chismeó ese mentecato alguna cosa respecto a mi persona? No hay nada que ver en mi". Simultá-neamente, aquel señor volvió la silla con un movimiento a todas luces hostil v nos dió energicamente la espalda. Me volví, un poco avergonzado, v en adelante me cuidé mucho de mirar de nuevo en dirección a aquella mesa. Poco después me despedí de mi buen charlarán, no sin observar, al salir, que en seguida se trasladaba hacia el héroe, seguramente para informarle con la misma solicitud acerca

de nii persona.

Eso fué todo, Un cambio de miradas, Y. por supuesto, habria olvidado ese fugaz encuentro si el azar no hubiera querido que, precisamente al siguiente día, me encontrara de nuevo, en una pequeña reunión, frente a aquel señor despectivo quien, por lo demás, vestido de smoking, llamaba aún más la atención y resultaba más elegante que con el homespun deportivo que llevaba la vispera. A ambos nos costaba algún esfuerzo reprimir una sonrisa, esa sonrisa cómplice entre dos personas que, en medio de un grupo mayor, guardan cuidado-samente un secrero común. Me reconoció, lo mismo que yo a él, y es probable que los dos nos hayamos divertido o molestado del mismo modo con el correveidile de la vispera. Al principio evitamos hablarnos, cosa que por otra parte hubiera sido imposible, ya que se habia iniciado una agitada discusión en torno

El objeto de esa discusión queda revelado de antemano si menciono que ella tuvo lugar en el año de 1938. Los cronistas venideros de nuestro tiempo dejarán constancia de que casi toda controversia producida durante el año 1028 en cualquier país de nuestra azorada Europa giraba alrededor de la probabilidad o iniprobabilidad de una nueva guerra mundial. El tema dominaba inevitablemente toda reunión, y a veces se tenía la impresión de que no eran les hombres los que desviaban su temor hacia las esperanzas o las suposiciones,

tado y cargado de ocultas tensiones el que vi-

briba en las palabras. Sustentaba la discusión el dueño de casa, afiogado de profesión y hombre de propensiones ergotistas. Demostro, con los argumentos habituales, el dislate corriente según el cual la nueva generación sabía lo que era la guerra y no entraria en una nueva conflagración tan desprevenidamente como en la anterior. Los fusiles serian dirigidos hacia atras, durante

sino que era la misma atmósfera, el aire agi-

la movilización, v sobre todo los ex comuna nueva guerra les deparaba. Me senti s vado por la seguridad fanfarrona con que se una hora en que decenas y aun centenares fábricas estaban produciendo explosivos v ses venenosos, excluía la posibilidad de guerra con la misma indolencia con que taba la ceniza de su cigarrillo, Adverti decididamente que no se debia incurrir en error de creer que aquello que se descaba la verdad, Las oficinas v organizaciones litares que preparaban la guerra, no halestado durmiendo, y mientras nosotros nos vechado bien los tiempos de paz para orgazar las masas a su arbitrio, a fin de dispode ellas y tenerlas, conto quien dice, a pa de disparar, Ahora mismo, en plena paz. sometimiento general había aumentado en o porciones increibles, gracias a la perfeccio de la propaganda, y era conveniente mirar frente el hecho de que en el instante en la radio difundiera la noticia de la movilina ción en todos los hogares, no había que ciprar resistencia en ninguna parte. Hice consta que el grano de arena llamado hombre haladeiado de contar en absoluto como volunta

Es natural que todos estuvieran contra pues de acuerdo con una experiencia preda, el instinto de autoengaño del hombre su librarlo interiormente de los peligros conseles tes declarándolos nulos y sin valor, y sen jante advertencia contra el optimismo bandebía resultar doblemente desagradable en ta de la cena espléndida que se preparaba

la estancia contigua.

Me sorprendio, pues, que el caballero de orden de María Teresa me secundara in-peradamente, pues mi instinto equivocahabía supuesto en él a un adversario. Dec a con vehemencia que era efectivamente tontería poner en la balanza, hoy en día, la le luntad o la falta de voluntad del material hemano, pues en la próxima guerra el esfu zo verdadero estaría de parte de las máquinquedando los hombres reducidos nada más que a una especie de parte integrante de aqué Ya en la última guerra había tropezado en frente con muy pocos hombres que la hubran aceptado o negado claramente. La may ria se había visto mezclada en ella como en el nube de polvo llevada por el viento y ha permanecido luego en el gran torbellino, le cudido cada cual sin voluntad propia, coun grano de trigo en una bolsa. En suma, había sido tal vez mayor el número de los 🖘 huían hacia la guerra que el de los que esca naban de ella.

Le escuché sorprendido, interesado sobre to do por la vehemencia con que continuó ha

No nos engañemos. Si hoy día se reclutar gente en cualquier pais para cualquier guerexotica, para una guerra en Polinesia o cualquier rincón de Africa, acudirían miles centenares de miles de hombres, sin saber ciencia cierta por qué y quizá por el solo de seo de huir de si mismos y de nuestras gratas condiciones de vida. A la resistenes efectiva contra una guerra no le puedo asigun valor superior a cero. La resistencia del dividuo aislado contra una organización III quiere siempre mucho más valor que el men dejarse arrastrar; es decir, requiere valor invidual, cuva especie se extingue en nuestra tiempos de organización y mecanización pogresivas. Durante la guerra he observado exclusivamente el fenómeno del valor cole vo. del valor de las formaciones, y el que tudie más detenidamente ese hecho descubi rà extraños componentes: mucha vanidad, m cha ligereza y aun aburrimiento, pero solo todo mucho temor. Si: miedo de quedar atras miedo de ser blanco de burlas, miedo de obis por cuenta propia, v miedo, principalmente, colocarse en oposición a la corriente colectiv La mayoría de los que en el frente eran conrados como los más valientes, resultaban personalmente, héroes muy discutibles. agrego, dirigiéndose amablemente al duede casa, que ponia cara de descontento -,

me exceptúo a un mismo.

Me agradó su manera de expresarse y sentios de ir a su encuentro, pero en ese inste la dueña de casa nos invitó a pasar al edor, y no se me ofreció ya oportunidad iniciar con el una conversación, puesto que eupabamos asientos muy distantes en la mesa. S to al retirarse todos los invitados volvinios a montrarnos en el guardarropa.

-Creo -me dijo sonriendo - que nuestro protector común va nos ha presentado indi-

Sonrei también.

Y con lujo de detalles,

-Seguramente ha recargado las tintas para sesentarme como un Aquiles y no dudo que e coloco, como quien dice, mi condecoración en la solapa del saco.

Así es, niàs o menos. -En realidad, está condenadamente orgullode ella... lo mismo que de los libros de

Es un tipo extravagante, Pero los hay de peor especie. Si usted gosta - agregué -, po-

demos caminar un momento juntos. Así lo hicimos. De pronto volvióse hacia

na para decirme:

-Créame, no hablo por hablar cuando afirmo que durante años y años nada me ha hecho sufrir más que esa condecoración de la orden de María Teresa que, para mi gusto, es demasiado llamativa. Es decir, para no faltar a la verdad, cuando en el frente me la colgaton en el cuello sentí primero, como es natural, un escalofrio de orgullo, Al fin y al cabo uno ha sido educado como militar, y en la escuela de guerra vo había oído hablar de esa condecoración como de una levenda. Es una condecoración que recae, durante una guerra, sobre apenas una docena de hombres, y que baja, verdaderamente, como una estrella que se desprende del cielo. Para un muchacho de veintiocho años significa, claro está, una gran cosa. De pronto uno se encuentra frente a una formación militar integra; todas las miradas convergen, admiradas, en ese pequeño sol que de repente ha empezado a brillar en nuestro pecho, y el Emperador, la majestad inaccesible, le estrecha a uno la mano para felicitarlo. Pero entiéndame: esa distinción sólo tiene sentido y valor dentro de nuestro mundo militar, y cuando la guerra terminó, me parecía ridículo pasar toda mi vida como héroc autenticado, porque en una oportunidad había obrado durante veinte minutos con verdadero coraje y posiblemente con no menos valor que otros diez mil, a los que sólo aventajaba por la sucrte de haber sido observado y por la suerte, quizás más sorprendente todavía, de haber vuelto con vida. Ya al cabo de un año en que, en todas partes, la gente fijaba su mirada sobre aquel pedacito de ntetal para alzarla luego respetuosa hacia mi rostro, estuve más que cansado de pasearme como monumento ambulante, y el enojo que me causaba la eterna expectación que despertaba fué una de las razones decisivas para que después de la guerra me retirara tan pronto del servicio militar.

-Dije que fué uno de los motivos. La causa principal era de orden personal, y tal vez usted la comprenda mejor aun. Consistia en que vo mismo dudaba de su justificación y, sobre todo, de mi heroismo. Yo sabía, claro está, meior que los mirones extraños, que detrás de esa condecoración había alguien que era todo menos un héroe; acaso un verdadero cobarde, uno de esos que sólo se han afanado y esforzado ranto durante la guerra porque deseaban salvarse de una situación desesperante, más bien desertores ante la responsabilidad propia que héroes en el complimiento del deber. Yo

Aceleró un tanto sus pasos.

mo se como juzga usted, pero, para mi, la vida con nimbo y aureola me parece falsa c insoportable, y me siento sinceramente aliviado desde que no tengo ya necesidad de pascar mi biografia de heroc en el uniforme militar. Aun ahora me siento molesto cuando alguien desentierra mi vieja gloria, y no tengo por qué ocultarle que aver estuve a punto de dar un salto hacia su mesa para gritarle a aquel charlatán que fanfarronease a costa de otro que no fuera vo. Toda la noche me atornientó su mirada respetuosa, y para desmentir a ese charlatán hubiera querido obligarle a usted a escuchar y saber de que modo tortuoso llegué a mi heroismo. Fué una historia muy singular que, en verdad, podría probar que a veces el valor no es más que una debilidad invertida. Por lo demás, no tendria empacho en contársela aun ahora, de un tirón, Lo que hace un cuarto de siglo pesa sobre un hombre, va no le incumbe a cl. sino, desde tiempo atràs, a otro, ¿Tiene usted tiempo? ¿Y no se aburrirà?

Desde luego, tenía tiempo, y así seguimos pascandonos todavia largo rato por las calles desiertas, y aun continuamos nuestras entrevistas en los días siguientes. He introducido solo insignificantes modificaciones en el relato de mi interlocutor. He puesto acaso ulanos en vez de húsares, he trasladado las guarniciones en el papa para disimularlas, y cambiado cuidadosamente todos los nombres verdaderos. Pero en nonguna parte he agregado nada importante por mi cuenta, v no sov yo, sino mi confidente, el que ahora empieza a

Todo comenzó con una torpeza, con una majadería completamente inocente, una gaffe, como dicen los franceses. Siguió luego la rentativa de corregir mi error; pero cuando se trata de reparar la ruedecilla de un reloi con demasiado apresuramiento, se suele cehar a perder el mecanismo entero. Aun hoy, al caho de tantos años, no consigo fijar el limite



dónde terminó mi torpeza y dónde comenzó mi culpabilidad. Supongo que nunca lo lograré.

Contaba yo entonces veinticinco años y era teniente de ulanos. No puedo afirmar que jamás hubiera sentido una pasión especial o ima vocación interior para la carrera militar. Pero cuando en la familia de un funcionario de la vicia Austria rodean la mesa dos niñas v cuatro muchachos eternamente hambrientos, no se pregunta inneho por sus inclinaciones, sino que se les mete bien pronto en el horno de la profesión para que no constituyan por demasiado tiempo una carga para la familia. Mi hermano Ulrich, que ya en la escuela primaria echara a perder su vista con tanta lectura, fué. enviado al Seminario, mientras que yo fuí destinado, en consideración a mis huesos resistentes, al colegio militar. Alli, el hilo de la vida se desovilla mecànicamente, v no hace falta engrasarlo. El Estado se preocupa de todo. En pocos años modela gratuitamente, de acuerdo a un tipo establecido, de la materia prima constituída por un muchacho pálido, un abanderado barbilampiño que entrega, listo para su uso, al ejército. Cierto dia, en un cumpleaños del Emperador, y antes de cumplir vo los dieciocho años, fuí enrolado, y poco tiempo después ya lucía la primera extrella en el cuello de mi uniforme. Así quedó cumulida la primera etapa, y entonces podia desenvolverse el nimo de los ascensos, con los intervalos obligatorios, mecánicamente, hasta el retiro y la gota. Tampoco había sido mi desco personal el de servir en el arma de caballería, el arma que, por desgracia, resulta más costosa entre todas. Fué más bien el capricho de mi tía Daisy, que se había casado en segundas nupcias con el hermano mayor de mi padre, cuando aquel dejó el Ministerio de Hacienda para encargarse de la - mejor remunerada presidencia de un Banco. Rica y snob a la vez, ella no quería tolerar que un miembro de su familia desacreditara el nombre de los Hofmiller sirviendo en el arma de infantería, y como pagó por ese capricho una renta mensual de cien coronas, tuve que demostrarle en toda oportunidad mi rendido agradecimiento. Nunca pensó nadie en si me gustaba servir en la caballería o, en general, prestar servicio activo, y vo menos que nadie, Mientras montaba a caballo, me sentía bien, y mis pensamientos no iban mucho más allá del cuello del animal.

En aquel mes de noviembre de 1913 debió haberse deslizado un decreto de una oficina a otra, pues de repente nuestro escuadrón fué trasladado de Jaroslav a otra pequeña guarnición de la frontera húngara. Es igual que dé a esa población su nombre verdadero o no. pues dos botones de uniforme en una misma blusa no pueden parecerse más que una guarnición anstríaca de provincia a otra. En todas ellas la misma distribución de locales: un cuartel, un campo de ejercicios, una pista de equitación, un casino para los oficiales, amén de tres hoteles, dos cafés, una confiteria, una vinería, un varieté miserable con declinantes haticlanas que, en sus horas libres, se dedican amorosamente a los oficiales y soldados. En todas partes el servicio militar significa la misma monotonía hueca, dispuesta hora por hora de acuerdo a un reglamento secular, y rigido como el acero, sin que sean más distraidas ni aun las horas libres. En el casino de oficiales, idénticos rostros, las mismas conversaciones: en el café, los mismos partidos de naipes y el mismo billar. A veces uno se asombra de que el buen Dios se complazca en colocar, por lo menos, un cielo y un paisaje diferentes en torno a los seiscientos u ochocientos tejados de tales poblaciones.

Mi nueva guarnición ofrecía en verdad una ventaja sobre la anterior, en Galitzia: era una estación donde se detenían los trenes expresos, y se hallaba, de un lado, cerca de Viena, y del otro, no muy lejos de Budapest, Los que tenian dinero - y en la caballeria sirven siempre algunos muchachos ricos, o en último término los voluntarios que pertenecen en parte a la alta nobleza o a los círculos industriales -. podian, de prepararse con anticipación, tomar el tren de las cinco a Viena, para volver con el nocturno de las dos y media, disponiendo así de tiempo suficiente para visitar el teatro, pasearse por la Ringstrasse, desempeñar el papel de caballeros y buscar alguna aventura ocasional. Algunos de los más envidiados, incluso disponian, en la capital, de un departamento o de una garçonnière. Por desgracia, tales escapadas reanimadoras no se hallaban al alcance de mi renta mensual. Me quedaban como sínico entretenimiento el café y la confiteria, y alla me dedicaba al billar o al ajedrez, que es más barato aun, porque las partidas de naipes me resultaban generalmente demasiado costosas,

Aquella tarde - debe haber sido a mediados de mayo de 1914 - también estaba en la confiteria ingando con un compañero accidental; el farmacéutico de El Angel Dorado y viceburgomaestre de nuestra guamición. Hacía rato que habíamos terminado nuestras tres partidas habituales y charlábamos, para no levantarnos - ¿pues adónde ir en ese pueblo aburrido? -, pero la conversación ya se apagaba lentamente como un cigarrillo que se deja consumir. De repente se abrió la puerta y, con el reniolino de una falda acampanada, entró una ráfaga de aire fresco y una muchacha bonita: ojos castaños almendrados, tez oscura, un modo de vestir elegante, que no tenía nada de provinciano y, sobre todo, un rostro nuevo en esa monotonia desamparada. Lástima que la gentil ninfa no miró siquiera a los que la admiramos respetuosamente; decidida y resuelta, con firme paso deportivo, sorreó las nueve mesitas de mármol del local, para dirigirse directamente al mostrador, donde encargó una docena de tortas, dulces, masas y licores al por mayor. Me llamó la atención la reverencia devotisima del señor confitero - nunca había visto tan tensa v curvada la costura de la espalda de su ahaqueta -. Hasta su mujer, la venus provinciana recia y maciza, acostumbrada a dejarse hacer la corte por los oficiales (ya que a menudo quedaban debiendo hasta fin de mes una que otra bagatela), se levantó de su asiento junto a la caja, para derretirse casi en una cortesía melosa. Mientras el señor confitero anotaba el pedido, la muchacha bonita mordía despreocupadamente unos cuantos bombones y conversaba con la señora Grossmaver; pero para nosotros, que alargábamos el cuello, quizá excesivamente interesados, no tenía siquiera una mirada. Naturalmente, la joven no cargó su bonita mano ni con un solo paquetito; la señora Grossmaver le prometio sumisamente que todo, sin falta, le seria enviado a su casa. Tampoco se le ocurrió pagar, como nosotros, simples mortales, en la brillante caja registradora. Inmediatamente comprendi que se trataba de una cliente extrafina v distinguida

Cuando, después de haber hecho su pedido, se dispuso a salir, el señor Grossmayer adelantose precipitadamente para abrirle la puerta. El señor farmaceutico se levantó también de su asiento para saludar respetuosamente a la joven que pasaba esá volando. Ella agradeció cun soberana gentileza "jecaramba, qué ojos aterciopelados, de color de venado! —, Yo estaba impaciente por preguntar, lleno de curiosidad, a mi compañero, por ese esturión que había aparecido en este estanque de carpas, apenas hubiera abandonado el negocio, entre una nube de cumplimientos.

-Oh, justed no la conoce? Es la sobrina it-Von Kekesfalya, Usted conoce a los Kekes

Kekefalva, Lauzó el nombre como un lin llete de mil cormas y me miró como si espera ra el ceo naural, jun respetuoso. "Ah, si, Naturalmente," Pero vo, teniente recien tradadab, llegada unos puecos meses atrás a nueva guármición, no sabia nada de ese dios misterioso, y solicie mavores detalles, que el señor farmaceurico me facilitó complacido y con un autentico orgullo provinciano: aunque por supuesto, con muchas mis palabras y agre-

gados que los que aqui repito, -Kekesfalva - me explicó - es el hombre más rico en todo el contorno, propietario no sólo del castillo Kekesfalva... Usted ha de conocer ese castillo; se ve desde la plaza da ciercicios, está a la inquierda de la carretera. es una construcción amarilla, con una torre plana y un vicjo parque enorme..., sino también de la gran refineria de azúcar en el camino a R., el aserradero de Bruck, el Stud de M. Todo eso es suvo, y además le pertenecen seis o siete casas en Budapest y Viena. Nadie creería que aqui hay gente tan acaudalada. Kekesfalva sabe vivir como un verdadero magnate. Los inviernos los pasa en su palacete de la calle Jacquin, en Viena; el verano en los balnearios; aquí sólo está por unos meses, durante la primavera, ¡pero hay que ver como vive! Trae cuartetos de Viena, champaña > vinos franceses; lo mejor de lo mejor,

El farmacéutico se ofreció a introducime en esa casa, si yo aceptaba, y agregó, con gran muestra de satisfacción, que era amigo del señor Von Keksfalva, con el que en años anteriores había estado en relaciones conerciales y de quien sabía que gustaba rodeañde oficiales. Bastaba una palabra susy apra que

yo fuera invitado. ¿Por que no? Uno se ahoga verdaderamente en ese estanque de cangrejos de las guarniciones provinciales. Conoce de vista a todas las niujeres y el sombrero de verano y el de invierno de cada una de ellas, así como el vestido elegante y el ordinario, que son siempre los mismos. Y conoce al perro y a la criada V a los chicos, de tanto mirarlos y de tanto apartar la mirada. Conoce todas las artes de la fornida cocinera bohemia del casino y poco a poco su paladar se reseca con solo mirar el menú eternamente igual del hotel. Conoce cada nombre, cada cartel, cada letrero de todas las calles y cada negocio y cada casa y todos los escaparates de todos los negocios. Sabe casi con la misma exactitud que el mozo Eugenio a qué hora aparece en el café el señor iuez, que tomará asiento junto a la ventana de la izquierda y que a las dieciséis y treinta pedirá un café vienés, en tanto que el señor notario llegarà exactamente diez minutos después, a las dieciséis y cuarenta, para tomar encantadora variación - una taza de té con limón, en atención a su dolencia estomacal, v para contar los mismos chistes mientras fuma el cigarro cternamente igual. Conoce todos los rostros, todos los uniformes, todos los caballos, todos los cocheros, todos los mendigos de todo el contorno, y se conoce a sí mismo has-ta el cansancio. Por qué no salir una vez de la rutina? ¡Y luego, esa chica tan bonita, con esos ojos de color de venado! Declaré, pues, a nii protector, con indiferencia disimulada no era cuestión de mostrarse ansioso frente a ese orgulloso amasador de pildoras -, que, efectivamente, tendría mucho gusto de llegar

Y he aqui que nii bravo farmacéutico no habia fanfarroncado, pues dos dias más tarde me trajo, todo hinchado de orgullo y con un gesto de benefactor, una tarjeta impresa a la que se había agregado en caligrafia nii nombre, y esa tarjeta decia que el señor Lajos von

a conocer la familia Nekesfalva,

nekesfalva invitaba al teniente Anton Hofmiller a un dinner que se seral clinière des siguiente a las ocho de la noche. Afortunadamente vo la recibido una educación adecuada y sabia cómo debía conducirme semejante situación, El domingo por la mañana vestí, pues, mi mejor pla, guantes blancos, zapatos de charol, me afeité impecablemente, me puse una gota de agua de colonia ai bigote y me dirigi en coche al cas-lio para hacer mi visita de presentación. Un criado viejo, discreto y vestía una buena librea, recibió mi tarjeta y murmuró en tono de acusa, que los señores lamentarían sinceramente no haber podido recibir señor teniente, pues se hallaban en la iglesia. Tanto mejor, pensaba no, pues las visitas de presentación son las que me inspiran más horror entro y fuera del servicio. De todos modos, había cumplido con mi der. Volveria el miércoles por la noche y esperaba pasar entonces un no agradable. El asunto Kekesfalva quedaba así concluído, según mi opinión, hasta el miércoles. Pero con sincera alegría encontré en mi hatación, dos días después, es decir el martes, una tarjeta de visita con punta doblada que habia dejado allí el señor Kekesfalva. Intachable, sensé. Esa gente tiene buenos modales. A sólo dos días de mi visita de presentación se la devuelven al oscuro oficial; ni un general padiera descar mayor gentileza y respeto. Esperé, pues, con una disposición verdaderamente agradable, la noche del miércoles,

Pero ya al princípio tuve un incidente. Habría que ser supersticioso tener más en cuenta los pequeños indicios. El miércoles, a la siete y media de la tarde, cuando ya estaba completamente vestido, con el mejor uniforme, guantes nuevos, zapatos de charol. la raya del pantalón cumo el filo de una espada, y cuando mi ordenanza me estaba arreglando los pliegues de la capa y me revisaba de arriba abajo (para eso necesitaba de mi ordenanza, pues en mi piecita mal iluminada sólo dispo-nía de un espejo de mano), alguien golpeó fuertemente la puerta. Fra otro ordenanza. El oficial de guardia, mi amigo el capitán conde Steinhubel, me mandaba pedir que lo fuera a ver a la sala de los soldados. Habían peleado dos ulanos, que seguramente estaban embriagados y finalmente el uno le había dado al otro con la carabina en la cabeza. Allí vacia el zopenco, desvanecido, sangrante y con la boca abierta. No se sabía por aliora si tenía aún la cabeza entera o no. El médico del regimiento había ido a Viena en goce de licencia; no había manera de encontrar al coronel, y, en su desesperación, el bueno de Steinhub. ne llamó a tambor batiente para que lo avudara, en tanto que él se preocupaba por el herido. Tuve que tomar el protocolo y enviar ordenanzas a todas partes a fin de movilizar, en el café o en cualquier otro sitio, a un médico particular. Con todo eso, eran ya las ocho menos cuarto. Y veía va que no iba a poder librarnie antes de un cuarto o de media hora, ¡Maldición! Justamente este día tenía que suceder semejante zafarrancho, nada menos que cuando estaba yo invitado. Miraba el reloi con creciente impaciencia. Era a todas luces imposible llegar con puntualidad si tenía que seguir cinco minutos más en mi puesto. Pero se nos ha hecho carne y una la idea de que el servicio prevalece sobre todo compromiso particular. Puesto que no podía largarme, hice lo único posible en esta situación aviesa, es decir mandé a mi ordenauza en un coche a casa de los Kekesfalva (cuatro coronas me costó esa broma) con el encargo de decir que pedia que se me perdonase si acaso llegaba tarde, pero que me retenia un inesperado suceso en el servicio. Afortunadamente, el alboroto en el cuartel no duró deniasiado, pues el coronel en persona se presentó con un médico al que se había hallado prontamente, y entonces yo pude despedirme a la francesa.

Pero, nuevo contratiempo: justamente ese dia no había ningún ecche en la plaza del Ayuntamiento y tuve que esperar hasta que se pidiera por seléfono un carruaje tirado por dos caballos. Fué inevitable, así, que al legar por final gran vestibulo de los Kekesfalva el minutero del reloj de pared pendiera verticalmente señalando las ocho y media en lugar de las ocho, y observé que los abrigos en el guardarropa formaban va un grueso montón. La expresión un tanto colibida del lacavo también me indició que había llegado muy atrasado; contratiempo muy desagra-

dable, por cierto, más aún siendo la primera visita.

El servidor, que llevaba guantes blancos, frac, camisa almidonada y fina cara ticsa, me tranquilizó informándome que el ordenanza habia entregado mi mensaje nedia hora antes. Me condigio al salon, que tenía cuatro ventanas, estaba tapizado con seda roja, iluminado por arrefactos de cristal, y era, en fin, extraordinariamente elegante. Nunca habia visto nada más distinguido, Pero, para mi desgracia v mi vergüenza, parecia completamente abandonado, mientras que de la habitación contigua partía un alegre entrechocar de platos, ¡Caramba, me lo imaginaba, ya estaban comiendo!

Híce de tripas corazón, v al abrir el lacavo las puertas corredizas, sóclante hasta el umbral del comedor, junté enérgicamente los tacos de los zapatos e hice una reverencia. Todo el mundo levantó la mirada; veinte o cuarcina ejos, todos ellos extraños, revisaron al retrasado, quien, demostrando muy poco amor propio, se servia del vano de la puerta como de un marco para su figura. De inmediato se levantó un seño entrado en años, sin duda el dueño de casa, y quirándose con gesto ligero la servillera, vino a mi encuentro v me tendió su mano invitandom: a pasar. Este señor Von Keckelálva no est, como vom en había invaginado, el tipo del noble provinciano, con bigote a lá húngara, mejillas lle-tus munsados en oro nadaban unos ojos un tanto cansados, sobre pre-nunciadas ojeros; los hombros caán un poco inclinados hacia adelante;

HABLE INGLES



EL METODO LINGUAPHONE LE ASEGURA UN APRENDIZAJE RAPIDO, SEGURO Y ENTRETENIDO JENSU PROPIACASA!

SOLICITE FOLLETOS Y QUEDARA MARAVILLADO DEL EXTRAORDINARIO EXITO ALCANZADO POR EL

LINGUAPHONE

LONDRES - NUEVA YORK - RIO DE JANEIRO - BUENOS AIRES



Dirección:
CARLOS SCHLIEPER
Argumento de
SIXTO PONDAL RIOS
CARLOS QLIVARI

GRAN EXITO

Gran Rex

la voz parecía un cuchicheo y trabada por una rosecita. Hubiera podido tomársele más bien por un sabio, en consideración de su rostro delgado y fino que terminaba en una blanca y rala barbita puntiaguda, La peculiar gentileza de ese. señor surtió un efecto extraordinariamente calmante para mi inseguridad. Me cortó en seguida la palabra afirmando que a él le correspondía pedir perdón. Sabía bien, dijo, que en el ejército siempre suceden cosas inesperadas y que liabía sido una atención especial de mi parte el haberle hecho llegar un mensaje, Sólo por no haber tenido seguridad de mi presencia se habia iniciado la cena. Y en seguida me invito a tomar asiento sin tardanza, aduciendo que más tarde tendría oportunidad para presentarine los comensales, uno por uno, y acompañándonic a la mesa, hizo una sola excepción, conducióndome junto a su hija. Una jovencita delicada, pálida, frágil como él mismo, interrumpio su conversación y dirigió hacia mi, tímidamente, un par de ojos grises. Pero solo vi como al vuelo el rostro delgado y nervioso; me incliné primero ante ella y luego sucesivamente hacia la derecha y la izquierda ante los invitados, que al parecer celebraban no tener que depositar en la mesa tenedores y cuchillos ni ser molestados por circunstanciales ceremonias de presentación,

Los primeros dos o tres minutos me sentí todavía incómodo. No estaba presente ningún miembro de mi regimiento, ningún camarada o conocido, ni siquiera uno de los prohombres de la población, sino exclusiva y absolutamen-te gente extraña. Parecían ser sobre todo, terratenientes del contorno, con sus esposas e hijas, o funcionarios públicos. Todos vestian de particular y no se veía más uniforme que el mío. ¡Dios mío! ¿Cómo entablaré yo, hombre torpe y huraño, conversación con esa gente desconocida? Afortunadamente fui bien colocado. Estaba a mi lado aquel ser moreno y alegre, la sobrina bonita que parecía haber observado a su tiempo mi mirada de admiración en la confitería, pues me sonrió gentilmente como a un vicio conocido. Tenía ojos del color del grano de café, y realmente, cuando reía, hacía el mismo ruido de esos granos al tostarse, Tenía encantadoras orejitas casi transparentes bajo el tupido pelo negro: como ciclamen rosa en medio del musgo, pensé. Tenía los brazos desnudos, suaves y lisos y se me ocurría que debian ofrecer al racto la misma suavidad de los duraznos.

Es un placer estar sentado junto a una niña tan bonita, y el que hablara con un acento húngaro, alargando las vocales, casi me enamoraba, Es un placer cenar en un salón tan brillantemente iluminado y en una mesa dispuesta con tanta distinción, con sirvientes uniformados detrás y hermosos manjares delante. Mi compañera de la izquierda, quien, a su vez, hablaba con ligero acento polaco, me pareció, sí bien ya un poco maciza, en realidad, apetitosa. ¿O fué esa impresión sólo efecto del vino ora dorado, ora rojo como la sangre, ora burbujeante como champaña en sus jarras de plata y botellas de ancho vientre que los criados escanciaban desde atrás con verdadero derroche? En verdad, el bravo farmacéutico no había exagerado, En la casa Kekesfalva se vivía como en la corte, Jamás había comido tan bien, ni siquiera se me había ocurrido en sueños que fuera posible comer tan bien, tan distinguida, tan abundantemente. En fuentes inagotables servianse manjares cada vez más deliciosos y costosos; pescados de un azul tenue, coronados con lechuga, rodeados de trozos de langosta y nadando en salsas doradas; capones jineteando sobre amplias camas de arroz; ardían budines en la llama azulada del ron y se abrian, abigarradas y dulces, las bombas de helado, besándose en canastas de plata frutas que debían haber viaiado a través de medio mundo. La cena nunca llegaba a su fin, y a la comida siguió un verdadero arco iris de licores verdes, rojos, blancos, amarillos, amén de gruesos cigarros para acompañar un delicioso café.

Una casa magnifica, maravillosa -; bendito sea el buen farmacéutico! -, una noche clara, dichosa, bulliciosa. No se si solo me sentía tan aliviado y libre porque a la izquierda y a la derecha y enfrente, los demás también tenían ojos brillantes y voces fuertes, porque se olvidaban de todo amaneramiento, hablando alegremente e interrumpiéndose unos a otros; de todos modos, había desaparecido mi habitual cortedad. Charlé sin la menor rémora, hice la corte a ambas vecinas a la vez, bebí, rei, miré petulante y animado, y si no siempre fué mera casualidad que tocara con mi mano el hermoso brazo desnudo de Ilona (que así se llamaba la deliciosa sobrina), ésta no parecía tomar a mal esos roces o descuidos, estando ella rambién alegre, ingrávida, aligerada como todos nosotros, por obra y gracia de

esa fiesta de la abundancia,

Me sentí poco a poco ganado por una ligereza que rayaba casi en la impertinencia y la falta de donunio, No habrá sido el efecto del vino inacostumbrado y rico, de la mezela de tokay y champaña? Algo nic faltaba todavía para la dicha completa, para sentirme alado y arrastrado, y ya en el próximo momento cobré magnifica claridad de lo que vo anhelaba inconscientemente, pues de pronto se oyó en un tercer salón - el sirviente había vuelto a abrir las puerras corredizas, imperceptibleniente -, una música apagada, un cuarteto, justamente aquella música que deseaba interiormente, música bailable, rítmica y suave a la vez, un vals ejecutado por dos violines y acentuado melancólicamente por un violoncelo oscuro, marcando el compás, insistentemente, el staccato pronunciado de un piano. Sí, música, música, sólo ella hacía falta. Oir música y tal vez bailar, marcar los pasos de un vals, abandonarse al movimiento alado para percibir más bienaventuradamente la ligereza interior! Y, en efecto, esta mansión Ke-kesfalva debe haber sido una casa mágica, pues sólo se precisaba soñar y ya se cumplian los deseos. Al levantarnos y correr las sillas y pasar pareja tras pareja al salón - di mi brazo a Ilona y volvi a sentir su piel fresca. suave -, todas las mesas habían sido retiradas como por obra de encantamiento y las sillas colocadas junto a las paredes. El parquet brillaba liso, límpido como una maravillosa pista de vals, y desde la sala contigua llegaba la animación de una música invisible.

Me volví hacia Ilona, Ella sonrió v comprendió, su mirada dió el sí, y ya giramos, dos, tres, cinco parejas sobre el liso parquet, en tanto que los más circunspectos y viejos nos miraban o charlaban. Me gusta bailar y bailo bien. Nos deslizamos entrelazados, y creo que jamás en mi vida he bailado mejor. Para el próximo vals invité a mi segunda compañera; ella también danzaba con perfección, e inclinándome sobre ella aspiré con un leve desfallecimiento el perfume de su cabello, Bailaba maravillosamente; todo se me antojaba magnífico, y me sentí más dichoso que en muchos años anteriores. Me encontré un poco desorientado y hubiera querido abrazar a todos y decir a cada uno cordiales palabras de gratitud. Pasé de una mujer a otra, hablaba y reía, bailaba y no percibía el tiempo en la corriente de felicidad que me arrastraba.

De pronto - miré por casualidad el reloj: las diez v media - recordé espantado que hacía casi una hora que bailaba, hablaba y bromeaba y que, mal educado!, todavía no ha-bía invitado a la hija del dueño de casa. Sólo había bailado con mis dos vecinas y con otras dos o tres damas que me gustaban más, y habia olvidado totalmente a la señorita Kekesfalva. ¡Qué afrenta, qué torpeza! Era cues-tión de no perder tiempo para reparar la

Pero ante mi espanto me resultó imposible recordar con exactitud a la jovencita. Sólo me había inclinado ante ella por un instante, cuando estaba sentada a la mesa: no recordaba

más que algo deticado y frágil y su mirada gris de curiosidad. Pero, dónde ba? Como dueña de casa era imposible hubiera retirado. Inquieto revisté a todas = mujeres y muchachas a lo largo de la más ninguna de ellas se le parecía. Finales penetré al tercer salon, donde detrás de biombo chino rocaba el cuarteto, y aliviado, Pues ahí estaba sentada, no habia da, era ella: delicada, delgada, vistiendo toilette azul pálido. Estaba en compañía de señoras de edad en el rincón del salón, de una mesa verde malaquita, sobre la que a hallaba una jardinera chata con flores, inclinado un poco la cabeza, como absorbado la música, y por el encarnado ardiente las rosas comprendi mejor la palidez tralia da de su frente bajo el pelo color caoba. ro no me tomé tiempo para largas com placiones, Gracias a Dios, respiré interior di con ella. Así podía reparar a tiempo tedami descuido,

Me dirigí a la mesa, a cuyo lado estaban músicos, y me incliné en señal de invitacion tés. Alcanzónie entonces la mirada fija de ojos sorprendidos, y los labios de la muchaquedaron medio abiertos sin pronunciar palesta Sin embargo, no hizo movimiento alguno seguirme. No me habrá comprendido? Remi reverencia, golpcando ligeramente mis

-¿Me concede el honor, señorita?

Lo que entonces sucedió fué terrible. El com po ligeramente inclinado hacia adelante se rezó con un movimiento brusco, como esquirado un golpe. Al mismo tiempo se agolpaba sangre en sus mejillas pálidas, los labies sólo un segundo atrás estaban entreabiertos. apretaron fuertemente, y los ojos se clavar fijos en mi, con una expresión de horror en mi vida he visto otra, En seguida se saco dió todo su cuerpo como en un espasmo levantó, apoyándose con ambas manos, en mesa, de modo que hacía oscilar la jardinas y al mismo tiempo, caía un objeto duro, de == dera o metal, del sillón al suelo. Manrúvos por un buen rato con ambas manos aferrada la mesa bambolcante y una y otra vez se se cudió su cuerpo, mas no se alejaba, sino que, contrario, se asía cada vez más desesperada la pesada tabla de la mesa. Hasta que de propto prorrumpió en un sollozo salvaje, elemental como un grito ahogado.

Las dos señoras de edad se acercaron pera acariciar, calmar y mimar a la temblorosa cuyas manos crispadas dejaron por fin suar mente la mesa, cayendo de nuevo la muchacia en el sillón. Pero prosiguió su llanto que se hizo más vehemente, estallando una y ocra vez en sollozos convulsivos. Al interrumpire la música detrás del biombo que ahogaba escarumores, los sollozos debían ser escuchados

ta en el salón de baile.

Permanecí ahí atontado y sorprendido, ¿Que habia sucedido? Sin saber qué hacer miré finmente cómo las dos señoras trataban de calmar a la joven, que al despertar de un sentimiento de verguenza habia dejado caer su cabeza sobre la mesa. Seguian sacudiéndola profunda sollozos, recorriendo el delgado cuerpo hassa los hombros, haciendo resonar la jardinera cada uno de sus accesos. Yo permanecí turbado como si tuviera hielo en las venas, y con sensación de que una cuerda ardiente me apartara el cuello.

-Perdón - tartamudeé finalmente a messa voz y sin mirar a nadie, y me volví, vacilanza

al salón.

Allí nadie parecia haber observado nada; parejas giraban tumultuosamente, y tuve necesidad de apoyarme contra el marco de puerta ante el vértigo que experimentaba, ¿Qualitable sucedido? ¿Cometí una torpeza? ¡Do

mio!, ¿acaso he bebido demasiado y demasiado aprisa, y en mi entorpecimiento cometí una contería? En ese momento paró la música y se deshicieron las parejas. El jefe político del distrito dejó con una inclinación a llona y yo de inmediato me precipité hacia ella y, ante sa asombro, la aparté casi violentamente:

-¡Por favor, ayúdeme! ¡Por el amor de

Dios, ayúdeme, expliqueme!

A lo que parece, Ilona había esperado que vo la llevara hasta la ventana para susurrar algo divertido en su oido, pues de repente su mi-rada se tornó dura. Debo haber ofrecido un aspecto digno de lástima o de terror. Conté a toda prisa lo que había sucedido. Y, ante mi asombro, llona me gritó con el mismo espanno que había visto en la mirada de la muchacha junto al biombo:

-: Se ha vuelto usted loco? . . ¿No sabe? . .

Pero no vió usted?.

-No -tartamudeé, agobiado por ese nuevo terror no menos incomprensible -. ¿Si no vi qué?... Yo no sé nada de nada. Recuerde que estoy por primera vez en esta casa.

No observó usted, entonces, que Edith.. es tullida?... ¿No vió usted sus pobres piernas baldadas? No puede arràstrarse ni dos pasos sin muletas..., y usted... - (retuvo en el último instante un insulto) - ...; y usted invita a la ...;y usted invita a la pobre a bailar! ... ¡Oh, qué horror! Debo ir

en seguida a verla...

-No -en mi desesperación tomé a Ilona fuertemente del brazo-; ;un momento, sólo un momento!... Usted debe excusarme ante ella. No podía yo sospechar...; sólo la he visto en la mesa, por un segundo... ¡Por fa-

vor, digale!

Pero ya Ilona, con la mirada llena de odio, había retirado su brazo y corría hacia la puerta. Con la garganta apretada y un mal gusto en la boca permanecí en el umbral del salón en que giraban y charlaban personas que de pronto me resultaron insoportablemente des-prevenidas, y pensé: "Cinco minutos más, y todos tendrán conocimiento de mi torpeza. De aquí a cinco minutos, me alcanzarán de todas partes miradas irónicas, burlonas y de erítica, y mañana recorrerá la ciudad entera el chisme de mi brutal desmaño, pasado por cien labios, depositado en las primeras horas de la mañana junto con las botellas de leche ante las puertas de las casas, ampliado luego por la gente del servicio y fisgoneado en los cafés y oficinas. Mañana lo sabrán todos los compañeros de regimiento."

En ese momento vi, como a través de una niebla, a su padre. Con su rostro un tanto afligido -: va se había enterado él también?atravesaba la sala. ¿Acaso venía a mi encuen-tro? ¡No; sobre todo, no deseo encontrarme ahora con él! De pronto fui presa de un temor pánico, de él y de todos. Y sin darme cuenta de lo que hacía, me encaminé hacia la puerta por la que se salia del vestíbulo y de

aquella casa endiablada.

-¿El señor teniente ya nos deja? - se sorprendió el criado con un gesto respetuoso,

-Sí - contesté.

Y me espanté yo mismo al pronunciar esta palabra. ¿Quería marcharme realmente? En el momento siguiente, al descolgar el eriado mi capa, ya tuve clara conciencia de que con mi fuga cobarde cometía una nueva torpeza, tal vez más imperdonable todavía. Pero, va era demasiado tarde. No era posible devolver la capa ni retornar a la sala cuando el criado ya me abría la puerta de calle, haciendo una leve reverencia. De esa suerte me encontré repentinamente ante la casa extraña y maldita, un viento frío en el rostro, el corazón ardiendo de vergüenza y la respiración dificultosa, como de uno que se ahoga.

Esta fue la torpeza fatal con la que empezó todo. Ahora que recuerdo aquel episodio con la sangre apaciguada y a la distancia de muchos años, dándome cuenta de la simpleza que llegó a provocar todo un drama, tengo que reconocer que yo había tropezado inocentemente con ese mal entendido. Aun el más prodente v experto hubiera podido sufrir esa gaffe de invitar a bailar a una muchacha tullida. Pero bajo la impresión del primer hurror me sentí entonces, no sólo como un hombre torpe, sino como un bruto y como un criminal. Tuve la impresión de haber asestado un latigazo a una niña inocente. Todo eso hubiera podido arreglarse con un poco de presencia de espíritu, pero había echado a perder la situación irrevocablemente -de eso tuve conciencia en cuanto delante de la casa la primera ráfaga de aire frío azotó mi frente -, al huir sencillamente como un criminal, sin hacer una tentativa para justificarme.

No puedo describir mi estado de ánimo cuando me hallé delante de la casa. La música se había interrumpido detrás de las ventanas iluminadas. Seguramente, los músicos sólo habían hecho una pausa, Pero en mi sensación de culpabilidad superirritada, me igaminé febrilmente que el baile se interrumpia por mi causa y que todo el mundo se agolpaba en el pequeño salón para consolar a la niña sollozante, y que todos los huéspedes, las mujeres, los hombres y las niñas, se agitaban detrás de aquella puerta cerrada, unanimemente indignados contra el hombre malvado que había invitado a bailar a una niña baldada, para huir después de haber cometido su mala acción. Y mañana empecé a sudar y senti las transpiración fría bajo la gorra -, roda la ciudad conocería, co-mentaría y criticaría mi necedad. En mi imaginación vi a mis camaradas, a Ferencz, a Mislywetz, y sobre todo a Jozsi, el malhadado mordaz, viniendo a mi encuentro para decir-me: "¡Vaya, Tonny; lindas maneras las tu-vas! ¡Una vez que te sueltan, vas y pones en ridículo a todo el regimiento!" Esas burlas y escarnios durarian meses enteros en el casino





Ventas al par mayor, en la capital e interior dirigirse directamente a sus fabricantes

OLAVARRIA 1921 - T. A. 21-2347 - Buenos Aires

de oficiales. En la mesa de camaradería se comenta durante deveinte años cualquier tonterio que uno de los nuestros ha como alguna vez, se eternizan todas las burradas y se petrifican todos chistes. Aun hoy, al cabo de diccise's años, se cuenta la historia indel capitán Wolinski que había llegado de Viena presumiendo de conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la primera noche en conocido a la condesa T, y haber pasado la conocido a la conoc conoció en su departamento, cuando en-realidad dos días despues diarios publicaban noticias acerca del escándalo que giraba alrede una mucama suva que, tanto en cuestiones de negocio como es aventuras galantes, se había hecho pasar por la propia condesa T más, el pobre Casanova hubo de hacerse curar tres semanas estapor el médico del regimiento. El que una vez ha caido en raden el regimiento, ya no se libra más de la burla, pues se desco en ese sentido, el olvido y el perdón. Cuanto más mediraba, tanto me apresaba la fiebre de ideas absurdas. En aquel momento me pa infinitamente más fácil ejercer una ligera presión con el índice el gatillo del revolver que sufrir el suplicio infernal de los días sig tes, esa espera impotente de si los camaradas ya se habían enterado mi torpeza y si habían empezado los comentarios a media voz. a espaldas. Pero me conocía bien; sabía que nunea rendria fuerza ciente para resistir en cuanto empezaran las burlas, los chistes. escarnios,

No recuerdo cómo llegué al cuartel aquella noche. Sólo reces que mi primera acción consistió en abrir el armario donde guardaba botella de licor para mis visitantes y en vaciar dos o tres copas n llenas para librarme del mal gusto que sentía en la garganta. Luego tiré sobre la cama, sin desvestirme, y traté de reflexionar. Peto así las flores crecen más rápida y tropicalmente en los viveros, asi cen las ideas desvariadas en la oscuridad. Confusas y fantásticas despliegan en el aire templado como limas de colores chillones le quitan a uno el aliento, y con la rapidez de los sueños se forv se-persiguen en el cerebro exaltado los más absurdos cuadros terror. Me imaginaba ridiculizado para el resto de mi vida, excede la sociedad, criticado por los camaradas y objeto del comentade toda la ciudad. Creia que nunea más podría abandonar mi cua ni salir a la calle por temor de encontrarnie con alguien que su de mi crimen (pues en aquella noche de mi primera exaltación per mi simple tonteria como crimen v me crei a mi mismo perseguicorrido por la risa de todos). Cuando por fin me quedé dormido, fué un su no leve bajo el que seguia obrando afichradamente mi el de temor, pues al volver a abrir los ojos vi de nuevo, antes que el irritado rostro infantil, los labios temblorosos, las manos crissas aferradas a la mesa, y me parecía sentir el ruido de aquellos obque caían y que sólo después comprendi que debían haber sido muleras. Sentí un miedo absurdo de que se pudiera abrir la puerta que el señor Kekesfalva, con su barbita en punta, rala y cuidada, su saco negro y sus lentes montados en oro, se dirigiera hacia cama. Me levanté sobresaltado, y al contemplar luego en el especara humedecida por el sudor de la noche y del miedo, senti desde abofetear a ese imprudente que me miraba desde el vidrio.

Pero afortunadamente va era de día, se oían pasos en los correlay trote de caballos en la calle. Delante de una ventana llena de sol = suele pensar con mayor claridad que en la bolsa de aquella oscariamaligna que suele crear espejismos. Me decía que tal vez todo aq no había sido tan tremendo. Quizás nadie se había dado cuenta. si, ella misma, la pobre enferma, la niña pálida, tullida, nunca olvida nunca me perdonaria. Entonces me sobrevino repentinamente una salvadora. Peiné apresuradamente mi cabello revuelto, cambié de forme v pasé sin fijarme en nada al lado de mi avudante sorprena que, en su pobre lenguaje mezclado de alemán y ruteno, me se

desesperadamenta: Señor teniente, señor teniente, va listo está café.

Volaba casi por las escaleras del cuartel y pasé con tal rapidez el grupo de ulanos que estaban medio vestidos en el patío, que les i tiempo para cuadrarse. En un abrir y cerrar de ojns cruce el men del cuartel y corri hasta una floreria en la plaza mayor, en la medien que le es permitido correr a un teniente. En mi impaciencia olvidado, naturalmente, que a las cinco y media de la mañana los neces cios no están abiertos, pero por fortuna la señora Gurtner no sólo come ciaba con flores, sino que también con verduras. Delante de la p de su casa estaban descargando un carro de papas, y cuando golper ventana, oi a la mujer bajar la escalera. Inventé rápidamente una exy le dije que aver me había olvidado completamente de que hoy era cumpleaños de unos amigos. Agregué que íbamos a salir dentre media hora v que por eso mismo queria que se enviasen las flore instante. Pedí, pues, las flores más hermosas de que disponir florista, a medio vestir, fué a abrir su negucio y me enseño su t más preciado: un gran manojn de rosas de tallo largo. Preguntó como de ellas quería, y le contesté que todas. Quiso saber si las dese un ramo sencillo o bien dispuestas en un lindo cesto. Pedi un mi espléndido encargo absorbió todo el resto de mi sueldo. Esproximos dias debia renunciar, por lo tanto, a la cena y a los Pero, por el momento, eso me era indiferente; más aún, me a de que mi locura me saliera tan cara, pues sentía un deseo bene de castigarme ejemplarmente por mi torpeza y de pagar cara mi estupidez.

Quedaba todo bien convenido. ¡Las rosas más hermosas, bien dispuestas en una cesta y remiridas inmediatamente, sin falta! Pero la senora Gurtner hubo de salir corriendo detrás de mi para alcanzarme, pues yo había olvidado decirle adónde y a quien debía remitir las flores. Le di orden de mandarlas al castillo Kekesfalva, y por fortuna recorde, gracias a aquella exclamación aterrada de llona, el nombre de mi pobre víctima: "Para entregar a la señorita Edith von Kekesfalva".

-Claro, claro, los señores von Kekesfalva -dijo la señora Gurtner

con orgullo-, nuestros mejores clientes.

Y nueva pregunta -en tanto yo me había dispuesto otra vez a marcharme-: si no iba yo a mandar también unas líneas. Ah, sí; había que poner el remitente del obsequio. De otro modo, ¿cómo podía saber quién le enviaba las flores?

Volví, pues, a la tienda, tomé una tarjeta de visita y escribí: "Solicitando su perdón". No --jimposible!--, Esta habría sido la cuarta tontería. ¿Para qué recordarle todavía mi torpeza? ¿Pero qué otra cosa podía escribir? "Con sincero sentimiento". No, eso menos todavia, pues podía llegar a creer que el sentimiento se referia a su persona. Lo mejor era, pues, no escribir nada, absolutamente nada,

-Agregue usted simplemente mi tarjeta, señora Gurtner. Entonces me sentí aliviado. Volví a toda prisa al cuartel, tomé de un trago mi café y di mal que bien mi curso de instrucción, seguramente un poco más nervioso y distraído que de costumbre. Pero en el ejército nadie se da cuenta cuando un teniente inicia su jornada atontado después de haber pasado una nala noche, ¡Cuántos vuelven después de una noche de juerga de Viena tan cansados que apenas consiguen mantener los ojos abiertos y se quedan dormidos a caballo y trotando! En verdad que me venia a pedir de boca el tener que mandar, examinar todo el tiempo a mi gente y luego salir a cahallo. Si bien el servicio distraia un poco mi inquietud, vagaba entre mis sienes un recuerdo desagradable y algo seguia molestandome en la garganta, como si hubiera tragado una espina.

A mediodía, en el momento en que me dirigia al casino de oficiales, mi ordenanza corrió a mi encuentro gritando:

;Señor teniente!

Llevaba en la mano un sobre rectangular, de papel inglés, azul, delicadamente perfumado y con un escudo impreso en relieve en la solapa, una carta escrita con letra vertical, delgada, letra de mujer, Abri el sobre precipitadamente y leí: "Mi cordial agradecimiento, señor teniente, por las hermosas flores que me han alegrado extraordinariamente. y si quen alegrándome. Le ruego que venga cualquier tarde a toniar el té con nosotros. No hace falta que se anuncie. Me hallará –por desgracia–siempre en casa. – Edith v. K."

Una letra delicada. Recordé sin querer los delgados dedos infantiles apretados contra la mesa, recordé el rostro pálido que de repente ardía purpúreo como si alguien hubiera vertido vino de Burdeos en una copa, Repasé las pocas líneas una, dos, tres veces más y respiré profundamente, ¡Cuán discretamente passha ella pur encima de mi torpeza!

"Me hallara —por desgracia— siempre en casa." Es imposible perdonar
de una manera más distinguida. ¡Ni una sombra de rencor! Se me quitó un peso de encima. Tuve la misma sensación de un acusado que creyéndose ya condenado a cadena perpetua ve al juez levantarse, ponerse el birrete y fallar: "¡Absuelto!" Desde luego, era mi deber hacer pronto esa visita para agradecer la invitación. Era un día jueves, y pensaba ir el domingo. Pero no, iría antes, el sábado.

8 6 6

Mas no cumpli la palabra que a mí mismo me había dado. Estaba demasiado impaciente. Me martirizeba la impaciencia de saberme definitivamente librado de mi culpa, de terminar cuanto antes con el malestar de una situación incierta, pues en mis nervios seguía dominando el temor que en el casino, en el café, o en cualquier otra parte, alguien empezara a hablar del incidente, preguntándome: "¿Cómo lo pasó usted en casa de Kekesfalva?" Deseaba poder contestar seca y soberbiamente: "Es una gente encantadora; ayer tarde estuve otra vez con ellos a tomar el re' para que todo el mundo viera que mis relaciones no habían quedado ingratamente rotas. Me importaba poner punto final a ese asunto enojoso, terminar con él. Esa nerviosidad tuvo por efecto que al día siguiente, o sea el viernes, mientras paseaba con Ferencz y Jozsi, mis mejores camaradas, me sorprendiera repentinamente la decisión de hacer esc mismo día la visita. Me despedí, pues, sin más ni más de mis amigos. que se quedaron un tanto asombrados,

No es un camino muy largo, a lo sumo media hora para el que sabe caminar. Primero, cinco minutos aburridos a través de la ciudad, luego se sigue a lo largo de la carretera un poco polvorienta que conduce también a nuestro campo de ejercicios y de la que nuestros caballos conocen cada piedra y cada curva. Sólo al cabo de un buen trecho, a la izquierda de una pequeña capilla, junto a un puente, se encuentra una alameda más angosta, sombreada por viejos castaños, un sendero par-ticular, poco usado y bordeado por el serpenteo de un riachuelo

Pero, cosa extraña, cuanto más me acercaba al pequeño castillo, del que va distinguía la muralla blanca y la puerta de hierro, tanto más rápidamente fui perdiendo el valor. Así como a un paso de la puerta del dentista se busca un motivo para dar vuelta antes de hacer sonar el



Estadística:

7.864.914 MUJERES

En la República Argentina había en el momento de efectuarse el IV Censo Genéral de la Nación, 7.864.914 mujeres, de las enales se calenta que afrededor de 5 millones son compradoras y consumidoras de perfumes. rosméticos y artículos para la belleza.

Por otra parte, se ha comprobado, que cada día disminuye el mimero de mujeres engañadas por personas inescrupulosas que desprestigian los productos de tocador que ellas solicitan en algunos comercios del ramo. Esta disminución se debe a la firmeza y decisión con que ellas insisten para que se les entregue el producto solicitado, sin dar crédito al desprestigio que se pretende hacer, vaya saber con qué finalidad,

Vd. también, amalde lectora debe protegerse exigiendo el producto de su agrado, así dentro de muy poco tiempo podremos decir que va no hay más mujeres engañadas entre los 5 millones de compradoras del país.

Es una colaboración que le jude la Campaña Pro-Comercio Leal.

Convierta su calentador en una práctica estufal



El perfecto sistema del radiador. AYMARO 341 aplicable a cualquier calentador asegura un rendimiento de calor igual a una estufa de 5 radiantes.

PIDALO A SU PROVEEDOR O A SUS DISTRIBUIDORES

CASA PRIMUS SANTIAGO DEL ESTERO 143 - Bs. As-

VENDO COLECCION "LEOPLAN" Nros.: 1 al 77 T. A. 64-4526

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO
ENFERMEDADES DEL PULMON
EX Médico del Hosp. Muffix
T. A. 26 - 1420

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO
Enfermedades de Oldos, Nariz y Garganta
T. A. 50 - 4278 NUEVA YORK 4020

¡Cuide su vista! Se lo pide el PATRONA-TO NACIONAL DE CIEGOS.

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales, Le compramos las medias bajo contrato y le enseriamos gratis su manejo, Visitenos o solicite fo-fletos ilustrados. Venta de hilados y medias.

THE KNITTING MACHINE C? Saila NP 482

ACADEMIA DE CANTO Y PERFECCIONAMIENTO

CURSOS ESPECIALES ACELERADOS

Repertorio clásico y melódico por el barítono

GINO FROSINI

Gospar Campos 490 (Altura J. B. Alberdi 350) T. A. 79-1013 - Lunes y jueves de 17 a 19 horos timbre, así quería vo escaparme a último momento. Había de ser efectivamente aquel día? No era mejor considerar aquel asunto molesto definitivamente resuelto con la carta? Acorte,

instintivamente, los pasos y, pensando que siempre me quedaba tiempo para volverme atrás, aproveché la posibilidad de hacer un rodeo para no ir por el camino derecho: crucé el riachuelo pasando por un tablón que comunicaba con una pradera y di una vuelta alrededor del

La casa, detrás del alto muro de piedra, se levanta como edificio amplio de un solo piso. estilo barroco tardio, pintada -de acuerdo a la vieja costumbre austriaca- de un color amarillo llamado de Schönbrunn, y con persianas verdes. Separadas por un patio, unas construcciones menores, destinadas, al parecer, a la servidumbre, la administración y las cuadras, llegan hasta el gran parque, que en mi primera visita nocturna no había observado. Sólo ahora. al-mirar a través de las grandes aberturas ovaladas en la recia muralla, me daba cuenta que ese castillo de Kekesfalva no era una villa moderna, según había creído a raíz de la impresión que me causaban sus interiores, sino una gran casa de campo, una residencia de nobles al estilo antiguo, tal cual las había visto algunas veces en Bohemia al pasar delante de ellas en oportunidad de las maniobras militares, Llamaba la atención únicamente la extraña torre cuadrada, cuva forma me recordaba un tanto los campanarios italianos, y que parecía ser el resto de un castillo que en otros tiempos se habría levantado en aquel sitio, Recordé entonces que desde el campo de ejercicios había visto a meque era la torre de la iglesia de algún pueblo, Caí entonces en la cuenta de que esa torre carecía de la aguja habitual v que, en cambio, terminaba en un terrado que habría de servir de solatio o de observatorio. Cuanto más me percataba del carácter feudal y tradicional de esa residencia noble, tanto más incómodo me sentía: precisamente en este lugar, en el que con seguridad se observan las buenas formas con especial atención, me había iniciado con tanta torpeza.

Terminado mi rodeo, y llegado nuevamente a la puerta de hierro, me decidi: atravesé el camino que entre árboles podados en punta conduce hacia la puerta de la casa e hice caer la pesada aldaba de bronce que, según vicia costunibre, reemplazaba ahi al timbre. De in-mediato apareció el criado, a quien, cosa rara, no pareció sorprender mi visita no anunciada. Sin preguntarme nada y sin tomar mi tarieta. que va habia preparado, me invitó con cortés inclinación a esperar en el salón, porque las damas se hallaban todavía en sus habitaciones, aunque, afirmó, no tardarían en bajar.

Estaba, pues, fuera de toda duda que iba a ser recibido. Al cabo de un rato me hizo pasar a otro aposento, como a un visitante que se hubiera anunciado. Con renovado malestar reconocí el salón tapizado de rojo en que se había bailado aquella noche, y un mal sabor en la boca me hizo pensar en que al lado estaba aquella otra sala con el rinconcito fatal.

Al principio, una puerta corrediza color crema, con adornos dorados, cerraba la vista al lugar de mi torpeza que tan claramente recordaba, pero ya al cabo de poco minutos oí detrás de esa puerta ruido de sillas, voces apagadas, un ir v venir silencioso que denunciaba la presencia de varias personas. Traté de aprovechar la espera para contemplar el salón, Mue-bles lujosos al estilo de Luis XVI a la izquierda, a la derecha viejos tapices, y entre las puertas de vidrio que conducen directamente al jardín, cuadros antiguos del Canale Grande y de la Piazza San Marco, que, a pesar de mi ignorancia en esa materia, me parecian muy valiosos. Es verdad que no distinguí muy claramente esos resoros artísticos, pues al mismo tiempo escuchaba con tensa atención los ruidos de la estancia contigua. Entrechocaban platos, se

oia abrir una puerta y por fin crei percibir me recorrió un escalofrío- el tap-tap sec irregular de unas muletas. Por último, una mano invisible corrio, de-

adentro, las hojas de la puerta. Era llona venía a mi encuentro.

- ¡Qué gentileza haber venido, señor niente!

Y diciendo eso me condujo a la esta de contigua que me era tan familiar. La tullini estaba sentada en el mismo rincón que ocu ba aquella noche, en el mismo sofa, detras la misma mesita de color malaquita (¿por q= habían repetido esa situación que me era desagradable?). Una piel blanca cubría la fall da y sus piernas -- al parecer quería evitar coyo recordase "aquello"-, Con una amabilide sin duda estudiada, Edith me sonreía a mode de saludo desde su rincón de enferma. Perese primer encuentro no dejó de ser fatal, por la expresión cohibida y algo forzada que me tendía la mano por encima de la mesa, me di cuenta que ella también pensaba = "aquello". Ninguno de los dos consiguio pronunciar la primera palabra que estableciera contacto.

Por fortuna, llona interrumpió con una pregunta el silencio sofocante:

-¿Qué podemos ofrecerle, señor tenienre té o café? -Lo que ustedes gusten -repliqué,

-No; lo que usted prefiera, teniente. ; Nada de cumplidos! Para nosotras es igual.

-Entonces, café, si no es molestia -me decidí, comprobando con satisfacción que mi voz no sonaba demasiado velada.

Esa muchacha morena había procedido con mucha habilidad, al anular la primera tensio con una pregunta tan concreta. En cambifué una falta de consideración cuando inmidiatamente después salió de la estancia para dar órdenes al criado, pues a causa de e me quede solo con mi víctima. Habría si ése el momento de decir algo, de iniciar una conversación a cualquier precio, pero senti como un tapón en la garganta y aun mi ma rada debe haber expresado cierta confusion. pues no me atrevia a dirigirla hacia el sofa, temeroso de que la niña creyera que me fijaba en la piel que cubría sus piernas rullidas-Por fortuna ella mostraba más serenidad que vo; comenzó a hablar de un modo nervioso e impulsivo que entonces observé por primera vez en ella:

-¿No desea usted tomar asiento, señor teniente? Acerque el sillón. Por qué no se qui ra usted la espada? ¿Acaso no vamos a ser amigos?... Déjela alla, en la mesa o en el alféizar..., donde usted quiera.

Acerqué, un poco embarazado, un sillón

Aun no conseguia mirar con franqueza. Peroella siguió ayudándome enérgicamente.

-Ante todo quiero darle las gracias por sus magnificas flores... Verdaderamente, son flores hermosas; mire qué bien quedan en aquel vaso. Y luego..., luego... debo pedirle disculpas por mi zafia falta de dominio..., me he comportado terriblemente...; no pude dormir en toda la noche, de tan avergonzada. Usted tenía una intención tan genril..., y ademas..., ¿cómo podia usted sospechar nada? Por otra parte -de pronto se echó a reir netviosamente-, usted pareció adivinar mis pensamientos más íntimos. Me había sentado a propósito, de tal manera que podía contemplar a los que danzaban, y en el preciso momento en que usted venía, no descaba nada tan ar dientemente como poder bailar vo también-Amo con locura el baile. Puedo mirar horas enteras cómo bailan otros; mirar en tal forma que percibo cada movimiento en un inte-., si, cada movimiento, cada movimiento. No es entonces otra la que baila, sino yo misma la que da vueltas, se inclina, cede, s se deja conducir y llevar, ¡No sospechará us-

BUENOS AIRES

ted que se pueda ser tan tonta! Pero debe usted saber que siendo niña yo bailaba bastante bien y con delirio..., y siempre que sueño, sueño con bailes. Por tonto que eso parezea, bailo en mis sueños, y tal vez es una suerte para papá el que aquello..., que aquello me haya sucedido; de otro modo seguramente hubiera huido de casa para hacernie bailarina. Nada me apasiona más, y me imagino que ha de ser hermoso tomar y animar cada tarde a cientos de personas con su cuerpo, con su movimiento, con todo su ser. Ha de ser delicioso, Además, para que usted vea cuán loca soy, colecciono todas las fotografías de las grandes bailarinas. Las tengo todas, la Saharet, la Paw-lowa, la Karsawina, Tengo las fotos de todas ellas en todos sus papeles y poses. Espere, se las voy a enseñar... Allá en aquel estuche. allá, junto a la chimenea..., en ese estuche de laca china -su voz se tornó repentinamente impaciente v malhumorada-. No, no, no, no; allá, al la izquierda de los libros... ¡Ay, cómo es usted de torpe!... ¡Si, ésa es! —por fin había encontrado el estuche y se lo llevé— ¿Ve ésa, que está encima de todas? Es mi fotografía predilecta, la Pawlowa del cisne moribundo..., jojalá yo pudiera seguirla en sus viajes! Creoque sería mi día más feliz aquél en que pudiera verla.

La puerta por la que llona había salido empezó a girar sobre sus goznes, silenciosaniento. Rápida, como sorprendida en una mala acción, Edith cerró el estuche con un golpe seco, Como dándome una orden, me dijo:

-No hable de esto delante de los demás. No mencione ni una palabra de lo que le aca-

bo de decir.

El criado canoso, con las bien corradas patillas a lo Francisco José, había abierto la puerta cuidadosamente; detrás de él, llona empujo una mesita de té ricamente servida, sobre ruedas de goma. Sirvió, se sentó junto a nosotros y de inmediato nie sentí más seguro. Un motivo bienvenido para la conversación lo proporcionó el precioso gato de Angora que se había introducido en silencio junto con la mesita de té y que se restregaba confiadamente contra mis piernas. Admiré el gato y luego comenzó un ir y venir de preguntas, Las senoritas querían saber desde cuándo estaba en esa guarnición, cómo me sentía en ella, si conocía al teniente tal y si iba a menudo a Viena. Paulatinamente se logró una conversación corriente, ligera, en que desaparecia insensiblemente aquella tensión tan molesta. Poco a poco hasta me atreví a mirar de soslayo a las dos muchachas. Eran muy distintas una de la otra. Ilona, toda una mujer, apetitosa, llena, sana; a su lado F.dith, mitad niña v mitad adolescente, de unos 16 a 17 años, parecía en formación todavía. Extraño contraste: con la una se hubiera querido bailar, besarla; a la otra, mimarla como a una enferma, acariciarla suavemente, cuidarla y sobre todo apaciguarla, pues emanaba de ella una inquietud misteriosa. Su rostro no descansaba por un momento; ora miraba a la izquierda, ora a la derecha, tan pronto se erguía como se echaba hacia atrás. cansada. Con la misma nerviosidad con que se movia, hablaba también, siempre a saltos, siempre en staccaro, siempre sin pausa. Quizás, pensé, esa falta de dominio y esa inquietud cran una compensación por la inmovilidad forzosa de sus piernas o tal vez una ligera fiebre constante que imprime a sus gestos y a su conversación un ritmo acelerado. Pero me quedaba poco tiempo para la contemplación, pues ella sabía, con sus preguntas rápidas y con el modo ligero y alado de su charla, atraer completamente la atención, y ante mi sorpresa me encontré de pronto en medio de una conversación verdaderamente interesante y grata.

Pasó una hora, ral vez una hora y media. De pronto se distinguió una sombra que se acercaba desde el salón. Alguien entraba des-

pacio, como temiendo molestar. Era Kekas-

-No se mueva -me dijo, poniendo las dos manos en mis hombros cuando me iba a levantar, y luego se inclinó sobre la niña para dejar un ligero beso en su frente. Llevaba otra vez un saco negro, la blanca camisa almidonada y una corbata de estilo antiguo (nunca lo he visto vestido de otra manera). Con sus ojos cuidadosamente investigadores detrás de los lentes durados, daba la impresión de un médico. Y como un médico que se sienta en el borde de la cama, así se sentó al lado de la tullida. En el momento de su aparición, la estancia parecía hundirse en una penumbra melancólica. El modo temeroso con que de vez en cuando miraba a su hija, observándola cariñosamente, trababa y oscurecía el ritmo de nuestra charla hasta entonces despreocupada. El mismo percibió muy pronto nuestro embarazo y rrato entonces, a su vez, de iniciar por la fuerza una conversación. Preguntó, él también, por el regimiento, por este o aquel capitán, y por un coronel que entonces hacía su servicio en el ministerio de Guerra. Parecía conocer desde hacía años nuestros asuntos personales, y no sé por qué tuve la sensación de que destacaba con un propósito determinado la confianza con que trataba a todos los ofi-

ciales de graduación superior, Diez minutos más, pensé, y podré retirarme correctamente, pero en ese momento alguien golpeaba la puerta, y entró silencioso el sirviente, como si anduviera descalzo, para decir algo al oido de Edith. Esta se irguió, sin con-

trol sobre si misma. ¡Que espere! ¡No! ¡Que me deje en paz

hoy! ¡Que se vaya! ¡No le necesito! A todos nos afectó su imperuosidad y yo me levanté con la desagradable sensación de haber permanecido demasiado tiempo; pero con la misma falta de consideración con que se había dirigido al sirviente, Edith me dijo-

-No, ;quédese! Eso no tiene importancia. En su tono autoritario habia en verdad algode falta de educación. El padre también parecia sentir la inconveniencia, pues con el rostro desamparadamente compungido advirtió: Pero, Edith ...

Entonces, ella misma, ya sea por la sorpresa de su padre, va sea por mi actitud cohibida, se dió cuenta de que se había dejado arrastrar

por los nervios, pues de pronto me dijo:

--;Perdoneme! José hubiera podido esperar,
en vez de venir tan aturdidamente. No es más que el suplicio diario, el masajista, que hace ejercicios conmigo. ¡La estupidez más gran-de! ¡Uno, dos, uno, dos, arriba, abajo! ¿Y con eso quieren que alguien se sanc? Es el último invento de nuestro señor doctor y un fastidio completamente inútil, tan sin sentido como todo lo demás.

Al decir eso miró a su padre con una expresión de reto, como inculpándolo. Confundido (avergonzado delante de mi), el anciano se inclinó sobre ella.

-Pero, hija..., etú crees realmente que el doctor Condor...?

Mas se interrumpió en seguida, pues vió que su boca y las aletas de su nariz empezaban a tembiar, Del mismo modo habían temblado sus labios aquella noche, y ya columbraba yo una nueva crisis, pero de repente Edith se sonrojó y murmuro condescendiente;

-Está bien, va voy, a pesar de que no sirve para nada, ni tiene sentido alguno. Perdonenie, teniente; espero que usted volverá pronto a vernos

Hice una reverencia y quise despedirme, pero ella se adelantó a mis propósitos, -No; quédese usted con papá, mientras me

Dió a esta última palabra, "marcho", la pronunciación hiriente de una anteraza. Lucgo touió la campanilla de bronce que se hallaba sobre la mesa y la agitó. (Más tarde observé que en toda la casa, en todas las mesas, había



Goce de una vida activa ... sin achaques

Nambre....

Localidad. F. C..... F. C.....

Calle y Nº....

CERRITO 236

UNA BUENA ELIMINACIÓN

La satisfacción legítima que proporciona una vida activa, sin achaques, es posible con un organismo sano que elimine bien los desechos.

Un buen diurético puede ser una ayuda útil cuando sea necesario favorecer la eliminación urinaria. Las Pildoras De Witt son un buen diurético.

Además de activar la función renal, ejercen una suave acción antiséptica y balsámica en el aparato urinario.

Fáciles de tomar, no ocasionan molestia alguna. Se expenden en frascos de 40 y 100 píldoras. Las hellará en la farmacia de su localidad.

PILDORAS

campanillas iguales al alcance de su mano, para que en cualquier instante pudiera llamar a alguien sin tener que esperar ni un momento). La campanilla sonó con estridencia. Volvió a presentarse de inmediato el criado que ante su arrebato se había retirado discreta-

-Ayúdeme -ordenó, apartando la piel blan-

ca que cubría sus rodillas.

Ilona se inclinó sobre ella, para decirle algo al oido, pero Edith le replico, visiblemente irritada, con un "no" indignado.

-Que José me ayude a incorporarme; des-

pués caminaré sola, Lo que siguió fué algo terrible, El sirviente se acercó a la muchacha y, con un gesto evidentemente habitual, alzó su cuerpo liviano, colocando sus dos manos debajo de sus axilas. Una vez de pie, agarrándose con ambas ma nos del respaldo del sillón, Edith nos midió a todos con una mirada de reto, luego tomó las nuletas que habían estado escondidas debajo de la piel, apretó fuertemente los labios y..., tap-tap, tap-tap, se alejó con irregulares movimientos, torcidamente, como una bruja, siguiéndola el mucamo con los brazos dispuestos para sostenerla si llegara a resbalar o cansarse. Adelantó paso a paso, y entre cada taptap se oia un leve rumor, como de un cuero tendido y un metal. No me atreví a mirar sus pobres piernas, pero sospechaba que llevaha algún aparato en los tobillos. Mi corazón se oprimió como bajo la impresión de una helada, mientras asistí a esa marcha forzada, pues comprendí de inmediato el propósito demostrativo que había en su negativa de hacerse ayudar o llevar en la silla de ruedas. Pretendía enseñarme a mí, justamente a mí, luego a todos nosotros, que era una lisiada. Quería causarnos un dolor en función de algún deseo misterioso de venganza, propib de la desesperación; quería martirizarnos con su martirio y acusarnos a nosotros, que estábamos sanos, y no a Dios. Pero precisamente en este reto tremendo sentí, mil veces más fuertemente que en su anterior arrebato de desesperación -cuando la invitara a bailar-, cuán infinito debía ser el dolor de su impotencia. Por fin -parecía una eternidad- había dado los pocos pasos hasta la puerta, tambaleando de un lado al otro, echando todo el peso de su delgado cuerpo conmovido, ora sobre ésta, ora sobre aquella muleta. No tuve el valor de fijarme en ella una sola vez, pues el mero sonido duro y seco de las muletas, el ruido del aparato, y la respiración apagada de su esfuerzo, me turbó al extremo que sentí mi corazón golpear contra el paño de mi uniforme. Ya había ella abandonado la habitación, pero aun segui escuchando, reteniendo la respiración, cómo detrás de la puerta cerrada se amortiguaba aquel ruido horroroso hasta apagarse por fin.

Solo entonces, al volver el silencio, osé levantar la mirada. Entonces me di cuenta que el anciano caballero se había puesto de pie en el interin y miraba atentamente por la ventana. En el contraluz incierto no vi más que una silueta, pero comprobe que los hombros de esa figura inclinada se movian convulsivamente en líneas ondulantes. Aun el padre, que veía a su hija todos los días martirizarse, quedaba anonadado por ese espectáculo.

El aire parecía haberse solidificado en el aposento, entre nosotros. Al cabo de unos minutos, la figura oscura se dió vuelta y se acer-có a mí con paso inseguro, como si hollara un

piso resbaloso.

-Señor teniente, por favor, no tome usted a mal su brusquedad, pero... Usted no sahe cuánto se le ha hecho sufrir en todos estos años... Cada vez otra cosa, ¡v progresa tan lentamente! Comprendo que se impaciente, pero qué podemos hacer? Hay que ensayarlo

todo, no se puede hacer menos. El anciano se había quedado de pie delante de la mesita de té abandonada y no me miró mientras hablaba; dirigía sus ojos, casi cubiertos por las pestañas grises, fijamente sobre la mesa, y como soñando sacó de la azucarera un terrón de azúcar, lo hizo girar entre sus dedos, lo contempló sin darse cuenta y lo volvió a su lugar. Sus gestos se asemejaban a los de un ebrio. Algo particular parecia retener su mirada en la mesita de té. Alzó inconscientemente una cucharita, la depositó de nuevo y, como dirigiéndose a esa cucharita, prosiguió:

-: Si usted supiera cómo era antes! Todo el dia subia y bajaba las escaleras, corría por pasillos y habitaciones hasta infundirnos temor. Cuando tenía once años montaba su ponney v atravesaba las praderas a todo correr sin que nadie lograra alcanzarla. ¡Cuánto temíamos, mi difunta mujer y yo, porque era tan atrevida, tan ligera y porque todo le resultaba sólo necesitaba abrir sus brazos para poder volar. Y justamente a ella tenía que sucederle eso . . .

La rava entre el cabello ralo y canoso se hundía cada vez más sobre la mesita. La mano nerviosa seguía huroneando entre los objetos esparcidos, tomando ahora una pinza para el azúcar, con la que trazaba extrañas figuras. Sabía que le dominaba la vergüenza, la confu-

sión, el temor de mirarme.

-Y con todo eso, ¡cuán fácil es, aún hoy, alegrarla! Disfruta con las más insignificantes pequeñeces, como una criatura. Se ríe de la broma más tonta y se entusiasma por un libro. Ojalá usted hubiera visto cuan encantada estaba al recibir sus flores. De inmediato quedó librada del temor de haberle ofendido. Usted no sospecha cuán sensible es. Percibe todo, mucho más intensamente que nosotros. Sé muy bien que nadie está más desesperado que ella por haber perdido el dominio sobre sí misma. Pero, ¿cómo es posible dominarse..., de dónde ha de sacar una criatura toda la paciencia que es necesaria en su situación, cómo es po-sible sufrir en silencio cuando Dios castiga ranto a una inocente..., cuando no ha cometido ningún mal?

Continuó con la mirada fija en las figuras imaginarias que su mano temblorosa dibujaba, con las pinzas del azúcar, en el vacio. De repente las dejó caer como despavorido. Daba la impresion de despertar y cobrar repentinamente conciencia de no haber hablado consigo mismo, sino con un ser completamente extraño. Con una voz totalmente distinta, despierta v apesadumbrada, trató de disculparse,

-Perdone, señor teniente... ¡Qué ocurrencia la mía, molestarle con nuestras penas! Dije todo eso..., sólo quise explicarle..., no quisiera que usted pensara mal de ella...; que

usted. No sé cómo encontré el valor para interrumpir al hombre que tartamudeaba confuso, y las manos delgadas y frías del anciano, y las estreché sin decir nada, hasta que él las retiró instintivamente. Me midió sorprendido, Los vidrios de sus lentes despedían un refleio oblicuo, y detrás de ellos, una mirada insegura buscaba blanda v confusamente la mía. Temí que fuera a decir algo, pero no lo hizo. Sólo se ensancharon las negras pupilas redondas como si fueran a salirse de las órbitas. Yo también sentí entonces una emoción nueva para mí, v para huir de ella, saludé apresuradamente y salí de la estancia.

En el vestíbulo, el criado me avudó a ponerme la capa. De repente sentí una corriente de aire en la espalda. Sín darme vuelta, comprendí que el anciano me había seguido y que estaba ahora en el umbral de la puerta, empujado por el anhelo de darme las gracias. Mas yo no quise dejarme avergonzar. Me conduje como si no hubiese advertido su presencia. Rápidamente, con la sangre agolpándoseme en la venas, abandoné la casa trágica,

222

A la mañana siguiente -una neblina palida envolvía a la ciudad, y todas las persianas permanecian aun cerradas para proteger el sueno honrado de los ciudadanos- nuestro escuadros se dirigía a caballo, como todas las mañanas. hacia el campo de ejercicios. El ruidoso paso atravesaba primero el incómodo empedrado. Medio dormidos todavía, imnóviles y malhumorados, mis ulanos tambaleábanse sobre sus sillas. No tardamos en dejar atrás cuatro cinco calles, y al llegar a la carretera, pasamos al trote para doblar pronto hacía la derechay atravesar las praderas abiertas. Di orden de galopar y, a un solo movimiento, los caballos empezaron a correr. Los animales ya conocian el campo blando, bueno, espacioso. No hace falta animarlos, se podía dejar sueltas las ricudas, pues apenas los caballos sentían la presion de las rodillas empezaban a galopar con todas sus fuerzas. Ellos también conocían el goce de la excitación v la distensión.

Cabalgaba yo al frente de mi escuadrón. Sov un linete apasionado. Desde las caderas sentus la sangre correr a través del cuerpo animado. como un calor vital, en tanto que el vientfrío me golpeaba la frente y las meillas, Magnífico aire matutino; en él se percibe el rocio de la noche, el halo de la tierra removida, el olor de los campos en flor y al mismo tiempo le rodea a uno el cálido vapor sensual de las ventanas de la nariz del caballo. Este primer galope de la mañana, que conmueve tan agradablemente el cuerpo entumecido y adormecido, v que desgarra la somnolencia como una neblina tupida, me entusiasma siempre. La sensación liviana que me animaba, ensanchaba su querer mi pecho, y con los labios abiertos absorbía la corriente de aire. Sentía cómo se ene aclaraban los ojos y se vivificaban mis sentados, y tras mí resonaban en ritmo regular los sables, la respiración jadeante de los caballos el ruido suave v crepitante de las sillas, el golpe uniforme de las herraduras,

El agitado grupo de hombres y caballos formaba un solo cuerpo de centauros llevado por un impetu común. ¡Oh, jinetear así hasta el fin del mundo! Con el secreto orgullo de ser creador y dueño de ese goce, me di vuelta de repente en la silla para mirar a mi gente, V comprobé entonces que el ánimo de mis bravos ulanos había cambiado. La pesada opresión rutena, la sordidez, la somnolencia se habían borrado de sus ojos. Al sentirse observados se erguían más, v respondieron con una sonnsa a la alegría que trasuntaba mi mirada. Comprendi que esos campesinos sórdidos estaban igualmente impregnados del goce de ese movimiento veloz; de ese pregusto del vuelo hamano, Sentían, lo mismo que vo, la dicha enimal de su juventud, de su fuerza a la vez intensa v libertada.

Pero de repente grité una orden: "

-; Alto! ¡Al trote! Con un movimiento de sorpresa todos tiraron de las riendas. El escuadrón cayó, como una mágnina repentinamente frenada, en el paso más pesado. Los soldados me miraban de soslavo, un tanto sorprendidos, pues generalmente atravesábamos las praderas en un solo galope tendido, hasta el cuadrado del campo de ejercicios. Mas yo tuve la sensación de que una mano extraña retenía de pronto mis riendas; de súbito recordé algo. Debo haber vistsin darme cuenta, a la izquierda del horizonte, el cuadrado blanco de la muralla, los árboles del parque, y el terrado de la torre. Me senti como atravesado por una bala, tuve la sensación de que alguien me miraba y que ese alguien era la misma persona a la que había ofendido con mi invitación a bailar y que volvia a ofender con mi alegria. Una persona con las piernas tullidas y prisioneras, susceptible de

dos, ne averguncé de pronto de correr tan sano, tan sin trabas, tan ágil; me avergoncé de mi dicha denasiado corporal como si se tratara de un privilegin que no me correspondía. Hice trotar lentamente a mis muchachos, desencantados, a través de los campos. Sin miratlos, sentí que esperaban en vano la voz de mando que les diera nuevos arrestos.

Es verdad que, en el mismo instante en que fui presa de tan extraña rémora, supe también que semejante castigo era tan torpe como inútil. Sabía que de nada sirve negarse un goce que a otros les está vedado, negarse una dicha, porque mientras nosotros reimos y bromeamos, en alguna parte, alguien se agita con los estertores de la agonía; que dutrás de miles de ventanas se acurruca la miseria y vacen hombres hambrientos; que hay hospitales, canteras y minas y que infinidad de seres prestan servicios de esclavos en las fábricas, oficinas y cárceles, y que en ese como en cualquier otro momento, nadie siente alivio en su pena porque otro se mattirice inútilmente. No se me ocultó que si se empezara a imaginar la miseria simultánea de esta Tierra, quien tal hiciera se quedaria sin sueño y se ahogaría toda risa en su boca. Pero nunca es la pena imaginada la que confunde y achata. Sólo connueve al alma aquella que se ha visto realmente con ojos compasivos. En medio de mi efusión apasionada había visto el rostro pálido y desencajado, tan de cerca y tan claramente como una visión. La niña se me apareció tal como la había visto atravesando el salón y, simultáneamente, oi los golpes secos de sus muletas y los ruidos de los aparatos ocultos en las coyunturas enfermas. Sin pensar y sin reflexionar, movido por una especie de pavor, había tirado de las riendas. De nada servía que luego me dijera que era inútil seguir al trote pesado en vez de continuar el galope que arrastra v anima. Sin embargo, el golpe había alcanzado una parte de mi corazón que debe estar cercana de la conciencia. Ya no tuve valor para gozar libremente de la perfección de mi cuerpo pletórico de fuerza y salud. Trotamos despacio y somnolientos hasta el caminito que desembocaba en el campo de ejercicios. Sólo al perder de vista el castillo, me animé para decirme: "Dejemos esos sentimentalismos sin sentido". Y di la orden: -;Al galope!

Aquel tirón repentino de las riendas fué el principio de todo. Fué, como quien dice, el primer sintoma de una extraña intoxicación: la de la compasión. Primero sólo sentí — como el que, al comienzo de una enfermedad, se despierta con la cabeza pesada - que algo me había pasado o me estaba ocurriendo. Hasta entonces había vegetado simplemente en mi bien demarcado círculo de vida. Me había preocupado por lo que mis camaradas y mis superiores consideraban importante o divertido, pero nunca había demostrado un interés personal en cosa alguna. Nunca antes me había sentido verdaderamente conmovido. Las relaciones de mi familia eran normales, mi profesión y carrera eran limitadas y reglamentadas, y esa despreocupación -según comprendí ennutadas y reglamentadas. V esa despreocupación — segun comprendi en-tonces— había tornado insensible mi corazón. Ahora, de repente, algo-ine había sucedido — nada que fuera visible desde afuera, nada que tu-viera el aspecto de cosa esencial —. Sin embargo, aquella mirada iracunda, cuando en los ojos de la ofendida reconocí una profundidad hasta entonces insospechada del pesar humano, había ahierto algo en mí. y, desde entonces, un calor repentino me recorria interiormente, despertando aquella ficbre misteriosa que me resultaba tan inexplicable co-mo a todo enfermo su enfermedad. Sólo comprendí que había traspasado el círculo asegurado de las convenciones en que hasta entonces viviera ingenuamente y que había penetrado en una zona nueva que, como todo lo nuevo, resultaba a la vez excirante e inquietante. Por primera vez vi to nuevo, resonata a na vere exchante abierto delante de mé el abierto del sentimiento, y senti la tentación de medirlo, arrojandome a él. Pero al mismo tiempo mi instinto me advirtíó que no debía satisfacer curiosidad tan arrevida, diciéndome: "Basvirtió que no debía satisfacer curiosidad tan arrevida, diciéndomo: "Basta; has pedido disculpas, va apañaste tu torpeza tan justificada." Pero otra voz interior me susurraba: "¡Visitala otra vez! ¡Siente una vez otra voz interior me susurraba: "¡Visitala otra vez! ¡Siente una vez más ese escalofrio, esa sensación de temor y tensión!" Y nuevamente la advertencia: "¡Quedate tranquilo, no incomodes, no te entrometas! Como hombre simple v joven que eres, no estarás a la altura de aquel exceso y cometerás torpezas mayores que la primera vez."

De un modo inesperado se me evitó esa indecisión interior, pues tres dísa después encontré sobre mi mesa una carta de Relesfaliva, quien me invitaba a almortar en su casa el domingo siguiente. Hací; constar que entre los invitados sólo figurarian caballeros, uno de ellos, aquel eniente coronel von F., del ministerio de Guerra, del que va me habiabado. Y aprecaba que, desde luego, so hija e llona clebbrarian particularmente mi presencia. No me avergüenza confesar que esa invitación enorgulleció al joven más bien trinido que vo era entonces. No se nue había olvidado, pues, y la observación de que estaría presente el teniente discreta proporcionarme una protección militar. (Comprendí en seguida a oué sensación de gratitud lo debia).

Realmente, no tenía por qué arrejentirme de haber aceptado de inusediato. Resultó una tarde agridable, v yo, como oficial subalterno, por quien nadie se preocupaba mavormente en el regimiento, tuve la sensación de encontar en estos señores de edad y distinguidos una cordiada peculiar a que no estaba acostumbrado, Era evidente que Kekesfalva habia llamado la atención sobre mi persona de una manera especial. Por primera vez en mi vida, un superior de categoría me trató sin hacer distinción de rango. Quiso saber si me encontraba cómodo en mi regimiento y que perspectivas de ascenso tenía. Me invitó a visitarle si al-

iES UNA GRAN NOVELA ARGENTINA!...

en cuyas páginas revive el pasado heroico y las recias figuras de aquellos que, a fuerza de coraje y de tesón, conquistaron para la patria el desierto donde reinaba el salvaje.

EL ULTIMO PERRO

la gran novela argentina de

GUILLERMO HOUSE

debe ser leída y conservada por todos. Narra la historia de la Posta del Lobatón, lugar perdido en la soledad, en donde buscan amparo y refugio aquellos que se atreven a atravesar las soledades donde reina el salvaje.

Es una historia dramática, apasionante y maravillosa, real y poética a la vez, de aquellas que atraen desde su primera página y que no puede ser abandonada hasta el final. Lea en

Leoplán.

del 16 del corriente mes

EL ULTIMO PERRO

IUNA GRAN NOVELA ARGENTINAL

guna vez llegaba a Viena o necesitaba de él cualquier cosa. El notario, a su vez, un alegre señor calvo, con cara de luna, bonachón, me invitó a su casa y el director de la refinería de azúcar me dirigió la palabra a sa casa y el director de la reinteria de azucar me dirigio la paziona reperidas veces. Qué conversación tan distinta de la que se hacía en nuestro casino de oficiales, donde había que aceptar sumisamente toda opinión que partía de un superior! Más pronto de lo que esperaba, me senti dueño de mi mismo, y al cabo de apenas media hora, participaba

de las conversaciones sin asomo de corredad.

Nuevamente los criados servían manjares que hasta entonces sólo conocía por haberlos oido mencionar a camaradas más adinerados: caviar conservado sobre el hiclo, pastel de venado y faisanes, todo acompañado por aquellos vinos que parecen dar alas a los sentidos. Bien sé que es una tonteria sucumbir a la impresión de esas cosas. Pero, ¿por qué negarlo?, yo, un teniente joven, insignificante, desacostumbrado a los ricos manjares, asboreé con infantil presunción el gusto de compartir la mesa suntuosa con señores tan distinguidos. Pensaba reiteradamente que pagaría una fortuna por que me vicran Wawruschka y aquel volunrario palido que siempre se vanagloriaba por las comidas ricas que le habían sido servidas en lo de Sacher, en Viena, ¡Si vieran esta casa, abririan tamaños ojos y boca! ¡Ojalá esos envidiosos pudieran verme sentado aquí, contestando al teniente coronel del ministerio de Guerra, que levanta su copa hacia mi, o discutiendo amigablemente con el director de la refineria, que acabó por decirme, muy serio:

-Me sorprende que todo eso le sea tan familiar. El café fué servido en el saloneito; se libó coñac en copas panzudas refrescadas en el hielo, y luego se nos obsequió nuevamente con aquel calcidoscopio de licores, así como con los famosos cigarros gruesos con sus anillos pomposos. En medio de la conversación, Kekesfalva me preguntó si preferia participar de una partida de naipes o charlar con las dantas, Repliqué sin vacilar que, desde luego, prefería esto último, pues no me habría sentido muy cómodo al arriesgar un rubber contra un reniente coronel adscripto al ministerio de Guerra. De ganar yo, tal vez se hubiese molestado, v de perder, hubiera quedado desbaratado mi presupuesto mensual. Además, recordé que llevaba a lo sumo veinte

curonas en la cartera.

En tanto que se disponían las mesas de juego, me senté junto a las niñas y ante mi sorpresa - éfué el vino o el buen humor el que embellecía todo? - me parecieron ese día singularmente bonitas. Edith no estaba tan pálida, macilenta, enfermiza, como la otra vez. Es posible que en honor de los huéspedes se hubiera puesto un poco de rouge, pero también es probable que el buen humor reinante hubiera teñido sus mejillas; faltaban, de todos modos, la arruga nerviosa e inquieta alrededor de su boca v el tic caprichoso de sus ojos. Llevaba un largo vestido color rusa, ninguna piel cubría sus rodillas y, sin embargo, pensé que se debia a nuestro buen humor el que nadie pensara en su desgracia, En cuanto a Ilona, tuve la leve sospecha de que estaba ligeramente embriagada, y cuando al reir echaba sus hermosos hombros hacia atrás, tenía que apartarme de ella para resistir a la tentación de rozar casualmente

sus brazos desnudos.

Aun el más tonto no tiene dificultad para hablar animadamente cuando acaba de tomar un coñac que le deja un calor agradable, cuando disfruta de un cigarro puro, cuyo aroma produce un cosquilleo grato a la nariz, y cuando, después de una comida suculenta, se halla en compafiia de dos niñas bonitas y animadas. Sé que, por lo general, tengo fa-cilidad de palabra, a menos que me trabe mi maldita cortedad. Pero ese día estaba en vena y hablê con verdadero ánimo. Claro está que sólo referi historietas sin importancia, los últimos sucesos del cuartel, como, por ejemplo, la anécdota del coronel que la semana anterior queria mandar una carra urgente para que saliera con el expreso de Viena y que llamó a un ulano, un campesino ruteno, al que trató de hacer comprender que esa carta debía expedirse inmediatamente, razón por la cual el muchacho fué al establo para ensillar su caballo y galopar de un tirón a Viena. Si no se hubiese avisado telefónicamente al próximo comando, aquel estúpido habría hecho las dieciocho horas a caballo. No fue, pues, ni mucho menos, con reflexiones profundas con las que mantuve la atención de mis compañeras, sino con simples anécdotas de todos los días, que no obstante divertían sobremanera a las muchachas, que refan sin interrupción. La risa de Edith sonaba particularmente alegre con su tono argentino que a veces se excedia, pero su alegría debía pro-ceder en verdad de sus adentros, pues la piel fina y transparente como porcelana de sus delgadas mejillas, denotaba un color cada vez más subido; un halo de salud y belleza iluminó su rostro, y sus ojos grises, co-múnmente acerados y penetrantes, reflejaron una alegría infantil. Daba gusto mirarla mientras se olvidaba de su cuerpo encadenado, y sus movimientos se tornaban más y más libres y sus gestos cada vez más desem-barazados. Estaba echada hacia atrás, reía, bebía, atraía a llona hacia sí y colocaba el brazo en sus hombros. La verdad es que las dos se divertian mucho. El éxito siempre entusiasma al narrador; y retornaron a mi memoria una gran cantidad de anécdotas que yo creia haber olvidado para siempre. Temeroso y corto de genio por costumbre, me encontré con un coraje que me resultó nuevo: las hice reir y las acompañé en sus risas. Los tres nos acurrucamos en un rincón como niños impertinentes.

Y, sin embargo, mientras vo bromcaba sin tregua y parecia estar en perfecta armonía con nuestro pequeño círculo alegre, senti, medio inconsciente, una mirada que me observaba. A través de unos lentes, me llegaba desde la mesa de juego, Fué una mirada cálida, dichosa, que agrandaba todavía mi propia felicidad. El aneiano señor miraba de soslavo, en secreto, muy cuidadosamente, por encima de sus gafas, y cuan-

do alguna vez se cruzaron nuestras miradas, inclinó la cabeza en señal de inteligencia. Su rostro tenía en ese momento la expresión concentrada de una persona que escucha atentamente un trozo de música,

La velada se prolongó hasta casi la medianoche, y nuestra charla no se interrumpió una sola vez. Se sirvió un nuevo refrigerio, sabrosos sandwiches, y no tuí yo solo el que se sirvió sin reparos. Las dos muchachas también comieron con excelente apetito y bebieron varias copas de un rico Oporto, pesado y añejo, Con todo, llegó la hora de la despedida. Edith e Ilona me apretaron la mano como a un viejo amigo, un camarada estimado y digno de confianza. Claro está que tuve que prometerles volver pronto, al día siguiente o, a más tardar, dos días después. Luego salí con los demás invitados al vestíbulo. Afuera nos esperaba el auto que debía llevarnos a nuestras respectivas casas. Fui a buscar mi capa mientras el criado ayudaba al teniente coronel a punerse la suya. De pronto noté que alguien me ayudaba. Era Kekesfalva, y mientras vo esbozaba, turbado, un gesto de protesta (¿cómo permitir que ne ayudase un señor de nucha más edad que yo?), el me decia en voz

-No se imagina usted, señor teniente, qué felicidad ha significado para mi volver a oir a mi hija reirse de buena gana. Casi nunca está alegre. Y hoy era como antes, cuando

En ese instante se nos acercó el teniente coronel. Nos vamos? - me sonrió amablemente.

Kekesfalva no se atrevió a seguir hablando en su presencia, pero vo noté que la mano del anciano pasaba sobre mi brazo, muy queda, casi timidamente, tal como se acaricia a un niño o a una mujer. Lo oculto y furtivo de ese contacto huraño encerraba una cordialidad y un agradecimiento infinitos; percibí tal dicha y tal desesperación, que me sentí nuevamente conmovido, y mientras bajé respetuoso al lado del teniente coronel los tres peldaños hasta el automóvil, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para que nadie advirtiera mi emoción.

222

Estaba demasiado agitado para acostarme aquella noche. Es verdad que, visto con frialdad, la causa era mínima, nada más que el gesto afectuoso de un hombre de edad; pero ese movimiento suave, que expresaba una gratitud fervorosa, bastaba para despertar y hacer desbordar en mi algo muy intimo. En aquel contacto había experimentado una remura can casta y, sin embargo, tan apasionada como nunca me la había inspirado ni siquiera una mujer. Por primera vez en mi vida tuve la certeza de haber sido verdaderamente útil a alguien en este mundo, y fué infinito mi asombro de que un teniente mediocre v. poco seguro de si mismo dispusiera efectivamente de esa capacidad para provocar en alguien semejante dicha. Para explicar el efecto embriagador de ese descubrimiento repentino, conviene tal vez que recuerde, para mi mismo, que desde los días de mi infancia nada había oprimido tanto mi alma como la convicción de ser un ente perfectamente superfluo, que no interesaba a los demás y que, en el mejor de los casos, les era indiferente. En el colegio militar y en la academia, siempre había sido un alumno mediocre que jamás se distinguió en ningún concepto, ni figuraba tampoco en el regimiento entre los que gozaban de singular estima o preferencia. Estaba, pues, profundamente convencido de que, en el caso de mi desaparición repentina, si, por ejemplo, al caer del caballo me rompía la nuca, mis camaradas dirían tal vez "¡Es una lástima!" o "¡Pobre Hof-, pero al cabo de un mes ya nadie me echaria de menos, Otro cahalgaria en mi lugar y ese otro cumpliría tan mal o tan bien con su deber como vo. Lo que me sucedía con mis camaradas, me ocurría también con las pocas muchachas con que mantuve relaciones en las dos guarniciones en que había seruido: en Jaroslav, con la asistente de un dentista, y en Viena con una modistilla, Salíamos juntos los dias de asueto, llevaba a Anita a mi pieza, y en oportunidad de su cumpleaños le regalé un collar de coral. Habíamos cambiado las habituales palabras de ternura, y probablemente habían sido sinceras. Pero cuando fui trasladado, ambos nos consolamos rápidamente; durante los tres primeros meses nos escribimos unas cuantas cartas usuales, mas luego cada cual se relacionaba con otra pareja; toda la diferencia consistia en que ella llamaba en sus arrebatos amorosos a un Ferdl en vez de un Tonny. Pasado, olvidado! A los veinticinco años no había sido obieto todavía de un sentimiento fuerte v apasionado y, en verdad, no esperaba ni exigía de la vida más que la posibilidad de cumplir correctamente con mi deber y de no llamar nunca la atención de un modo desagradable,

Pero ahora había sucedido lo inesperado, y admirado me contemplé mi mismo con una curiosidad sobresaltada, ¿Cómo? ¿Un joven mea int mande cui una colessada sobresaltada. ¿Como? ¿Con Joven me-diocre también tiene poder sobre otros hombres? ¿To, que honrada-mente no podía llamarme dueño de cincuenta coronas, podía regalar más dicha a un hombre rico, que todos sus amigos? ¿Yo, el teniente Hofmiller, podía sayudar y consolar a alguien? ¡Si me sentaba una o dos tardes al lado de una muchacha tullida y azorada para charlar con ella se aclaraban sus ojos y sus mejillas respiraban mayor vitalidad, y toda una casa ensombrecida tornábase clara en virtud de mi presencia!

Llevado por mi agitación, crucé las calles oscuras con tal rapidez que me senti sofocado. Hubiera querido desabrochar mi saco, pues senti que mi corazón se ensanchaba: aquella sorpresa engendró y reveló inesperadamente otra nueva, más embriagadora todavía - la noción de mi facilidad enorme para conquistar la amistad de aquella gente extraña -. ¿Qué gran hazaña había cumplido vo? Había demostrado un poco de compasión, había pasado dos tardes alegres, gratas y animadas en su casa, Aqui está la Caravana..!



conlos 5 GRANDES

del buen humor

Escribe MAXIMO AGUIRRE

para

- * RAFAEL CARRET
- JORGE
- * ZELMAR GUEÑOL * GUILLERMO RICO
- * JUAN C. CAMBON

con la colaboración de ANA MARIA ROY, NELLY LAINEZ, JULIO DURAN Y CHELA RUIZ

HOY y todos los DOMINGOS y MIERCOLES a las 21 horas, por la

RED ARGENTINA DE EMISORAS SPLENDID

EXCLUSIVA DE "CASA MUNOZ"

eso bastaba. ¡Qué torpeza, la de pasar todas as horas libres, día tras día, en el café, jugar stúpidamente a las cartas con camaradas aburidos o pasearse de arriba abajo en la calle prinipal! No; en adelante no iba a dedicarme más esa insensatez, a esa necia marcha en el vacío. lientras atravesaba la noche tenue, cada vez nás apresurado, me prometí firmemente, como lespierto de golpe, que en adelante modificaia mi manera de vivir. No frecuentaría más el afé, dejaría los estúpidos naipes y el billar, sondría punto final enérgicamente a todos esos nodos de matar el tiempo que no sirven a nadie me embrutecían a mi mismo, fría a visitar nás a menudo a aquella enferma e, incluso, ne prepararia cada vez para poder contar a las los muchachas cosas gratas y divertidas, Jugajamos al ajedrez o pasaríamos de otra manea agradable el tiempo. Esa misma proposición le ayudar y de ser útil en adelante a otros, ne infundió una especie de entusiasmo. Hubiea querido cantar o cometer alguna imprudenia para dar salida a esa sensación de contento. sólo cuando se comprende que también se es itil a otro ser, se percibe el sentido y la misión

le la existencia propia, Fué así y nada más que por eso que en las semanas siguientes pasaba las tardes, y generalneute también las noches, con los Kekesfalva. Pronto esas horas de charla amigable se conrirticron en hábito y en costumbre no carente de peligro, ¡Pero fue seducción para un joven empujado desde su infancia de un instituto militar a otro, la de hallar de repente un hogar, una patria del corazón, en lugar de las frías estancias del cuartel, de las ahumadas salas de camaradería! Cuando, después de cumplir el servicio, entre las cuatro y media y las cinco, me dirigia al castillo Kekesfalva, el criado abria la puerta con grandes muestras de alegría apehas yo tocaba el llamador, como si hubiese espiado mi llegada a través de una mirilla misteriosa. Todo evidenciaba cariñosamente que se me contaba entre los miembros de la familia; se consideraba cada una de mis pequeñas ldebilidades y preferencias. En cuanto a los cigarrillos, siempre estaba a mano mi marca favorita; cuando hablaba como al desgaire de un libro que me hubiera gustado leer, lo encontraha como por casualidad al dia siguiente en un pequeño taburete; un sillón determinado, frente al sofá de Edith, era considerado indefectiblemente como "mi lugar"; pequeñeces, insignificancias todas ellas, es verdad, pero atenciones que imprimen a una estancia extraña un calor hogareño y que alegran y alivian inconscientemente. Estaba vo, sentado ahí, más seguro de mí mismo que en el círculo de mis camaradas, charlaba y bromeaba según la inspiración del momento, comprendiendo por primera vez que toda forma de obligación ata las fuerzas efectivas del alma, y que la medida verdadera de un hombre sólo se manifiesta cuando tiene confianza.

Pero había algo, mucho más misterioso, que contribuia a que la tertulia diaria con las dos muchachas me animase tanto. Desde los días en que ingresé al colegio militar, desde diez o quince años atrás, viví ininterrumpidamente en un ambiente masculino. De la mañana a la noche, de la noche a la mañana, en el domnitorio, en las tiendas de campaña, durante las maniobras, en el casino, en la mesa y de paseo, en tel picadero y en el aula, siempre respiraba nada más que la atmósfera de hombres, primero de muchachos, luego de mozos, pero siempre de hombres, hombres acostumbrados a gestos energicos, a un caminar fuerte y ruidoso, hombres con voces guturales, olor a tabaco, falta de delicadeza y, no pocas veces, ordinarios, Ciertamente, estimaba de todo corazón a la mayoría de mis camaradas, y no tenía por que quejarme de falta de cordialidad para connigo. Pero esa atmósfera carecía de un elemento alado, como si no contuviera suficiente ozono, ní bastantes energías eléctricas en tensión. Y así como nuestra magnifica banda militar, pese a su ejemplar impetu ritmico, nunca dejó de ser una fría música de metales, es decir dura, como granulosa y orien-tada únicamente de acuerdo al tacto, puesto que carecía del sonido tiernamente sensual de los violines, así, aun las horas más gratas de nuestra camaradería estaban privadas de aquel fluido cálido que la mera presencia o proximidad de las mujeres proporciona invisiblemente a toda sociabilidad. Ya en aquellos tiempos, cuando siendo muchachitos de catoree años nos paseábamos de dos en dos, con nuestros vistosos uniformes de cadetes, por la ciu-dad, comprendiamos al tropezar con otros muchachos que se paseaban flirteando y aun solo charlando con niñas, que el acuartelamiento monacal vedaba a nuestra juventud algo de lo que nuestros compañeros de edad gozaban naturalmente todos los días en la calle, los paseos, la pista de patinaje y el salón de baile: el contacto ingenuo con las niñas que nosotros, apartados v encarcelados, veiamos pasar como silfides encantadas, imaginándonos esa conversación con una niuchacha como un placer inalcanzable. Semejantes privaciones no se olvidan nunca. El que más tarde se presentasen aventuras pasajeras, generalmente superficiales, con toda clase de mujeres condescendientes, no ofrecia ninguna recompensa para aquellos sentimentales sueños infautiles. A ello se debía la falta de agilidad, así como la torocza, con que me movía en sociedad (a pesar de haber dormido va con una docena de mujeres), cuando casualmente tropezaba con una joven que me estaba vedada. Se había corrompido mi natural ingenuidad por obra de un renunciamiento denasiado prolongado. De repente había quedado cumplido, del

modo más perfecto, ese anhelo juvenil inconfeso de cultivar una amistad con mujeres jóvenes y no con camaradas barbudos, varoniles, toscos. Pasaba todas las tardes con las dos muchachas; lo claro y femenino de sus voces - no puedo expresarlo de otra manera -. me causaba un bienestar casi físico, y con una sensación de dicha dificil de describir, gocé por primera vez de mi falta de timidez en presencia de aquéllas. La condición particularmente dichosa de nuestra relación ampentaba aún más, gracias al hecho de que, en circunstancias determinadas, evitaban que se estableciese aquel contacto chisporroteante que, por lo común, resulta inevitable cuando jovenes de distinto sexo permanecen mucho tiempo juntos y solos, Nuestras horas de charla carecian absolutamente de todo lo bochornoso que sucle tornar tan peligrosos los tête-à-tête en la penunibra. No tengo empacho en reconocer que, al principio, me irritaban del modo más agradable los labios carnosos que invitaban al beso, los brazos gordezuelos de Ilona, su sensualidad magiar, que se manifestaba en sus movimientos suaves y ondulantes, Algunas veces tuve que retener enérgicamente mis manos para no sucumbir a la tentación de abrazar a aquella mujer cálida y suave, con ojos negros y reidores, de besarla hasta el cansancio, Pero llona me confesó, en los primeros días de nuestro conocimiento, que desde hacía dos años estaba comprometida con un aspirante al notariado de Becskeret y que sólo esperaba el restablecimiento o la mejoría de Edith para casarse. Adiviné que Kekesfalva habia prometido una dote a la parienta sin fortuna a condición de que esperara hasta entonces. Por otra parte habría sido una perfidia y una brutalidad sin igual si, a espaldas de aquella compañera encantadora, impotente, atada a su silla de ruedas, hubiéramos ensavado unas caricias, sin que nos inspirara un verdadero sentimiento de amor. Se perdió, pues, rápidamente el encanto sensualmente vago del principio, v todo cuanto era capaz de sentir se concentraba de un modo cada vez más intenso sobre la desamparada, la sin ventura, pues forzosamente se alía en la química misteriosa de los sentimientos la compasión para un enfermo

con la ternura. Estar sentado junto a la tullida, alegrarla mediante la conversación, ver cómo su inquiera boca delgada se apaciguaba gracias a una sonrisa o conseguir a veces que demostrara una condescendencia avergonzada con sólo tocarla mi mano en el momento en que se agitaba impacientemente para satisfacer un impetu vehemente, y cobrar todavia por ello una mirada gris de gratitud - esas pequeñas coincidencias de una amistad espiritual me causaban más dicha junto a esa niña desamparada e impotente, que las aventuras más apasionadas con cualquier otra mujer -. En virtud de esas emociones suaves descubri - ; cuántos conocimientos debía a csos primeros días! - las zonas más delicadas del sentimiento, que hasta entonces no conocía ni sospechaba.

Eran zonas ignoradas y más delicadas; pero, en realidad, eran también más peligrosas. Es inútil aun el esfuerzo más indulgente; la relación entre un sano y un enfermo, entre un libre y un cautivo, no puede mantenerse a la larga en un equilibrio puro. La desgracia hace sensible, y el sufrimiento perenne, injusto, Tal como entre el deudor y el acreedor queda in-venciblemente una sensación molesta, porque al uno corresponde invariablemente el papel del donante y al otro el del favorecido, así queda en el enfermo, de continuo, una predisposición secreta contra todo gesto visible de atención o preocupación. Había que permanecer siempre alerta para no cruzar el límite casi imperceptible en que la compasión, en vez de apaciguar, heria aun más la extrema susceptibilidad de la niña, Mimada como estaba, exigia por una parte que todo el mundo la sirviese conio a una princesa y la atendiese como a una niña, pero en el momento siguiente, esa misma consideración podía amargarla porque le daba más clara conciencia de su propia debilidad. Si acaso se le acercaba el taburete a fin de que no tuviera que esforzarse para tomar un libro o una taza, exclamaba en tono soberbio y con los ojos relampagueantes:

-¿Cree usted que no puedo toniar yo misma lo que quiero?

Ante mi propia sorpresa, hallaba siempre esa fuerza. A un primer conocimiento de la condición humana se agregan continuamente otros más misteriosos, y al que le es dado experimen-tar compasivamente una sola forma del sufrimiento terrenal, le es dado rambién comprender, gracias a tan mágica enseñanza, todas las demás formas del mismo, aun las más extrañas y las aparentemente absurdas. No me dejé desorientar, pues, por sus revueltas ocasionales; al contrario, cuanto más injustos e inesperados eran sus ataques, tanto, más me conmovian. Poco a poco comprendi también por qué su padre e llona celebraban mis visitas y por que toda la casa gustaba de mi presencia. Un sufrimiento que dara mucho tiempo generalmente no solo cansa al enfermo, sino que también agota la compasión de los demás; no es posible prolon-6: r al infinito los sentimientos intensos. No ca se duda que el padre y la prima compadecian a la pobre impaciente hasta el fondo de su alma, pero esa compasión estaba ya en ellos como agotada y resignada. Para ellos, la enferma era enferma, y la dolencia un hecho consumado; esperaban con la mirada baja que concluvesen las breves tormentas nerviosas, pero ya no se asustaban como me asustaba yo cada vez. Yo, en cambio, que percibia su dolor como compoción renovada, llegué a ser el único ante quien se avergonzaba de su desmedro. Bastaba que al dejarse llevar ella por un arrebato, vo advirtiese:

"Pero, querida señorita Edith", para que bajase obedientemente la nirada gris, Se sonrojaba y se veia que, de no estar atadas sus piemas, hubiera querido huir de sí misma. Nunca me pude despedri de ella sin que me dijera de cierto modo suplicante que me atravesaba el co-

-¿Verdad que usted volverá mañana? ¿Verdad que usted no me tonió a mal ninguna de las tonterias que hoy he dicho?

En esos momentos yo sentía una especie de admiración milagrosa por que yo tuviese tanto poder sobre otros seres, a pesar de que no podia ofrecer nada más que mi compasión sincera. Pero corresponde al sentido de la juventud

el que cada nuevo conocimiento se transforme en exaltación y que, una vez movida por el sentimiento, no se canse de mantenerlo despierto. Se operó en mí una extraña transformación cuando descubrí que esa compasión mía constituía una fuerza que no sólo me excitaba a mí mismo de una manera verdaderamente gozosa, sino que surtía un efecto beneficioso más alla de mi propio ser. Desde que por primera vez adverti en mi la nueva capacidad de la compasión, sentía como si un tóxico se hubiera infiltrado en mi sangre, tornándola más cálida, más roja, más rápida, ms vehemente. De golpe dejé de comprender la sordidez de mi vida indiferente vivida hasta entonces, semejante a una penumbra gris y monótona. Empezaban a interesarme y conmoverme cien cosas, a cuyo lado había pasado antes sin prestarles atención. Como si con aquella primera visión de una pena ajena hubiese adquirido otro ojo más penetrante y sapiente, observé en todas partes acaecimientos que me ocultaban, entusiasmaban, emocionaban. Y como todo nuestro mundo está pletórico, calle por calle y habitación por habitación, de un destino sensible, y puesto que está impregnado de una miseria evidente hasta en su último fondo, mis días transcurrían en lo sucesivo colmados de atención y tensión. Durante nuestras cabalgatas me sorprendía porque de repente me sentía incapaz de castigar con fuerza a un caballo que se encabritaba, pues, consciente de mi culpa, percibía el dolor que vo mismo causaba, y los latigazos quema-ban mi propia piel, Involuntariamente se contraian convulsivamente mis dedos cuando un capitán colérico pegaba con el puño cerrado en el rostro de un pobre ulano ruteno que ha-bia acomodado mal los aparejos del caballo, en tanto que el nuchacho se cuadraba con la mano inmóvil pegada a la costura de su pantalón. En su derredor los demás soldados pantaion. En su derredor los demas solidados miraban o reían estúpidamente, y sólo yo veía cómo se empañaban los ojos del muchacho tosco, bajo los parpados avergonzadamente caídos. De repente, me resultaban insoportables las bromas que en el casino de oficiales se gastaban con respecto a camaradas torpes o poco hábiles. Desde que en aquella mu-chacha indefensa e inválida había compren-dido el martirio de la flaqueza, cada brutalidad me llenaba de odio y cada ser impotente reclamaba mi conmiseración. Infinidad de pequeñeces, que hasta entonces se me habían escapado, llegaron a mi conciencia desde que la casualidad había dejado caer en mi ojo aquella única gota ardiente de compasión. Me llamaba la atención, por ejemplo, que la vendedora de tabaco, a quien siempre habia com-prado mis cigarrillos, acercara las monedas hasta casi junto a sus lentes, y de inmediato me intranquilizaba la sospecha de que aquella mujer pudiese quedar ciega. Me propuse interrogarla delicadamente al día siguiente, v rogar también al médico del regimiento, Goldbaum, que la revisara. En otra oportunidad me di cuenta que, de un tiempo a esa parte, los voluntarios hacían el vacio al pequeño K., el de los cabellos rojizos, y recordé entonces haber leído en el diario que su tío había sido encarcelado -¿qué culpa tenía el pobre muchacho?- por haber cometido malversaciones de fondos. Entonces me senté exprofeso a su lado, en presencia de todos, e inicié una larga conversación con él. Su mirada agradecida me reveló en seguida que había comprendido que sólo lo hacía para demostrar a los demás que su manera de tratarle era tan iniusta como zafia. En otra ocasión solicité los servicios de un soldado de mi escuadrón en el preciso momento en que el coronel estaba por castigarlo con cuatro horas de ejercicios forzados. Diariamente experimentaba en distintas pruebas ese nuevo goce que me había sobrevenido tan de repente, y me decia: "De aquí en adelante ayudarás cuanto puedas a quien lo necesite; dejarás de ser indolente e indiferente". ; Agrandarse, entregándose a otros; enriquecerse, hermanándose con todo destino, comprendiendo y experimentando, por obra de la compasión, todo sufrimiento ajeno! Y mi alma, que se sorprendió de sí misma, vibraba de gratitud hacia la enferma, a la que, sin saber, había ofendido, y que con su gratitud me había enseñado la magia creadora de la compasión.

333

Muy pronto fui despertado de esas sensaciones románticas, y ello del modo más definitivo. Sucedió lo siguiente. Aquella tarde habíamos jugado al dominó, charlado luego un rato largo, y asi pasado animadamente el tiempo, de modo que no nos dimos cuenta de lo avanzado de la hora. Eran las once y media cuando consuleé, espantado, el relo y me despedi precipitadamente. Pero mientras el padre me acompañaba al vestibulo, oimos afuera un zumbido como de cien mil abejorros. Una lluvia torrencial tamborileaba sobre el porche.

-Haré traer el auto -me tranquilizó Kekesfalva.

Protesté que ello no hacía falta. Me moles-

PALABRAS OPTIMISTAS A LOS HOMBRES DE 50

La vida humana es comparable a un río. Comienza por ser tímido arroyuelo que se va haciendo cada vez más caudaloso hasta transformarse en fuerte correntada que se precipita arrollando cuanto halla a su paso hasta llegar a la llanura, donde ya serenado se convierte en río feraz y sus aguas fluyen mansamente beneficiando las tierras que recorren.

Así es la vida: la juventud es el torrente impetuoso que todo lo arrolla, pero al correr de los años el juicio se serena, se normalizan los hábitos, se calman las pasiones y el hombre se dispone para una labor proficua y fecunda. Es en esta edad cuando la mayoría de los artistas y escritores han producido sus más hermosas creaciones.

Pero, como consecuencia de las turbulentas horas anteriores, quizá el organismo haya quedado algo resentido, por eso es oportuna la periódica visita al médico que nos indique el régimen de vida conveniente y prevenga cualquier contingencia.

El organismo que ha sido sometido a duras pruebas necesita su cuidado. En esta edad la pequeña dosis diaria de Yodosalina (sales yodadas) es para muchos factor de bienestar, porque constituye una valiosa asociación de principios terapéuticos, tales como el sulfato de sodio, antiácido no irritante que elimina de nuestro organismo las toxinas por su probada actividad en la atonía intestinal. Además contiene yodo, elemento de imponderable valor en la hipertensión y demás trastornos circulatorios, tan difundidos en esta edad.

dable en el auto, que se desplazaba sin ruido. No obstante, al enfilar hacia el cuartel, golpeé la ventanilla v pedí al chofer que se detuviera al llegar a la plaza del ayuntamiento, pues no deseaba llegar al cuartel en el elegante coche de Kekesfalva, Sabía yo que no era conveniente que un oscuro teniente se presentase como un archiduque en un auto elegantísimo, ayudado al bajar por un chofer uniformado. Los hombres de los cuellos dorados no gustan de semejantes fanfarronadas, v además, hacía tiempo que mi instinto me aconsejaba no mezclar, en lo posible, mis dos mundos, el lujo de afuera, donde vo era un hombre libre, independiente, miniado, y el mundo del servicio, donde tenía que humillarme, y donde era un pobretón que se sentía dichoso cuando el mes sólo tenía treinta dias v no treinta y uno. Inconscientemente, una parte de mi personalidad no quería saber nada de la otra; hubo veces en que ya no me era posible distinguir cuál era el verdadero Tonny Hofmiller: si el que servía en el cuartel, o aquel que frecuentaba la casa Kekesfalva, el de afuera o el de aquí adentro.

Obedientemente, el chofer detuvo el coche en la plaza del avantamiento, a dos cuadras del cuartel. Descendí, abroché el cuello de la capa, y me dispuse a cruzar rápidamente la amplia plaza. Pero en ese mismo instante arreció el aguacero, y el viento me golpeó la cara con ráfagas de lluvia. Iba a guarecerme un par de minutos en el portón de una casa, antes de recorrer el camino al cuartel. Entonces pensé que tal vez estuviera abierto todavia el café, v ahí podría esperar, bien protegido, que el cielo terminase de vaciar sus poderosas regaderas. Sólo me separaban unos pasos del café, y he aquí que detrás de sus vidrios empapados se distinguía el pálido fulgor de los mecheros de gas. Quizás estaban reunidos to-davía los camaradas -magnífica oportunidad para reparar mis faltas, pues va era hora de que volviese a pasar un rato con ellos-. Todos esos días, esa semana y la anterior, había dejado de acudir a nuestras reuniones habituales. Tenían ellos, en verdad, motivo para estar resentidos conmigo; cuando se peca de infiel conviene que, a lo menos, se guarden las for-

Abrí la puerta. En la parte delantera del local ya estaban apagadas las luces, por razones de economía. Vi una cantidad de diarios esparcidos, y el mozo Eugenio hacía el balance del día. Sólo había luz en la sala de juego, de donde me llegaba también un fulgor de bien pulidos botones de uniforme. Ahí estaban los eternos jugadores de naipes: Jozsi, el teniente primero, el teniente Ferencz y el médico del regimiento, Goldbaum. Al parecer, hacía tiempo que habían concluído su partida, y pernianecian en aquel abandono que me era tan familiar, en esa pereza que teme el momento de levantarse, razón por la cual mi llegada se les antojó todo un regalo del cielo, puesto que interrumpía su aburrimiento.

-Hola, Tonny -gritó Ferencz mirando a los demás,

-¡Qué honor para nuestra pobre choza! exclamó el médico del regimiento, quien, según solíamos burlarnos de él, sufría de disentería crónica de citas.

Seis ojos somnolientos me saludaban y son-reian. "¡Salud, salud!"

Su alegria me regocijaba. Son buenos muchachos, pensé. No me han tomado a mal el que haya faltado todos esos días, sin disculparme, ni dar una explicación.

-Café -pedí al mozo que venía arrastrándose medio dormido, y arrime una silla haciendo honor al inevitable "¿Qué hay de nuevo?" con que se iniciaban todas nuestras ter-

Ferencz ensanchó más aún su cara, de por sí ya tan amplia, y sus ojos maliciosos desaparecieron casi entre las mejillas rojizas. Abrió la boca lenta, pastosamente,

-La última novedad -sonrió complacido-. que vo sepa, es la de que vuestra señoria tiene la deferencia de visitarnos en nuestro modesto

Y el médico del regimiento se echó para atras en su asiento e imitó la voz del gran actor Kainz:

-Mahaöh, el dios de la tierra, baja por última vez, para transformarse en hombre y compartir los goces y las penas de los mor-

Los tres me miraron sonriendo v, en seguida, tuve una sensación amarga. Crei oportuno empezar a hablar, antes de que ellos me preguntaran por qué había faltado todos esos días, y de dónde acababa de llegar. Pero antes de que pudiese empezar, Ferencz había hecho un gesto extraño y dado un empellón a Jozsi.

-Mira -dijo señalando algo debajo de la mesa-, ¿Qué me dices ahora? Con este tiempo de perros lleva botas de charol y el uniforme de parada. Este Tonny sabe vivir; sí que se ha acomodado. Dicen que lleva una vida fastuosa en la casa del viejo maniqueo. El farmacéutico cuenta que allí todas las cenas constan de cinco platos, con caviar y capones, bools legítimos y cigarros de primera. Qué diferencia de la porquería que nos sirvenen El León Rojo! Todos nos hemos equivocado respecto a Tonny. No es de los que se chupan el dedo.

Jozsi lo secundó inmediatamente:

-Sólo en lo que se refiere a camaraderia su muestra un tanto débil. Sí, amigo Tonny; podías decirle a tu vieio: "Mira, vieio: como yo tengo ahi unos compañeros excelentes, grandes niuchachos que tampoco comen con el cuchillo, te los vov a traer un dia de es-Pero tú sigues pensando: "Que traguen su cerveza desabrida y que se adoben la garganta con la monótona carne a la húngara", Vava una camaradería! Hay que decirlo. Todo para ti, y para los demás, nada. ¿Trajiste siquiera un buen cigarro? En ese caso te perdonaremos por hov.

Se echaron a reir los tres y a chasquear la lengua, en ranto que vo sentía que la sangre se me agolpaba en la cara y hasta en las orejas. ¿Cómo diablos habrá adivinado ese maldito Jozsi que Kekesfalva, en verdad, me había provisto, al despedirme en el vestíbulo -según siempre lo hacía-, de uno de sus ricos cigarros? ¿Acaso sobresalía de entre dos botones de mi casaca? ¡Ojalá los muchachos no se dieran cuenta! En mi perplejidad, me esforce por reir.

-Creo que un cigarrillo de tercera categoria también te bastará -y le alargué la cigarrera

abierta. Pero en el mismo instante se contraio mi mano convulsivamente, pues en la antevispera vo había cumplido veinticinco años, y las dos muchachas lo habían sabido, no sé como. Cuando, al sentarnos a la mesa, tomé la servilleta de encima de mi plato, noté que en ella habia envuelto un objeto pesado: una cigarrera que me ofrecían como regalo de cumpleaños. Ferencz va había observado el nuevo estuche. En nuestro estrecho círculo, aun la mas insignificante bagatela adquiria categoria de acontecimiento. -¡Oh, oh! ¿Qué es eso? -refunfuñó-. ¡Un

nuevo pertrecho! Me quitó la cigarrera sin más ni más - có-

mo podía impedirlo?-, la palpó, la contemiy finalmente la sopesó en la palma de sus ma-

-Mira -se dirigió al médico del regimiento-, hasta creo que es oro auténtico. Mirala bien, dicen que tu digno procreador conercia en estas cosas, de modo que rú también has de ser más o menos entendido,

El médico del regimiento, Goldbaum, efectivamente, era hijo de un orfebre de Drohobycz; calò los lentes sobre su carnosa nariz. tomó la cigarrera, la sopesó, la miró por todos los costados y la golpeó como perito, con

-Auténtica -diagnosticó al fin-, Oro puro, labrado y condenadamente pesado. Con estu se podría emplomar los dientes de todo el regimiento. Su precio debe oscilar entre las se tecientas u ochocientas coronas,

Después de este veredicto, que me sorpren-dió a mi también (en verdad había creido que sólo estaba dorada), hizo pasar la cigarrera a Jozsi, quien la tomó mucho más respetuosamente que los otros (¡qué respeto nos infunde a nosotros, pobres diablos, todo lo valioso!). La miró, se contempló en la cigarrera y por último la abrió apretando el rubí, y quedo cortado:

-;Oh, oh!, una inscripción. Oíd, oíd: "A nuestro querido camarada Anton Hofmiller en su cumpleaños, llona, Edith"

Los tres me miraron fijamente.

- ¡Caramba! --resolló Ferencz al cabo de un rato... De un tiempo a esta parte eliges tus camaradas con buen tino. Te felicito. De mien el mejor de los casos, hubieras recibido una fosforera de galalita en vez de eso.

Sentí un nudo en la garganta, pues estaba convencido de que a la mañana siguiente todo el regimiento se enteraría de la fastidiosa novedad de la cigarrera de oro que me regalaron los Kekesfalva y repetiría de menioria la inscripción. "A ver, muestra tu noble estuche", diria Ferencz en el casino de oficiales, para vanagloriarse a costillas mías, y obedientemente tendría que presentarla al señor capitán, al señor mayor, y tal vez al señor coro-Todos la pesarían en la mano, la avalorarian, se sonreirían con ironía ante la ins-cripción y seguirían luego indefectiblemente con las preguntas y bromas a las que no podria contestar descortesmente en presencia de mis superiores.

Confuso y descoso de poner fin a la conversación, pregunté:

-¡Tienen ganas de jugar un partido? Pero de inmediato su sonrisa bonachona se

convirtió en ancha risa. -¿Has oído jamás semejante cosa, Ferencz? -preguntó Jozsi-. A las doce y media, en momentos de cerrarse el cafetín, se le ocurre al señorito éste empezar un partido de naipes.

El médico del regimiento se echó hacia atras, cansado v cómodo: -Sí, sí; para los dichosos no pasan las horas. Celebraron el chiste desabrido, pero ya se

acercaba el mozo Eugenio para insistir humil-

-Vamos a cerrar... La lluvia había amainado, y nos dirigimos

todos juntos al cuartel, donde nos despedimos con fuertes apretones de manos. Ferencz me golpcó el hombro:

Me alegro que havas venido esta noche. Comprendí que hablaba con el corazón en la boca, ¿Por qué estaba vo tan enojado con ellos? Eran todos niuchachos buenos y decentes, sin pizca de envidia ni aversión, y si se burlaron un poco de mí, no los guiaba ningún mal propósito. 222

No cabe duda de que no tenían ninguna mala intención v, sin embargo, su admiración torpe destrozó irreparablemente mi seguridad. Hasta entonces nii relación singular con los Kekesfalva había agrandado magnificamente mi amor propio. Por primera vez en mi vida me había sentido como quien da y ayuda, pero entonces caí en la cuenta de cómo los demás juzgaban esa relación, mejor dieho, cómo era inevitable que :: la viera desde fuera, ignorando toda la serie de coherencias interiores. No podían ellos comprender el sutil placer de la compasión a la que había sucumbido como a una pasión oscura. Para ellos no había duda de que vo sólo buscaba el trato de aquella familia afortunada y hospitalaria para relacionarme con gente acaudalada, para ganarme una que otra cena y merecer algún regalo. Con todo eso, no podía tacharlos de malpensados, no me envidiaban los buenos cigarros ni el rincón muelle, Sin duda, no veían nada impuro ni deshonroso -v eso precisamente me molestaba- en que me dejase festejar y cortejar por aquella gente, porque de acuerdo a su juicio, se las honraba sentándose, como oficial de caballeria, a su mesa. No hubo, pues, ni un asomo de crítica en la admiración que Ferenez y Jozsi demostraban por el estuche dorado; al contrario, me respetaron de cierta manera, porque había sabido, a su juicio, apro-vecharme de mi Mecenas. Lo que me fastidiaba era que yo empezaba a desorientarme. Acaso me comportaba, realmente, como un parásito? ¿Era conveniente que como oficial me dejara invitar y cortejar todas las tardes? No debía haber aceptado de ninguna manera la cigarrera de oro ni tampoco la bufanda de seda que me colocaron en el cuello en una noche tormentosa. Un oficial de caballeria no tolera que le pongan cigarros en su bolsillu, y sobre todo era indispensable que disuadiese a Kekesfalva en cuanto a su proposito de facilitarme un nuevo caballo. Recordé de pronto que unos días atras, al hablar de mi caballo húngaro (que, claro está, pagaba en mensualidades), había dicho que no era de los mejores, y eso era verdad, pero no queria que me prestase uno de sus propios caballos, un famoso animal de tres años, un pur sang, con el que hubiera podido lucirme. Ya sabia el significado que para él tenia la palabra "prestar". Tal como a llona había prometido una dote para que continuase como enfermera al lado de su pobre hija, así pensaba comprarme a mi, pagarme al contado mi compasión, mis bromas, mi compañía. Y en mi simpleza estaba a punto de caer en sus redes, sin darme cuenta de que con ello me convertía

en parásito.

Peto luego me tildaba de necio, y recordaba la emoción con que el viejo señor había actriciado mi brazo, y cómo su rostro se aclaraba cada vez que entraba en su casa. Recordaba la camaraderia cordial, fraternal, que me unia a las dos muchachas, quienes nunca se fijaton si acaso tomaba una copa de más y que, de darse cuenta de ello, sólo se alegraban porque me sentia tan cómodo junto a ellas. "¡Tonteras, nanías.", me repeti una y otra vez. Aquel

anciano me quería más que mi propio padre. Pero, ¿de qué sive el que uno trate de convenecrse y de enderécarse cuando va ha empezado a perder el equilibrio interior? El asombro y la sonrisa de Jozsi y Ferencz habian anulado mi ingenuidad. Una y otra vez me pregunté si en verdad sólo era la compasión la que me llevaba hacia aquella gente rica. No hubo en ello también un poco de vanidad y deseos de disfutar? De todos modos, me propuse aelarar mi situación, y como priemera providencia resolvi espaciar un poco nis terrulias y suspender, al dia siguiente mismo, a habitual visita vespertina a los Kekesfalva.

223

Dejé, pues, de concurrir al día siguiente. Así que hube terminado el servicio, me fui con Ference y Dozsi al café, donde leimos los diarios y nos dedicamos de immediato al inevitable partido de naipes. Pero jugué increiblemente mal, porque frente a mi asiento había



OFERTAS REBAJADAS!...

NUESTROS CUBIERTOS NO SE ROMPEN, NO SE MANCHAN, NO SE OXIDAN

	Juegos alpaca blanca extra, garantida, cuchillos hoja i dablo Suecia, mango pulido:	inoxi-
	De 24 piezas \$ 46.80 De 85 piezas \$ 1	79.20
	De 49 101.80 De 103 2	37.60
	Venta por mayor y menor para hateles, reslaurantes y fam	ilias.
	Cuchillos de mesa, cada uno\$	3
	de postre	2.90
	Cucharas de mesa, cada una	1.80
	de postre	1.70
1	Tenedores mesa, cada uno	1.80
	de postre	1.70
	Cucharitas té. cada una	1.20
	Cucharón sopa, cada uno	10.—

Precios especiales para revendedores

Taller de Plateado y Reparaciones de Juegos de Té. Cubiertos. etcétera.

REMITIMOS CONTRARREEMBOLSO O GIRO

FRANCISCO LOYUDICE & Hijo VENEZUELA 4245-47 Bs. Aires T. A. 45-0625

un reloj en la pared artesonada: les cuatro y veinte, cuatro v media, cuatro usertat, cuatro cincuenta, y en vez de contar bien los valores de mis naipes, fuj contando los minutos. Las cuatro y media, la hora en que solia presentarme para romar el té. Siempre hallaba a esa hora la mesa dispuesta, y si alguma vez tardaba un cuatro de hora, se me preguntaba: "¿Qué le ha pasado hoy?" Mi llegada puntual habia adquirido tal naturalidad, que los Kekesfalva ya contaban definitivamente con ella. Sin duda, en aquel momento ellos niiraban el reloj tan inquietos como vo, y esperaban; esperaban. ¿No debia, siquiera, avisar por teléfono y disculparme? ¿Y si mandara al ordenanza;

-Es un escándalo, Tonny, como juegas hoy. Fíjate un poco, hombre -gruñó Jozsi, midiéndome con una mirada rabiosa.

Mi distracción le había estropeado una jugada. Decidi concentrarme, —¿Te molestaria cambiar de asiento con-

migo?

-De ninguna manera; pero, por qué?...
-No sé -mentí-, pero creo que el ruido

de afuera me pone nervioso,

En realidad, no quería seguir mirando el reloj ni ver cómo adelantaba, inexorablemente, minuto tras minuto. Sentí un cosquilleo en los nervios, mis pensamientos revoloteaban cominuamente, y sún cesar me obsesionaba la idea de ir al telefono para excusarme. Comprendi por primera vez que no se puede establecer e interrempir la compasión verdadera como un contacto eléctrico, y que aquel que participe de un destino ajeno se ve privado de una parte de libertad del suvo propio.

Pero, carambal, me increpé a mí mismo, no tengo la obligación de hacer redos los disa cas media hora de camino. V, según la lev esotérica de la trabazón de sentipientos, fia acuerdo a la qual el hombus enojado comunica su enojo a otros que mada tienen que ver con él, ral como una bola de bilha transmite el golpe que ha recibido, mi mal humen se desató, no contra Joss vi Ferencz, sino contra los Kekesfalva. ¿Que nie esperasen una vez! ¿Que comprendieran que no me dejaba compara con regalos v areneiones, ni me presentaba a la hora señalada como el masgista o el profesor de gimnasia! Me importaba no establecer un precedente. Sabía que el hibito establecer un precedente. Sabía que el hibito

compromete, y no quería imponerme obligaciones. Así pasé en mi estupida terquedad rres horas y media en el café, hasta las siete y media, con el solo objeto de haeceme creer y de demostrarme que estaba en mi albedrio el ir y venir cuando me placía, y que la conida excelente y los eigarros costosos me depaban perfectamente indiferente.

A las siete y media salimos de allí, Ferenca, había propuesto paseamos un póco por la calle principal, pero apenas salí del café, detras de mis amigos, me rozó la mirada conocida de una persona que pasaba rápidamente. ¿No cera llona? Naturalmente: aun cuando no hubieran pasado sólo dos dias desde que admiraba su vestido color borra de vino y el amplio sombrero panamá con cirats, la hubiest reconocido entre cien por su andar suave y ondulante. ¿Adónde iba tan arrebatada? Aquella no era manera de pasearse, sino más bien una carrera. De todos modos, me dispuse a seguir a la bella aparición.

Me despedí un tanto bruscamente de nús compañetes asombrados y corrí en persecución de aquellas faldas que ya se veía ondear en la calzada. En verdad, me alegraba sobremanera que el azar me brindara la "oportunidad de sorprender a la sobrina de Kekesfalva en el mundillo de mi guamición.

-¡Ilona, Ilona! —la llamé, viéndola tan apresurada. Finalmente se detuvo sin demostrar la menor sorpresa. Me había visto probablemente al pasar delante del café.

-Cuánto celebro atraparla en la ciudad. Hace tiempo-que dessaba pasearme con usted por nuestra residencia. ¿O prefiere usted que entremos un momento en la confitería?

-No, no -murmuró un tanto confundida-.

Tengo prisa, me esperan en casa.

—Supongo que podrán esperarla cinco minutos más. En el peor de los casos, y para

nutos más. En el peor de los casos, y pata que no la casiquen, le daré una justificación escrita. Venga, y no me mire con tanta severidad.
Hubiera deseado tomarla del brazo. Era

FILIDIETA deseado tomaria del brazo. Era sincera mi alegría de encontrarme con esa mujer tan hermosa, representativa en mi "otro mundo", y si mis camaradas me veian con ella, tanto mejor. Pero llona seguia nerviosa.

-No; realmente, tengo que volver 2 c2sa - repuso con precipitación -. Allí me espera el auto.

En efecto, desde la plaza del avuntamiento el chofer salnda respetuosamente.

-¿Me permitiră, por lo menos, que la acompañe hasta el auto?

-Desde luego -replicó extrañamente distraída-. Claro, claro... Y, a propósito..., por que no vino esta tarde?

-- Esta tarde? -- pregumé a mi vez con intencionada lentitud, como si no me hubiera acordado bien--. Esta tarde? Ah, sí. Tuve un contratiempo. El coronej quería comprarse otro caballo, y todos tuvimos que acompañarle pata examiar y ensavar la jaca. (Esto en realedad había sucedido un mes atrás. Tengo poco talento para mentir.)

Vaciló un instante, e iba a contestar algo. ¿Por qué estiraba el guante, por qué balanceaba tan nerviosamente el pie? Luego dijo

de sopetón:
-¿No quiere, por lo menos, acompañarme

ahora para cenar con nosotros?
¡Perseverar, me dije interiormente, no cederl Mantente firine siquiera un solo día. Suspiré, pues, como lamentándome:

La acompañaría con mucho gusto, pero el día de hoy está completamente perdido. Tene-

Me miré penetrantemente v me sorprendió vec entre sue cejas el mismo pliegne de mipaciencia que tantas veces habia observada en talinh, y no dio una palabra, no sé si por descorresía deliberada o por cortedad. El chofer abrid la portezuola, que ella cerró ruilosamente, preguntándome luego, a través del vidrio:

-Pero mañana vendrá, ¿no es cierto?

-Si; mañana sí.

El coche se alejó. Estab satisfecho de mí mismo, ¿A qué se debía esa prisa extraña de llona, esa perpleidad, como si temiera ser vista en mi compañía, y a qué atribuir el que se alejara tan precipitadamente? Por otra parte, por corresia, debía yo haber mandado un saludo a Kekesfalva, una palabra de gentileza a Edida que, al fin y al cabo, no me había hecho ningún mal. No obstante, me satisfizo mí actitud reservada. Me había sido fiel a mí mismo, y va no podián pensar que vo pretendía imponerme

2 2 3

A pesar de que había prometido a llona sistarlos al día siguiente, a la hora de costumbre, creí prudente anunciarme primero por teléfono. Quería conservar las formas severas que constituyen una garantía. Ademis, me propuse deiar clara constancia de que no me quastaba sorprender a nadie contra su voluntad. y resolúf preguntar en adelante siempre si se espepaba mi visita y si era 'grata. Aquel día, sin embargo, no tenía por qué dudarlo, que se disvirente me esperaba delante de la puerta abierta, y en el mismo momento de cuntar, me confié con asidua servicialidad:

-La señorita está en la solana de la totre y ruega al señor teniente que suba en seguida. -Y agregó:- Creo que el señor teniente nunca ha estado en la torre. Es un lugar muy hermoso; el señor teniente quedará sorpren-

Tenía razón el buen viejito. Nunca habís pisado aquel terrado, a pesar de que su construcción extraña y un poco absurda me había interesado siempre. Originariamente —va lo dije antes—, la torre angular de un castillo demolido mucho riempo atrás (ni siquiera las muchachas conocían con seguridad su historia), esta impronente torre cuadrada había estado en desuso durante muchos años, sirviendo úniciemente de depósito. En los años de su infancia y ante el horror de sus padres, Edith había subido muchas veces hasta el desván, trepando por las escaleras harto defectuosas, entre una balumba por la que revoloceaban

Para darle una sorpresa, Kekesfalva había aprovechado los tres meses que Edith pasara en un sanatorio alemán para eucargar a un arquitecto vienés que transformar la vieja torre, construvendo en lo alto de la misma un cómodo mirador. Cuando Edith volvó, en otoño, apenas mejorado su estado, la mire renovada va había sido provista de un ascensor tan ancho como el del sanatorio, con lo que se ofreció a la enferma la oportunidad de subir en cualquier momento, sin moverse de su silla e ruedas, para gozar del panorama dilecto. De esa manera recobró inesperadamente el mundo de su infancio.

Es verdad que el arquitecto, en su apresuramiento, no había prestado mayor atención a la pureza de estilo, sino sólo a la comodidad. El cubo, desprovisto de todo adorno, que había agregado a la abrupta torre cuadrangular, linbiera hecho mejor juego, con sus formas geométricamente lisas, con el dique de un puerto o con una usina eléctrica, que con las formas barrocas, retoteidas y acogedoras del castillo, que seguramente databa de los tiempos de María Teresa. Sea como fuera, el de-seo esencial quedó cumplido: Edith se mostró entusiasmada con la terraza, que de un modo tan inesperado la libraba de la estrechez y monotonía de su cuarto de enferma. Desde aquel mirador tan suyo podía contemplar con catalejos todo el amplio paisaje, y ser testigo de cuanto acontecia a su alrededor: la siembra y la cosecha, los negocios y la vida social. Después de larga separación, sintiose nuevamente unida al mundo, y se pasaba las horas contemplando desde su atalava el divertido juguete del tren que atravesaba el paisaje con sus volutas de humo. Ningún carro que cruzara la carretera escapaba a su curiosidad inactiva, y según supe más tarde, ella nos había acompañado, a través de su anteojo, en muchas de miestras cabalgatas, ejercicios y desfiles. En homenaje a una extraña envidia, mantenía cerrado su observatorio, vedado a todos los huéspedes de la casa, como un mundo privado, y el entusiasmo apasionado del fiel José me reveló que él valoraba como distinción singular esa invitación de pisar aquella terraza, por lo común inaccesible.

El criado quería hacerme subir en el as-censor y se notaha su orgullo porque aquel vehículo costoso había sido confiado a su manejo exclusivo. Pero cuando nie dijo que se podía llegar también a la solana subjendo por una escalera de caracol iluminada en cada piso por unas aberturas laterales, rechacé su invitación. Me imaginaba en seguida que debía ser muy atractivo ver cómo el horizonte se abría cada vez más, en la medida en que se iba ascendiendo. En verdad, cada una de aquellas pequeñas aberturas ofrecía un nuevo cuadro encantador. Se cernía sobre el paisaje estival un día transparente, caluroso, quieto co-mo una telaraña dorada. El humo caracoleaba sobre las chimeneas de las casas desparramadas, en espirales casi inmóviles; se veían -destacándose los contornos del cielo de un azul accarado, como recortados por un filoso cuchillo- las casitás eubiertas de paja con el infaltable nido de cigüeñas en la cumbrera; y los estanques para los paros, delante de los graneros, relucían como meral pulido. En los campos de color de cera veíanse figuritas que

parecían liliputienses, vacas de colores desiguales que pacían, mujeres que lavaban o escardaban, pesados carruajes tirados por bueves, y sulkys que atravesaban ligeros los labrantios cuidadosamente rastrillados, Cuando hube trepado los aproximadamente noventa escalones, la mirada abarcaba satisfecha todo. el horizonte de la planicie húngara, en cuya lontananza ligeramente cubierta de vaho, azulaba una línea ondulante, quizás los Carpatos. y a la izquierda brillaba, graciosamente apre-tado, nuestro poblado con la torre de su iglesia en forma de bulbo. Reconocí a simple vista el cuartel, el avuntamiento, el colegio, la plaza de ejercicios, y por primera vez desde mi traslado a esta guarnición, percibi el encanto modesto de ese mundo apartado,

Mas no pude gozar ese aspecto amable, pues había llegado hasta la terraza, y tenia que presentar mis saludos a la enferma. Al principio no la descubri. El mullido sillón de paja en el que descansaba, estaba de espaldas a mi y cubria totalmente su delgado cuerpo como una venera combada. Sólo reconocía su presencia por la mesita que estaba a su lado, eubierta de libros y un fonógrafo portátil abierto. Tardé en accreatine a ella, temeroso de turbar su sueño o descanso. Atravésé, pues, el cuadrado de la terraza para llegar frente a Edith, pero al adelantarme furtivamente, comprobé que dormía. Alguien había acomodado cuidadosamente su cuerpo delicado, envuelto sus pies en una suave manta, y sobre una alniohada blanca descansaba, ligeramente inclinada hacia un costado, su cara infantil, en el marco rubio rojizo de su cabello. El sol poniente le prestaba un tinte ámbar y oro y una apariencia de salud.

Me detuve involuntariamente v aproveché mi vacilación para contemplar a la durmiente como a una imagen. A pesar de que habian os estado juntos tantas veces, nunca habia tenido oportunidad de mirarla detenidamente, pues, como todos los seres sensibles y super sensibles, ella se resistia inconscientemente a la contemplación. Aun cuando sólo se la nurara casualmente en medio de la conversación. se tendia en seguida una pequeña arruga de disgusto entre ceja y ceja, sus ojos se tornaban inquietos, los labios nerviosos, y su perfil no aparecia jamás inmóvil. Sólo al verla alli. tendida, con los ojos cerrados, impasible y sin ofrecer resistencia, me fue dable escudriñar su rostro un poeo anguloso, y como quiendice indefinido todavía, en el que se mezclaba del modo más atractivo lo infantil con lo femenino v lo enferinizo, y tuve entonces la sensación de cometer una inconveniencia, un robo. Los labios ligeramente abiertos como los de un sediento, respiraban con suavidad, pero aun ese esfuerzo mínimo abovedaha y levantaba su pecho infantil y menudo, y como rendida por ese esfuerzo, aparentemente desangrada, su rostro pálido yacía en la almohada. nimbado por su cabellera rojiza. Me accrque cautelosamente. Las sombras de debajo de los ojos, las venas azules de sus sienes, la transparencia rosada de la aletas de la nariz, denotaban cuán fina e incolora era la envoltura exterior con que la piel de alabastro se oponia a cuanto le llegaba de afuera. ¡Cuán grande ha de ser la sensibilidad, pense, cuando los nervios golpean tan cerea y desamparados en la superficie; cuánto ha de sufrir su cuerpo de silfide tan extremadamente liviano que parece creado para correr, para el baile y los movimientos alados y que, sin embargo, permanece tan cruclmente encadenado al duro suelo grá-Pobre criatura cautiva! De mievo senti esa ardiente llama interior, ese impetu doleroso, opresivo y a la vez salvaje y excitante de la compasión, que me sobrecogía cada vez que pensaba en su desgracia. Mi mano temblaba deseosa de acariciar suavemente su brazo, de inclinarme sobre ella y de recoger la sonrisa de sus lablos en el momento en que despertara y me reconociera. Una necesidad

de ternura, esa ternura que se mezelaba en mi con la compasión cada vez que pensaba en ella o la miraba, me impulsó liacia ella. Pero no quise interrumpir ese sueño que la alejaba de ella misma, de su realidad corporal. ¡Cuán hermoso es el estar intimamente junto a los enfermos, cuando han dominado su temor, cuando se han olvidado de modo tan absoluto de su aflicción, que a veces se posa una sonrisa en sus labios entreabiertos como una mariposa sobre una hoja temblorosa, una sonrisa ajena, que no parece ser propia de ellos y que, en efecto, desaparece como asustada en cuanto despiertan! Qué dicha divina, reflexioné, que los tullidos, los despojados por el destino, olviden, por lo menos durante el sueño, la forma o deformación de su cuerpo, que el candoroso engaño del sueño les muestre su figura en belleza y armonia, que los sufrientos logren escaparse, por lo menos en el mundo del sueño rodeado por la oscuridad, a la maldición que los mantiene físicamente encadenados! Lo que más me enternecia eran sas manos cruzadas sobre la manta, manos alargadas, con finas venas transparentes, dedos frágilmente delgados y uñas puntiagudas, un poco azuladas; manos delicadas, desingradas, impotentes, que tal vez sólo tenían bastante fuerza para acariciar pequeños animales, palomas y conejos, pero que eran demasiado débiles para retener v sujetar algo. ¿Como era posible defenderse con semejantes manos impotentes, contra los sufrimientos verdaderos? ¿Cómo luchar, tomar y retener algo con ellas? Casi me repugnaba pensar en mis propias manos, fuertes, pesadas, musculosas, que, tirando de unas riendas, eran capaces de dominar al caballo más rebelde, Contra mi voluntad, la mirada quedó fija sobre la manta con flecos que, demasíado pesada v burda para aquel ser liviano como un pájaro, oprimía sus rodillas puntiagudas. Bajo aquella cobertura intransparente vacían -no sabía si destrozadas, tullidas o sólo debilitadas, pues nunca tuve el valor de preguntar nada- las piernas inútiles, atenazadas por un aparato de acero y cuero. Recordé que ese aparato cruel pendía en cada movimiento, como pesada cadena, de las co-yunturas muertas, siempre que esa muchacha delicada y débil tenía que arrastrarlo penosa-mente. ¡Y luego ella, que daba la sensación de que le era más propio correr o levantarse en vuelo, que caminar!

Ese pensantiento me estremeció involuntaiamente v esa sensación me recorrió de tal modo de pies a cabeza, que empezaron a temblar y hacer ruido mis espuelas, No pued haber sido más que un rumor mínimo, apenas perceptible, ese entrechocar argentino, perpareció haber atravesado el sueño liviano. La muchacha, ifiquieta, no abría aún los párqudos, pero ya empezaban a despertar sus manos, que se desplegaron sin esfuerzo, tendiéndose, y era conto si los dedos bostezasen al despertar. Luego pestañearon sus ojos, como tratando de orientarse.

De repeite, su mirada rropezó comingo y permaneció fija; aum no se había establecido el contacto entre la simple función óptica y el pensamiento consciente. Siguió un sacudimiento, despertó del rodo, y me reconoció. Con un vuelco purpitro se agolpó la sangre a sus mejillas, impelida en un solo golpe desde el corazón. De nuevo me dió la sensación de que se vertiera un vino tinto en una copa de cristal.

—()ué tonta soy! — exclamó, arrugando vereramente el entrecejo, v con un gesto grave se envolvió mejor en la manta, que había rebalado un poco, cumo si la hubies soprendido desnuda —, ¡Qué tonta soy! Debo haberne quedado dormida un momento. Y comenzaron — conocía la señal— a temhalt figeramente las alexas de la nariz. Me mitrolar la compania de la contra de la contra de la compania de la contra del contra de la contra

con expresión de reto:
--Por que no me despertó en seguida? No

EL MAS APRECIADO TESORO

No basta poscer un física agradable y bello; lo dificil es conservario; entre lo mucho que se ofrece para ello, ninguno ha tenido tanto aceptación por su eficacia como et

AGUA NUPCIAL

Un verdadero tesoro en el toilette de toda dama

Antes del maquillaje use AGUA NUPCIAL

El gran hermoseador del cutis,
Depositarios: CONTI y Cfa., Saiguero 46 — T. A. 62 - Mitre 0345

AUTORIZADA OPINION:
Dice la eximia cantante metòdica Ana María Olmedo, de
Radio Belgrano: "El Agua
Nupcial es mi preferida para la

se observa a la gente dormida. No es correcto. Durmiendo, todo el mundo tiene un aspecto

Molesto por haberla incomodado con mi disereción, procuré excusarme mediante una broma pueril:

-Más vale aparecer ridiculo mientras se duer-

me, que no estando despierto.
Pero va ella se había erguido, apoyándose con ambos codos en los brazos del sillón; se ahondó la arruga de su entrecejo, y alrededor de sus labios comenzó a temblar una inquiertud anunciadora de tormenta. Su mirada me asal-

tó, severa:

—¿Por qué no vino usted aver?

El ataque fué demasiado repentino como para que pudiera contestar en seguida, Y ya ella

repetía en tono inquisitorial:

—Habrá tenido usted un motivo especialpara dejarnos plantadas y hacernos esperar.
De lo contrario, por lo menos habría avisado
por teléfono.

Qué tonteria la mía. Debí haber previsto justamente esa pregunta y dispuesto de antemano una respuesta. En cambio, me apoyaba, ora en un pie, ora en el otro, y masvicaba el tan vicjo suberfugio de una inspección sorpresiva de remonta. Dije que a las cinco había esperado todavía poder retirarme, pero que había venido el coronel para enseñarmos un caballo nuevo, exeétera.

Su mirada gris, severa y penetrante, no se apartaba de mi. Cuanto más circunstancialmente hablaba, tanto más nerviosa se ponía, Observé cómo sus dedos se contraían con brusquedad, pasando arriba y abajo de los brazos del sillón.

-¿Ah, sí? - contestó por fin muy fria y duramente -. ¿Y cómo termina esa enternecedora historia de la inspección de remonta? ¿El coronel, compra finalmente el caballo?

Comprendí que ne había metido en un atolladero peligroso. Edith golpeó dos o tres veces la mesa con sus guantes, como si hubiera querido librarse de una nerviosidad en las muñecas. Luego levantó la mirada amenazadora.

"- Basta ya de esas mentiras torpes! No es verdad ni una sola palabra. ¿Cómo se atreve a sorprenderme con semejantes disparates?

Los guantes golpeaban cada vez con más violencia contra la mesa. Por último, los tiró resueltamente, lejos de sí.

No hav una palabra de verdad en todo su

desatino, ¡Ni una palabra! Usted no ha estade en el picadero, ni hubo tal inspección. Al cuatro y media ya estada usted en el café y según tengo entendido, ahí no se anaestran ca ballos, ¡No trare de engañarme! Por casualidad nuestro chofer le vió a usted a las seis, jugan do a las carta.

Me senti incapaz de decir palabra, y tras un

breve interrupción Edith prosiguió: -Además, no tengo por qué avergonzarm delante de usted. El que haya dicho una mentira, no es motivo suficiente para que vo juegue al escondite. Yo no temo decir la ver dad. Sepa, pues, que no fué casualidad que nues tro chofer le viera en el café. Yo lo mande la ciudad para averiguar lo que había pasade con usted. Creí que tal vez se había enfermado o que le había sucedido algo, puesto que ni si quiera telefoneó y ... piense usted si quiere, qui soy nerviosa..., no soporto que se me hag esperar... Simplemente, no lo soporto..., po eso mandé al chofer. Pero en el cuartel se en teró de que el señor teniente gozaba de buen salud v que jugaba en el café a los naipes, entonces rogué a Ilona que averiguase por que razón usted nos hacía ese desaire. Pensé que ta vez le habíamos ofendido el día anterior; a ve ces, es verdad, resulto irresponsable a causa de mis estúpidos paroxismos de ira... ¡Ya lo vi usted! A mí no me da verguenza confesarle to do esto... Usted, en cambio, utiliza excusas tai simples. ¿No siente la mezquidad de ese mo do tan miscrable de mentir.

Quise contestar, e incluso creo que tuve e propósito de referirle todo aquel encuentro ton to con Ferencz y Joszi, pero ella me ordencia impetuosamente:

mentionamente.

—No invente nada más...; no soportaré nin una mentiria nueval Estoy harta de mentira hava que avente de la mentira hava de autoria de la mariana a la noche ma hava de autoria de la mariana la noche ma hava de autoria de la mariana la noche nocio. Sientpre las misna pildoras calmantes, de la mañana a la noche nicio. Sientpre las misna pildoras calmantes, de la mañana a la noche que no me dice usted francamente: "Ayer no true no un dice usted francamente: "Ayer no true mo, no no true ganas". No tenemo, la culusividad sobre usted, y me hubiese alegrade verdaderamente si me hubiera mandado a deci por teléfono: "Hov no iré a visitarles porque nos vanus a pasear un poco por la ciudad. Me cree usted tan poco perspicze, para no comprender que a veces tiene que cansarse de

CACHETS FUCUS ANTINEURALGICO

hacer aquí el papel de samaritano misericordioso v que un hombre como usted prefiere ir a caballo a pascar sus piernas sanas en vez de ester sentado junto a una poltrona ajena? Una sola cosa me repugna y no la soporto: las excusas, las mentiras, los embustes. De eso estoy hasta la coronilla. No soy tan tonta como creen todos, y soporto muy bien una buena dosis de sinceridad. Verá usted. Hace unos días, tomamos una nueva criada bohemia, porque la otra había muerto, y al primer día, antes de que hubiera hablado con alguien, observó cónio me avudaban a trasladarme con mis muletas al sillón. Sorprendida, dejó caer el cepillo y exclamó: "¡Jesús! ¡Qué desgracia, qué desgracia! Una señorita tan rica y tan distinguida... lisiada!" Ilona se abalanzó como una salvaje sobre la sincera mujer, y quería despedirla y echarla en el acto. Yo, en cambio, me alegré: su horror me hizo bien porque fué sincero, porque fué humano quedar aterrada al ver inesperadamente seniejante espectáculo. Le regalé en el acto diez coronas, y ella no tardó en correr a la iglesia para rezar por mí... Todo el día estuve alegre; si, me alegró realmente saber por fin lo que una persona siente en verdad al verme por primera vez... Pero ustedes, con su delicadeza falsa, siempre creen tener necesidad de prodigarme consideración y creen que incluso me hacen un bien con su maldito miramiento. Están engañados, sin embargo, crevendo que no tengo ojos, ¿Creen, acaso, que no percibo detrás de su tartamudeo y parloteo el mismo horror y malestar que en aquella buena mujer, aquella l'única persona sincera? ¿Creen que no siento sus miradas confusas y perplejas cuando toman las muletas, y cómo violentan la conversación para que no me dé cuenta de nada, como si no los conociera hasta en lo más íntimo, con su eterna valeriana y azúcar, con su modo de calmarme y tranquilizarme?... Sé muy bien que respiran cada vez que cierran la puerta detrás de ustedes v me dejan tendida como un cadáver... Sé perfectamente cónio suspiran con los ojos entor-nados: "¡Pobre muchacha!", a la vez que están satisfechos de ustedes mismos, porque han sacrificado una o dos horas llenas de conmiseración, a la "pobre chica enferma", ¡Pero yo no quiero sacrificios! No quiero que se crean obli-

ramientos repugnantes, Había lanzado estas últimas palabras compleramente fuera de sí, con los ojos llameantes y las facciones descompuestas. Luego afloió de repente. Su cabeza se recostó agotada en el respaldo, y sólo paulatinamente volvió la sangre a tenir sus labios, temblorosos todavía de ex-

gados a darme la ración diaria de compasión.

Remuncio a su soberana lástima. Una vez por

todas, renuncio a la compasión. Si usted quiere

venir, venga, y si no quiere, pues deje de ha-cerlo. Pero sea sincero. Nada de historias de re-

montas y ensayos de equitación. No puedo....

no puedo soportar más las mentiras ni los mi-

-Bien - agregó en voz muy baja y como avergonzada -: Esto tenía que decirlo alguna vez. Y ahora, basta. No hablemos nias de eso.

Déme.... déme un cigarrillo.

Entonces sucedió algo extraño. Por lo común, soy un hombre de bastante dominio sobre mí v tengo manos fuertes y seguras. Pero aquella explosión inesperada me conmovió de tal manera que me sentí paralizado, Jamás cosa algu-na me consternó tanto en mi vida. Me costó trabajo sacar un cigarrillo del estuche, ofrecerselo y encender un fósforo. Al acercárselo, mis manos temblaban tanto que no conseguí mantener derecho el fósforo encendido, y la llania rembló y se apagó en el vacio. Tuve que encender otro fósforo; éste también vaciló en mi mano insegura, antes de que hubiera encendido su cigarrillo. Era natural que ella reconociera mi emoción en la manifiesta torpeza, y fué una voz completamente distinta, asombrada, inquieta, la que me preguntó quedamente:

-¿Qué le pasa a usted? Tiembla... ¿Qué...
qué le excita de esta manera?... ¿Qué le im-

porta a usted todo esto?

Se había apagado la llamita del fósforo, Me había sentado mudo, y ella murmuró confun-

-¿Cómo puede usted excitarse tanto por culpa de mi charla insensata?... Papá tiene razón. Realmente, usted es... un hombre muy raro.

En ese instante oi a nuestras espaldas un susurro extraño. Era el ascensor que conducía a la terraza. José abrió la portezuela, y salió Kekesfalva con aquel modo cohibido - expresión de cargo de conciencia-, que contra toda lógica parecía hundir sus hombros cada vez que se acercaba a la enferma.

Me levanté rápidamente para saludarle. Movió la cabeza confuso y se inclinó sobre Edith. Lucgo se hizo un silencio embarazoso. En esta casa todos notaban lo que sucedía a los demás; el anciano debe haber comprendido de inmediato que vibraba una rensión nerviosa entre nosotros, Se quedó con los ojos bajos, inquieto; me di cuenta que hubiese querido huir nuevamente de nosotros. Edith trató de salvar la situación,

-Papa, el señor teniente ha visto hoy por pri-

mera vez la terraza.

-Esto es muy hermoso - dije -, dándome cuenta de inmediato de que había dicho algo vergonzosamente trivial, v me interrumpi.
Buscando una salida a la embarazosa situa-

ción, Kekesfalva se inclinó sobre el sillón, -Terno que aquí pronto hará demasiado fresco para ti. ¿No será mejor que bajemos?

Sí - contestó Edith.

Todos celebramos haber encontrado así oportunidad para dedicarnos a una actividad nimia que nos distrajera. Juntamos los libros, pusimos el echarpe a Edith, quien agitó la campanilla que estaba al alcance de su mano, como en todas las mesas de esa casa. Al cabo de dos minutos volvió a subir el ascensor, y José empujó hasta el cuidadosamente la silla de ruedas de la enferma.

-Te seguiremos inmediatamente - le dijo Kekesfalva, despidiéndola con un gesto tierno -Entretanto, podrías prepararte para la cena. Hasta entonces pasearé con el señor teniente un

poco por el jardín.

El sirviente corrió la puerta del ascensor, y la silla de ruedas se hundió con la inválida en la profundidad, como una tumba. El anciano y vo nos habíamos dado vuelta involuntariamente. Ambos callábamos, pero de pronto sentí que él se me acercaba con timidez.

-Si usted no tiene inconveniente, señor teniente, quisiera hablar algo con usted ..., es decir, quisiera decirle algo... Podríamos pasar a mi despacho, en el edificio de la administración... Desde luego, sólo si a usted no le incomoda... de otro modo..., si usted prefiere, podemos pasearnos por el parque,

-Será para mí un honor, señor von Kekesfalva - contesté.

En ese momento se oyó el rumor del ascensor que venía a buscarnos. Bajamos y atravesamos el patio hasta el edificio de la administración. Me llamó la atención que Kekesfalva caminara con tanto cuidado, muy próximo a la pared de la casa; parecía querer arrebujarse, como temeroso de ser sorprendido. Sin propunérmelo - no hubiera podido proceder de otra manera -, le seguí con pasos igualmente quedos, temerosos.

taba muy bien revocado. Kekesfalva abrió una puerta. Esta daba a su escritorio, que no parecía mejor instalado que mi propia habitación del cuartel: una mesa de escritorio harata, carcomida, gastada; sillas de paja viejas y mancha-das; en la pared, unas cuantas tablas antiguas v al parecer inutilizadas desde hacía años, colgadas sobre un papel desgarrado. El olor a moho también me recordó desagradablemente nuestras oficinas fiscales. Comprendí a primera vista en esos pocos días había aprendido a comprender

mucho -, que ese anciano dedicaba todo el lu-

jo y todas las comodidades únicamente a la ni-

na, y que respecto a sí mismo era económico

En el extremo del chato edificio, que no es-

como un campesino avariento. Vi, por primera vez también, al marchar él delante de mi, que su chaquet negro relucia en los codos gastados; probablemente lo llevaba desde hacia diez i

Kekesfalva me arrimó un ancho sillón de cuero negro, el único cómodo que habia en el escritorio

-Siéntese, señor teniente; por favor, tonac asiento - me dijo en un tono tiernamente insistente, mientras él se acomodaba en una de las gastadas sillas de paja antes de que vo hubiera podido evitarlo.

Estábamos, pues, sentados muy juntos uno del. otro, v el era quien debia empezar a hablar. Yo esperaba con singular agitación. ¿Qué poslia pedir aquel hombre rico, aquel millonario a un polire teniente? Pero el anciano mantenia la cabeza tercamente inclinada, como si se hallase muy interesado en la contemplación de sus zapatos. Sólo percibí la respiración de su pecho inclinado, una respiración forzada y dificultosa.

Por fin Kckesfalva levantó la frente, perlada. por el sudor, se quitó los lentes empañados, y sin esa protección refulgente, su rostro impresionaba de muy otra manera, parecía más desnudo, más pobre v más trágico; como ocurre siempre con las personas cortas de vista, sus ojos parecían más apagados y cansados que hajo el vidrio de aumento. Además, creí reconocer en el borde de los párpados ligeramente inflamados, que ese anciano dormía poco y mal. Nuevamente sentí aquel cálido manantial interior - va lo sabía entonces: me vencio la compasión -. Ya no estaba sentado frente al acaudalado señor von Kekesfalva, sino junto a un hombre viejo y cargado de preocupaciones.

Carraspeando, comenzó a hablar:

-Señor teniente - la voz trémula no le obedecía aún -, quisicra pedirle a usted un gran favor..., sé naturalmente que no tengo ningún derecho a molestarle. Usted apenas nos conoce... desde luego. Usred puede rechazarlo. Naturalmente, puede usted rechazatlo. Quizas es una arrogancia mía, una indiscreción, pero desde el printer instante en que lo vi, le tuve mucha confianza. Se nota en seguida que asted es un hombre bueno y generoso. Si, si, si debo haber iniciado un gesto esquivo -, uste l es un hombre bueno. Hay en usted algo que le da una seguridad, y muchas veces... tengo la sensación de que usted ha sido enviado por. - se interrumpió v comprendí que iba a decir "por Dios", pero le faltó el valor -, enviado como alguien con quien yo pueda hablar francamente... No erea que le pediré mucho pero yo hablo v hablo v no le pregunto si esta dispuesto a escucharme.

-Pero, desde luego... -: Muchas gracias! ... Cuando se llega a viejo, basta niirar a un hombre para conocerlo perfectamente... Sé lo que es un hombre bue-no, lo sé por mi mujer, que Dios tenga en su gloria..., esa fué la primera desgracia, el que hava muerto y, sin embargo, vo me digo abora, que tal vez es mejor que no hava tenido que presenciar la desgracia de la niña. No lo hubiese soportado. Sabe usted, cuando eso empezo, hace cinco años ... entonces yo no creia que duraría mucho... ¿Cómo se puede imaginar nadie que una criatura que corre y juega como todas las demás, y que parece un trompo. . que todo eso hava terminado, terminado para sientpre?... Y luego, uno se ha criado respetando a los médicos..., leído en los diarios las marave llas que saben hacer, que cosen corazones y trasplantan ojos, según dicen..., es lógico que nosotros havamos pensado, ¿no es cierto?, que sabrian hacer lo más sencillo, que sabrian ayudar y restablecer prontamente a una niña... una niña que ha nacido sana, que siempre ha sido sana. Es por eso que al principio no estaba tan aterrado, pues no creí nunca, no erei ni por un momento que Dios pudiera hacer semejante cosa, que castigaría a una niña, una criatura inocente, para siempre... ;Ah, si lo hubiese sufrido yo! A mí las pietnas ya me han llevado

hastante tiempo. ¿Para qué las necesito?... y, además, yo no he sido un hombre bueno; yo he hecho mucho mal, también he... ¿Pero que estoy diciendo?.. Eso... en fin, si lo hubira tenido que sufrir yo, lo habría comprendido. Pero ¿cómo puede Dios equivocarse tanto y golpear a una inocente... v cómo hemos de comprender que de repente resulten muertas las piernas de un ser vivo, de una criatura, porque una nada, un bacilo...? Es lo que dicen los médicos, y con eso creen haber dicho algo. Sin embargo, no es más que una palabra, un subterfugio, en tanto que lo otro es lo real, La verdad es que la criatura está tendida, con las piernas tullidas, incapaz de caminar y de moverse, y uno tiene que permanecer indefenso... Es imposible comprender eso.

Con el dorso de la mano se quiró agitadamente el sudor del cabello mojado y revuelto.

-Consulté, claro está, a todos los médicos. Dondequiera que hubiera una eminencia, hemos estado a verlo...; a todos los he hecho venir, y ellos han observado, y hablado en latín y discutido y celebrado consultas; el uno ha ensavado esto y el otro aquello y luego han dicho que esperaban y creian, y han cobrado su dinero, y se han marchado y todo ha quedado como estaba. Es decir, algo ha mejorado, y mirándolo bien, es bastante. Antes tenía que estar tendida de espaldas, y se hallaba paralizado todo el cuerpo... Ahora, por lo menos, están normales los brazos y el torso, y puede caminar sola, apoyada en las muletas... Está un poco mejor, mucho mejor, no debo ser injusto..., pero nadie la ha ayudado todavia completamente. rodos se han encogido de hombros y han repetido: Pacienca, paciencia, paciencia... Uno solo ha perseverado con ella, nada más que uno, el doctor Condor... No sé si usted ha oído hablar alguna vez de él. Pero siendo usred de Viena..

Tuve que negar, Nunes había oído aquel

-Claro, ¿cómo había usted de conocerle, si usted es una persona sana, y él no es de aquellos que se hacen ver mucho... ni es tampoco profesor, ni siquiera docente...? No creo tampoco que tenga una gran clientela, es decir, no busca una gran clientela. Es un hombre muy raro, muy especial..., no sé si podré explicár-selo bien. No le interesan los casos comunes, los que sabe curar cualquiera..., sólo le interesan los casos graves, aquellos que los demás médicos pasan por alto, encogiéndose de hombros. Claro está que en mi ignorancia no podria afirmar que el doctor Condor sea mejor médico que los demás..., sólo sé que es mejor hombre que los demás. Lo conocí cuando atendió a mi esposa, y vi cómo luchó por salvarla... Fué el único que no cedió hasta el último momento; v entonces vo sentí que ese hombre vive v muere con cada uno de sus pacientes. Tiene, no sé si me explico bien..., una especie le pasión por ser más fuerte que la enfermefad...; no lo mueve, como a los otros, solo la imbición de ganar dinero y el título de pro-fesor y consejero imperial...; no piensa en sí, sino en los otros, en el paciente .. ¡Oh, es un

El anciano se hallaba excitado, v sus ojos, que nomentos antes parecian tan cansados, cobra-

ron un brillo intenso. -Un hombre magnifico, le aseguro, que no ibandona a nadie. Para él, cada caso es un compromiso... Sé que yo no puedo expresar bien :ndo eso...; pero es como si él se sintiera culpable cada vez que no puede avudar a un enfermo. . El mismo se siente culpable, Y por eso, quizá... usted no lo creerá, pero yo le juro que es la pura verdad... La única vez que no consiguió lo que se había propuesto...; había prometido a una mujer, que iba perdiendo la vista, que la salvaria. , y cuando, no obstante, quedó ciega, se casó con ella. ¡Figúrese, un hombre joven, con una mujer ciega, siete años mayor que él, ni bonita ni rica, una persona histérica, que áhora es para él una earga v



no le agradece nada!... ¿No es verdad que esto demuestra qué clase de hombres es? Ahora usted comprenderá por qué yo me siento tan dichoso de haber encontrado a alguien..., a un hombre que se preocupa por mi niña como yo mismo. Lo he incluído en mi testamento, alguien le ayudará, será él. Dios lo quiera, Dios

El anciano había unido las manos como en la oración. De pronto se me acercó bruscamente.

-Y ahora, óigame, señor teniente. Yo iba a pedirle un favor. Ya le dije qué hombre tan hu-manitario es ese doctor Condor..., pero vea, comprenda...; me inquieta justamente esa su condición de hombre bueno... Siempre temo que, por consideración, no me diga la verdad... Siempre promete y asegura que Edith mejorará, mejorará cada vez más y que sanará por completo...; pero cada vez que le pregunto cuándo sanará, cuánto durará aún su estado, se excusa y sólo contesta: "¡Paciencia, paciencia Sin embargo, es menester tener una seguridad...; yo soy un hombre viejo y enfermo y debo saber si viviré hasta que ella sane y si es verdad que sanará del todo... No, créame usted, señor teniente, yo no puedo seguir viviendo así...; debo tener la certeza de que ella será curada... Tengo que saberlo, no soporto más tiempo. esta incertidumbre!.

Se levantó, vencido por su emoción, y con tres pasos apresurados y violentos llegóse hasta la ventana. Esto ya no era una novedad para mi. Cada vez que las lágrimas se agolpaban en sus oios, lo disimulaba mediante esa forma brusca de dar la espalda. El rampoco quería que se le compadeciera. ¡Cómo se asemejaba a su hiia! Su mano derecha buscaba torpemente el bolsillo trasero del chaquet negró; sacó su pañuelo, y era inútil que fingiera haciendo ver que secaba el sudor de la frente; demasiado claramente vi sus párpados enrojecidos. Paseóse una o dos veces de un lado a otro de la oficina; oi leves gemidos, y no supe si fueron las maderas carcomidas que crujian bajo sus pies, o si fué él mismo, el hombre viejo, gastado, que se quejaba. Luego tomo aliento como un nadador que se tira al agua.

-Perdone usted ...; no era de esto de lo que iba a hablarle... ¿Qué quería? Si... mañana vendrá el doctor Condor, de Viena, y por la tarde examinará a Edith. Suele quedarse a cenar y retorna por la noche con el tren expreso.

Pensé entonces que si alguien le preguntara como por casualidad, alguna persona extraña, alguien a quien él no conoce, en qué estado se halla la enferma y si a su juicio la niña recobrará totalmente su salud..., ¿me oye usted? toda su salud, y qué tiempo, a su juicio, durará... Tengo la sensación de que a usted no le mentiria. No tiene por qué tener miramientos con usted. A usted puede decirle la verdad tranquilamente... Frente a mi, se siente tal vez cohibido; vo soy el padre, un hombre vicio y enfermo, y él sabe cómo eso me desgarra el cu-razón... Naturalmente, usted no le debe hacer comprender que ha hablado conmigo... Tiene que llevar la conversación a este punto, como por casualidad, tal como es costumbre preguntar a un médico... ¿Quiere usted..., quiere hacer eso por mí?

¿Cómo podia negarme? Aquel hombre vicio, con los ojos humedecidos, estaba sentado frente 2 mi, esperando mi respuesta como la trompeta del juicio final. Desde luego le prometi todo, Convulsivamente me alargó sus dos manos.

-Ya lo sabía... Lo sabía desde aquella tardeen que usted volvió y fué tan bueno con mi hija... Usted ya sabe... Entonces comprendique usted es un hombre capaz de entenderme. Sabía que sólo usted le preguntaría en mi lugar. Le prometo, le juro que nadie sabra nada de esto, ni antes ni después; no lo sabrán ni Edith, ni Condor, ni Ilona... Sólo yo sabré qué servicio tan inmenso me ha prestado usted. -Pero lo que me pide no es nada..., es una insignificancia.

-No, no es una insignificancia, es un servicio grande, muy grande, y si... - se inclinò un poco, y su voz pareció retroceder tímidamente, - yo, por mi parte, pudiera hacer algo por usted... tal vez tenga usted...

· Debo haber hecho un movimiento de espanto (¿quería pagarme en el acto?), pues agrego con ese modo titubcante que siempre demostraba en los momentos de gran emoción:

-No, no me entienda usted mal... Quiero decir... No me refiero a nada material... Solo, en fin... quiero decir... yo tengo buenas relaciones..., conozco mucha gente en los mi-nisterios. También en el ministerio de Guerra... y siempre es conveniente en nuestros días que se pueda contar con alguien... no pensaba decirle otra cosa..., a cada uno puela de llegarle su turno... Eso es todo lo que que-

Me avergonzó la timida perplejidad con que son ofreció su ayuda. Todo ese tiempo no me habis mirado una sola vez, hablaba con la mirada baja, como platicando con sus manos, fin levanto los ojos, intranquilo, buscós a tientotas las gafas que se había quitado, y se las caló pron temblorosos dedos.

Seria mejor — murmuró entonces — que viciramos, de lo contrario a Edith podría bintrigade nuestra tardanza. Por desgracia, hay vique essar terriblemente alerta con ella. Con la Confusión sous entodos parecen haberse aguidada. Desde su habitación percibe todo cuntidado. Desde su habitación percibe todo cuntidade que nadie lo haya dicho. Por eso es capaz. Si usted no tiene inconveniente, regressions.

C Volvimos. En el salón, Edith va nos esperabauen su sillón de ruedas. Cuando entramos, lejuvantó su penetrante mirada gris como si quimiera lece en nuestras frentes inclinadas, un perceo confues, lo que habíamos habíado. Y como la no hicimos insinuación alguna, permaneció tojuda la noche notablemente reservada y ensimisoda la noche notablemente reservada y ensimis-

mada. Frente a Kekesfalva, había tratado de insignificancia su desco de consultar el médico, que entonces me era desconocido, sobre las probabilidades de restablecimiento de la enferma a primera vista aquélla era en efecto tarea harto baladi. Me resulta dificil, en cambio, describir cuánto me significaba personalmente ese encargo inesperado. No hay nada que agrande tanto el amor propio de un joven, ni que fomente más la formación de su carácter como el hallarse inesperadamente ante una misión que ha de cumplir apelando exclusivamente a su iniciativa y energía propias. Claro está que más de una vez había tenido que cargar con una responsabilidad semejante, pero siempre tenia caracter oficial, militar, siempre eran esfuerzos que debía realizar como oficial por orden de mis superiores y dentro del margen de un ambiente estrechamente limitado, como el coniando sobre un escuadrón, la dirección de un transporte, la compra de caballos y la solución de alrercados o disputas entre los soldados, Todas estas órdenes y su ejecución, quedaban dentro de la norma preestablecida. Dependian de instrucciones escritas o impresas; y en cualquier caso de duda me bastaba dirigirme a un camarada de mayor edad y más experiencia, para cumplir satisfactoriamente con mi obligación. El ruego de Kekesfalva, en cambio, no iba dirigido al oficial, sino a aquel yo interior del que aun no habia cobrado conciencia cierta, y cuya capacidad y límites me quedahan todavía por descubrir. El que aquel hombre extra-no me hubiera elegido en su desesperación, de

funciones militares o de parte de mis camaradas, Es verdad que esta sensación de contento iba hermanada con cierta sorpresa, pues me demostró una vez más chán apagada e indolente había sido hasta entonces mi conmiseración. Habia sido capaz de frecuentar aquella casa semanas y semanas sin formular la pregunta más natural: La pobre muchacha inválida permanecerá asi toda la vida? ¿No encontrará la ciencia médica alivio o curación para el debilitamiento de sus miembros? Verguenza insoportable: ni una sola vez habia consultado a llona, a Kekesfalva o a nuestro médico de regimiento. Habia aceptado el hecho de la paralisis, fatalmente, como inexorable. Fué por eso que la inquietud que desde hacia años martirizalia al padre, me atravesó como una flecha. Y si ese médico realmente fuese capiz de librar a la niña de su sufrimiento? ¡Y si esas pobres piernas encadenadas pudieran volver a eaminar libremente? ¿Si esa criatura olvidada mente escaleras arriba y abajo, corriendo de-trás de su propia risa, dichosa y bienaventura-

entre todos sus amigos y conocidos esa con-

fianza me causaba mayor dicha que todas las

alabanzas que hasta ahora había recibido en mis

da? Esa posibilidad me inundó como una embriguez; fué un placer inmenso imaginar cómo galoparíamos a través de los campos, ycampos, yaguardara en el portal para acompañarme en un passo. Comte entonces con impaciencia las lutras para poder sondear, al médico desconocido tan pronto como fuera posible, Alí impaciencia fué quizá mavor aun que la de Kekerdalva. Ninguna misión relativa a mi propa existencia me había parecido jamás de tanta importancia como aquella.

Contra e memano que de costumbre (había procurado librame expresamente de una parte del servicio) me presenté al dia siguiente. Esa vez llona me recibié sola. Me declaró que había llegado el médico de Viena, que estaba con Edith y parecía examinarla con singular detenimiento. Agregó que hacía ya dos horsa y media que había arribado y que probalbemente Edith se sentiría demasiado cansada para venir a participar de la terrulia, y que debia contormarme con la compañía de ella sola — "es decir", me hizo notar, "siempre que used no ten-

ga otro propósito mejor."

Esa observación me demostró, para intima satisfacción mia (siempre es motivo de vanidad el saber que sólo dos personas cuidan un secreto), que Kekesfalva, efectivamente, no la había iniciado en nuestro convenio. Me comporté con naturalidad. Jugamos al ajedrez para pasar el rato, y hubimos de esperar bastante tiempo hasta que se overon en la estancia contigua los pasos impacientemente esperados. Por fin entraron Kekesfalva v el doctor Condor, conversando animadamente, y tuve que realizar un verdadero esfuerzo para no expresar cierta sorpresa, pues la primera impresión que recibí de ese doctor Condor fué una gran desilusión, Siemque que se nos habla de una persona que desconocemos y se nos dicen a su respecto muchas cosas interesantes, nuestra fantasia visual erea de antemano una imagen de ella, empleando generosamente su material de recordación más valioso y romántico. Para imaginarme un médico genial, según Kekesfalva me había descrito a Condor, me atuve a aquellas características esquemáticas, con ayuda de las cuales el director de escena mediocre y el peluquero teatral configuran el tipo del médico: rostro intelectual, ojos penetrantes y agudos, actitud soberbia, verbo brillante e ingenioso, Siempre sucumbimos indefectiblemente a la ilusión de que la naturaleza ha de distinguir a los hombres extraordinarios dándoles una presencia que impresione extraordinariamente a primera vista. Tuve la sensación de recibir un golpe en el estómago cuando hube de hacer una reverencia a un señor más bien hajo, regordete, corto de vista v calvo, cuvo traje gris v arrugado estaba manchado de ceniza, y que llevaba la corbata mal anudada. En lugar de la supuesta mirada penetrante, me encuntré con una mirada opaca y más bien somnolienta, a través de unos anteoios baratos de acero. Antes de que Kekesfalva nos presentara, Condor me tendió una mano pequeña, húmeda, v en seguida se dió vuelta para encender un cigarrillo junto a la mesita de fumar. Desperezó negligentemente los

—Bien; ya está, Y no quiero tardar en confeserle, estimado amigo, que tengo un hambre que me devora; celebraría mucho que nos sirvieran pronto algo de comer. Si la cena no está a punto todavía, José podría adelantarme un bocado, cualquier cosa —y dejandose care en el sillán, continuó —: Siempre me olvido que ese expreso de la trade no lleva coche comedor. Otra prueba de la negligencia oficial tipicamente austríaca. Y, ah, muy bien — se interrumpió, levantándose, cuando el criado separó las hojas de la puerta del comedor —. Se puede confiar en tu puntualidad, José. Por mi parte pienso hacerle el debido homo al jefe de cocina. La culpia es de csos mulditos apresuramientos; huy no le tenido tiempo ni de almorzar.

Y se trasladó al comedor, tomó asiento sin

esperarnos y empezó, después de haberse prendido la servilleta, a engullir la sopa, a mi juncio, con no poco ruido. No nos dirigió la palabra ni a Kekesfalva ni a mí. Sólo pareció interesarle la comida, y su mitada miope se fijaba insistentemente en las borellas de vino.

-;Magnifico! ;Vino de Szomorod, y nada meno que del 99! Lo recuerdo de la última vez. Por este solo vinillo merceería que se haga el viaje hasta aquí. No, José; no escancie todavía, deme prinero un vaso de cerveza. .. Si,

annoine

Con un sorbo largo y lento vació la copa, y luego comenzó a masticar pausadamente y gusto, después de haberse asegurado unos pedazos grandes de la vianda prontamente servida. Ya que parcela ignorar totalmente nuestra presencia, me quedó tiempo para observarlo de reojo. Comprobé desencamado que esc hombre tan entusiastamente alabado tenía una cara muy burguesa, muy satisfecha, una cara de luna señalada por hoyitos y granitos, una nariz de batata, la barbilla floja, mejillas encarnadas y sombreadas por las señales de una barba tupida, un cuello ancho y corto: en fin, el aspecto típico de un hombre que sabe disfrutar de la vida, bonachón v rezongón. Comia con la misma despreocupación con que se había sentado... Empecé a dudar de que un hombre que comia v bebia tan opulentamente y que siempre levantaba el vino hasta la luz antes de probarlo con labios ruidosos, tuera capaz de dar una respuesta precisa a una consulta tan delicada.

-¿Qué hay de nuevo en esta región? ¿Cómo será la cosecha? ¿No fueron demasiado secas las últimas semanas, no hizo demasiado calor? Algo de eso he leido en los diarios. El trust del azúcar volverá a aumentar los precios?

Con senejantes preguntas indiferentes, que no requerian una contestación verdadera, Condor interrumpia de vez en cuando su tarea de engullir v masticar a toda prisa. Parecia ignorar por completo mi presencia v aun cuando va había oído hablar más de una vez de la brutalidad típica de los méticos, aduciños de mi ciera rabia contra aquel grosero bonachón. Molesto, no pronuncié una sola palabra.

Cuando, terminada la cena, pasamos al salón, donde estaba preparado el cafe. Condor se tendió con un suspiro de satisfacción justamente en el sillón de Edith, que estaba provisto de una serie de comodidades especiales, una estantera giratoria, ceniceros y respaldo ajustable. Como el enojo torna a la gente maliciosa, coloqué nui sillón de tal modo que le daba prácticamente la espalda, Indiferente a mi silencio ostensible v al ir v venir nervioso de Kekesfalva - cl anciano señor deambulaba por la habitación. como un espíritu, para servirle al cómodo visitante, cigarros, fuego y coñac -, Condor no sacó menos de tres cigarros a la vez de la caia, colocando dos como reserva junto a la taza de café, v por más que el profundo sillón se amoldara a su cuerpo, aun no le parecia bastante confortable. Se movia v removia hasta encontrar la posición más descansada. Sólo después de haber tomado la segunda taza de café respiró satisfecho, como un animal harto. pugnante, repugnante!", pensé para mí. Pero entonces el médico extendió inesperadamente sus miembros y guiñó el ojo a Kekesfalva irónicamente.

"Usted es capaz de enviarme mi buen cigaro porque lo consume la impaciencia de escuchar mi informe. Sin embargo, usted me conoce, y sabe que no sov partidario de nezclar la comida y la medicina, Y, además, créame, estaba demasiado hambriento v cansado.
Desde las siste y media de la mañam ne balanceo ininterrumpidantente sobre mis picrnas;
llegué a tener la impressión de que no sólo se
había secado mi estómago, sino también ini cabeza. — Chupó lentaniente su ciçarro y despidito el humo azulado, formando volutas en
cl. aire. — Empecenos, pues, querido amigo.
Va rodo bastante bien, Los ejercicios de camiar y de estirar, todo es muy pasable, Incluso

es posible que todo vaya un átomo mejor que la vez pasada. Ya le digo, podemos darnos por satisfechos. Sólo -y volvió a chupar su cigaero - el comportamiento general..., lo que se ha dado en llamar lo psíquico, me parecia hoy...; pero, por favor, no se asuste tan pronto, nu amigo..., me parecía hoy un poco modificado.

A pesar de la advertencia, Kekesfalva azoróse desmedidamente. Vi cómo empezó a temblar

la cucharita que tenia en la mano. -¿Transformado?... ¿Qué quiere usted de-

r?... Cambiado, ¿en qué sentido? —Pues..., cambiado, quiere decir cambiado... Yo no he dicho empeorado, mi amigo. Como dito el padre de Goethe, "no me in-terprete ni me apriete". Por el momento, yo mismo no sé con exactitud lo que pasa, pero..., algo no está como debe.

El anciano seguía con la cucharita en la mano. Al parecer le faltaba la energía necesaria para depositarla,

¿Qué es lo que no está como debe? El doctor Condor rascóse la cabeza,

-¡Ah, si lo supiera! De todos modos, no se inquiere. Hablamos en un tono académico y sin mala intención. Es mejor que se lo vuelva a decir con toda claridad. No es el aspecto de la enfermedad el que me parece alterado, sino que hay algo en Edith misma que ha cambiado. Le pasa hoy no sé qué cosa. Por primera vez tuve la sensación de que se me hubiese escabullido. - Volvió a dar unas chupadas a su cigarro y luego cambió bruscamente de táctica, midiendo a Kekesfalva con miradas rápidas -. Sabe usted, lo mejor sería estudiar la cuestión, de entrada, sinceramente. No tenemor por qué avergonzarnos mutuamente, y podemos jugar a cartas descubiertas. Dígame, pues, sincera y claramente. En su eterna impaciencia, han consultado ustedes a otro niédico? ¿Alguien ha examinado o tratado a Edith en mi ausencia?

Kekesfalva se levantó agitado como si se le hubiese acusado de una monstruosidad.

-;Por el amor de Dios, doctor; le juro por la vida de mi hija!..

-Bueno, bueno -le cortó la palabra Con-dor -. Le creo sin juramentos. No hablemos más de eso. Peccavi. Me equivoque. Un diagnóstico fallado, Esto puede sucederle hasta a un consejero imperial, ¡Qué tontería! Yo hubiese jurado que..., hum... Entonces debe ha-ber otro gato encerrado... Es extraño... Usted me permitirà... - Y se sirvió una tercera taza de café

-Pero, ¿qué es lo que le ocurre? ¿Qué es lo que ha cambiado en ella? ¿A qué se refiere usted? - tarramudeó el dueño de casa,

-Mi amigo, usted no hace mas que complicarme las cosas. Está demás toda preocupación, se lo aseguro, ¡palabra de honor! Si hubiera algo serio, no hablaría de ello delante de un extraño..., perdón, señor teniente; no doy a ese concepto un sentido malévolo, quiero decir unicamente... no hablaría entonces, sentado cómodamente en este sillón y catando con toda tranquilidad su buen coñac... Es, en verdad, un coñac excelente.

Volvió a recostarse y parpadeó.

Es difícil explicar de improviso lo que ha cambiado en ella. Es tanto más difícil cuanto que es algo que debe buscarse en el extremo superior o inferior de lo explicable, Si antes sospeché que un médico extraño había intervenido en el tratamiento..., ya no creo más en ello, señor von Kekesfalva, se lo juro..., fué en vista de que, por primera vez, algo dejó de funcionar bien entre Edith y vo. No se estableció el contacto normal, ¡Espe-Quizas pueda expresarme más claramente. Quiero decir... en un tratamiento pro-longado, se produce inevitablemente un determinado contacto entre el médico y su paciente...; tal vez es demasiado grosero llamar a esa relación un contacto, ya que esto significa en última instancia un rozamiento, es decir, algo corporal. A este respecto, la con-

fianza va extrañamente mezclada con la desconfianza. Hay un juego constante entre atracción y repulsión y desde luego, aquella mezcla se modifica de una visita a la otra, Estamos habituados a eso. A veces, el médico erce que ha cambiado el paciente, y ocras veces el pa-ciente cree que es el médico el que ha cambiado; a veces se entienden con la sola mirada, y otras hablan sin entenderse. Son sumamente raras esas vibraciones entre uno y otro; es imposible comprenderlas y menos aun medirlas. El modo más sencillo de explicar ese fenómeno lo ofrece tal vez una comparación, aun a riesgo de que esa comparación resulte grosera. Sucede, pues, con el paciente algocomo esto: Si usted ha estado ausente de su casa durante unos dias y, al volver, se pone frente a su maquina de escribir, esta, al parecer, escribe como siempre, funciona perfectamente, como antes; no obstante, usted comprende por un no se qué indefinible para usted mismo, que en su ausencia, otra persona la ha usado. O usted, señor teniente, sin duda lo nota cuando alguien ha montado su caballo un par de dias. Algo ha cambiado en su trote, en su actitud, se le ha ido de la mano y, seguramente, usted no podria definir en que consiste la diferencia, porque los cambios son ínfimos. Ya sé yo que éstas son comparaciones muy toscas, pues la relación entre el medico v su paciente es, naturalmente, mucho más sutil. Ya le dije que me encontraría en un gran apuro, si hubiera de explicar lo que ha variado en Edith desde que la vi por última vez. Y me amarga justamente el que no logre comprender que es lo que ha pasado y que es lo que ha cambiado.

-Pero, ¿cónio... se manifiesta eso? - jadeô Kekeyfalva Comprendi que todos los juramentos de

Condor no bastaban para tranquilizarlo; su frente brillaba húmeda.

-¿Cómo se manifiesta? Pues en pequeñaces, en cosas imponderables. Cuando hicimos los ejercicios de gimnasia, sentí que ella oponia resistencia. Antes de que hubiera podido comenzar a examinarla como es debido, se rebeló: "Es inútil, es lo mismo que siempre". Otras veces, en cambio, esperaba impacientisima el resultado de mi examen, Cuando luego le propuse determinados ejercicios, hizo observaciones desatinadas, como: "Esto tampoco servirá para nada", o "Con eso tampoco se consigue gran cosa." Admito que las expresiones de este cariz carecen en sí de importancia, pueden ser el producto del mal humor o de los nervios exaltados; pero hasta ahora, mi estimado amigo, Edith nunca me había dicho nada por el estilo. Supongamos que tal vez estuvo verdaderamente de mal humor. Eso puede sucederle a cualquiera,

-¿Pero, de verdad, no hubo un cambio perjudicial?

-¿Cuántas palabras de honor más quiere usted que le dé? Si pasara lo mínimo, yo como médico no estaría menos inquieto que usted como padre y va ve que no lo estoy ni remotamente. Al contrario, esa rebelión no me disgusta en absoluto. Es cierto, su hija es ahora más irritable, alterada e impaciente que unas semanas atrás, y me imagino que le ha de dar a usted inuchas nueces duras que cascar. Pero semejante revuelta suele ser indicio también de un aumento de voluntad de vivis y de sanar; cuanto más fuerte y normalmente empieza a funcionar el organismo, con tanta más insistencia quiere llegar, por fin, a vencer su enfermedad. Creáme, los médicos no queremos a los enfermos obedientes y "buenos" tanto como ustedes se imaginan, Ellos nos ayudan muy poco. No podemos sino yer con buenos ojos una voluntad rebelde, enérgica y aun rabiosa del enfermo, pues, por extraño que parezca, esas reacciones aparentemente insensatas producen mejor efecto que nuestros medicamentos más eficaces. Le repito, no estoy absolutamente preocupado. Si, por ejem-



APRENDA PEINADOS, PERMANENTES, TINTURAS, MAQUILLAJES Y MANICURA

Es una profesión muy ventajosa, en la Academia del prestigioso profesor

LUIS ROFFMAN

PASO 139 Buenos Aires

Dr. ROBERTO UBALLES (H.) Abogado, ESTUDIO JURIDICO, SUCESIONES - FAMILIA -SOCIEDADES, Corresponsales en Europa, Diag. R. S. Peña 1119 4 - Eser, 401 - Bs. Aires - Abonos para comerciantes.

580 SECRETOS PARA GANAR DINERO

No es un recetario común, sino un compendio de fórmulas valiosas. INEDITAS por prime-ra, vez en castellano. Para hacer productos de ràpida y fácil venta, Secretos para la industria, el comercio, la mujer, el hogar, el hombre, las artes, etc., \$ 6.50, a pagar en destino, \$ 7.— (Por carta: C. de Correo 1850, Buenos Aires).

A. WARD, Seo, del Estero 1519 - Talcahuano 419

¡Cuide su vistal Se lo pide el PATRO-NATO NACIONAL DE CIEGOS.



plo, se quisiera ahora iniciar una cura nueva con ella, se podría exigirle cualquier esfuerzo; incluso sería éste, tal vez, el momento apropiado para hacer entrar en juego las energias psiquicas que justamente en el caso de ella son de tanta importancia. No sé -levantó la cabeza y nos miró-, si ustedes me comprenden bien.

Naturalmente - dije sin querer,

Fué ésa la primera palabra que le dirigí. Todo cuanto había expuesto, me parecía per-

fectamente natural y claro.

El anciano, en cambio, no salió de su ensimismamiento. Permaneció con la mirada completamente inanimada. Tuve la impresión de que no comprendía nada de cuanto Condor acababa de explicarle, porque no quería entender, porque toda su atención y temor estaban concentrados en su angustia. "¿Sanara? Sanará pronto? ¿Cuando sanará?"

-¿A qué cura se refiere usted? - tartamudeó, como siempre que se hallaba excitado -... Qué cura nueva? ... ¿No acaba usted de hablar de una cura nucva? ¿Qué ensayo nuevo

quiere usted hacer?

Comprendí en seguida que se aferralia a esa palabra "nuevo" porque ella significaba una esperanza para el.

Eso della

-Eso déjelo a mi cargo, ya veremos lo que hay que intentar y cuándo lo haremos, No quiera apresurar ni forzar lo que no es posible conseguir por obra de encantamiento.

El anciano miraba mudo y contrito. Vi con cuánto esfuerzo se contuvo para no volver a formular una v otra vez sus preguntas insensatamente tenaces, Condor también debe haber sentido algo de esa presión taciturna, pues se

levantó sin transición.

-Damos por terminada esta cuestión de oy, ¿verdad? Ya le he comunicado mi impresión; todo lo demás sería hablar por hablar, Aunque Edith, en los próximos dias, se tornara más irritable todavía, no se preocupe usted, que ya descubriré yo el tornillo que se ha aflojado. Lo único que debe hacer es no rondar siempre a la enferma, temeroso y desorientado. Y luego usted tiene la obliga-ción de cuidar sus propios nervios. Tiene cara de dormir poco, y temo que con su intranquilidad y preocupación se cause mayor daño a si mismo del que puede justificar frente a su hija. Lo mejor seria que usted empezara hoy mismo acostándose muy temprano y tomando unas gotas de valeriana antes de dormir, para que mañana recobre su lozanía. Eso es todo. Se acabó la consulta por hoy. Terminaré de fumar mi cigarro, y luego continuarė nu camino.

-¿De veras ya quiere irse? El doctor Condor insistio:

-Si, mi amigo; por hoy, basta. Me queda todavía un último paciente, un tanto maltrecho, al que he ordenado un largo paseo. Así como usted me ve, estov en pie trotando desde las siete y media. Pasé toda la mañana en el hospital, tuvimos un caso curioso... Pero no hablemos de eso... Luego en el tren, despues aquí, y nosotros precisamente tenemos que ventilar de vez en cuando nuestros pulmones para mantener la cabeza despejada, No necesito hoy su automovil; prefiero irme a pie. Tenemos una magnífica luna llena. Con eso, claro está, no quiero quitarle a su señor teniente; él, seguramente, le hará un poco de compañía si usted, a pesar de la prohibición médica, quiere tardar todavía en recogerse. Entonces recordé de inmediato mi misión.

-No - declaré solícito, v expliqué que al día siguiente debía presentarme excepcionalmente temprano al servicio y que debería haberme retirado hacía rato va.

-Si usted gusta, nos encaminaremos juntos

la población.

Por primera vez brilló entonces una lucecita en la mirada cenicienta de Kekesfalva: ¡La misión! ¡La consulta! ¡La información! Fl rambién la recordó.

-Bien, pues; me acostaté en seguida - dijo con inesperada condescendencia, haciendome una señal furtiva a espaldas de Condor.

3 8 6

Apenas hubimos sorteado el umbral de la easa, Condor y yo nos quedantos detenidos instintivamente en el peldaño superior de la escalinata, pues el jardin ofrecia un aspecto admirable. Durante las horas que habiamos pasado en las habitaciones, exeitados, a ninguno se le habia ocurrido mirar por la ventana. Ahora nos sorprendió una transformación completa. Una inmensa luna llena permanecía, inmóvil, como un disco de plata brillantemente pulido, en medio de un cielo cuajado de estrellas, y en tanto que el aire ealentado por el dia estival nos envolvia hochornoso, aquella luz enceguecedora parceia simultaneamente haber producido un invierno mágico. La grava resplandecia como nieve recién caída entre las hileras de árboles derechamente recortados que flanqueaban el camina con sus sombras negras. No recuerdo haber recibido jamás una sensación tan espectral de la luz de la luna como en aquella calma e inmovilidad absolutas de un jardin hundido en el brillo gélido y vibrante.

Seguimos caminando hasta el portón, sin pronunciar palabra. Para cerrarlo tuvimos que volver la vista forzosamente hacia atrás, El frente de la casa relucia como si hubiera sido pintado con fósforo azulado, un solo bloque de hielo brillante, y tan violento era el re-flejo de la luz de la luna, que cra imposible distinguir cuáles de las ventanas estaban iluminadas por dentro y cuáles por fuera. Sólo el golpe duro con que se cerró la puerta rompio el silencio; como descorazonado por ese ruido terrenal en medio del silencio fantasmagórico, Condor dirigióse a mí con una llaneza que yo no habia esperado.

-: Pobre Kekesfalva! Estoy haciendome cargos, v preguntindome si no he sido demastado brusco con él. Se que hubiera querido retenerme unas cuantas horas más para preguntarme cien cosas, mejor dicho, para preguntarme cien veces lo mismo. Pero la verdad es que estaba agotado. Ha sido un dia demasiado pesado para mí; de la mañana a la noche, enfermos y más enfermos, y todos, casos en que no se comprueba ningún progreso.

Habíamos penetrado entretanto en la alameda, cuyos árboles se cerraban con una malla impenetrable contra la luz de la luna, Condor

parecía no observarme siquiera,

-Y luego hay días en que, sencillamente, no soporto su insistencia. La dificultad de nuestra profesión no reside en los enfermos; uno aprende a tratarlos como es debido, se adquiere cierta práctica. Además, si los pacientes se quejan y preguntan e insisten, esto es tan propio de su estado como la fiebre o el dolor de cabeza. Contamos de antemano con su impaciencia, estamos dispuestos y preparados para ella, y todos tenemos ciertas frases calmantes y ciertas mentirillas de las que siempre vamos tan provistos como de sedantes y de narcóticos. Nadie nos amarga tanto la existencia como los parientes y allegados que se interponen como intrusos entre el médico v el paciente y que siempre quieren saber la "verdad". Todos se conducen como si en toda la Tierra no hubiese más enfermo que aquél y como si sólo se tratase de cuidar de ese único paciente, No le tomo a mal a Kekesfalva sus muchas preguntas, pero, ¿sabe?, cuando la impaciencia se vuelve crónica, se pierde muchas veces la serenidad. Le he explicado diez veces que ahura tengo que atender en la ciudad un caso gravísimo, que es una cuestión de vida o muerte. A pesar de que él lo sabe, me telefonea día tras día, e insiste y me mortifica y quiere conseguir a todo trance nna esperanza. Al mismo tiempo se, como mé dica, que esa excitación es para él de efectos

fatares. Estoy mucho más preocupado de la que él se imagina, muchismo más, Es suerre que él ignore lo mal que están las co-

Quedé aterrado. La situación era, pues, grave. Condor me había facilitado el inforte que vo deheria obtener con rodeos, hablan elara y espontáneamente. Muy excitado, y de seoso de saber más, le interrumpi:

-Perdone, doctor, pero usted comprendens que esto me inquieta... No sospechaha yo que Edith estuviese tan mal...

-¿Edith? - Condor me miró muy asombrado. Parecía darse cuenta por printera vez de que hablaba con otra persona -. ¿Por que dice usted Fdith? Yo no he dicho una pa-labra de Fdith..., usted me ha entendido a revés... No, no; el estado de Edith es verdaderamente estacionario. L; por desgracia e estacionario todavia. Es el quien me preocupa, Kekesfalva; el si que me causa cada vez más inquietud, No ha observado ustell cómo se ha transformado en los últimos meses? ¿No se ha fijado en su mal aspecto, « como de semana en semana decae más?

No puedo juzgar al respecto..., sólo hace unas semanas que tengo el honor de cono-

-Ah, es cierto. Perdone. Es claro, usted no pudo observar nada... Pero vo, que le esnozco desde hace años, he quedado sincera-niente aterrado al ver hoy, por casualidad sus manos. ¿Usted no se ha fijado que sus manos son transparentes y huesudas? Le dire, cuando uno ha visto muchas manos de muertos, sienipre recibe una sensación de descorazonamiento al ver esa especie de color azulado en la mano de un ser vivo. Y luego, in me gusta la rapidez con que se enternece; el menor sentimiento humedece sus ojos; la n nor angustia apaga sus colores. Algo falla, go no funciona bien. Hace tiempo va que me he propuesto revisarlo detenidamente, solo un falta coraje para abordarle, pues, Dios mod si voy a hacerle pensar ahora que también mismo está enfermo, más aun, que él podmorir v dejar a su hija tullida. "Imposibi-intaginarselo!... No, no, señor teniente, ust me ha interpretado mal; mi principal preocepación no es Edith, sino él... Mucho temo que el anciano ya no dure mucho.

Quedé completamente aterrado. Jamás había pensado en esa posibilidad. Tenia vo entonces veinticinco años, v nunca habia vista morir a una persona de mis relaciones. No encapaz siquiera de concebir la idea de que alguien con quien acababa de hablar o beber, pudiera quedar al dia siguiente, rigulo, en su mortaja. Una puntada repentina en región cardíaca nie hizo comprender al mismo tiempo que me había encariñado verdadermente con aquel hombre, Queria contestar cualquier cosa en medio de mi perplejidal

conmovida.

-: Horrible! - acerté a decir -. Eso sera horrible. Un hombre tan noble, tan generose tan bondadoso; es, en verdad, el primer nob húngaro autentico que he conocido,

Entonces sucedió algo sorprendente. Cond se detuvo tan repentinamente que vo tamb quede, contra mi voluntad, paralizado. Me i in de hito en hito, y sus lentes relampaguealisen la noche. Sólo al cabo del tiempo necesario para respirar una o dos veces, me pregumo

-¿Un noble?...;Y, además auténtico? ¿Kekesfalva? Perdone, teniente...; peridice usted... en serio... eso de autén-

No comprendi bien la pregunta. Sólo 150 la sensación de haber dicho una tontería. puse, cohibido:

No puedo juzgar sino desde mi punte vista, y frente a mi, el señor von Kekes to se nos hablaba siempre de los nobles garos como de gente singularmente arrogante, pero yo... jamás he encontrado a un hom-

bre más afable. Yo...

No proseguí, porque noté que Condor continuaba mirándome atentamente de reojo. Su cára redonda relucía a la luz de la luna, sus lentes brillaban, parecían agrandados, y tras ellos sólo vi imprecisos sus ojos investiga-dores; tuve la sensación de ser un insecto que patalea al ser colocado bajo una lupa fina. Condor dejó caer la cabeza, volvió a caminar y murmuro, como hablando consigo mismo:

-Es usted, verdaderamente..., un hombre raro. Perdone, no lo digo con ninguna mala intención, Mas, es, en efecto, extraño, y usted tiene que reconocerlo, muy extraño... Segun me entero, usted frecuenta la casa desde hace varias semanas. Además vive en una aldea, en un verdadero gallinero... y donde no se cacarea poco..., todo lo cual no quita que usted vea en Kekesfalva un magnate, Nunca ovó usted de parte de sus camaradas unas ob-servaciones... no diré despectivas, pero unos comentarios que de todos modos demuestran que esa nubleza es un tanto dudosa?... Algún rumor tiene que haber llegado a sus nidos.

-¡No! - repliqué enérgicamente, Comprendí que empezaba a enojarnie (no es una sensación agradable la de dejarse calificar de "extraño") -, ¿Lo lamento, pero no he permitido nunca que nadie me venga con habladurias! ¡Jamas he charlado con ninguno de mis camaradas sobre el señor von Kekes-

falva! -Muy extraño - murmuró Condor -, ¡Cosa rara! Siempre crei que él recargaba las tintas al describirme su persona. Le diré francamente...; a lo que parece, hoy tengo un día de diagnósticos equivocados..., desconfiaba un poco de su entusiasmo... me costaba creer que usted solo frecuentaba su casa por aquel incidente, aquella noche del baile, y que volvía una v otra vez... nada más que por simpatía, por compasión. Usted no sabe cómo se explota a ese anciano... Me hahia propuesto... por que no decírselo?... ave-riguar que le atrae a aquella casa. Pensaba que usted es... ¿cómo me expresaré sin dejar de ser cortés?...; en fin, un mozo muy intencionado, que busca su parte, o, de ser sincero, un hombre interiormente muy joven, pues lo trágico y peligroso sólo ejerce tan fuerte atractivo sobre los adolescentes. Este instituto de los jóvenes suele ser acertado, v su sentimiento no lo ha engañado... Kekesfalva es, en verdad, un hombre original, Sé exactamente lo que se puede decir en su detrimento, y sólo me sorprendió..., perdone usted..., el que lo llamara un caballero, un noble. Pero crea a uno que lo conoce mejor que todos los de aqui: no tiene por que avergonzarse de su amistad con él v con su pobre hija. Que le cuenten a usted lo que quieran, no se deje desorientar; de cuanto se diga, nada puede tener relación con el hombre conmovedor y atribulado que es el Kekesfalva

Condor decía eso mientras caminaba, sin mirarme; sólo al cabo de un rato acortó sus pasos de nuevo. Comprendí que reflexionaba sobre algo, y no quise molestarlo. Proseguimos cuatro o cinco minutos más, completa-mente taciturnos. De pronto, Condor me ha-

blo repentinamente:

-Oigame, señor teniente, Las cosas hechas a medias y las insinuaciones o medias palabras son siempre ennjosas. Todos los males de este mundo son causados por lo incompleto. Es posible que ya sea demasiado lo que se ha deslizado de mis labios. No quisiera de ningun modo alterar su bnen concepto. Por otra parte, va he despertado demasiada curiosidad en usted, como para que pueda dejac de pedir noticias a otros y, por desgracia, tengo motivos para temer que no se le infor-mará de un modo muy fidedigno. Al fin y al cabo es imposible frecuentar una casa sin saber a la larga quiénes son sus moradores. Es probable que en adelante usted rampoco que

diera visitarlos con su antigna falta de prevención. Si tiene realmente interés en saber esto o lo otro respecto de nuestro anigo, estoy a su disposición.

-Ciertamente que tengo interés. Condor consultó el reloj:

-Son las once menos cuarto. Aun nos que-dan más de dos horas. Mi tren no sale hasta la una y veinte. Pero estimo que esas cosas no pueden hablarse en medio de la carretera. A lo mejor usted sabe donde hay un rincon propicio para una conversación tranquila y confidencial

Reflexione:

—Lo niejor sería la "Fonda Tirolesa", en la calle Archiduque Federico. Tiene pequeños apartados en los que nadie nos molestará.

-¡Excelente! Es lo que necesitamos. Sin cambiar más palabras, llegamos hasta el final de la carretera Pronto las primeras casas de la ciudad aparecieron, formando una hilera a la blança luz de la luna,

Aquella "Fonda Tirolesa" era un pequeño local acogedor con un ligero asomo de mala

UD., QUE APRECIA LA CALIDAD. SABRA DISTINGUIR



ETESIA

fama. Situado en una angosta calle tortuosa v antigua, formaba parte de un hotel de segunda o tercera categoría, muy estimado en nuestros círculos, gracias a la cualidad comprensiva y olvidadiza del portero, quien, a propósito, omitia molestar a los huespedes que pedían una habitación con dos camas - aun en pleno día -, con el formulario de inscripción impuesto por la policia. Otra seguridad para el secreto de los idilios más o menos prolongados consistia en la circunstancia bien calculada de que se podía llegar a aquellos nidos de amor sin cruzar la entrada principal (una pequeña ciudad tiene mil ojos), sino pasando la escalera, y con ella a la meta discreta. desde el restaurante y sin llamar la atención. La discreción era la suprema ley que regia las costumbres internas de aquella casa. Al entrar comprobe con gran contento que en el local-reinaba ese tedio que los últimos días del mes crean obligatoriamente en una guarnición pequeña. No estaba presente ningún miembro de mi regimiento y pudimos elegir entre la totalidad de los reservados,

Con el manifiesto propósito de evitar toda nueva intromisión de la camarera, Condor pidió de inmediato dos litros de vino, pago en el acto y dió a la muchacha una propins tan generosa que ella desapareció para siempre con un agradecido "Buen provecho". Cavo la cortina y sólo de vez en cuando llegaba muy difusa hasta nosotros una que otra palaNos hallábamos perfectamente aislados y seguros en nuestra celda.

Condor me sirvió primero una alta copa da estilo antiguo, luego llenó un vaso para si mismo, Cierta meticulosidad en sus movimientos me reveló que interiormente disponía de apremano todo cuanto me iba a decir (y tal vez también lo que pensaba callar) Cuando finalmente se dirigió a mí, había desaparecido por completo ese ser somnoliento y desaprensivo que antes me molestara tanto. Su mirada era muy concentrada.

-Lo mejor será que empecemos por el principio y que primero dejemos completamento a un lado al noble señor Lajos von Kekesfalva. En aquel entonces no existía aún. No había tal terrateniente vestido de negro y con gafas montadas en oro, ni tal noble y, menos ann, magnate, Solo había en un pueblo miserable de la frontera húngam-eslovaca un pequeño muchacho judío, de pecho angosto y mirada penetrante que se llamaba Leopoldo Kanitz y a quien, según creo, todo el mundo Hamaba Lammel Kamtz,

Debo haberme levantado de golpe o haberdemostrado de otra manera mi sorpresa, pucaesperaba cualquier cosa menos esto. Pero Condor prosiguió con sonriente naturalidad:

Si, Kanitz, Leopoldo Kanitz; yo no lo puedo cambiar; sólo mucho más tarde y, a pedido de un ministro, se magiarizó el nombre de un modo tan sonoro, adornándolo, además, de una particula nobiliaria. Usted posiblemente no pensó que un hombre influyente y bien relacionado, que desde hace tiempo vive aquipuede cambiar de aspecto, magiarizar su nombre y adquirir título de nobleza. Al fin y al cabo, ¿como podía saber eso, joven como es? Además, ha pasado una considerable cantidad de agua por la Leitha, desde que aquel mocoso, aquel chico judio, perspicaz y astuto, cuidaha alla los caballos o carros de los campesinos, mientras ellos bebian en la fonda, y desde que, a cambio de un puñado de papas, llevaba las cestas de las vendedoras del mer-cado. El padre de Kekesfalva, mejor dicho, de Kanitz, no era, pues, un magnate, sino el arrendatario pauperrimo - con las ondeadas patillas judías - de una fonda situada junto a la carretera, a poca distancia de aquel poblado. Los leñadores y cocheros paraban altipor la mañana y por la tarde, para entrar en calor mediante varias copas de agnardiente de setenta grados, antes o después de sus viajes a través del frío de los Carpatos, A veces, el fuego liquido les calentaba demasiado los sentidos, y entonces compían las sillas y los vasos, y en una de esas oportunidades, el padre de Kanitz quedo mortalmente herido, Unos cuantos campesinos, que volvían borrachos de la feria, iniciaron una disputa, y cuando el fondero quiso separarlos para printeger su pobre instalación, uno de ellos, un cochero gigante, lo tiró tan fuertemente a un rincón que quedó allí tendido, lanzando sordos gemidos. A partir de ese día escupio sangre, y al cabo de un año murió en el hospital. No dejó dinero, v la madre, una mujer valiente, gano su sostén v el de sus niños, todos pequeños todavia, como lavandera y partera, y Leopoldo llevaba los paquetes en sus hombros. Además juntaba unas cuantas monedas como me-jor podía; hacía mandados para un comerciante y llevaba mensajes de pueblo en pueblo. A una edad en que otros niños juegan aún alegremente con bolitas de vidrio, él ya sabía exactamente lo que costaban todas las cosas, donde y cómo se compraba y se vendia, y cómo hacerse útil e indispensable; y todavía encontró tiempo para aprender algo-El rabino le enseño a leer y a escribir, y tenía tal facilidad de comprensión que a los trece años va podía reemplazar ocasionalmente al escribiente de un abogado y redactar. a cambio de unas monedas, las solicitudes y formularios para los impuestos de los pequenos comerciantes. Para ahorrar la luz - cada gota de petróleo significaba en aquella casa miserable un despilfarro –, se sentaba noche

una garita próxima a un paso a nivel – no habia estación en aquel pueblo –, y ahi regasaba periódicos rotos que otros habian tirado. Ya entonces los ancianos de la comunidad nencaban sus barbas en señal de aprobación, y profetzaban que ese muchacho llegaria a

set algo.

"No sé cómo se las arregló para salir de aquel pueblo eslovaco y liegar a Viena, pero cuando, a los veinre años de edad, apateró por estos contornos, va era agrecemento a su modo de sea controla, esta por compaña a su modo de sea confeital, esto otros negocios controlas, se convirtió en lo que en Calitzia con todo, que consigue todo y que en todas pares tiende un puente entre la oferta y la demanda.

"Al principio se le toleraba. Pronto se empezó a notar su presencia y aun a servirse de él, Sobia de todo, y nada le era extraño. Compraba traise susdos, reloies, antiguedades, tasaba y permutaba campos y mercaderias y caballos, y si un oficial necesitaba un fiador, él se lo conseguía. De año en año se ensanchaban tanto sus conocimientos como el radio

de sus actividades.

"Con ese modo de ser, infatigable y tenaz, se gana bastante. Pero las fortunas verdaderas sólo se forman en virtud de una relación determinada entre los ingresos y los gastos, entre la ganancia y las necesidades. En esto radicaba otro misterio del ascenso de nuestro amigo Kanitz, quien en todos aquellos años no gastaba casi nada, salvo los dineros con que socorria a toda una cantidad de parientes y que invertia para que su hermano pudiera estudiar. La única adquisición sustanciosa que se permitió para su persona, fué un chaquet negro y los lentes de doublé que usted tamsien conoce, y que le daban, entre los campesinos, el aspecto de un "academico". Cuando ya hacia tiempo que era hombre acaudalado, seguía por previsión en su papel de pequeño "Agente" es una palabra maravillosa, una amplia capa con que se puede envolver y ocultar muchas cosas, y Kekesfalva ocultaba en primer lugar el hecho de que había dejado de ser el intermediario para convertirse en financista y empresario. Consideraba mucho más importante y acertado llegar a ser rico que ser considerado rico,

"FI hecho de que alguien, que es al mismo tiempo trabajador, prudente y económico, lle-gue más pronto o más tarde, no me parece digno de un estudio filosófico especial, ni mayormente admirable. Los médicos somos, al fin y al cabo, quienes mejor sabemos que una cuenta corriente le sirve de poco al hombre en los momentos decisivos. Lo que en verdad he admirado desde un comienzo en nuestro amigo Kanitz, es su voluntad realmente demoníaca para agrandar, junto con su fortuna, también sus cunocimientos. Las noches enteras que pasaba en los trenes, cada hora de viaje en carro, cada momento libre en la fonda, el los aprovechaba para leer y aprender. l'studió todos los códigos, el de comercio lo mis no que el industrial, y estaba versado en todas las inversiones y transacciones como un banquero. De esa suerte resultó muy natural que sus negocios adquiriesen paulatinamente una extensión cada vez mayor, Proveía fábricas, fundó consorcios y finalmente se le confishan incluso ciertas ordenes de compra para el e ército, y desde entonces se veia su chaquet negro y sus lentes dorados con creciente frecuencia en las antesalas de los ministerios. En ese tiempo tenía tal vez un cuarto, o acaso medio millón de coronas de fortuna, pero en esa región la gente seguia tratándole de agente insignificante, y se continuaba saludando a Kanitz en la calle muy condescendientemente, hasta que dió el gran golpe y se convirtió de repente de Lammel Kanitz en señor von Kekesfalva."

Condor se interrumpió,
-Bien, Lo que le he referido hasta ahora,

de su historia la sé por boca de él mismo. Me la refirió en una noche en que, después de la operación de su esposa, esperantos en una salita del sanatorio desde las diez de la noche hasta el amanecer. En adelante puedo, responder por cada palabra, pues en semejantes momentos no se miente.

Condor bebio lenta y reflexivamente un pequeño trago antes de encender otro cigarro. De repente se enderezó enérgicamente.

Esta historia de la mutación de Leopoldo o Lammel Kanitz en propietario y señor von Kekesfalva, consienza en un tren de pasajeros entre Budapest y Viena. A pesar de que contaba cuarenta y dos años y su cabello ya se tornaba canoso, nuestro amigo pasaba en aquellos años la mayoría de las noches viajando - los tacaños economizan también su tiempo y no hará falta que destaque que siempre viajaba en tercera clase. Como viejo experimenrado, había adquirido cierta técnica para los viajes nocturnos. Primero extendia una manta escocesa que oportunamente había adquirido a buen precio en un remate. Luego colgaba su infalible chaquet negro en un gancho, para cuidarlo, guardaba sus lentes dorados en un estuche, extraía de una bolsa de hilo - nunca adquirió una valija de cuero - una robe de chan.bre abrigada y, finalmente, se cubría la cara con una gorra para que la luz no le diera directamente en los ojos. De esta ma-nera se arrebujaba en un rincón del coche, acostumbrado a dormir también sentado. Aquella vez nuestro amigo no durmió, porque en su mismo compartimiento viajaban otras tres personas que hablaban de negocios. Y siempre que se hablaba de negocios, Kanitz sentiase incapaz de desviar la atención. Estaba ya a punto de conciliar el sueño, cuando ovo un número que lo hizo sobresaltar como a un caballo que oye un trompetazo:

Figurese que, en realidad, este hombre afortunado sólo debe a su estupidez grosera el haber ganado sesenta mil coronas de un

golpe,"

"'Quét" ¿Quén tiene sesenta mil coronas?"

"En un santiamén, Kanitz volétó a estat completamente despietto, como si un chorro de agua helada hubica espantado el sutió de sus ojos. Quenta averiguar de alguna manera quién había ganado esas secenta mil coronas y cóno las había ganado. Desde luego, cuitóses mucho de que sus compañeres de visje notaran su interés. Al cuntrarito, bajó más aún la gorra para que la sombra cubitera invegramente sus ojos, y los demás creveran que dormia. El joven que había hablado tan impetuosamente y emitido aquel toque de indiguación, en virtud del cual Kanitz se había desvelado, resultó ser el escribiente de un abogado vienés. Peroraba, muy excitado, fuñoso por el desatino enorme de su jefe:

-"Y eso que aquel individuo lo hizo todo

al revés. Por asistir a una reunión estúpida, con la que a lo sumo ha ganado cincuenta coronas, llegó con un día de atraso a Budapest, y enircianto, aquella gansa se dejó enredar como un chino. Todo estaba en perfecto orden: en el testamento irreprochable figuraban los mejores testigos suizos, dos dietámenes médicos irrefutables, por los que constaba que la Orosvar estaba en plena posesión de sus facultades mentales en momentos de redactar su testamento. La caterva de sobrinosnietos y de seudoparientes politicos jamás hubiera heredado un solo beller, a pesar de los artículos escandalosos que su abogado hacía publicar en los diarios de la tarde, y el burro de mi patrón estaba tan seguro de su causa, que hizo el viaje a Viena para asistir a aquella reunión absurda, pensando que la testamentatía no se ventilaría hasta el viernes. Entretanto, el tunante de Wiezner, ese picaro, el abogado de la parte contraria, le hace una visita de cortesía v la muy estúpida cae en un paroxismo: —"Pero si yo no quiera tanto dinero; no quiero más que mi tranquilidad" -el escribiente imitaba un dialecto del norte alemán-. "Ahora tiene su tranquilidad, y los "La vieja princesa Orusvar, luja de una familia riquisima de Ucrania, había sobrevido a su marido sus buenos treinta y cinco años. Tenaz y mala como ella sola, desde que sus únicos dos hijos murieron en una misma noche a causa de la difteria, odiaba de todo corazón a los demás Orosvar, porque estes habían sobrevivido a sus pobres criaturas, Ma parece realmente creible que sólo haya llegado a los ochenta y cuatro años de edad por malicia y por el deseo de que no la heredasen sus sobrinos y sus impacientes sobrinas-nietas Cuando una persona de su parentela, ansiosa de la herencia, anunciaba su visita, ella no la recibia, y aun la carta más amable de la familia volaba sin ser abierra, yendo a caer debajo de la mesa. Misántropa y maniática desde la muerte de su esposo y sus hijos, no pasaba nunca más de dos o tres meses en Kekesfalva. y nadie entraba a la casa; el resto del tiempo viajaba por el mundo, La única persona que toleraba en su presencia, su dama de compa-nia, pasaba las de Caín. Cuando la anciana señora, según una costumbre que había adque rido en Ucrania, tomaba unas cuantas copas de cognac o vodka de más, su dama de compañia incluso sufria palizas, según testimonio digno de fe. En todos los lugares de lujo, es Niza y Cannes en Aix les Bains y Montreux se conocía a aquella vieja obesa, con la cara lustrosa de dogo y el cabello teñido, que siempre hablaba en alta voz, sin fijarse en si al-guien la oía, que discutía con los mozos como un sargento, y que hacía muecas impertinen-tes a las personas que no le gustaban. A los setenta y ocho años, la princesa Orosvar cat enferma de una grave pulmonía en el mismo hotel de Territet en que solía parar la emperatriz Elizabeth, Nunca se ha sabido cóme llegó la noticia a Hungria. Lo cierto es que sin ponerse de acuerdo, acudieron todos los parientes, presurosamente, ocuparon el hotel importunaban al médico pidiéndole noticias. y esperaban inquietos la muerte de la anciana. Pero la perversidad conserva. La vieja es restableció, y cuando los impacientes familiares se enteraron de que la restablecida vicis bajaría al hall, dispersaronse tal como habian venido. La Orosvar había tenido noticias de la llegada demasiado interesada de sus herederos, y maliciosa como era, empezó a sobornar a todos los mozos y mucamas para que le repitiesen cuanta palabra habían oído boca de sus parientes. Se enteró de la verdad Los apresurados herederos habían peleado como lobos, por la cuestión de quién debia quedarse con Kekesfalva v quién con Oross quién con las perlas y quién con las estances ucranianas o con el palacete de la calle Ofner. Ese fué el primer golpe. Un mes después, ó una carta de un oprestamista de apelli Dassauer, de Budapest, quien le comunicabe que no podía prolongar más el crédito me cedido a su sobrino-nieto Desző, a menos ella le asegurase por escrito que aquél se uno de sus herederos. Esa fué la gota que him desbordar el vaso. La Orosvar telegrafió a abogado de Budapest, lo citó a Territet. redactó con él un nuevo testamento, y -la malicia hace clarividente- en presens de dos médicos que confirmaron expresamente que la princesa era dueña absoluta de sus .cultades mentales. El abogado se llevó ese tamento a Budapest, donde permaneció derante seis años, bien lacrado, en su escritorio, pues la vieja Orosvar no tenía prisa alguna para morir. Cuando fué abierto, se experimento una sorpresa mavúscula. Resultaba instaurada como heredera universal la dama de compañia, una señorita Annette Beate Dietzenhof, de Westfalia, cuvo nombre retumbaba en esa oportunidad terriblemente en los oidos de todos los parientes. Ella heredó Kekesfalva, Orosvar, el ingenio de azúcar, el stud y el palacete en Budapest; la anciana princesa sólo había legado sus estancias ucranianas y su dinero en efectivo a su ciudad natal, para que fueran destinados a la construcción de una iglesia ortodoxa. Ninguno de los parientes recibin siquiera un botón; y esa omisión voluntaria quedó establecida expresa e infamemente en el testamento con la justificación: "Porque no podian esperar mi muerte.'

"No tardó en producirse un escándalo mavúsculo. La parentela dió grandes voces, se precipitó hacia los abogados, y estos presen-taron los reparos usuales, aduciendo que la testadora no estaba en sus cabales, puesto que hahia redactado su última voluntad estando grevemente enferma y que, además, se hallaba en una situación de dependencia patológica de su dama de compañía. Al mismo tiempo procuraban dar al asunto alcances nacionales, haciendo ver que unas propiedades húngaras, que desde los tiempos de Arpad, estaban en posesión de los Orosvar, debian pasar ahora a manos de una extranjera, una prusiana, y otra parte de la fortuna delha aprovechar a la iglesia cirilica. No se hablaba en Budapest de otra cosa. Los diarios dedicaban al asunto columnas enteras. Pero, a pesar de todo el ruido y griterio de los desheredados, su causa no prosperaba.

"Kanitz, naturalmente, había leido la erónica del pleitó, pero escuchaba atentamente cada palabra, porque los negocios extraños le interesaban apasionadamente como objetos de estudio; además, conocía la propiedad Kekesfalva desde sus tiempos de agente.

"-Pueden imaginarse -prosiguió entretanto el escribiente- la indignación de mi jefe chando, a su regreso, se enteró de cómo había sido engañada aquella necia, Esta ya habia renunciado por escrito a Orosvar y al palacete de la calle Ofner, conformandose con Kekesfalva y la caballeriza. Al parecer la había impresionado, sobre todo, la promesa de aquella canalla de que en adelante no tendría nada más que ver con la justicia, aun más, de que los herederos cargarían generosamente con los honorarios de su abogado. De jure, se hubiera podido negar la validez de ese comprimiso, pues no habia sido concertado ante escribano público, sino sólo ante testigos, y nada habria sido más fácil que reducir por hambre a aquella caterva ávida, que no disponia ya de un solo beller para soportar el paso del asunto por otras instancias. Habría sido, naturalmente, el maldito deber de mi jefe darles una lección y pedir la nulidad del compromiso en el interés de la heredera. Pero los malandrines sabian cómo envolverlo: le ofrecieron bajo mano sesenta mil coronas como honorarios, a condición de no hacer más bulla, Y como va estaba cargado de ira contra aquella estúpida persona que en media hora se dejó qu tar un millón redondo, aceptó, declaró válido el arreglo y tomó su dinero ¡sesenta mil coronas!, ¿qué me dice?, a cambio de haber perdido la causa de su cliente por culpa de un estúpido viaje a Viena. Lo dieho: hav que tener suerte; Dios favorece a los más grandes tunantes. De toda esa herencia millonaria no le queda más que Kekesfalva, y según vo la conozco, no tardará en perder también lo poco que le queda. ¡Es irremediablemente estúpida!"
"-¡Que hará con esa propiedad?" - inquirió

uno de los oventes. "-La perderi, te lo aseguro. No sabe hacer sino barbatidades. Además, he oído lublar, vagamente, de que el trust del azúcar piensa quitarle el ingenio. Creo que pasado mañana irá a verla el director general. Hará un viajo

tancia, tengo entendido que la arrendará un tal Petrovic, que fue su administrador, pero también puede ser que el trust del avucar se encargue de ella. Dinero no les faltará, pues, ¿no se enteraron ustedes, por los diarios, que un banco francés parece estar preparando una fusion con la industria bohemia?...

"A esa altura, la conversación se desvió hacia tópicos generales, pero nuestro Kanitz había oído lo suficiente y tenía en que pensar.

CIENTIFICO ESPIRITUAL



Obras dentro del maximo rigor cientifico, redacta-das en lenguaje claro y práctico por los doctores A. AUSTREGESILO, P. MANTEGAZZA, M. BARILARI, etc. Neuresis sexuales. Teropérica para la cuta de los sistemos nenítoros, indicaciones prácticos, Educación de clama, El pensamento, la voluntad y la maginación al altenes de teobo Connec ne lana. Autocritirá de los almos inquietos, Comportamiento saxuel. Como montener la vida individual y ser util a la hamanidad. vidual y ser útil a la humanidad. Los fuerzos curativos del espiritu. Persuación, fe, sugestión, análisis mental. Naciones útiles. Maral biológica. Qué es la naturaleza humana. El libro de los sentimientos. Cómo llegar a la conclu-El libro de los sentimientos, Como liegon a la conclusión de que la vida merce ser vivida,
Perfiles de locos, Trajadios de la psiquis humano
La sallad de los nerviosos, Debe ser guado inteligentemente para lognor la cura final.
Pequeños moles, Una contribución para que los hombres procuren enmendar muchos de sus errores. Ascessión espiritual. Mejoramiento integral de la per-Ensoyos de filosofia biológica. Nutrición y reproduc-

ción en detensa de la especie. Gimnasia de la voluntad, Educación psicoterápica y psicológica Orientaciones prácticas. psicalógica Orientaciones prácticas. Caracteres humanos, Estudio del carácter Paz de conciencia, filosofía de los cosos. Debilidad nervioso. Neciones para combatir las psico-neurosis. Terapeutica para su cura.

restross. Tercabilita para si cura.

Consisios prideiros e las herrisos.

El mal de la vida, Mitado para conquistar la felicia.

El mol de la vida, Mitado para conquistar la felicia.

Cod. Tropedios ce la placia humana.

Berrison de la vida y sociosa graves de la existencia. Completisimo entrue.

Elegio de la vigez. Como llegar o una adad concrastar anteres aplimistras. Couca del cinvaecamento y forma strategia de la vigez. Como llegar o una completismo estar para la concentración de la vida. Como preventes del acordinmiento de la vida. Como preventes de la vida para del acordinmiento de la vida. Como preventes de la vida para de manifesta de la vida para de manifesta de la vida para la vida para de manifesta de la vida para la vida para de manifesta de la vida para la vida para de manifesta de la vida para la vida para de manifesta de la vida de la vida para de manifesta de la vida para d

¿Qué es la mente sano? Cómo juzgar cuando una mente está datada de los atributos de la salud. Meditaciones sobre lo felicidod, Normas para gumen-tar el poder y disminuir los deseos a fin de alcan-

Tratado de la vido sobrio y otros discursos. Por que la duración normal de la vida del hombre es de cien anos. Filosofía de la langevidad, Una clara respuesta a to-dos los preguntas formuladas en torno del enlama

das los preguntas formuladas en formo del enligina arquistippo de la vida. Conflictos de la vida. Lo sicología al servicio de la vida dipría Enigma pragustipso de la vida. La vagancia distinulada, Ventre coatituos de psicolo-gía práctica. Deberes que impone la vida.

PRECIO: S 5 cada tomo. INTERIOR: REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO. CAPITAL: ATENDEMOS PEDIDOS TELEFONICOS.

Instituto "NOVEDADES" Av. de Mayo 981 - Bs. As. - T. A. 37-1195

Sírvase remilirme contra reembolso el fol tos títulos. Nota: - Pase una linea con tinta debajo del o los titu-los que desce.

NOMBRE....

Pocos conocían Kekesfalva mejor que él. Veinte años atras ya habia estado ahi para asegurar el mobiliario. También conneia a Petrovic, incluso lo conocia muy bien desde los tiempos de sus primeros negocios; aquel mozo que sahía darse aires de hombre probo, depositaba el dinero que todos los años desviaba de la administración de la estancia hacia su propio balsilo, por intermedio de Kanitz,

linger. Lo mis importante pura Kanitz era otra cosa: recordaba perfectamente una vidriera llena de porcelanas chinas y ciertas estatuitas de jade y tejidos de seda que procedian del abuelo de los Orosvar, que había sido embajador ruso en Pekin. El solo conocia su valor innienso, y ya en tiempos de la princesa trataba de comprarlos para los Rosenfeld de Chicago. I ran piezas rarisimas, de un valor que se aproximaba a dos o tres mil libras. La vieja Orosvar no tenía, naturalmente, idea de los precios que desde hacía unos lustros se pagahan en América por semejantes objetos asiáticos, pero despachó a Kanitz de malos modos, lo mandó al diablo, y aseguro que no se desharia de nada. Si esos objetos existian todavia... - y el solo pensamiento hacia teniblar a Kanitz -, debía ser posible conseguirlos a un precio ínfimo al cambiar de dueño. Lo mejor seria, desde luego, asegurarse un privilegio de compra para todo el inventario,

Nuestro Kanitz hizo como que despertaba de repente... Los tres compañeros de viaje hacía rato ya que habian cambiado de converversación. Desperezose con mucha naturalidad, bostezii y consulto el reloj. Faltaba media hora para que el tren llegara a la estación de esta guarnición. Kanitz dobló apresuradamente su robe de chambre, se puso su infalible chaquet negro y realizó todos los demás preparativos. Apcose a las dos y media, se hizo llevar a "El León Rojo", pidió una habitación, y no tendre que hacer resaltar que darmió may mal, como un general en vispera de una hitalla incierta. A la sicte -no había que perder un instante- se levanto, tomó por la alameda que acabamos de recorrer, para dirigirse al castillo. Estaba obsesionado por la idea de adelantarse a cualquier otro comprador. Queria llegar a un acuerdo antes de que acudiesen los buitres de Budapest. Conquistar a Petrovic para que le avisase inmediatamente si llegaba a venderse el mobiliario, o en caso de nocesidad rematar tudo, junto con él, y asegurarse el inventario o repartir los bienes!

"Desde la nuerre de la princesa quedaba poco personal en el castillo; por lo mismo, Kanitz pudo acercarse despacio y contemplar todo. Es una propiedad hermosa, penso, muy bien conservada, los postigos están recien pintados, los muros enjalliegados, la verja re-novada; ese Petrovie sabe por qué ordena hacer tantas refecciones, pues cada cuenta incluve sabrosas comisiones para él. ¿Dónde está ese hondre? La entrada principal se hallaba cerrada, no se veía a nadie en el patio de la administración, y nadie contestaba a sus re-cios golpes, ¡Maldición! ¿Y si ese hombra se hubiera marchado a Budapest para negociar con el torne Dietzenhof?

"Impaciente, Kanitz pasaba de una puerta a la otra, llamando, golpeando las manos; nadie. Atravesando una pequeña puerta lageral, descubre finalmente a una mujer en el invernadero. Solo ve a través de los vidrios que riega las flores; por fin alguien capaz de informarle. Kanitz golpea reciamente los vidrios. Grita, bate las manos para hacerse notar. 1.1 mujer se acerca muy despacio,

- Donde está Petrovie? "-¿Quien dice usted? - pregunta la mujer con mirada consternada; involuntariamente da un paso atrás y esconde la tijera de podar.

-¿Cômo quiên? ¿Cuintos Petrovie hay Petrovic, el administrador!

"Ah, perdon... el ... el señor administra-dor... Si, si... Yo mana todavia no lo le visto. Creo que ha ido a Viena... Pero su esposa dice que espera que volverá antes de

"Espera, espera" - piensa Kanitz disgustado. - Esperar hasta la noche! Perder otra noche en el horel! Más gastos innecesarios y sin que uno sepa en qué irá a parar todo eso!

-¡Qué contratiempo! Justamente hoy ties ne que estar ausente este hombre - murmura a media voz, y dirigiéndose luego a la mujer -: ese podria visitar el castillo mientras tanto? Alguien tiene las llaves?

EL

121

"-Sí, al diablo, ¿las llaves!" (¿Qué signifi-can esos remilgos? – piensa –, Seguramente Petrovic le ha dado orden de no dejar entrar a nadie. En el peor de los casos, habra que darle una propina a esta tontuela miedosa") Kanitz adopta una pose jovial y prosigue en un

dialecto medio campesino: "-No tenga usted ranto miedo. No le qui-

taré nada. No quiero sino ver el castillo, ¿En "Las llaves... es claro que tengo las llaves — tartamudea la mujer — pero... no sé cuando volvera el señor administrador...

-Ya le dije que para eso no necesito a Petrovic. ¿Usted conoce la disposición de la casa? 'Aumenta más la confusión de la pobre:

"-Creo que si..., más o menos, la conozco..." "Una infeliz, piensa Kanitz. ¡Qué personal tan imitil toma ese Petrovic! Y ordena en voz alta: Bien; adelante, no tengo mucho tiempo,

"Avanza, y ella lo sigue efectivamente, in-tranquila y timida, Junto a la puerta de la casa,

vuelve a titubear.

"= ¡Santo Dios, abra de una vez! . "Kanitz monta en cólera, porque aquella persona se comporta tan tontamente, tan cohibida, Mientras saca las llaves de una cattera de cuero gastada, él averigua, sin mayor interes:

-¡Qué papel desempeña usted en esta casa? "Atemorizada, la mujer se detiene y se son-

"-Yo sov... - empieza a decir y en seguida se corrige -, ... vo fui..., vo he sido la dama de compañía de la señora princesa,"

"La respiración de Kanitz se corta (y vo le juro que era dificil que nadie hiciera perder el equilibrio a un hombre de su temple). Involuntariamente da un paso atrás.

"-Pero usted... eno será usted la señorita

Dietzenhof?

'-Si, soy vo - contesta ella, espantada, como si acabara de ser inculpada de un crimen. "Una sola cosa había ignorado Kanitz hasta entonces: la perplejidad. Pero en ese segundo quedo totalmente perpiejo por haber atropellado ciegamente a la célebre señorita Dietzenhof, la heredera de Kekesfalva, Cambió de tono

inmediatamente.
"-Perdón -tartamudeó, completamente trastornado, y se quitó el sombrero a toda prisa-. Perdon, señorita..., pero nadie me ha infornia la menor idea... Le ruego me disculpe... Sólo hahía venido...

"Se interrumpió, pues era preciso inventar un

motivo plausible,

-Vengo por el seguro... Hace años, he estado aqui varias veces: cuando vivía aún la senora princesa. Entonces, por desgracia, no se me ofreció portunidad de conocerla a usted, schorita... Solo por eso, por el seguro..., pal'stamos obligados a ello. Pero, al fin y al caho,

no tiene prisa. "-Claro, claro... - dice ella tímidamente -, La verdad es que yo no entiendo de esas cosas. Berá preferible que usted hable al respecto con

el seiner Peterwitz.

"-Como usted mande - contesta nuestro Kanitz, que aun no ha recobrado toda su presencia de ánimo -. Esperare, desde luego, al señor Peterwitz (¿para qué corregirla?). Pero si a psied no le molesta, entretanto podría dar un vistazo al castillo, pues así arreglaríamos todo en un abrir y cerrar de ojos, Supongo que no se ha modificado el inventario,
"-No, no, no - contesta ella presurosa -. Na-

da ha cambiado. Si usted quiere convencerse "-Es usted demasiado gentil, schorita - declara Kanitz, con una reverencia, y ambos

penetran en la casa.

"En el salón, su mirada busca primero los enatro Guardi que usted conoce, y luego, en el que ahora es boudoir de Edith, la vitrina con la porcelana china, los tapices y las pequeñas estatuiras de jade. ¡Qué alivio! Aun está todo ahi, Petrovie no ha robado nada, el muy tonto se asegura su parte allí donde hay avena, pasto, papas y en la comisión de las refec-ciones. La señorita Dietzenhof, evidentemente que mira con nervioso, abre mientras tanto las persianas. Penetra la luz, y, a través de las al-tas puertas de vidrio, la vista llega hasta el fondo del parque. Hay que habíar de algo, piensa Kanitz. No hay que pasar por encima

de ella. Es preciso ganar su confianza,
"Es muy hermosa esta vista sobre el parque - empieza respirando profundamente -.

Debe ser magnifico vivir aqui.

"-Si, muy bonito - confirma ella docilmente, pero su aquiescencia no suena muy sincera.
"Kanitz comprende en seguida que la aturdida va no sabe oponerse abiertamente, y sólo al cabo de un rato ella agrega en tono de rectificación:

"-La verdad es que la señora princesa nunca se sintio muy a gusto aquí. Decía siempre que la planicie le causaba melancolia. En realidad sólo queria las montañas y el mar, Esta región le resultaba demasiado solitaria, y la

"Pero ya vacila otra vez. Kanitz recuerda que es menester seguir esa conversación, hablar, hablar. Mantener el contacto con ella. "-Fspero que usted, en cambio, se queda-rá entre nosotros, señorira."

-gYo? - alza involuntariamente las manos como si quisiera apartar algo indescado -¿Yo?... ¡No! ¡Oh, no! ¡Qué he de hacer yo sola en esta casa tan grande?... No, 110, no; vo me marcharé tan pronto como haya

quedado todo arreglado.' Kanitz la mira de reojo, escrutadoramente, Qué poca cosa parece en este gran salón su pobre dueña. Es un poco pálida y está muy atemorizada; de lo contrario casi se podría lla-marla bonita. Esa cara alargada con los párpados velados impresiona como un paisaje baio la lluvia; sus ojos parecen de un suave azul, unos ojos mansos y cálidos, pero que no se atreven a brillar cordialmente, se esconden siempre con timidez debajo de los párpados. Y Kanitz, un observador experimentado, comprende en seguida que se halla en presencia de un ser al que se ha anulado su personalidad. Un ser sin voluntad, del que se puede hacer lo que se quiera, ¡A conversar, pues, a char-

Y con la frente fruncida, en señal de insincero, sigue investigando: "-Pero, amé será entonces de esta hermosa propiedad? Ella requiere una dirección, una

dirección competente.

-No sé, no sé, "Ella lo dice muy nerviosa, cierta intranquilidad recorre su cuerpo delicado, y en ese único segundo. Kanitz comprende que esa muje que desde hace años ha perdido su independencia, jamás tendrá valor para tomat por si sola una decisión, y que la herencia la ha sobrecogido más que alegrado, puesto que carga con un montón de preocupaciones sobre sus hombros débiles. Reflexiona con la rapidez de un relampago. No en balde ha aprendido en aquellos veinte años, a comprar y vender, a imponer y rechazar. Al comprador, hav que darle ánimo; al vendedor, hav que desmoralizarlo. Esta es la suprema lev del agente, y él en seguida busca el registro correspondiente de su órgano. Hay que quitarle el gusto por todo esto, piensa, ¿Quién sabe si al final no será posible arrendar todo eso de buenas a primeras v adelantarse a Petrovic? Quizas sea una suerte que aquel hombre se halle en estos momentos en Viena. Adopta inmediatamente un aire contrito y compasivo.

"-Tiene usted mucha razón. Una gran propiedad es siempre, a la vez, una gran preocu-pación. Nunca se puede descansar, Todos los días hav que discutir con los administradores, con el personal de la casa y los vecinos, no hablemos va de los impuestos y de los abogados. En cuanto la gente se da cuenta de que en alguna parte hay una pequeña propiedad y dinero, pretenden extorsionarlo a uno hasta lo último. Uno está rodeado de enemigos, por buenas que sean las intenciones que se tenga con todos y cada uno. Es inútil, no hay remedio; cuando noran que hav dinero, todos se convierten en ladrones. Usted, desgraciadamente, tiene razón; una propiedad como ésta requiete una mano forrea de la contrario se

le escapa a uno de entre los dedos. Para esta hay que haber nacido, y aún así es una "-Sí, sí, - suspiró ella. Es evidente que -

cuerda algo terrible -. Los hombres son frees, feroces, cuando se trata de dinero.

nunca supe esto.

"¿Los hombres? ¿Qué le importan los bosbres a Kanitz? ¿Qué más le da a él que buenos o malos? Lo que interes es arrenes la propiedad, y ello cuanto antes y en la imma más ventajosa posible Escucha y asicone cortésmente, y mientras escueha y contessa reflexiona en otro recoveco de su cerchi-córno podría llegar más rápidamente a arreglo. Lo principal es hacer inmediatan un ofrecimiento de arriendo, y atemorizara duramente. Ella tomará lo que se le brinde No sabe calcular, nunça ha ganado mucho & nero y por eso no merece tampoco recibio en gran cantidad. Mientras su cerebro trales a con toda intensidad, sus labios siguen parle-teando con aparente interes.

"-Lo peor son los pleitos. De nada sirve d desco de vivir en paz, no hay como zafarse de las disputas eternas. Esto ha sido tambica la causa por la que nunca he querido comprar una propiedad. Estos eternos pleitos, abogados, citaciones, reuniones y escandalos no, más vale vivir modestamente, estar segura y no tener que disgustarse. Se cree tener algo, posevendo una estancia como ésta, pero ca verdad no se es más que la presa de otros, y no se consigue nunca la tranquilidad. Este castillo en sí, claro está, es magnífico... heraseso..., pero se necesitan nervios de acero y un puño ferreo, de lo contrario todo se convierte en una carga infinita.

"Ella lo escucha con la cabeza baja. De repente levanta el rostro, y un suspiro profundo se escapa de su pecho:

"-Sí, una carga terrible... ojalá pudiera venderlo."

El doctor Condor se detuvo bruscamente. -Tengo que explicarle, señor teniente, que aquella frase escueta significaba en la vida de nuestro amigo. Ya le dije que Kekesfalva me conto esta historia en la noche más trágica de su vida, cuando moría su mujer, es decir, en uno de aquellos instantes por los que el hombre no atraviesa, quizás, sino dos o tres veces en su vida, en momentos en que aun el más reservado siente necesidad de presentarse ante otro hombre en toda su verdad y desnudez, como ante Dios, Aun lo veo ante mi, con toda claridad. Estábamos sentados en una ulita de espera del sanatorio. El se había acercado a mí todo lo posible v hablaba en voz baja, exaltado v locuaz. Comprendi que mediante este relato ininterrumpido queria olvidar que ahí arriba moría su mujer, queras anestesiarse en ese impetu incontenible. Per al llegar a esa altura de su confidencia, donde di señorita Dietzenhof le decía: "¡Ojalá pu-diera venderlo!", se interrumpió de repente. Piense usted, señor teniente... aun después de quince o dieciséis años, le excitaba ese mo-mento en que aquella mujer ingenua, entrads en años, le confesaba impulsivamente que deseaba vender cuanto antes la propiedad de Kekesfalva, usatido un tono lúgubre que le hizo palidecer. Me repitió la frase dos o tres veces y, seguramente, con la mismisima en-tonación: "¡Ojalá pudiera venderlo!" El Leopoldo Kanitz de entonces comprendió inmediatamente, gracias a su capacidad de percepción rápida, que el gran negocio de su vida se le presentaba espontáneamente y que no le hacía falta más que aprovechar la ocasión para comprar aquella propiedad estupenda en vez de arrendarla. Y mientras disimulaha su sorpresa con una cháchara indiferente, dentro de su cabeza se atropellaban los pensamientos. "Desde luego, hav que comprar - reflexionó, - antes de que tercie Petrovic o aquel abo-gado de Budapest. No debo soltarla más, Ten-

go que cortarle la retirada, no me moveré de aquí antes de ser dueño de Kekesfalva." Y con

aquel desdoblamiento que le es dado a nues-

tro cerebro en algunos segundos de gran ten-

más que en sí mismo, y hablaba con lentitud calculada a otra persona, en el sentido con-

"-Vender... oh, claro, señorita, se puede vender siempre y todo... Vender en si es fa-cil... Pero vender bien, en esto reside el arte..., es esto justamente lo que importa; vender bien. Encontrar a un hombre honrado, alguien que va conozca la región, el feudo y la geste, alguien que tenga relaciones. Pero Dios nos guarde de esos abogados que no piensan más que en enredar a uno inútilmente en pleitos... Y luego, esto tiene singular importancia en el caso de usted: hav que vender al contado, Es necesario encontrar a alguien que no pague con letras y obligaciones, con las que luego hay que lidiar durante años. Sí, sí; es cuestión de vender en firme y al precio justo. (Y entretanto, calculaba: Podría dar hasta cuatrocientas mil coronas, a lo sumo, cuatrocientas cincuenta nil, porque al fin y al cabo están incluídos los cuadros, que valen sus cincuenta y tal vez cien mil, la casa, la caballe-riza... Habría que averiguar si pesan gravámenes sobre la propiedad y si alguien le hizo un ofrecimiento antes que vo...). Y de improviso se dio animo interiormente:

"-Usted, señorita... disculpe la pregunta indiscreta... etiene una idea aproximada del precio? Quiero decir, ¿ya penso usted en una cantidad determinada?

-No -- contestó perpleja, y lo miró con ojos aturdidos.

Malo, malo - pensó Kanitz -, pesimo. Los que no fijan un precio, son los que oponen más dificultades al trato. Recurren a Poncio Pilato para informarse, y todo el mundo avalúa v habla y tercia. Si se le da tiempo para requerir informes, se perdera todo. Pero durante ese tumulto interno, los labios seguian hablando, diligentes:

"-Pero usted se habra formado una idea aproximada, señorita... Finalmente habría que saber también si pesan sobre la propiedad algunas hipotecas y a cuánto alcanzan.

-¿Hipo... hipotecas? - repitió ella, "Kanitz, comprendió en seguida que la mujer oia esta palabra por primera vez en su

"-Quiero decir... en alguna parte debe haber una tasación aproximada... para la misma cuestión de los impuestos a la renta... Su abogado - perdone que parezca indiscreto, pero quisiera aconsejarle honradamente -: Digo, ¿su abogado no le mencionó ninguna cifra?

-:El abogado? - parecía recordar algo vagamente -. Si. si... espere; algo me escribió el abogado sobre no sé qué tasación... No; usted tiene razón, fue por los impuestos, pero... todo estaba redactado en húngaro y vo no domino ese idioma. Es cierto, ahora recuerdo, el abogado escribió que lo hiciera traducir y yo lo olvidé con todo ese barullo. Debo tener todos esos papeles en la cartera... allá... Yo vivo en el edificio de la administración, ssabe?, porque no puedo dormir en la habitación en que vivia la señora princesa... Pero si usted quiere ser tan bondadoso y venir conmigo, le enseñaré todo... es decir ... - se interrumpió repentinamente -, es decir, si vo no le molesto demasiado con mis asuntos...

"Kanitz temblo de emoción. Todo fué a su encuentro con una rapidez que sólo se conoce en sueños. Ella iba a exhibirle los documentos, las tasaciones; con esto ganaba a todos de mano. Hizo una reverencia humilde.

"-Pero, señorita, para mí es un placer poder aconsejarla un poco. Sin vanagloriarme, puedo decir que tengo cierta experiencia en esa ma-teria. La señora princesa - (en eso mintió resueltamente) - me consultaba siempre cuando necesitaba un informe financiero, sabía que no me movía otro interés que aconsejarla lo me-

jor posible...

"Pasaron al edificio de la administración. Alla, efectivamente, hallaron todos los documentos del proceso revueltos en una carpeta, lo mismo que toda la correspondencia con los abogados, las cédulas y la copia del arreglo. La nunjer hojeó nerviosa los documentos, y las

afanosa y respirando fuertemente. Por fin ella desplego una hoja,

-Creo que ésta es la carra que le mencioné. "Kanitz tomó la hoja, que llevaba anexado un texto húngaro. Eran breves líneas de un abogado vienés: "Según me acaba de informar mi colega húngaro, este ha conseguido, gracias a sus relaciones, una tasación particularmente baja de la herencia a los efectos del impuesto so-

EN UNAS SEMANAS SIN DIETAS - SIN LAXANTES # SIN EJERCICIOS - SIN MASAJES Por el famoso Dr. F. Jaramilio en su sen. cillo y práctico método "La Obesidad". Precio del volumen, \$ 5,-

LO QUE DEBE SABER TODA MUJER " Por la Dro. M. WOOD. Referente a su organismo, funcionamiento normal y guía Intima para conseguir la tranquilidad y la felicidad en la vida de soltera y matrimonial, además de gran cantidad oe consejos médicos. Precio \$ 5.—

LA BELLEZA DEL BUSTO Por la Dra. ELSE K. LA ROE. Ahora sí usted podrá mantener, desarrollar o recuperar ese encanto lan femenino. Si quiándose por los métodos prácticos de medicina natural, a fin de conservar o restaurar las bellas formas del busto, Precio \$ 10 .--

ENGORDE EN POCAS SEMANAS El Dr. F. Vallejos en su libro método "La Delgadez" Se le ofrece el tratamiento que usted deberá seguir para se formar un organismo sano, fuerte, hermoso y atractivo. Precio del volumen, \$ 5 .--

LA MUJER DE "39" Y SU GIMNASIA Por la Prof. RUTH DE MORGENROTH. Evite que su orgahismo se marchite, su piel pierda tersura, tendencia a la obesidad, aparición de vello, trastornos funcionales.

Precio \$ 5.-EL ARTE DE AMAR Y DE SER AMADA El Dr. P. Mantegazza en su libro "Fisiología del Amer" enseña a desarrollar con arte la coquetería, la seducción y la conquista,

Precie \$ 6.-LUS AMURICO DE LUO ISSUM.

POR el Dr. P., Mantegazza. Indica el tipo de mujêr que prefiere el hombre, secretos y métodos que emplea para conquistaria y las perversiones en el amor.

Precio \$ 7.—

Precio \$ 7.— LOS AMORES DE LOS HOMBRES

EL ARTE DE CONOCER A LOS HOMBRES & Por el Dr. R. KEHL. En su libro "Tipos Vulgares" le en-señará a conocer a los hombres empleando psicología Precio \$ 5.-

SECRETOS INTIMOS DE LA MUJER El Dr. M. Ibáñez en su libro "Higlene Sexual" trata: or Fisiología de las relaciones sexuales, instinto, impulso i y Castidad en las diversas edades,

CONDUCTA Y MISION DE LA MUJER

Por el Dr. P. Mantegazza. Enseña la orientación y camino Por el Dr. P. Mantegazza, Enstrio la communicación que debe seguir toda mujer para ser feliz.

Precio \$ 8.—

REMITIMOS EN SOBRE CERRADO Y SIN MEMBRETE Instituto "NOVEDADES" Av. de Mayo 981 - Bs. As. - T. A. 37-1195 D

Sirvase remitirme contra reembolso el lo) los títulos NOTA. - Pase una línea debajo de los títulos que desec. NOMBRE...... PUEBLO..... L.

bre la misma. A mi juicio, ese valor de tasación corresponde a una tercera parte, y en niuchos objetos, sólo a una cuarta parte del valor real..." Con las manos trémulas, Kanitz revisó la lista de las tasaciones. Le interesaba un solo objeto: la propiedad Kekesfalva, Estaba valuada en ciento noventa mil curonas.

"Kanitz palideció. Por su parte había calculado exactamente el mismo valor, es decir, triple de esa tasación exprofesamente reducida.

Y con todo, el abogado no tenía idea de las porcelanas chinas, ¿Qué convenia ofrecerle altora? Los números bailaban y zigzagneaban delante de sus ojos.

"Pero, muy timidamente, preguntaba la voz. de la muier, a su lado:

"-¿Es este el papel que huscamos? ¿Usted lo -Naturalmente - se sobresaltó Kanitz - Si, claro... El abogado informa a usted que se lia tasado el valor de Kekesfalva en ciento noventa mil coronas. Pero esto, desde luego, sólo es-

el valor de tasación. -El valor de tasación?... Disculpe... pero ¿qué se entiende por valor de tasación?

"L'se era el momento oportuno, ¡Ahora o nunca! Kanitz hizo un esfuerzo para dominat sus nervios.

"-El valor de tasación... sí, el valor de tasación siempre es un asumo incierto, algo muy dudoso... Porque... el valor de tasación oficial, nunea corresponde exactamente al valut de venta. Nunca se puede contar, es decir, nunca se puede contar con seguridad con obtener todo el valor de tasación. En muchos casos, claro, se lo consigue, a veces incluso se obtiene más..., pero eso sólo en circunstancias determinadas. Es siempre una especie de lotería, como cualquier licitación.

"Al fin de cuentas no es más que un punto de orientación, y naturalmente, muy vago..., por ejemplo... se puede suponer, por ejemplo... - Kanitz temblaba; a no decir demasiado ni demasiado poco -: Si un objeto como éste es avaluado oficialmente en ciento noventa mil coronas, entonces es de suponer de todos modos que, en un caso de venta, se obiendrán de cualquier modo unas ciento cincuenta mil. Con esta suma puede contarse de cualquier manera.

-¿Cuánto dice usted? "La sangre que se agolpaba bruseamente zumbaba en los oídos de Kanitz, Ella había preguntado con la voz raramente exaltada, como la de alguien que emplea sus últimas energías para dominar su cólera, ¿Habria comprendido su juego traidor? ¡No sería oportuno aumentar la suma en cincuenta mil coronas? Pero una voz interior le decía: ¡Pruebal Y apostó todo sobre una sola carta. A pesar de que las pulsaciones gulpeaban en sus sienes como bombos, repitiá con expresión humilde:

-Esto es lo que vo pediria de todos modos. Ciento cincuenta mil coronas podran conseguirse por la propiedad, según mi opinión, indefectiblemente.

"Pero en este momento se paralizó su corazón v el pulso que acababa de acelerarse, cesó totalmente, pues la ingenua mujer manifestó con sincera sorpresa:
"- ¿Tanto? ¿Usted cree realmente que paga-

rian tanto?

Kanitz necesitaba algún tiempo para recobrar el dominio sobre si mismo. Tuvo que frenar duramente su respiración antes de puder contestar con el tono de la convicción honrada:

"-Si, señorita; incluso vo podría hasta comprometerme... Es indudable que podra obtener-se esa suma."

El doctor Condor volvió a interrumpirse. Primero crei que sólo lo hacía para encender un cigarro, pero luego me di cuenta que, de repente, se había puesto nervioso. Se quito los lentes, volvió 2 colocarlos, se echó el pelo atrás con la mano, como si le molestara, y me miro con una larga mirada inquietante, escrutadora. Luego se recostó súbitamente en el asiento:

Señor teniente, tal vez le he confiada demasiado va; de cualquier modo, más de lo que me había propuesto. Pero espero que usted no me interprete mal. Si le he revelado francamente el recurso de que Kekesfalva se valió para aventajar a aquella persona ingenua, no lo hice de ninguna manera para predisponer a usted contra el. El pobre anciano con quien hoy cenamos, cardiaco y azorado, tal cual lo vimos, ese hombre que me ha confiado su hija y que se desprendería del último beller de su fortuna para saber enrada a la pobre, ese hombre hace mucho que ha dejado de ser el protago-

último que le acusara hoy. Justamente aliora, evando en su desesperación necesita verdaderamente una ayuda, me parece importante que usted sepa por mi la verdad y no por otros en forma de chismes mal intencionados. Tenga bien presente que Kekesfalva (mejor dicho, cl kanitz de entonces), no se había dirigido ese ilia a Kekesfalva para enredar a aquella persona sin experiencia y quitarle la propiedad a un precio bajo. Solo pensaba realizar uno de sus pequeños negocios, y nada más. Aquella oportunidad tremenda le había sorprendido en verdad, y él no hubiera sido él si no la hubiese aprovechado del modo más completo. Pero ya verá usted que, luego, la situación fue cambian-

do bastante.
"No quiero extenderme demasiado y preficro pavar por alto los detalles. Sólo deseo confiarle que aquéllas fueron las horas de mayor tensión y excitación de toda su vida, Imaginese usted nusmo la situación: A un hombre que hasta entonces no habia sido más que un agente mediocre, un mercader oscuro, se le presenta de repente la gran oportunidad; impensadamente se encuentra ante la posibilidad de convertirse de la noche a la mañana en hombre de fortuna. En el transcurso de veinticuatro horas ilia a poder ganar más que antes en veinticuatro años de pequeñas transacciones, de trabajo y de sacrificio. La tentación era tanto más tremenda cuanto que no tenia que correr detrás de la victima, ni le hacia falta apresarla o atontarla; al contrario, la presa se le venia voluntariamente a las manos, más aun, lamía la mano que esgrimia el cuchillo. El único peligro consistía en la intervención de otra persona. Por eso, no debía soltar a la heredera ni por un instante; no debía darle tiempo. Tenía que sacarla de Kekesfalva antes de que volviese el administrador, y en el curso de todas esas medidas de precaución, no debía revelar ni por asomo que él mismo estaba interesado en la-

"Era napoleónicamente atrevido y napoleónicamente peligroso ese golpe de tomar por asalto al sitiado fuerte de Kekesfalva antes de que llegara el ejército que debía levantar el sitio; pero el azar se complace en socorrer ayudar al jugador. Una circunstancia, que Kanitz no sospechaba, le había allanado secreta-mente el camino, y fué el hecho, muy cruel y sin embargo natural, de que esa pobre heredera había sufrido en sus primeras horas en el castillo legado tanta humillación y tanto odio que va no alimentaba sino el desco de alejarse lo antes posible. Ninguna envidia se manifiesta más ordinariamente que la de las naturalezas subalternas cuando su compañero es sacado de la misma servidumbre sórdida y elevada como en alas de ángel; las almas mezquinas antes perdonarán a un principe la riqueza más fabulusa que no la libertad más modesta al companero de destino uncido al mismo yugo. La servidumbre de Kekesfalva recordaba exactamente que la princesa arrebatada había tirado muchas veces el peine y el cepillo a la cabeza de aque-lla alemana del Norte mientras la peinaba, y era incapaz de reprimir su enojo porque se transformara de repente en dueña de Kekesfalva y patrona de todos ellos. Al enterarse de que iba a llegar la heredera, Petrovic había tomado el tren a Viena para no tener que saludarla, y su mujer, persona ordinaria, que antes había avudado en la cocina del castillo, la recibio con estas palabras: "Supongo que usted no querra vivir aquí; no hallará usted esto basrenendosamente contra la puerta, y personalmente tuvo que hacerse cargo de ella, sin que la mujer del administrador moviera un dedo para ayudarla. Nadie le preparaba la comida, nadie se cuidaba de ella, y de noche podía oir desde su ventana conversaciones en voz bastante alta que giraban alrededor de cierta "cazado-ra de herencias" y "estafadora." Este primer recihimiento enseñú a la pobre heredera, mujer de carácter débil, que en aquella casa no tenthria jamás una hora de tranquilidad, Kanitz no sesprehaba que éste era el motivo por el cual oceptó su proposición de dirigirse ese mismo día a Viena, donde el decia conocer un comprador seguro. Aquel hombre tan enterado, comedido y serio, de ojos melancólicos, se le aparecia como un mensajero del ciclo. Por eso no indagó más. Le entregó, agradecida, todos los papeles, escuchó los consejos que le daba acerca de la inversión del dinero que obtendria, sus miradas azules eran toda atención muda Kanıtz le propuso que sólo adquiriese valores del Estado, garantizados, que no confiase ni una miga de su fortuna a particular alguno, sino que depositase todo en el banco y que, además, encargase de la administración a un escribano público, impérial y real. Le dijo que no tenia sentido alguno consultar a su abogado, ya que el negocio de los abogados consistía en torcer y retorcer las cosas claras y derechas, Desde luego, intercalaba a cada rato, solicitamente, la sugerencia de que al cabo de tres o cinco años seria posible conseguir un precia de venta superior. Pero, entretanto, ¡qué de gastos y qué de molestias ante la justicia y las oficinas públicas! Y como reconoció en sus ojos, nuevamente azorados, el asco que a esa persona pacífica inspiraban los juzgados y los negocios, recorrió toda la escala de los argumentos hasta llegar siempre al mismo acorde final: ¡Rápido, rápido! A las cuairo de la tarde, antes de volver Petrovic, ya los dos viajaban de buen acuerdo en el expreso a Viena. Todo habia sucedido con tal velocidad huracanada, que la señorita Dietzenhof no tuvo siquiera oportunidad para preguntar por el nombre del desconocido a quien había confiado la venta de toda

su herencia.
"Viajaban en primera clase -era la primera vez que Kekesfalva se sentaba en aquellos asientos tapizados de terciopelo rojo-. La instaló en Viena en un buen hotel, donde él mismo ocupó otra habitación. Se imponía la necesidad de que Kanitz hiciera preparar aquella misma tarde por su confidente, el abogado Gollinger, el contrato de venta para dar a su golpe, al día siguiente, la forma legalmente intachable, Por otra parte, en cambio, no se atrevía a dejar sola a su víctima ni siquiera por un minuto. Tuvo entonces una idea que se me antoja sin-ceramente genial. Propuso a la señorita Diet-zenhof que aprovechase la tarde libre para concurrir a la Opera, donde estaba anunciada una función extraordinaria, en tanto él mismo trataría de dar todavía con aquel señor del que le constaba que se interesaba por su propiedad. Confundida por tanta atención, la senorita Dietzenhof acepto gustosa, Kanitz la dejó en la Opera, sabiendo que así pasaría cuatro horas sin moverse, y así pudo dirigirse en un coche -también por primera vez en su vida- a casa de su compañero y encubridor, Gollinger. Este no se hallaba en su casa, Kanitz dió con él en un restaurante y le prometió dos mil coronas, a condición de que aquella misma noche redactase el contrato de venta, con todos sus detalks, y citase al escribano público para las siete de la tarde del dia siguiente, a fin de sellar ese contrato.

"Por primera vez en su vida, Kanitz había hecho esperar al cochero delante de la casa, mientras duraba la conversación. Después de haber impartido sus instrucciones, se hizo llevar a todo correr a la Opera, donde llegó a tiempo para recibir a la entusiasta Dietzenhof en el vestibulo y conducirla al hotel. Así enfpezó su segunda noche de insomnio, Cuanto más se acercaba a su meta, tanto más nerviosamente le asaltaba el temor de que la hasta entonces dócil mujer pudiese fallarle todavia a último momento. Levantándose una y otra vez de su cama, elaboró la estrategia que emplearia al dia siguiente para dar otro giro al asunto. Insistió en la necesidad de no dejarla sola en ningún momento. Y cuando nuestro amigo entro, cansado, después de una noche malísima, al comedor del hotel, ella ya lo esperaba alli, pacientemente, llevando el mismo vestido confeccionado por sus propias manos. Entonces comenzó un extraño viaje. Nuestro amigo llevó a la pobre señorita Dietzenhof, sin que hubiera necesidad alguna, desde la mañana hasta la noche, de una parte a otra de la ciudad, para hacerle ver todas las dificultades artificiales que el mismo se había imaginado para ella, trabajosamente, duranoche de insomnio.

Paso por alto los detalles; pero él la dujo hasta el estudio de su abugado, telefoneó por asuntos completamente tos. La llevó a un banco y mando llanar subgerente para consultarle sobre la inv y hacerle abrir una cuenta corriente; la tró a dos o tres bancos hipotecarios v a oscura empresa de financiación, como viera necesidad de requerir alli informa Ella le acompañaba y esperaba tranquila 🔻 💴 cientemente en los vestibulos, en tanto el lizaba sus negociaciones ficticias. En años de esclavitud cerca de la princesa, = esperas habian llegado a ser para ella algo tural que no la oprimia ni la humillaba. aguardaba tranquilamente con las manos crossdas y bajando siempre la mirada azul cuando guien pasaba. Paciente y obediente como una na, hacía cuanto Kanitz le proponía. En el basca firmó formularios sin leerlos y acusó recon de importes que aun no se le habían entregado, todo ello con tal inconsciencia, que la nitz empezó a sentir la tortura de la idea perversa de si esa necia acaso no hubiese estado igualmente conforme con recibir ciento transc y hasta eien mil coronas. Dió su aprobacion cuando el subgerente le propuso comprar acciones ferroviarias, y también asintió cuando le propuso adquirir acciones de bancos, y siempre miraba temerosamente a su oráculo Kanita. Era evidente que todas esas prácticas comerciales, esas firmas y formularios, y aun la mera visión del simple dinero, le causaban simultaneamente una intranquilidad respetuosa v angustiada, y que sólo anhelaba escapar a esa actividad incomprensible para recogerse tran-

quila en una habitación a leer o a tejer. "Pero Kanitz la hizo correr incansable per ese círculo artificial, en parte para proporcionarle realmente, según le había prometido, la inversión más segura del importe de la ventay en parte para aturdirla. Eso duró de la nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Finalmente ambos quedaron tan rendidos que él propuso descansar en un café. Lo esencial, le explicó, va estaba hecho: la venta podia darse por realizada. Le faltaba únicamente firmar, a las siete, el contrato ante el notario y recibir el importe de la transacción. De inmediato se aclaró el rostro de la mujer.

"-Entonces, ¿podré viajar mañana mismo? "Los reflejos azules de sus ojos envolvieron

a Kanitz -Naturalmente -la tranquilizó-, Dentro de una hora usted serà la persona más libre del mundo, y no tendrá que preocuparse nunca más por dinero ni propiedades. Sus seis mil coronas de renta están a salvo de todo riesgo; usted podrá vivir en adelante en cualquier pun-

to de la tierra, dónde y cómo mejor le plazea.
"Inquirió, por cortesía, adónde pensaba dirigirse. Entonces una sombra cubrió el rostro

que acababa de aclararse.

"-Pienso que lo mejor sería ir primero donde están mis parientes, en Westfalia. Creo que mañana temprano sale un tren via Colonia,

"Kanitz desplegó inmediatamente una actividad afiebrada. Pidió al mozo la guía de ferrocarriles, repasó el registro y averiguó todas las combinaciones; tren expreso Viena-Francfort y Colonia, luego transbordo en Osnabrück. Le aconsejó tomar el tren de la mañana, de las nueve y veinte, que llegaba a la tarde a Francfort, donde le convenia pernoctar para no cansarse demasiado. Se ofreció para conseguirle el pasaje y acompañarla a la estación. Con todo eso pasó el tiempo más pronto de lo que había esperado. Consultó el reloj v se inquietó:

"-Pero ahora tenemos que ir en seguida a reunimos con el escribano.

"En una hora escasa todo quedó arreglado. En una hora escasa nuestro amigo había arrebatado a la heredera las tres cuartas partes de su fortuna. Cuando su cómplice vió que en el documento figuraba el nombre del castillo Kekesfalva y se percató del bajo precio de compra, guiñó un ojo sin que lo viera la Dietzenhof, e hizo un gesto de admiración a su viejo compinene. Esa admiración del compa-fiero queria decir, más o menos: "¡Magnifico, teuhán! ¡Qué golpe!" A través de sus lentes, el escribano también miró interesado a la señorita Dietzenhof. Como todo el mundo, se habia enterado por los periódicos de la lucha por la herencia de la princesa Orosvar, y como hombre de leves juzgó sospechosa la apresurada venta, "Pobre mujer, pensó, jen qué manos perversas has caído!" Pero el escribano público no tiene obligación de poner sobre aviso al comprador o vendedor, cuando se le presenta un contrato de venta. Le incumbe poner un sello, registrar el acta y cobrar los derechos-Por eso el buen hombre, que había tenido que presenciar y sellar con el águila imperial muchas transacciones dudosas, solo bajó la cabeza, desnlegó cuidadosamente el contrato de venta e invitó cortésmente a la Dietzenhof a firmat

en primer término.
"La tímida mujercita se sobtesaltó. Miró indecisa a su mentor Kanitz v sólo cuando éste la hubo animado con un gesto, se acercó a la mesa y escribió con su letra alemana, limpia, clara y derecha: "Annette Beate María Dietzenhof"; luego firmo nuestro amigo. Con eso, todo quedó concluido, el acta firmada, el importe de venta entregado a manos del escribano, y terminada la cuenta bancaria en que se depositaria el cheque al día siguiente. Con esa plumada, Leopoldo Kanitz había duplicado o triplicado su fortuna. Nadie más que el era, desde ese momento, dueño y señor de Kekes-

"El escribano secó cuidadosamente las firmas, y luego los tres se dieron la mano y bajaron la escalera. Primero la Dietzenhof; tras ella, Kanitz, con la respiración contenida, y finalmente Gollinger, quien molestaba a Kanitz golpeindole a cada momento con el bastón, murmurando patéticamente con su voz aguardentosa:

"-Trubanus maximus, trubanus maximus, "No obstante, le resultó desagradable a Kanitz que Gollinger se despidiera en la misma puerta de ealle con una profunda reverencia irónica. Lo dejó a solas con su víctima, y ello

lo aturdió," -Usted, querido teniente, debe tratar de comprender esa mutación inesperada. No quisiera expresarme patéticamente y decir que en nuestro amigo había despertado repentinamente la conciencia. Desde aquella plumada, la situación exterior entre las dos personas había cambiado decisivamente, Reflexione usted: du-rante dos dias integros, Kanitz había luchado, como comprador, contra aquella pobre mujer, que era la vendedora. Ella habia sido la adversaria que el debia asediar estratégicamente, encerrar y obligar a la capitulación; pero en aquel momento había terminado la operación digamos, aquel negocio militar. Napoleón Kanitz había vencido completamente, y con ello, la mujer taciturna que, con su vestido sencillo pasaha como una sombra a su lado por la calle Walfisch, había dejado de ser su enemiga. Y por más extraño que ello suene, lo cierto es que nada pesaba en ese entonces tanto a nuestro amigo como el hecho de que su presa le había facilitado demasiado la victoria. Cuando se comete una injusticia contra una persona, el autor siente una misteriosa satisfacción al descubrir o suponer que en algún detalle la víctima de su abuso también lubía obrado mal o injustamente; la conciencia siempre se descarga cuando puede atribuir a! engañado siquiera una pequeña parte de la culpa. Pero Kanitz no podía acusar a su víctima de lo más mínimo; se le había entregado con las manos atadas y, además, le había mirado continuamente con sus ojos ingenuos y llenos de gratitud. ¿Que iba a decirle después de todo aquello? ¿Felicitarla por la venta, vale decir por la pérdida? Se sintió cada vez más incó-modo. "La llevaré todavia al hotel -reflexionò-, y luego habra pasado y terminado

"Pero también la víctima, a su lado se había tornado visiblemente intranquila. También adoptó un naso distinto, tardiamente inflexivo. No se le escapó a Kanitz ese cambio, a pesar de que iba con la cabeza baja. Por su modo de caminar indeciso (no se atrevia a mirarle a la cara), comprendió que reflexionaba trabajosamente sobre algo. Le sobrevino un temor. "Por fin comprendió; se está diciendo que yo soy el comprador. Seguramente nue hará ahora cargos, es probable que se arrepienta de su estú-



ENFERMEDADES DEL HIGADU ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES, Dr. FOR-EFFERIENCE OF CORAZON, Dr. Fostanals
EL ESTREGHIMENTO, Dr. Remartinez
EL ESTREGHIMENTO, Dr. Remartinez
EL APERGHIMENTO, Dr. Remartinez
LA APERGHIMENTO, Dr. Remartinez
LA APERGHIMENTO, Dr. State
LA APERGHIMENTO, Dr. State
LA APERGHIMENTO, Dr. State
LA STILLIS, Dr. Corbella
LA STILLIS, Dr. Corbella
LA STILLIS, Dr. Corbella
LA ALIMENTACION HUMANA, Dr. Fernánde
LONDO DESTRUCTES SUBER DR. STATE
COMPO PREVENIRE EMPERMEDADES INCURRABLES
PROGUESSOS MALES, Dr. AUGURGADES
PROGUESSOS MALES
PROGUESSOS COMO PREVENIR EMPERAMEDADES INCUMABLES
PEQUEAGOS MALES, Dr. Austregesito
LA PUERICULTURA, cómo criar hijas sanos, Dr. Liamas
LA CALIPEDIA, cómo engeddra hijas sanos
EL DEGINATIONO, Dr. AfonsoEL DEGINO DE LA VEJEZ, cómo prolongir sa vida
EL DEGINATIONO DE AFONSOEL DEGINO DE LA VEJEZ, cómo prolongir sa vida CALISTENIA, el ejercicio y la salud, Prof. Wood REJUYENECIMIENTO, cómo conseguirlo (Chammiere) PARTOS SIN DOLOR ITSYlor) ALIMENTACION RACIONAL DEL HOMBRE LA SALUD AL ALGANLE DE TOUOS MEDICINA VEGETAL, MOTTS MIS SECRETOS DE NATURALISTA ALIMENTACION NATURAL DE VITAMINAS LA SALUD POR LA ALIMENTACION EL AYUNO RACIONAL, Etget

Precio \$ 3.50 por tomo

INTERIOR: REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO. CAPITAL: ATENDEMOS PEDIDOS TELEFONICOS personalmente o por correp - Horario: de 14 a 20 horas REMITIMOS EN SOBRE CERRADO Y SIN MEMBRETE

Instituto "NOVEDADES" Av. DE MAYO 981 - R A+ -T A 27-1195

NOTA Pase una línea deba,o de los títulos que e	lesee.
NOWBRE	
DIRECCION	
PUEBLO	
	L.

pido apresuramiento, y quién sabe si mañana mismo no correrá a casa de su abogado.

'Habian atravesado ya toda la calle Walfisch, una sombra junto a la otra, silenciosos, cuando ella por fin se animó, carraspeó y empezó a decir:

"-Usted perdonara..., pero como pienso salir mañana temprano, me hubiese gostado de-jar todo arreglado... Quisiera agradecer a usted el gran trabajo que se ha tomado... y... le ruego que me diga abora mismo... cuánto le debo por sus molestias Histed ha perdido mucho tiempo con su intervención y... yo parto mañana... Y antes hubiera querido de ae todo en orden.

"Nuestro amigo se sintió incapaz de dar un paso más, se le paralizó el corazón. Eso era demasiado. No estaba preparado para semejante sorpresa. Le venció la misma sensación incómoda que se experimenta después de haber pegado a un perco en un arrebato de colera, viendo luego al animal castigado arrastrandose, mirando con ojos suplicantes y lamiento incluso la mano eruel

"-No, no -replicó completamente aturdi-

do-. Usted no me debe nada. "Al mismo tiempo notó que transpiraba por todos los poros de su cuerpo. El honibre, acostumbrado a calcular todo de antemano, que desde años sabía prevenir cualquier reacción e incluir en sus especulaciones, experimento algo totalmente nuevo para él. En sus amargos tiempos de agente le había sucedido que se le cerrasen las puertas en las narices, que uo se contestara a sus saludos y hubo en la zona de sus actividades calles enteras que preferia no pasar. Pero nunca le liabía acontecido que alguien le diera las gracias por una infamia, y se avergonzó ante esa primera persona que, a pesar de rodo, confiaba en él. Contra su voluntad sintió el deseo de disculparse.

"-No -balbuceó -. ¡Por el amor de Dios! Usted no me debe nada..., no aceptare nada... Sólo espero haber cumplido bien con todo y actuado conforme a sus deseos... Ouizás hubiera sido preferible esperar, sí, yo mismo temo... que se hubiera podido conseguir algo más si usted no hubiera tenido tanta prisa... Pero usted queria vender cuanto antes, yo creo que es mejor para usted. Por Dios,

creo que es mejor para usted.
"Recobró su aliento normal v en aquel ins-

tante incluso volvió a ser sincero.

"-Las personas como usted, que no entienden de negocios, no pueden hacer nada nicior que no niezclarse en ellos. Más vale tener nie-nos, pero tenerlo seguro. -Tragó saliva-. Yo le ruego encarecidamente que no se deje confundir por otras personas que luego tal vez querrán hacerle creer que ha hecho un mal nego. cio o que ha vendido a un precio demasiado bajo. Después de cada negocio concluído aparece siempre gente que asegura que hubiera pagado más, mucho más..., pero llegado el momento no habrian pagado nada; cualquiera de ellos le hubiera arreglado con letras u obligaciones o participaciones... Para usted era mejor conseguir menos; pero dinero seguro. y vo le juro, así como estov delante de usted, que su dinero es seguro, el banco es de primera, y su depósito no corre riesgo alguno. Usted recibirá regularmente su renta, al día v la hora señalados; no puede pasarle nada,

"Entretanto, habian llegado hasta el horel. Kanitz vaciló. Debería inyitarla, cuando menos, pensó. Invitarla a cenar o quizás a un teatro.

Pero ella ya le alargó la mano.

"-Creo que no debo retenerle más tiempo. Todas estas horas he estado preocupada porque usted me sacrificó tanto tiempo. Hace dos diss que se dedica exclusivamente a mis asuntos, y tengo sinceramente la impresión de que uadio lo hubiera podido hacer con más desprendimiento. Otra vez, pues..., muchas gracias! Nunca -se ruborizó un poco- un hombre ha sido tan bueno conmigo y tan atento, Nunca hubiera creido posible que quedara tan pronto libre de este asunto, que alguien me lo arre-glara tan pronto, tan bien y tan fácilmente para mí, Le estoy muy agradecida, muy, muy agradecida.

"Kanitz tomó su mano y no pudo nenos que mirarla. El calor del sentimiento habia amilado parte de su temor habitual. El rostro, generalmente tan pálido y atemorizado, adquirió de repente un brillo animado, un aspecto casi infantil, con sus ojos azules y expresivos y la sonrisa de gratitud. Kanitz buscó en halde una palabra apropiada. Pero ella va se alejaba cont pasos seguros, ligera y animada. Era el suyo un andar distinto, transformado, el de una perla vista, indeciso. L'uvo la sensación de que le faltalia decirle algo. Pero el portero ya le entregaba la llave y el cadete la arriza la puerta

ascensor. Aquello habia pasado. "Tal fué la despedida de la víctima y de su verdago. Pero Kanitz tuvo la impresión de haber golpeado su propia cabeza con un hacha; permaneció varios minutos aturdido y mirando de hito en hito el vestíbulo vacio del hotel. Finalmente le arrastró la ola cominua de la calle, No sabia adónde se dirigía, Nunca una persona le habia mirado asi, tan humana, tan agradecida. Nunca nadie le habia hablado de esa manera. Involuntariamente resonaba en sus oídos aquella frase: "Le estoy muy agra-decida, muy, muy agradecida". Y justamente era a esa persona a la que había estafado, a ella instamente la había engañado. Se detuvo una y otra vez, y se secó el sudor de la frente. De pronto, ante un gran negocio de vidrios, en medio de su caminata insensata, su propio rostro reflejado por el espejo del escaparate. Se miró fijaniente como quien mira en un diario la fotografia de un malhechor, para averiguar en qué consisten los rasgos típicos del criminal, si en la barba aplastada, en el labio perverso o en los ojos duros. Mirándose con ateneión y observando sus propios ojos temerosamente abiertos detrás de los lenres, recordo de improviso los de aquella mujer. "Habi a que tener ojos como ella, pensó commoride no ojos ansiosos, nerviosos, de bordes rojos amo los mios. Ojos con reflejos azules animacos por una fe interior, (Recordo que a veces, alguna noche del viernes, su madre había tenido el mismo mirar). Si, habría que ser un hondire asi, es preferible dejarse enganar y no engañar -ser un hombre decente, sin malicia-. Sólo sobre ellos cae la hendición de Dios. Toda mi viveza, recapacito, no me ha hecho feliz, no dejo de ser un hombre casti-gado y sin paz." Y así siguió Leopoldo Kanitz calle arriba, ajeno a sí mismo, y munca se sintio más miserable que en aquel dia de su ma-

"Terminó por entrar en un café, porque creyé tener apetito. Hizo su pedido, pero cada
hocado que se llevaba a la boca le repugnaba.
'Venderé Kekesfalva, pensó ensimismado, la
revenderé en seguida. ¿Qué hago vo cou una
estancia? Yo no soy hombre de campo, ¿Coino
voy a vivir vo solo en una casa con dicciocho
habitaciones y pelear con el malandrin del
arrendarario? He cometido una imprudencia;
deli haber comprado por cuenta del Bancu
hiputecario y no por mi propia cuenta. Si ela
se entera de que vo fui el comprador... Además, no quiero ganar gran cosa. Si ella esta
comforme, vo le devuelvo la propiciada dejandome un veinte, y ann un diez por ciento de
ganancia; estará a su dissosición ge cualquier

momento, si llega a arrepentirse."

"Esta idea lo alivio, "Malama le escribiré...
No, todavia podré proponérselo personalmente,
nariana tempranu, antes de que tone el tren.
Si; esto es lo que conviene: ofrecerle esponráncamente um a opción para la compra." Entonees crevá poder aformit tranquilo, Pero a
pesar de las dos moches anteriores insonnes,
kante, pasó mabién esta noche inquieto y suhresaltado. En sus oídos no dejalan de resonar aquellas palabos "muy, muy agradecida."

"A las siete y media, Kanitz ya cytaba en la calle. Sahia que el tren expreso via Nasau salia a las nueve y veime. Iha a compara ma caja de chocolate o una bombonera. Sintió la necesidad de lacer un gesto de agradecimiento, y en scercto le movia tal vez también el anhelo de volver a oir una vez más aquellas palabras, tan nuevas para el, "le estor mugaradecida", dichas cun aquel acento enternecedor y extraño. Compró una bombonera grandecida", dichas cun aquel acento enternecedor y extraño. Compró una bombonera grantenta de la marco de la capación de la seforta Decembió. Per el portero, de mandase ambos obsequios a la habitación de la seforta Dierenhol. Per el portero, de mandase ambos obsequios a la habitación de la seforta Dierenhol. Per el portero, de mandase ambos obsequios a la habitación de la seforta Dierenhol. Per el portero, dindiol de antemano

tratamiento de nobleza, según el hábito vienes, contesto servilmente:

"-Señor von Kanitz, la señorita ya bajó a

desayunarse; está en el comedor.

"Kanitz reflexionó un instante. La despedida de la vispera había sido tan conmovedora para el que tenirá que un nuevo encuentro pudiese destruir aquel recuerdo grato. Luego, sin embargu, se decidió y epentró al comedor con la bombonera en una mano y las flores en la otra.

"Ella estaba sentada de escoldas a cl. Aun sin ver su cara, el notó en la manera humidlennente silenciosa como aquel ser delgado estaba sentado a la mesa solitaria, un algo de ententecedor que lo sobreccogio contra su voluntad. Se acereó timidamente, y depositando rápido la bombonera v las flores, doju-

"Lua nimiedad para el viaje,
"La mujer se turbó y sonrojó profundamente. Era la primera vez que alguien le regalaba flores, exceptuando aquella vez en que uno de los parientes de la princesa, afanoso de la herencia, le liabia mandado unas cuantas resas,

esperando poder ganarla así como aliada, "-;Pero cómo! --tartamudeó--. ¿A qué debo esto? Esto es... demasiado hermoso para

mi, "Sin embargo, levantó la mirada agradecida. ¿Fué el reflejo de las flores o la sangre que se agolpaba en su mejillas? Lo cietto es que un brillo rosada cubria cada vez más intensamente la faz perpleja; la mujer parecia casi bonita en ese instante.

"-¿No quiere usted tomar asiento? -pregunto en su confusión, v Kanitz se sentó frente

a ella, torpemente.
"-De modo que usred se marcha en realidad?

preguntó, y en su voz vihraba involuntariamente un tono de sincero pesar.
 "Sí –côntestó ella, bajando la cabeza.
 "No hubo alegria en ese "sí", ni rampoco

"No hubo alegria en ese "sí", ni rampoco pena. Ni esperanza ni desengaño. Fué una palabra pronunciada con tranquila resignación y sin entonación especial alguna.

Tha u confusión y desco de ser útil, Kanitz acteriguó si la mujer va halia anunciado relegiáficamente su llegada. Ella contestó que mo proprior con clio sóda austaria a su gente, que no recibia nunça relegramas. Kanitz quiso saber si eran parientes cerecanos? No, en absoluto. Una especie de orina, la hija de su difunta hermanastra, Agrego que no conneia al marido de aquella. Subia que tenian a su cuidado una pequeña grania y que se dedicaban a la avientura. Anhlos de habian eserion nuv gentilmente que podia disponer de una habitación y vivir con ellos mientras gustara.

"-¡Pero qué va usted a hacer en un lugar tan apartado y perdido? -preguntó Kanitz. "-No lo sé -contestó ella con los ojos bajos.

"No la sé —contesté ella con los ojos bajos.
"Pioo a poco se excitó nuestro anigo. Hábia tal vació y abandono en aquella criatura, y tal indiferencia en el modo de ser, desorientado, con que aceptaba su destino, que sin quererío es acerdió de sí mismo y de su vida inconstante, sin hogar. En esa falta de meta de la mujer, reconoció la suva propia.

"-Pero si eso no tiene sentido -dijo casi alterado-. No hav que vivir con parientes, nunca aproxecha. Y, además, usted va no tiene necesidad de enterrarse en semejante al-

dea perdida.
"La mujer lo miró agradecida y triste a

la vez.
"-La verdad es -suspiró- que yo misma tengo un poco de miedo de ello. Pero que

otra cosa puedo hacet?

"Lo dio sin prupisito determinado, y luego levamú sus ojos zzules hacia él, como esperando un consejo. ("Habria que tener ojos como estos", se había dicho Kanitz el dia anterior.) Y de repente, sin suber cómo, sintió que un pensamiento, un desco, le subia a flor de labios:

"-Entonces sería mejor que usted se quedara aquí -dijo, e involuntariamente agregó, en voz más baja:- Quédese usted connigo,

"Ella se turbó, lo miró fijamente. Sólo entonces comprendió Kanitz que había pronunciado esas palabras sin haberlo querido, cad inconscientemente. Había pasado por sus labios esa frase sin que é! la midiera, pesara y aprobara como era su costumbre. Un desa que él mismo no se había aclarado ni confesado se había convertido repentinamiente co volventa comprendió le que había dicho, y de inmediato tentió que ella pudiera interpetarlo mal. Pensaba, seguramente, que la invitaba a quedarse con é! como amante, y para extera que llegara a concebir una idea ofensis, agrecó precipitadamente.

"-Quiero decir... cotto mi esposa.
"Ella se levanto bruscamente. Su boca se
contrajo, sin que Kanitz comprendiera si para
sollozar o para proferir un denuesto. De repente la mujer dióse vuelta y salió corriendo
del conedor.

"Aquél fué el momento más terrible en la vida de nuestro anigo. Sólo entonces compresdió la tontería que acababa de cometer. Haba humillado, ufendido, escarnecido a la initea persona bondadosa que le brindara su confiancasi viejo, un judio, feo, un agente viajere un hombre preocupado por hacer dineto, à una mujer interiorumente tan distinguida y tan delicada? Justificó involuntariamente el que se limbiera retirado tan asquada. "Está bien -se dijo furisso-. Lo tengo merecido. Por fin ma reconocido, por fin me ha demostrado de

desprecio que merezeo. Más vale eso que su

agradecimiento por mi vileza." Aquella fuga

no ofendió a Kanitz lo más mínimo; al contrario

-él mismo lo confesó-, en aquel momento incluso estaba contento. Tinvo la sensación de

haber recibido su justo castigo, eta propio el que ella en adelante lo juzgata con el mismo desprecio que el sentía respecto a si mismo. "Pero y a ella reapareció, con los ojos humedecidos y atrozumente agitada. Sus hombros temblaban. Se aerecó a la mesa. "Luo guasirse con ambas manos del respaldo de la silha antes de sentos, Luego respiró sua-antes de sentos, Luego respiró sua-

vemente, sin levantar la mirada:
"—Perdone usted..., perdone mi brusquedad,
pero quede tan sotprendida... (Cómo puede
usted?... Usted no me conoce... ¡Si usted

no sabe quién soy!...
"Kanize estaba demasiado pasmado para encontrar palabras, Súlo viú connovido que se la animaba la ira, sino más bien el muedo Comprendió que la insensatez de su perición repenina la había aterrado tanto como a Cal Ninguno de los dos tenía el valor de habíar, ninguno el correje de mitrar los ojos del otro. Pero ella no viajó aquella mañana, Permanecierem juntos hasta la noche. Al eaba de tres días el volviú a pedir su mano, y dos meses después se casaron."

El docror Condor hizo una pausa,

Ahora un último trago Ya termino. "Aquel compromiso absurdo terminó en un matrimonio feliz como pocos. Siempre los contrarios, que se complementan acertadamente crean la armonia perfecta, y muchas veces lo que parece más sorprendente resulta ser lo más natural. Es verdad que la primera reacción en esa pareja consistía en que el uno tenía miedo del otro. Kanitz temblaba pensando que alguien pudiera hablarle de sus negocios oscuros y que entonces ella lo rechazaría a último momento, despreciándolo; desplegó energías fantásticas para ocultar su nasado. Concluvó con todas las prácticas dodosas, transfirió sus obligaciones con pérdides v se mantuvo alejado de sus cómplices anteriores. Se hizo bautizar, eligió un padrino influyente y gastó mucho dinero para obten e el permiso de agregar a su nombre el más sonoro de "von Kekesfalva". Al producirse esa nutación, su nombre original, como sucle aconrecer en semejantes casos, desapareció pronto de sus tarjetas de visita, sin dejar rastro, Pero, hasta el dia del casamiento, vivia presa de la obsesión de que ella le retiraría, hoy o m2ñana o pasado, atemorizada, su confianza, l'.lla. a su vez, a quien su anterior dueña había reprochado diariamente, a lo largo de doce años incapacidad, estupidez, perversión, cortedad de genio, anulando con tiranía diabólica todo resto de amor propio, esperaba que su nuevo dueno también la retaría, escarnecería y humillaría continuamente. De anteniano resignada, esperaba la esclavitud como un sino inexorable. Pero he aqui que cuanto hacía estaba bien hecho; el hombre en cuyas manos había depositado su vida mostrábase cada día de nuevo agradecido y la trataba siempre con el mismo respeto timido. La joven mujer se asombró, incapaz de comprender tanta ternura. Poco a poco recobro su lozanía, adquirió belleza y formas suaves. Pasaron uno o dos años más antes de que se atreviera a creer realmente que ella, la menospreciada, la humillada, la oprimida, pudiese ser respetada y amada como todas las demás mujeres. Pero la dicha verdadera sólo empezó para ambos cuando nació la niña.

"En aquellos años, Kekesfalva reinició su actividad comercial. Había dejado tras si al pequeño agente; su labor se agrando, Modernizó el ingenio de azucar, asocióse a un taller metalúrgico de Viena y realizó aquella bri-llante transacción en el trust del alcohol que en su tiempo dio tanto que hablar. El hecho de que adquiriera riqueza, verdailera fortuna, no transformó en absoluto la vida retraida y eco-nómica del matrimonio. Pocas veces tenian invitados, como si hubieran querido evitar que la gente se acordara de ellos, y la casa que usted conoce causaba en ese entonces una impresión infinitamente más sencilla y campesina. La verdad es que en ella reinaba también

mucha mayor felicidad que hoy.

"L'legó el momento de su primera prueba. Hacia tiempo va que la mujer sufria dolores internos, y le repugnaban las comidas; adelgazó v su andar era cada vez más cansado y desfallecido. Pero por temor a inquietar con su insignificante persona a su ocupado mari-do, apretaba los labios cuando sufria un ataque y soportaba en silencio sus dolores. Cuando, finalmente, va no fué posible ocultarlos más, era tarde. Fué transportada en una am-bulancia a Viena, y la pretendida úlcera en el estómago, que en realidad era un cancer, ya no pudo ser operada. En esa oportunidad conoci a Kecsfalva, v munca he visto en un hombre una más dolorosa v cruel forma de desesperación. No quería, no podía compren-der que la medicina fuese incapaz de salvar a su mujer; no le parecia más que indolencia, indiferencia e incapacidad de los médicos el que no hiciéramos más de lo que hicimos. Ofreció al cirujano cincuenta y aun cien mil coronas para que la curase. En la vispera de la operación, mandó llamar telegráficamente a las primeras autoridades médicas de Budapese, de Munich y de Berlin, para encontrar entre ellos siquiera uno solo que le dijera que era posible salvarla del bisturí. Nunca en mi vida olvidaré sus ojos extraviados mientras nos gritaba que todos éramos unos asesinos, cuando la incurable enferma, según era de esperar, murio en la mesa de operaciones.
"Aquello fué su camino de Damasco, A par-

tir de ese día, algo cambió para siempre en nuestro asceta del negocio. Había muerto para él un dios, al que había servido desde la in-fanciar el dinero. No le quedaba en la tierra más que su hija. Tomó institutrices y sirvienmas que sa mija. Fomo materitors y siteli-tes, mandó refeccionar la casa; ningún lujo satisfacía a ese hombre que siempre había sido tan económico. Cuando la niña tenía nueve o diez años, la llevó a Niza, a París, a Viena, la malerió y mintó del modo más inconsulto, v con la misma ferocidad con que hasta entonces había amontonado el dinero, lo tiraba en adelante, casi despectivamente para. Quizás no estaba usted tan equivocado cuando de llamó noble y dixinguido, pues hace años aduciñose de él, efectivamente, una indiferencia extraordinaria frente a la ganancia y a la pérdida. Aprendió a menospreciar el dinero desde que todos los millones no le sirvieron para re-

cuperar a su esposa. "No quiero referirle - se está haciendo tarde - los detalles del culto que hacía de su hija; al fin y al cabo, ello es comprensible, pues la pequeña se desarrolló encantadoramente; era n aquellos años un ser delicado, una verdadera silfide, ágil, de ojos grises que iluminabau a todos con su claridad y gentileza. Había heredado la suavidad tímida de la madre y la inteligencia penetrante del padre, Amable y juiciosa, adquirió aquella ingenuidad maravillosa que sólo es propia de niños que nunca han experimentado la adversidad o dureza de la vida. Sólo el que conocia el encantamiento de aquel hombre que envejecía y que nunca se habia atrevido a esperar que de su sangre oscura y pesada pudiera surgir un ser tan gentil y alcare. puede medir toda la desesperación que le mundó cuando sufrió la segunda desgracia. No podia comprender - y aun hoy se niega a comprender -, que precisamente su niña fuese tan castigada v quedase tullida, v no me atrevo verdaderamente a revelar todos los disparates que cometió en su desesperación fanática. Apenas si merece recordarse que hace desaparecer a todos los médicos del mundo con su insistencia, que procura obligarnos con sumas fabulosas a obtener una curación inmediata, que me habla dia por medio, completamente en vano y solo para satisfacer su alocada impacien-

UD., QUE APRECIA LA CALIDAD, SABRA DISTINGUIR



TESIA

cia. Hace poco, un médico me confió que el anciano señor aparece todas las semanas en la biblioteca de la Universidad, donde en medio de los estudiantes anota todos los términos técnicos, cuya explicación busca en los léxicos. Luego revisa horas enteras todos los tratados de medicina, en la absurda esperanza que él mismo pudiera encontrar algo que los médicos hubiéramos pasado por alto u olvidado. Por otra parte sé - usted posiblemente sonreira, pero la locura siempre permite adivinar la grandeza de una pasión -, que ha prometido, tanto a la sinagoga como al cura párroco de la localidad, el regalo de una gran suma para el caso de que sane su hija. Sin saber a que Dios dirigirse, si al abandonado de sus padres o al nuevo, y perseguido por el micdo tremendo de caer en desgracia ante el uno o el otro, se postró al mismo tiempo ante los dos.

"Usted comprenderá que yo no le refiero estos detalies, que lindan en el ridículo, con el deseó de murmurar. Sólo quiero que usted comprenda lo que significa para este hombre castigado, abatido y destrozado, una persona que signiera le escucha, alguien de quien comprende que entiende interiormente su preocupación o que, por lo menos, tiene voluntad de enten-derla. Sé que molesta con su manera de ser obstinada, con su manía egocéntrica que le induce a comportarse como si en este mundo cargado de desgracia hasta el tope no existiera más des-gracia que la de su hija. Pero justamente ahora. cuando su desamparo aturdido empieza a enfermarle a él mismo, no hay que abandonarlo, v osted, mi estimado teniente, hace en verdad una buena obra al llevar un poco de su juventud, de su vitalidad y de su ingenuidad a esa casa trágica. Sólo por eso, temeroso de que otros pudieran desorientarle, yo le he relatado qui zás más de su vida privada de lo que incumbo a mi responsabilidad; pero creo poder contar con que todo cuanto le he dicho quedará esa trictamente entre nosotros."

5 5 8

-Por cierto - contesté mecánicamente: Era la primera palabra que franquealia mís Izoios desde que él empezó su relato, Estaba aturdido; no solo por las revelaciones sorprendentes que invertian todas mis ideas respecto a kekesfalva y las daban vuelta como a un guarte; al mismo tiempo me azofó mi propia ingenuidad y necedad. (Con qué ojos tan vela-dos iba yo por el mundo, con mis veinticineo años! Durante semanas enteras había sido huesped diario de aquella casa, y envuelto en la noblina de mi compasión y por discreción estúpida, nunca me había atrevido a preguntar por el origen de la enfermedad, por la madre, que evidentemente faltaba en aquella casa, ni por el origen de aquel hombre extraordinario. ¿Címo había podido pasar por alto que aquellos ojos almendrados, melancólicos, velados, no eran los de un aristócrata húngaro, sino los de la raza judía, con una mirada aguzada por milenios do lucha tragica, y a la vez cansados? ¿Cómo habia podido dejar de observar que en Edith aparecian mezclados elementos distintos? ¿Cómo liabía podido desconocer que sobre aquella casa pesaba fantasmagóricamente un pasado extrano? Sólo ahora, muy tarde, recorde de repente una cântidad de detalles: la mirada fría con qua nuestro coronel había contestado un saludo de Kekesfalva al tropezarse con él cierto dia, levantando apenas los dedos hasta su gorra; o la frase con que mis cantaradas, en la mesa de ca-fe, le llamaban el "vicjo Maniqueo". Tuve la sensación de que en una habitación oscura, se desgarrara de repente un telón y el sol penetrase tan violentamente que los ojos, deslumbrados, parecen percibir algo purpúreo y vacitan bajo el choque liriente de ese exceso insonurtable de luz.

El doctor Condor inclinése sobre la mesa, hacia mí, como si hubiese sospechado lo que yo experimentaba, Su pequeña mano blanda tocó la mía con un gesto tranquilizador, verdade-

ramente de médico.

-No podía usted sospechar eso, teniente, ni debia sospecharlo, Usted ha sido educado en un mundo muy particular y apartado; además, está en la edad dichosa en que aun no se ha aprendido a desconfiar al primer impulso, de todo lo extraño. Créame, siquiera por ser yomás viejo: no hay que avergonzarse porque a veces la vida lo engañe a uno. Es más bien una gracia, cuando todavía no se lleva en la pupila aquella mirada superagnda y diagnosticadora, la ojcada niala, y cuando se prefiere contemplae a los hombres y las cosas, de buenas a primeras, lleno de confianza. De otra manera usted no hubiera podido avudar tan magnificamente a ese hombre anciano y a esa niña enferma.

Tiró el resto de su cigarro a un rincón, esti-

róse y empujó la silla hacia atras.

-Creo que va siendo hora de que me marche, Me levanté simultaneamente con él, ann cuando me sentía un tanto aturdido. Me sucedió algo singular. Estaba sumamente agitado; lo que acababa de saber tan incsperadamente, me liabía transportado a un estado de vigilia exagerada y supersensible; al mismo tiempo, semía una presión sorda en el cerebro. Recordé con toda claridad que en medio de su natración quería interrumpir a Condor para preguntarle algoy que sólo me faltaba la presencia de ánimo para hacerlo. En un punto determinado quedaba por averiguar un detalle. Y ahora que era lícito preguntar, no recordaba qué era lo que debía averiguar. Mi atención concentrada, el deseo de no perder palabra, debía haber arra-sado mi memoria. En vano recorri todas las sinuosidades del relato; me ocurría algo parecido a cuando se siente en el cuerpo un dolor muy preciso y, sin embargo, no se puede localizarlo. En el momento en que atravesábamos el restaurante, ya medio vacío, en-dirección a la puerta, sólo me ocupó esc afán interior de

recordar aquel detalle.

Salimos a la calle. Condor levantó la cabeza. -Ja, ja - rió con un aire de satisfacción -Senti esto durante todo el tiempo. Esta luz de la luna me parecia desde el primer momento demasiado penetrante. Tendremos tomenta, Será cosa de apresurarse. Dentro de media hora aguacero estará aquí - vaticinó Condor -Llegare a la estación sin mojarme, pero usted, teniente, hará bien en volver, porque de lo contrario se llevarà un buen remojón.

Pero vo sabía vagamente que tenía que preguntar algo, solo que todavía no conseguía recordar qué; la curiosidad respectiva se había perdido en una oscuridad sorda, como en el ciclo la luna entre el galope de las nubes. En mi cerebro golpeaba el pensamiento indefinido, causandome la impresion de un dolor obstinado,

taladrante.

No, me arriesgaré - contesté.

-En ese caso, no perdamos tiempo. Cuanto más rápidamente caminemos, tanto mejor; esas

sesiones largas entumecen las piernas.

"Entumecen las piernas" - jeste era el santo y seña! De repente una claridad iluminó como un relámpago hasta el último fondo de mí conciencia. De repente supe lo que queria preguntar a Condor, lo que debía preguntarle. Me acordé de mi misión, el encargo que Kekesfalva me habia confiado. Mientras atravesábamos las calles abandonadas, empecé a hablar con bastante precaución:

-Perdone, doctor ...; todo lo que usted acaba de contarme me resulta, desde luego, muy interesante..., quiero decir, de suma importancia... Pero usted comprenderá que por eso mismo quisiera preguntarle algo más. que me preocupa desde hace tiempo, Usted es su médico, usted conoce su caso como ningún otro. Yo, en cambio, soy lego y no tengo ninguna idea clara...; quisiera saber lo que usted opina. Quiero decir, la paralisis de Edith, ¿es una enfermedad pasajera o es incurable?

Cóndor enderezóse con energía y de un solo golpe. Sus anteojos refulgieron y esquive involuntariamente la vehemencia de esa mirada que penetró mi piel como una aguja. ¿Sospechaba el encargo de Kekesfalva? ¿Tenía algún recelo? Pero había inclinado de nuevo la cabeza, y sin interrumpir su marcha acelerada, incluso camiminando, tal vez, más ligero todavia, rezongó:

-: Claro! Debí esperar eso. Es el fin obligado, ¿Curable o incurable, blanco o negro?, pues donde comienza la enfermedad y donde termina la salud? Y ¿qué quiere que le diga de esos adjetivos "curable" e "incurable"? Naturalmente, son muy usuales, y en la práctica, es difícil evitarlos. Pero en cuanto a mí, no me hará usred pronunciar nunca la palabra "incurable A mi, no. Se que el hombre más inteligente del siglo pasado, Nietzsche, estampó la tremenda aseveración: No hav que querer ser médico de la ineurable. Pero esta es tal vez la más erronea de todas las sentencias paradójicas y peligrosas que ofreció a nuestra reflexión. El exacto contrario es lo acertado, y yo afirmo que hay que ser médico justamente de lo incurable, y más aún: Un médico que acepta de antemano el concepto "incurable", rehuye su misión yer-dadera, espitula antes de habetse iniciado la baralla. Así que le diré que para mí no existen enformedades incurables. Por principio, no desespero de nada ni de nadie y nunca se me hará dece la palabra "incurable". Lo extremo que afirmaría, en el caso más desesperado, sería que una enfermedad no es curable todavia; quiero decir, que aun no puede curarla nues-tra ciencia contemporánea. Nada más.

Condor caminaha a pasos tan largos que me costaba esfuerzo seguirlo. De repente los acom-

-Ouizás me exprese de un modo demasiado complicado y abstracto. En realidad, es difícil explicar estas cosas entre una fonda y una estación. Quizás un ejemplo le aclarará lo que quiera decir; un ejemplo muy personal v unuy doloroso, Veintidós años atris, vo era un joven estudiante de medicina, más o menos de la edad que tiene usted hoy. Estaba en el seguncompletamente sano, incansablemente activo y al que queria y adoraba apasionadamente, Los médicos diagnosticaban diabetes, una de las enfermedades más crucles y falaces de que pueda eaer victima un hombre. El organismo deja, sin motivo aparente alguno, de elaborar los alimentos, no incorpora la grasa y el azúcar al cuerpo y, por consiguiente, el enfermo se descompone y muere de hambre; no voy a atormentarlo con detalles. Ellos han destrozado tres años de mi juventud. Y ahora, atienda usted: en aquel entonces la llamada ciencia no conocía remedio alguno para la diabetes. Se martirizaba a los enfermos con una dieta determinada, se pesaba eada gramo, se media cada trago, pe ro los médicos sabían - vo, como estudiante de medicina, también lo sabía, elaro está-, que con eso sólo se prolongaba el fin, y que esos dos o tres años significaban una muerte horrible, un extinguirse por hambre en medio de un mundo repleto de viandas v bebidas. Se imaginará usted cómo vo, en mi condición de estudiante y futuro médico, corria de una capacidad a otra y cómo estudiaba todos los libros y obras sobre la materia. Pero por doquier me encontraha, pronunciada o escrita, con la palabra "incurable", que desde entonces no puedo soportar. Desde aquellos días odio esa palabra, pues tuve que ver, despierto e inactivo, cómo el hombre al que más quería en la Tierra se moria miserablemente, peor que cualquier animal; falleeió tres meses antes de que vo recibiese mi título profesional, Y ahora, fijese bien en lo que digo; hace pocos días ointos en la sociedad médica la conferencia de uno de nuestros quimicólogos, quien nos informó que en los Estados Unidos y en los laboratorios de algunos países más se habían hecho grandes progresos con ciertos experimentos para obtener un remedio extractado de determinadas glándulas; y afirmió que indudablemente dentro de una década la diabetes será una enfermedad "ven-cida". Puede usted imaginarse cómo nie sublevó el pensamiento de que va en aquel entonces hubieran podido existir un par de centenares de gramos de una sustancia que habría impedido que mi padre sufriera tales tormentos y muriera, o por lo menos nos hubiera dado esperanzas de eurarlo y salvarlo. Comprenderá usted aliora por qué me amarga el veredicto "incurable", puesto que día y noche vo había soñado con la posibilidad y necesidad de encontrar o inventar un remedio y con la cerreza de que alguien lo lograria, siendo posible que ese alguien fuera vo mismo. Cada día brinda a los médicos algo nuevo, inesperado, fantástico, algo que en la vispera misma no cra imaginable todavia. Por eso, cada vez que me hallo en presencia de un caso ante el que los demás se encogen de hombros, mi corazón golpea de ira, porque todavía ignora el remedio que mañana o pasado se aplicará con éxito, pero al mismo tiempo palpita también la esperanza de que tal vez vo, u otro, lo hallará en el momento oportuno, quiza en el último momento de vida de ese hombre. Todo es posible, aun lo imposible; pues alli donde nuestra ciencia actual se enquentra ante puertas cerradas, sucede a veces que, atrás, otra se abre inesperadamente... ¿Usted erce, por ventura, que vo atormentaría a esa muchacha y me dejaría martirizar, si no me animara la esperanza de terminar por salvaria? Reconozco que es un caso grave, un caso rebelde; hace años que no adelanta con la celendad que no quisiera. Pero, a pesar de todo, no la abandono,

do año. En ese tiempo enfermó mi padre, que

hasta entonces había sido un hombre robusto,

Había escuehado con gran atención; comprendi todo cuanto nie queria decir, pero inconscientemente se habían apoderado de mi la insistencia y el tenior del anciano. Quise oir más, algo más determinado y preciso. Por eso segui preguntando:

-¿Quiere decir, entonces, que usted erec en una mejoria? Es decir, que usted obtuvo ya cierta meioría.

FI doctor Condor quedé callado. Mi observación, al parecer, lo incomodó. Sus piernas corras marcaban el paso cada vez más violentanichte.

¿Cómo puede usted afirmar que he com seguido una mejoría? ¿Le consta? ¿Que usted de todo eso? Usted conoce a la enfer desde hace unas pocas semanas, mientras que yo la atiendo desde hace cinco años.

De repente se detuvo.

-Para que lo sepa de una vez por todas: he conseguido nada esencial, nada de lo ore yo quiero. He hecho ensayos con ella, he her curaciones como un barbero antiguo, sin or ni concierto. Nada, nada; no he conseguido nada hasta ahora.

Me espantó su violencia. Evidentemente, habia herido su amor propio de médico. Por es-

traté de tranquilizarlo.

-Sin embargo, el señor von Kekesfalva ha descrito el efecto favorable de los batte eléctricos sobre Edith, y sobre todo de

Pero Condor me cortó la palabra a use la

pronunciar.

-;Disparates! ¡La más pura necedad! No @ deje usted embaucar por ese viejo loco, ¿U cree por ventura que se puede hacer desaparecer semejante paraplejia con baños eléctric y sandeces parecidas? No conoce usted nue-tro vicio recurso medico? Cuando se acaba nuestra ciencia, procuranios ganar tiempo, entonces entretenemos al paciente con histori y embaucamientos, para que no se dé cuende nuestra perplejidad, y por suerte nuestra la naturaleza también engaña al enfermo y convierte en nuestro complice. Es claro que Edith se encuentra mejor, Cualquier cura, mismo que coma limones o beba leche, que emplee agua fria o caliente, causa primero una transformación del organismo y produce una sensación nueva que el enfermo, eternamente o timista, toma por mejoria. Esta especie de autosugestión es nuestro mejor aliado, que coopeta ann con los médicos más pazguatos. Pero asunto tiene un inconveniente: en cuanto el atractivo de la novedad disminuve, se producla reacción y entonces es el caso de cambiar en seguida de táctica y simular que se aplica una terapéntica nueva; con semejantes trapacerias manipulamos en los casos desesperados, hasta que el azar, quizás, nos revele el método verdadero v acertado. No, no me venga usted con eumplidos; vo sé mejor que nadie cuán poco he conseguido de lo que ine he propuesto en el caso de Edith. Todo cuanto he ensayado has ta ahora, no se engañe usted al respecto, todos esos recursos, la aplicación de electricidad y l masajes, no han dado el menor resultado en

El arrebato de Condor contra sí mismo fue tan vehemente que sentí el desco de justificarme ante su propia conciencia. Por eso agregue :imidamente:

-Sin embargo..., vo mismo he visto cómo ella camina gracias a sus aparatos.

Pero entonces Condor ya no hablo, sino que

-: Mentira! Ya se lo dije, son engañifas, Fsos

àparatos me avudan a mi y no a ella. Esas màquinas son aparatos de entretenimiento, nada más que eso, ¿comprende? No las necesitaba la niña, yo, porque los Kekesfalva ya no querían esperar más, Sólo por no resistir más tiempo esa insistencia, tuve que aplicar al viejo una invección de esperanza. No me quedaba otro remedio que cargar a la impaciente con esas cadenas, tal como se ponen esposas a los pies de los presos renitentes. La cargué inútilmente...; es decir, que tal vez esos aparatos fortifiquen un poco los tendones..., pero yo no sabía va qué hacer... Me es indispensable ganar tiempo... No me avergüenzo de haber empleado esos recursos y engaños, pues usted mismo pudo comprobar el éxito. Edith erec que desde entonces camina mucho mejor, el padre exclama triunfante que vo la estoy salvando, y todos se muestran admirados del milagro genial, v usted mismo me consulta como a un doctor sabelotodo.

Se interrumpió, quitóse el sombrero para pasar la mano sobre su frente húmeda, Luego

me miró maliciosamente, de soslayo, - Me tento que todo esto no lo entusiasme, que todo esto desilusione su concepto del me-

dico como samaritano y cruzado de la verdad. En su entusiasmo juvenil, usted habrá tenido otra idea de la ética médica, y ya me doy cuenta que esas prácticas lo han desengañado y hasta disgustado. Pues, lo lamento; la medi-cina no tiene nada que ver con la moral.

El hombrecito carnoso se me había enfrentado tan agitado como si a la primera palabra de oposición fuera a atacarme violentamente. En ese instante rompió en el horizonte oscuro un relámpago azulado como una vena que revienta, siguiéndole un trueno amplio, pesado y

retunibante. De repente, Condor se acho a reir.
-: Ve usted? La ira del cielo contesta. ¡Pobre de usted! Hoy ha tenido que aguantar más de la cuenta, le han operado con el bisturi una ilusión después de otra: primero la del magnate magiar, luego la del médico preocu-pado e infalible. Sin embargo, tiene que com-prender que lo irriten a uno las loas de ese viejo maniático. En el caso de Edith, el lloriqueo sentimental me pone singularmente nervioso, porque soy el que más lamenta los progresos tan lentos y el que no se haya encon-trado o descubierto nada decisivamente útil para

Prosiguió unos pasos, taciturno. Luego con-tinuó hablando mas cordialmente:

-A propósito; yo no quisiera que usted creyese que, para mis adentros, haya dado por perdido este caso, según se acostumbra a decir tan gentilmente entre nosotros. Al contrario, éste es precisamente uno de los casos que no dejaré perder, no importa que dure un año y aun cinco años más. Fué una coincidencia muy singular; aquella misma tarde, después de la conferencia de que le hablé, leí en una revista médica de París, un artículo sobre la terapeu-tica de una parálisis muy interesante. Se trataba de un caso muy curioso, de un hombre de cuarenta años que habia estado dos años enteros en zama, tullido, incapaz de mover un miembro, y al que el profesor Viennot llegó a curar en el término de cuatro meses, al punto de que ahora aquel hombre puede trepar otra vez alegremente los cinco pisos de su vivienda. ¡Imaginese usted! ¡En cuatro meses semejante curación de un caso muy similar al que yo estoy Por poco me desmayo al leer eso. Claro esta que la etiologia del caso y el método no resultan muy claros; el profesor Viennot parece haber acoplado de un modo muy raro una serie de procedimientos, una helioterapia en Cannes, un aparato y una gimnasia determinada. Como sólo da un extracto sucinto de la historia de la enfermedad, no puedo saber ahora si su método nuevo puede aplicarse total o parcialmente en nuestro caso. He escrito inmediatamente al profesor Viennot en persona, para solicitarle indicaciones más precisas, y sólo por eso martimotaciones mas precisas, y solo por eso martiricé hoy a Edith, ran circunstanciadamente, con
un nuevo examen. Necesitaba establecer posbilidades de comparación. Y ya ve usted que
no me doy por vencido y que, al contrario, me
agarro de cada pelo. ¿Quien sabe si ese nuevo
metodo no contiene una posibilidad real?...
No digo más, pues ya he parloteado demaciado.

Estábamos ya muy cerca de la estación. Nuestra conversación iba a terminar pronto,

por eso insistí:

-Usted opina, pues, que... -¡No opino nada! - gritó -. No hay "pues" que valga. ¿Qué quieren todos ustedes de mí? Yo no estoy en contacto telefónico con el buen Dios. No he dicho nada. Nada concreto. No opino nada, ni creo nada, ni pienso nada, ni prometo nada. Ya he charlado demasiado.
Basta, basta! Muchas gracias por su compania. Váyase ahora, antes de que se ponga hecho

una sopa. Y sin darme la mano, corrió visiblemente enojado (no comprendi por qué), con sus cortas piernas y sus pies que se me antojaban planos. hasta la estación.

La previsión de Condor era exacta. La tormenta se acercaba con rapidez. Con un ruido

de pesados cajones se juntaban unas nubes grueses sobre las copas de los árboles, que tem-blaban inquietas, pálidamente iluminadas a veces por el resplandor de lejanos rayos. El aire húmedo y arremolinado de cuando en cuando por rafagas repentinas, traía un olor a quemado. Cuando volví, corriendo, la ciudad y las calles parecian distintas, no eran las mismas de pocos minutos atrás, cuando todo en ellas parecía paralizado, contenido, a la pálida luz de la luna.

Gracias a la advertencia de Condor llegué al cuartel antes de que se desencadenase la tormenta. Sólo me faltaban dos cuadras, y cru-zando luego un jardín público llegué hasta el cuartel. Una vez arribado a mi habitación, iba a poder pensar con tranquilidad en todo lo sorprendente que había sabido y vivido en esas ultimas horas.

El jardincillo, delante del cuartel, estaba completamente oscuro. El aire parecía concentrado debajo de las hojas que se movían; a veces silbaba una corta ráfaga de viento entre las hojas, y luego se hacía un silencio más lúgubre

TECNICA POPULAR

Una organización al servicio de la capacitación técnica de los trabajadores argentinos, ofrece los mejores textos de literatura técnica que se editan en América sobre:

- · RADIOTECNIA
- · MECANICA
- . TORNERIA
- · ELECTRICIDAD
- AUTOMOVILISMO
- · CARPINTERIA
- CONSTRUCCIONES
- · GRANJA
- · INGENIERIA · MANUALIDADES, etc. etc.

Soliciten catálogo general GRATIS

A Bibliotecas y Libreros, precios especiales.

TECNICA POPULAR

LIMA 660 - T. A. 37-7940 - Bs. As.

todavía. Aceleré mis pasos cada vez más. Ya había llegado casi a la entrada, cuando vi una figura salir de detris de un árbol, en la sombra. Me sorprendí un poco, pero no me deruve, pensando que no seria sino una de las mujeres que en la oscuridad suelen esperar aquí a los soldados. Pero con gran disgusto noté que aquellos pasos ajenos me perseguían, escu-rridizos, y dispuesto a rechazar bruscamente a la atrevida que me molestaba tan desvergonzadamente, me di vuelta. En el claro de un rel'ampago que en ese instante iluminó el ambiente, reconocí, ante mi asombro desmedido, a un hombre vicjo, tembloroso, que me seguía casi sin aliento, descubierta la cabeza pelada, y con los círculos fulgurantes de unos lentes mon-tados en oro. ¡Kekesfalva!

En mi sorpresa, no me fisha de lo que veian mis ojos, ¡Kekesfalva en el jardin del cuartel! Pero si eso era imposible, si tres horas antes Condor y yo lo habíamos dejado en su casa, muerto de cansancio. ¿Sufría yo de alucinacio-nes, o se había vuelto loco aquel anciano? ¿Se había levantado afiebrado y erraba ahora como un sonámbulo, vestido sólo con un saco liviano, sin abrigo ni sombrero? Sin embargo, era él, evidentemente... Hubiera reconocido entre cien mil personas su modo de aproximarse oprimido, temeroso, inclinado.

-¡Por el amor de Dios, señor von Kekes-

falva! - exclamé asombrado -. ¿Cómo es que se encuentra usted aquí? ¿No se había retirado a dormir?

-No... Es decir..., no podía dormir... -Pues bien; ahora, pronto, 2 su casa. Usted ve que la tormenta tiene que descargarse de un momento a otro. ¿No está su coche aquí?
-Allá..., a la izquierda del cuartel, me es-

-Muy bien. No pierda tiempo entonces. Si corre, lo dejará en casa a tiempo todavia. Como titubcara, lo tomé del brazo para arras-

trarle, pero él se libró por la fuerza.

-En seguida... ya voy, teniente... Pero...
Pero, primero, dígame ¿qué le dijo? -¿Quién? - pregunté con sorpresa. -El doctor Condor...; usted debe haber ha-

blado con él... Sólo entonces comprendí. Ese encuentro en la oscuridad no era obra del azar. A pocos pasos de la puerta del cuartel, el impaciente anciano me había esperado para cobrar seguridad; se había estacionado en aquel punto, por donde yo debía pasar indefectiblemente, para detenerme. Debió haber caminado dos o tres horas, movido por una tremenda inquietud, apenas escondido en la sombra de ese jardincito nicz-quino en que sólo suelen reunirse de noche las criadas y sus amantes. Había sospechado seguramente que sólo acompañaría a Condor en el corto camino hasta la estación y que volvería de innediato al cuartel; pero yo lo había he-cho esperar aquí, sin saberlo, dos o tal yez tras horas, mientras estaba sentado con el médico en la fonda. Y el anciano enfermo me esperaba. como otrora a sus deudores, tenaz, paciente, inflexible. En esa perseverancia fanática había algo que me excitaba y que, sin embargo, al mismo riempo, me conmovia.

-Está todo en perfecto orden -lo tranqui-licé -. Todo terminará bien. Tengo mucha con-fianza. Mañana por la tarde le contaré más, le informaré palabra por palabra. Pero ahora, rápido a su coche; ya ve usted que no tenemos

tiempo que perder.

-Si; va voy. Se dejó conducir a regañadientes. Habíamos caminado diez o veinte pasos cuando noté que el peso en mi brazo aumentaba.

-Un momento - balbuceó -. Un momento...

a este banco. No puedo... no puedo más. El anciano, efectivamente, se tambaleó como un ebrio. Tuve que valerme de todas mis fuerzas para arrastrarlo hasta el banco, en medio de la oscuridad, mientras los truenos retum-baban cada vez más cercanos. Se dejó caer, respirando profundamente. Era imposible desconocer que la espera lo había aniquilado, y ello no era de extrañar, pues ese vicio cardiaco se había pasado tres horas, avizor e impacien-te; había estado alli de vigía, aguardando, con sus piernas cansadas, y al atraparme felizmente cobró conciencia de su esfuerzo. Agotado y como derribado, descansó en ese banco de los pobres en que los obreros solian tomar unos bocados al mediodía y en que, por la tarde, se sentaban los viejos, los mendigos y las mujeres. En ese banquito, se sento el hombre más rico del contorno y esperaba, esperaba, esperaba. Yo sabia lo que esperaba. Y de inmediato sospeché que no lograría sacar a ese hombre obstinado (¡qué situación enojosa si uno de mis compañeros llegara a sorprenderme en tan mis companeros llegara a sorprendernie en cara singulares considencias!), sino, como quien dice, enderezándolo interiormente. Tenía que calmarlo primero. Y nuevamente me invadio la compasión. Nuevamente se levantó dentro de mi la maldita ola de calor que cada vez me dejaba tan sin voluntad. Me incliné sobre el anciano y empecé a hablarle.

En derredor nuestro el viento silbaba, zum-baba y rugía. Pero el anciano no notó nada. Para èl no existian ni ciclo ni nubes ni lluvia, sino unicamente su hija y el restablecimiento de su hija. ¿Cómo fiubiera podido decir a esc hombre tiritante de excitación y debilidad, nada más que lo real y verdadero, el que Condor aun no se sentía muy seguro de su éxito? Ne-cesitaba algo en que aferrarse como antes se había aferrado, al desplomarse, en mi brazo prosector. Reuni, por lo mismo, apresuradamente, las escasas promesas consoladoras que había sacado ile Conilor con gran esfuerzo. Le conté que Condor había pedido nuticias acerca de un metodo nuevo que el profesor Viennot había ensayado con gran exito en Francia. De inmediato noté como en la oscuridad, algo me rozaba y se movia; su cuerpo, que acababa de estar desmadejadamente recostado, se acerco eomo si buscara calor en mi. En realidad, yo no debi haber prometido nada más, pero mi compasión me arrastró más allá de mi responsabilidad. Lo anime reiteradamente, asegurandole que aquella cura había dado resultados exrraordinarios y que se habían conseguido, gracias a cila, mejoras sorprendentes en cuatro y ann en tres meses. Y era probable, no: era tanto como seguro que no fallaría tampoco en el caso de Edith. Me venció paulatinamente un placer de exageración, porque esa manera de tranquilizar obró milagros. Cada vez que me preguntaba, anhelante: "¿Lo cree usted real-mente?" o "¿Eso es lo que diju de veras? ¿Ha dicho eso?" y vo lo afirmaba apasionadamente en mi impaciencia y debilidad, la presión de su cuerpo recostado sobre el mío parecía disminur. Sentí que su seguridad crecia bajo mis palabras, y por primera y última vez en mi vida percihi en esa hora algo del goce embriagador innumente a todo lo creador.

No recuerdo ni sabre nunca lo que en aquel nomento prometí y aseguré a Kekesfalva en ese banquito de los pobres. Así como mis palabras encantaron su atención ansiosa, así me embriagó su interés bienaventurado, azuzando un deseo de prometerle más y más. Ninguno de los dos was fijabamos en los relampagos que nos circun-dahan con llamaradas azules, ni en la amenaza cada vez más urgente de los truenos. Permanecimos apretados uno contra el otro, hundidos en nuestra plática, y una y otra vez le ase-guré, pleno de fe sincera: "Si, sanará; pronto sanará, se restablecerá totalmente", para sentir a Dios", esc éxtasis embriagado y embriagador del encantamiento. Quién sabe cuanto tiempo hubiéramos permanecido así, sentados, si no hubiese llegado de repente esa ráfaga de viento violenta v decisiva, que se adelanta a las tormentas furiosas para - valga el término -, shrirles el camino. Los árboles se doblaban, crujian y sus ramas estallaban; unos castaños dejaron caer ruidosos sus frutos sobre nosotros y una enorme nube de polvo nos envolvió en su espiral.

-Debe volver usted a casa - grité haciendo que se levantara a la fuerza.

Na no me ofreció resistencia. Mi consuelo lo había forralecido y restablecido, No se tambaleó como antes; con un apresuramiento confusas y alado corrió conmigo hasta el coche que le experaba. El conductor le ayudó a subir. Solo entoness me senti aliviado, sabirindoly a resguardio. Lo había cousolado. Por fin el aneiano, connewido, iba a poder dormir transpillo, profundamente dichoso.

Pero en el monento brevisimo en que me disponia a enbrirle rápidamente los pies con la manta a fin de que no se enfriase, sucedió lo aterrador. Con un gesto tan repentino como fuerte, tomá nis manos, ambas manos, por las suninees, y antes de que hubiera podido impedirlo, las acercó a su boca y las best.

Hava, maiana, hava mañana - balbuceń, después, v. sel vehículo se alejó como lievado por el viento que entones arreció, frío como el bielo, Quede estupefacto. Pero ya caían las primeras gotas, tamborileaban, resonaban, estaban contra mi gurra, y gabri los últimos cuazenta o cincuenta pasos basta el cuartel, bajo el chapartón desencadenado.

7 7 7

Después de las fuertes entociones, el sueño utele ser intenso v profundo. Sólo a la ma-Rana signiente comprendi, por la peculiaridad de mi despetrar, hasta que punto la pesadez anjerior a la tormienta v la tensión efectrica de la conversación nocturna me habban atriédido. Me levante como desde profundidades

insondaliles, contemplé primero extrañado la familiar piecita del cuartel y traté en vano de recordar cuando y cómo había caldo en ese sueño abismial. Pero no me quedo tiempo pasado; con annella otra memoria, la oficial, que funcionaba de la memoria personal, militamiente, recordó que para ese día se había dispuesto unos ejercicios extraordinarios. En un abir y cerrar de ojos me puse el uniforme, que estaba preparado, encendi un cigararilo, corri escalersa bajo hasta el patio, y pronto salía con el escuadrón que se encontraba ya formado.

que se encontraba va formado.

La lliuvia habia lavado el ciclo hasta dejarlo
sin la menur sombra o nube; el sol ardía, fuerte, pero sin pesaded, destacando nitidamente
cuda contorno del paisaje. Estaba sentado en
m montura, magnificamente aliviado, habiame
abandonado todo lo inquietante, pesado y problemático que en las senunas anteriores habia
oprinido mis nervios, y pocas veces cref habie cumplián mejor cun mi obligación que
en squella brillante mañana de verano. Todo
resultó fácil y natural, todo me salió bien y
todo me encantó, el ciclo y las praderas, los
buenos ciballos ardientes que obedecían a
cada presión del noulo y a cada tirón de los
feross, y aun mi propia voz al dar las órdenes,

Sucéde que todos los estados de felicidad, como todo lo embriagador, tienen al mismo tiempo algo que aturile; el goce intenso del momento siempre lueco polídar lo pasado. Por eso, al volver después de aquellas reconfortamentes horas a caballu, al direirieme por la tarde como de cossumbre al castillo, solo recordaba muly vagamente mis encuentros notrumos. Me alegeaba únicamente la ligereza apasionada de mi corazón, así como la alegela de los demás. Cuando uno se siente feliz, sóln logra imagimare a las demás personas pualmente dichesas.

V, en efecto, apenas hube golpendo la puerta tan familiar del castillo, me saludó, con singular claridad en la voz, el criado, con suguitar con consultar presentarse tan servicial y carente de personalidad. Me preguntó de inmediato:

—{Me permite*el señor teniente que lo con-

duce a la torre? Allí lo esperan la señoritas.

Por qué estaban tan inquietas sus manos, por que me miraba tan, radiante, por que se adelantaba con tañta diligência? Me pregunté qué le podia haber pasado. En tanto me dispuse a trepar por la escalera de caracol hasta la terrata. ¿Que le pasa hova di sejo posê? La impaciencia parece consumirlo, no tiene más desen que verme cuanto antes en la solana.

Pero si fue un placer para mi percilir esa alegria, no lo fue menos trepar en ese radiante día de junio, con piernas juveniles, por la escalera retorcida y mirar a través de los ventanales, ya al norte, ya al sur, ya al este o al neste, por sobre el paisaje estival que se extendía al infinito. No me quedaban más que diez o doce escalones hasta la terraza, cuando algo inesperado me retuvo. De repente vibró en el caracol de la oscura escalera, misteriosamente, una melodia bailable, liviana, conducida por violines, secundada por violoncelos y sobre los que se destacaban los acentos graciosos de entrela-zadas voces femeninas. Quedé asombrado. De dónde procedía esa música, cercana y lejana a la vez, fantasmagórica y sin embargo terrenal, un trozo de opereta que parecia despren-derse del cielo? Tal vez tocaba una orquesta en una cercana hosteria y el viento arrastraba la melodia, en sus últimas vihraciones delicadas, hasta aqui, Pero en seguida comprendi que esa orquesta del aire procedia de la terraza y tenia su origen en un simple fonógrafo, Me indigne contra mi mismo; en mi estupidez, no describría en ese día más que encantamientos y milagros. ¡Como si fuera posible instalar toda una orquesta en una terraza tan estrecha como la de la torre! Pero subí unos pocos escalones más v volvió a abandonarme mi certeza. Indudablemente, esa música procedía de un fonógrafo; sin embargo, las voces, ese canto, eran demasiado libres y antenticos para salir de un cajoncito mecánico. Aquéllas eran voces de mujeres verdaderas, infantilmente alegres.

Me detuve y agucé el oído. Esa soprano tan tan colmada era la voz de llona, llena, bonita. abundante, tersa como sus brazos; ¿pero a quien pertenecía la segunda voz que la acompañaba? No la reconocí. Al parecer, Edith habia invitado a una amiga, una muchachita atrevida, vi-Varacha, y tenía vo mucha curiosidad por ver esa alondra cantarina que se habia instalado tan inesperadamente en nuestro tejado. Tanto mayor fue mi sorpresa cuando al llegar a la terraza observé que no estaban allí más que las dos muchachas, Edith e Ilona, y que era Edith quien reía y canturreaba con una voz completamente nueva, suelta, argentina y alada. Me azoré porque esa transformación de un día a otro no me pareció natural, Sólo una persona sana y segura puede cantar tan despreo-cupadamente, en el éxtasis de su bienaventuranza. Por otra parte, era imposible que esta muchacha hubiera sanado, a menos que se hubiese producido un milagro de la noche a la mañana. Me pregunté asombrado qué era lo que la había encantado de esa manera, entusiasmado a tal punto de que semejante segu-ridad dichosa fluvera de repente de su garganta y de su alma. Me resulta dificil explicar mi primera sensación; fué la de un malestar, como si hubiese sorprendido desmidas a las dos muchachas, pues, o la enferma me habia ocultado hasta entonces engañosamente su carácter verdadero o - ¿mas, por qué y cómo? - se había formadu en ella una nueva personalidad en el transcurso de una sola noche.

Mi sorpresa creció más todavía cuando noté que las dos jovenes no se mostraren confundidas en absoluto al norar mi presencia

didas en absoluto al notar mi presencia.

— En segnida! — exclamó Edith, dirigiêndose a mi; y luego a llona — : Detén el fonógrafo.

Y me llamó con un gesto a su presencia.

-: Por fin! Lo he estado esperando todo este tiempo, ¡Pero, ahora, pronto! Cuente todo, pero mny, mny exactamente... Papá ha hecho una gran confusión, y al final no entendi nada. Usted ya sabe, cuando está nervioso, es incapaz de referir nada con orden y concierto. Figurese, en medio de la noche, subio a mi habitación. Yo no podía dormir con esa tormenta horrible, tuve mucho frio, el viento penetraba por la ventana, y vo no tenia fuerzas para levantarme. Ojala, me decia yo, que alguien despertara y viniera a cerrar la ventana. Y de repente oigo pasos que se acercan. Primero me asusté, porque eran las dos o tres de la madrugada, y en mi primer asombro no reconoci a papa, tan cambiado estaba. Se acercó sin más ni más, y no hubo forma de detenerlo... Si usted lo hubiera visto... reia y collozaba... eSe imagina usteil a papá riendo a carcajadas, loco de contento y saltando en un pie como un muchacho? Claro, cuando empezó a contar, nie quedé tan perpleja que me resisti a creer-lo... Pensé que papa sonaba o que yo misma estaba sonando. Pero luego subio también llona y charlamos y reimos hasta el amanecer. Pero, hable usted ahora..., diga..., ¿qué hay de esa cura nueva?

Así como tambaleamos y nos esforzamos vanamene por defendernos contra um ola que
se precipita sobre nosotros, así traté de no ceder a mi consteración desmedida, Aquella últina frase me explicó todo con la claridad yrapidez, de un ravo. Yo y nadie más que yo
tablia dado vida a esa voz nueva y reonamte
de la muchacha ingenua, nadie más que yo
había depositado en ella esa certeza desdichada.
Kekesfalva, sin duda, había referido lo que
Condor me contíara. Pero qué me había difoto Condor en conterto. y qué había infotomado yo, a mi vez? Condor sólo se había
expresado con suma cautela yo, aturdido por
mi compasión, ¿qué fantasías había agregado
para que se acalerata toda un esas, rejuvenecieran los decaídos y se creyeran sanos los
enfermos? Qué de coasa..

-¿Qué hav..., por qué titubea usted tanto? me urgió Edith -. Bien sabe la importancia que para mí tiene cada palabra. Vamos, ¿qué le dijo Condor?

-¿Lo que dijo Condor? - repetí para ganar tiempo -. Verá... Ya sabe usted lo principal... El doctor Condor espera obtener con el tiempo los mejores resultados. Si no me equivoco, piensa emayar un nuevo método, y ya ha tonado los informes necesarios..., una cura muy feizaz... si... si he comprendido bien. Yo no entiendo nada de eso, pero de todos modos, susted puede confiar en él. Si..., en fin, estoy seguro..., erco firmemente que el tendrá éxito. Pero, o ella no se daba cuenta de mis sub-

terfugios, o su impaciencia echó por tierra toda oposición.

- Ya sabía vo que así no íbamos a ninguna

-Ya sabia yo que así no íbamos a ninguna parte. Al final de cuentas, nadie nos conoce mejor que uno mismo. Recuerda usted que le dije que esos masajes y aplicaciones eléctricas v esos aparatos eran insensateces? Todo eso dura demasiado... ¿Quién soporta tanta es-pera?... Ya ve usted, hoy mismo, y sin consultarlo, me quité esos aparatos. Y no se imagina usted el alivio que significa esto. En seguida caminé con mucha más facilidad. Creo que eran esas pesas malditas las que me trababan. Hace tiempo que me di cuenta que hay que proceder de otra manera. Pero... ahora cuente uscel, rápidamente... ¿Qué método es ese de aquel profesor frances? ¿Es verdad que hay que hacer un viaje? ¿No es posible apli-carlo aquí mismo?... Odio ranto a los sanatorius; me asquean...; además, no quiero ver enfermos. Tengo bastante conmigo misma... Bueno; ¿cómo es el asunto?... Vamos, hable de una vez... Y sobre todo, ¿cuanto durará eso? Es verdad que poco tiempo? Papá dice que ese profesor curó a un enfermo en cuatro meses y que ahora ese enfermo sube y baja las escaleras, se mueve, va y viene... ;Si parece increible!... Pero no se quede usted callado, cuente, cuente... Cuándo empezará y cuánto tiempo durará eso?

"Hay que dar marcha atras, me dije. No hay que permitir que se pierda en esa ilusión feroz, como si ya todo estuviera asegurado y garantizado". Por eso apacigüé con cautela:

"Desde luego, ningún médico puede fijar términn de antemano. No creo que se pueda determinar ya... Además..., el doctor Condor sólo ha hablado en términos gentrales sobre ese método... Parece que da resultados muy buems, dijo, pero su eficacia absoluta... claro está, sólo puede deducirse de caso caso. De todos modos, hay que esperar hasta... Pero su entuisasmo 'apssionado arrollo' mi

defensa insegura.

-; Bah, bah, usted no lo conoce! Es imposible arrancarle una palabra concreta. Es terriblemente reservado. Pero cada vez que proruete algo a medias, da un resultado esplendido. Se puede confiar en él, v usted no sabe cuánta necesidad tengo de terminar con esto o de cobrar siquiera una seguridad de que esto scabará... Siempre me dicen: paciencia, paciencia. Pero se debe saber hasta cuando y hasta donde ha de llegar esa paciencia. Si alguien me dijera que esto va a durar seis me-ses o un año más, vo diria: "Bien; acepto", y haría lo que se me pida...; pero gracias a Dios que hayamos llegado siquiera a esto. No se imagina qué alivio siento desde ayer. Tengo la sensación de haber empezado a vivir. Esta mafiana fuimos a la ciudad; usted se asombra, ¿verdad? Ahora, desde que se que estoy del otro lado, ya no me importa lo que diga la gente o lo que piense ni que me siga con la vista y me tenga lástima... Saldré ahora todos los días para convencerme a mí misma que hemos llegado al fin de esa espera e impaciencia estúpida. Para mañana, domingo, usted estará libre, seguramente, teneinos un gran proyecto. Papá me ha prometido que iremos a la caba-Heriza. Hace años que no he estado alli, cuatro o cinco años..., puesto que no quería salir más a la calle. Pero mañana iremos, y usted, desde luego, nos acompañará. Quedará asombrado, Ilona y yo hemos preparado una sorpresa.
¡Ohl... -- se dirigió sonriente a llona --, ¿revelaré ahora mismo el gran secreto?

-Si - contestó Ilona riendo igualmente.
-Pues oiga usted, teniente; papá miería que

cordé que José contaba que la vieja princesa maniácica...; sabe usted, la dueña anterior del castillo, una persona repugnante...; en fin, que esa mujer hacia el viaje al stud en una carroza tirada por cuatro caballos. Ese trasto está aun en la cochería. Para que todo el mundo supiera que pasaba la señora princesa, ella hacía enganchar siempre los cuatro caballos, aun cuando fuera nada más que hasta la estación. En todo el contorno nadie tenia permiso de viajar en esa forma... Ahora, piense usted, que fiesta será viajar una vez como la difunta princesa. Aun existe el viejo cochero...; es verdad, usted no conoce ese ejem-plar, desde que tenemos auto, vive retirado; pero lo hubiera visto usted cuando le dijimos que ibanios a salir en la carroza; vino en seguida, rengueando, y lloró de alegría porque se lo restituía a sus funciones... Ya está todo convenido; saldremos mañana a las ocho..., hay que levantarse niuv tempranito, v usted. claro está, pasará la noche aqui. No se puede negar. Le prepararán un bonito cuarto de huespedes; Piszta ira al cuartel a buscar lo que usted necesite; además, niañana le daremos a

UD., QUE APRECIA LA CALIDAD, SABRA DISTINGUIR



HETESIA

Piszta su uniforme de lacavo, a la usanza de la princesa... ¡No, no; nada de replicas! Usted tendrá que darnos ese gusto...

Siguió hablando de esta suerte, como si le hubieran dado cuerda. La escuche atontado, confumildo todavía por la incomprensible transformación. Su voz habia cambiado radicalmente; la entonación, antes tan nerviosa, ahora era ligera e ininterrumpida. El rostro que yo habia conocido, parecia reemplazado por otro; èl color rojo amarillento, de enferma, de su piel, ahora era un color fresco y sano, de sus gestos había desaparecido todo lo voluble. La que estaba sentada frente a mi era una muchacha ligeramente embriagada, de pupilas refulgentes, con una boca animada y riente. Esa embriaguez sensual me penetró poco a poco, venciendo, como toda embriaguez, mi resistencia interior. Me engañe a mi mismo, diciendome que tal vez aquel recurso era cierto o llegaria a serlo. Acaso no la habia engañado, tal vez sanase de verdad dentro de poco tiempo. Al fin y al cabo no había mentido o, por lo menos, no habia mentido demasiado; era verdad que Condor habia leído algo sobre una curación estupenda, ¿v por qué no había de obtenerse también en esta muchacha ardiente y cuya confianza era conmovedora, en esta criatura sensitiva a la que la simple promesa de su restablecimiento hacía tan feliz y tan animada? ¿Por qué trabar, pues, esa alegría inmensa que le causaba tanto bien, por qué atormentarla con la pusilaninidad, puesto que la

el entusiasmo que él mismo creara con sus palabras vacias prende luego, de reflejo, como una fuerza real, así me penetró cada vez más triunfalmente la confianza que en realidad sólo había surgido de mis exageraciones dietadas por la compasión. Y cuando al cabo de un tiempo apareció el padre, nos encontró a tudos con el humor más despreocupado; parloteando y forjando proyectos como si Edith ya estuviese restablecida y sana. Ella pregunto donde podría aprender nuevamente a montar a caballo, y si los oficiales del regimiento vigilariamos sus ejercicios y la ayudaríamos. Más aun, preguntó si el padre no debia dar ya el dinero que había prometido al cura para renovar el techo de la iglesia. Esa osadía, que anticipaba su restablecimiento como hecho-cunsumado, le causaba una alegría tal y tan espoutánea risa, demostraba tal ingenuidad de corazón, que se acalló en mí la última resistencia, y unicamente cuando me hallé solo en mi aposento, un recuerdo vago empezó a golpear desde dentro contra mi pecho: ¿No es exagerado lo que ella se promete? ¿No debería yo atemperar esa confianza peligeosa? Pero no permití a ese pensamiento que se concretara. ¿Para qué preocuparme por haber dicho dennasiado o poco? Aun cuando había prometido más de lo que debía honradamente, esa pia-dosa mentira de la compasión había hecho feliz a Edith; y causar la felicidad de un ser. jamás puede significar un crimen ni una culpa,

222

La excursión anunciada emprendióse muy de mañana con una pequeña fanfarria de alegria. Lo primero que oí al despertar en mi habitación limpia e iluminada por el sol que penetraba a raudales, fueron voces y risas. Me acerqué a la ventana y vi el enorme carroniato de la princesa, admirado por toda la servidumbre y que, seguramente, había sido sacado de la cochera durante la noche. Era una magnifica pieza de museo, construida cien años atrás, por el carrocero de la corte vienesa, para algun antepasado de la princesa. La caja de la carroza, protegida por un ingenioso sistema de muelles contra los golpes de las macizas uedas, estaba decorada con alegorias antiguas. y escenas de arcadia, al estilo de los tapioes viejos; posiblemente se habian apagado un tanto sus colores otrora vivos. En su interior, el vehículo, tapizado con seda, ocultaba multitud de comodidades refinadas, mesitas plegables, espejitos y frasquitos de perfume. Desde luego, ese enorme juguete de un siglo desaparecido impresionó primero de un modo izreal y carnavalesco, pero ello justamente tuvo el efecto grato de que los sirvientes, se esforzasen, alegres, con un humor festivo, para poner el pesado carromato en la carretera. El maquinista del ingenio de azúcar demostró singular empeño para engrasar las ruedas, golpeo las llantas para probarlas, mientras se enganchaban los cuatro caballos adornados con ramos de flu-res como para un viaje de bodas, lo que ofreció oportunidad a Jonak, el viejo cochero, para impartir órdenes, orgulloso. Ataviado con la descolorida librea principesca y sorprendentemente ágil, pese a su gota, explicó todas sus artes y conocimientos a la servidunibre joyen, que tal vez sabía ir en bicicleta y manejar un auto, pero que era incapaz de guiar acertada-mente un doble tronco de caballos. Fué él también quien, en la noche anterior, habia de-clarado al cocinero que el honor de la casa exigía perentoriamente que, en las cacerías del zorro y en otras escapadas similares, se sirviese, aun en los lugares más apartados, en medio del bosque o de un prado, un almuerzo tan distinguido y abundante, como en el co-medor del castillo. Bajo su égida, el mucamo cargo manteles y servilletas de Daniasco y cubiertos de plata, tudo eso guardado en estuches adornados con el escudo y pertencientes al tesoro de plata que autes había sido de pre-piedad de la princesa. Sólo después le fue

visiones, pollos al spledo, jamones y pasteles, panes recién hornedos y cargamentos enteros de borellas, acomodada cada una en un lecho de paja para soportar sin peligro las vicistria des de las carreceras accidentadas. Como representante del cocinero, participó del viaje un muchacho que debia servir las comidas y al que se señalo aquel jugar en la parte trasería del carriccorte que en otros tiempos ocupaba

el mensajero principesco. Gracias a esas disposiciones minuciosas, los preparativos adquirieron una apariencia alegremente teatral, y como la noticia de la singular excursión se había difundido rápidamente por los alrededores, el espectáculo amable no careció de curiosos. De los pueblos vecinos habian acudido los campesinos con sus típicos trajes multicolores, mientras que del cercano asilo de pobres llegaron las mujeres apergaminadas y los hombrecillos canosos con sus infaltables pipas de barro. Pero sobre todo eran los niños de pies desnudos los que habían venido, de cerca y do lejos y los que, asombrados y encantados, contemplaban los caballos engalanados y al eochero, en cuyas manos sarmentosas y sin embargo fuertes todavía, se concentraban en un nudo misterioso los correajes largos de las riendas. Piszta no los entusiasmó menos. Todos lo conocian hasta entonces solo en su uniforme azul de chofer, mientras que ahora, ataviado con una librea principesca, mantenía en su mano el cuerno argentado de caza, para dar la señal de partida. A ese efecto, era necesario que primero nos desayunásemos, cuando finalmente nos acercamos al vehículo festivo, no pudimos menos que comprobar, divertidos, que ofrecíamos un aspecto mucho menos solemne que la suntuosa carroza y los laczyos brillantes. Kekesfalva dio un espectáculo un tanto cómico cuando subió al coche adornado con emblemas de extraña nobleza, tieso como una cigüeña negra, con su invariable chaquet. Uno hubiese querido ver a las muchachas vestidas al estilo rococó, con el cabello empolvado, con lunares negros en las mejillas, un abanico de plumas en la mano, y a mi mismo posiblemente me hubiera cuadrado mejor el uniforme albo de los tiempos de María Teresa, y nu mi guerrera azul. Cuando por fin nos acomodamos en aquel carromato, Piszta se llevó el cuerno a la boca y un sonido claro se expandió por encima de los adioses y saludos agitados de la servidumbre reunida. El cochero hizo restallar su látigo diestramente en el aire, como un tiro. El primer envión del tremendo vehículo produjo una sacudida fortísima que nos hizo chocar unos contra otros, pero lnego el bravo cochero dirigió los cuatro caballos muy hábilmente a través del portón.

No era en verdad de extrañar que en nuestro recorrido llamáramos mucho la atención y recibiéramos múltiples pruebas de respeto. Hacia varios lustros que no se había visto el carruaje principesco tirado por cuatro caballos, y los campesinos creían adivinar en su reaparición inesperada el aviso de un acontecimiento casi sobrenatural. Cuando en el camino se cruzaba otro vehículo con el nuestro, carros cargados de heno o una calesa campesina, el co-ehero desconocido bajaba rápidamente del pescante y detenia los caballos, quitándose a la vez el sombrero para dejarnos pasar. Dispusimos soberanamente de la carretera, y como en los tiempos feudales, éramos dueños de toda la gierra hermosa y abundante, con sus campos ondulados, hon bres y animales. Es verdad que no fué rápido el viaje, en el pesado vehículo; en cambio nos ofreció la doble oportunidad de observar y comentar risueñamente muchas cosas, y de ello hicimos uso abundante, sobre todo las muchachas. Siempre lo nuevo encanta a la juventud, y todas esas extravagancias, nuestro carromato extraño, el respeto servil de la gente embohada ante nuestro aspecto extemporáneo, asi como un centenar de pequeños ncidentes, levantaban el ánimo de las dos nihas lasta una especie de embriaguez de aire y sol. Edith, principalmente, que desde hacía meses no había salido de la casa, puede decirse nicándola al hermoso día estival.

Nos detuvimos primero en una pequeña aldea donde, a la sazón, las campanas cehadas a vuelo llamaban a misa. Y fué Edith quien, inesperada e intempestivamente, exigió que nos apeáranos todos para asistir a la misa.

Una emoción extraordinaria se apoderó de la honrada gente de campo cuando vió que en su modesta plaza del mercado se detenia una carroza tan descomunal y que el rico Kekes-falva, a quien todos conocían de oidas, se disponia a oir misa con su familia - entre la que, al parecer, nie contaban a mí -, justa-mente en su pequeña iglesia. Salió corriendo el sacristan, como si ese ex Kaffitz fuera el principe Orosvar en persona, y nos comunicó solicitamente que el cura nos esperaría para iniciar el servicio religioso. La gente alineose en dos hileras, con las cabezas respetuosamente inclinadas, y la venció una visible emoción cuando advirtieron la fragilidad de Edith, que hubo de apoyarse en José e Ilona y dejarse conducir por ellos. La gente sencilla se estremece siempre cuando reconoce que la desgracia no tiene empacho en cebarse una que otra vez furiosamente en algún "rico". Se inició un murmullo, y las mujeres aportaron solícitas unas almohadas para que la tullida pudiera sentarse lo más comodamente -desde luego-, en la primera fila, que se había vaciado en un santiamen, se tenfa casi la impresión de que el cura celebraba la misa para nosotros con sin-gular solemnidad. Yo mismo me sentí comnovido por la sencillez encantadora de esa iglesita; el canto claro de las mujeres, el tosco y un poco torpe de los hombres, las voces ingenuas de los niños, me parecian traducir una fe más pura y más inmediata que las muchas ceremonias suntuosas a que estaba acostumbrado los domingos en la catedral de San Esteban o en la iglesia de los Agustinos, en Viena. Pero me distrajo de mi propio recogimien to, contra mi voluntad, una ojeada que eché sobre Edith, mi vecina, observando casi aturdido el fervor ardiente con que oraba. Hasta entonces nunca habia podido sospechar por signo alguno que ella hubiera sido educada o predigruesta en un sentido de beatitud; mas entances observé una suerte de oración que no era, como la de la mayoria, un hábito aprendido; el pálido rostro inclinado como de alguien que marcha contra un huracán, las manos aferradas al reclinatorio, los sentidos externos introvertidos, y repitiendo solo inconscientemente y murmurando las palabras, toda su actitud revelaba la tensión de un ser empeñado en conseguir algo extremo con todas sus fuerzas concentradas. Comprendí en seguida que se dirigia a Dios con una solicitud determinada que quería algo de El. No era difícil adivinar lo que demandaba la inválida.

Cinando, después de concluído el servicio religioso, ayudamos a Edith a subir al coche, ella permaneció largo tiempo ensimismada. No pronunció palabra. Aquella medila hora de lucha fervorous parecia haber agorado y cansado sus sentidos. Nosotros, desde luego, también nos mantuvimos reservados. Fué así un viaje silenciuso y poco a poco adormecedor, hasra que minutos antes de mediodía llegamos a la caballeriza.

Allá, sin embargo, se nos hizo un recibiniento extraordinario. Los mozos de la vecindad - al parecer informados de nuestra llegada habían elegido los caballos más indómitos y vinicron a nuestro encuentro en una fantasía arábiga, al más tendido de los galopes. Esos muchachos tostados por el sol, jubilosos, con la camisa abierta, con anchas bombachas blancas y agitando en las manos sombreros adornades con cintas largas y multicolores, ofrecian un espectáculo bellísimo; como una horda de beduinos se acercaron tempestnosamente, montados en pelo como llevados por el propósito de arremeter contra nosotros. Nuestros caba-llos aguzaron las orejas, y el viejo Jonak tuvo que tirar de las riendas apovando fuertemente los pies, cuando la horda salvaje, a un silbido repentino, formó artísticamente una columna cerrada, que luego nos acompaño, como cor-

Allí, un oficial de caballería como era va encontró muchas cosas dignas de atención. las dos muchachas les fueron presentados usos potrillos, y ellas quedaron encantadas con animalitos, timidamente curiosos, con sus pasangulosas y torpes, y sus bocas que aun no sabían mordisquear bien los trozos de azúcas que les ofrecian. En tanto todos estábamos alegremente ocupados, el avudante cocinero había preparado, al aire libre, bajo la direccion cuidadosa de Jonak, un refrigerio magni a Pronto el vino resultó tan fuerte y bueno que nuestra alegría, hasta entonces atemperada. manifestó cada vez más exaltada. Todos charlábamos más animados, en tono de mejor camaradería, eon más franqueza que nunca, asi como ninguna nubecilla cruzaba el cielo que parecía de seda aznl, tampoco cruzó por an mente, en todas esas horas, el pensamiento ensombrecedor de que siempre había conocido enferma, desesperada, trastrocada, a aquella muchaeha delicada que reía más cordial, mas fuerte y más alegremente que todos, y que aquel señor de edad que revisaba y palmoteaba a los caballos con la pericia de un entendido que bromeaba con todos los mozos y les obsequiaba propinas, era el mismo que dos días atras me había sorprendido de noche con su aspecto sonámbulo, impelido por un temor demente. También tuve dificultad en reconocerme a mi mismo. Mis miembros parecian funcionar particularmente ágiles, como si se hubieran aceitado mis articulaciones, Mientess. después de la comida, Edith fué llevada al dormitorio de la mujer del administrador, monte una serie de caballos para probarlos. Efectue carreras con algunos de aquellos mozos a través de los prados y percibi, al soltar las riendas, como una sensación de libertad, hasta entones ignorada, ¡Quien pudiera quedarse aquí, no subordinado a nadie, libre en los campos libres. libre y alado! Sentí pesar cuando después de haber galopado con la mirada en el horizonte, oi desde lejos el llamado del cuerno de caza

que anunciaba el regreso. El experto Jonak había elegido para el retorno un camino distinto, ya sea para brindarnos una variación, ya sea porque aquella ruta conducia bastante tiempo a través de un fresco bosquecillo. Todo se enlazaba felizmente en ese día, y para terminar, nos aguardaba la mejor de las sorpresas. Pentrando en un insignificante pueblecito, como de veinte casas, el único camino que atravesaba ese villorrio apareció casi totalmente cerrado por una docena de carros con adrales. Era extraño que no hubiera nadie para despejar la ruta, a fin de que pudiera pasar nuestro ventrudo carruaje; parecía que la tierra se hubiese tragado a toda la gente de la vecindad. Pero no tardó en quedar explicado este abandono más que do-minical, pues apenas Jonak hizo silbar con mano diestra su latigo enorme, produciendo un ruido que parecía un pistoletazo, acudieron varias personas y se produjo una confusión divertida, Resulto que el hijo del campesino nris rico de la región celebraba sus bodas con una parienta sobre el otro villorrio. Del extremo opuesto de la calle cerrada, donde se había vaciado un granero para convertirlo en pista de baile, llegó precipitado y encarnado, lleno de solicitud, el padre del novio, un hombre bastante corpulento, para presentarnos sus saludos. Es posible que crevera que el célebre Kekesfalva hubiera hecho enganchar los cuatro caballos expresamente para hacerles, a él y a su hijo, el honor de presenciar la fiesta de sus bodas; también puede ser que su vanidad lo hubiera inducido a aprovechar nuestro paso casual para engrandecer su prestigio local ante los demás. De todos modos, solicitó con muchas reverencias que el señor Kekesfalva y sus acompañantes tuvieran la bondad de tomar una copa de su vino hungaro de cosecha propia la salud de la joven pareja, mientras que-

daba libre el paso. A nuestra vez, estábamos

de un humor demasiado alegre como para ne-

garnos 2 una invitación tan sincera, Edith

fué sacada cuidadosamente, y penetramos a

y admirada, formada por gente respetuosa, has-

ta el rústico salon de baile.

En ese salón, que ya dijimos era un granero, figuraban a la itequierda y a la derecha unos estrados montados con tablones sobre barriles de cervieza vaccios. A la derecha estalan sentados, en torno a una mesa larga, cubierta con manteles de hilo blanco y de abundantes botellas y manjares, con la pareja de novios, los respectivos patentes, así como los dignatarios inevitables, el cura y el oficial de policia. En el estrado opuetos se haliam instalado los musicos, unos gitanos bigotudos y bastante noy un cimibalo. En media del granero agolpábanse los huéspedes, mientras los chieces, que ya no cablan en ese espacio repleto, assistian a la fiesta mirando desde la puerta o dejando colgar sus piernas entre las vigas del techo colgar sus piernas entre las vigas del techo

Álgunos de los parientes menos distinguidos tuvieron que salir del estrado de honor para cedernos su lugar, y cundió la admiración por la llaneza de los grandes señores cuando nos mezclamos sin más ni más entre aquella buena gente. Tambaleante de emoción, el mismo padre del novio fué en busca de un enorme jareón de vino, llenó las copas y gritós:

-: A la salud del distinguido señor!... Pero su grito propagóse como un eco fervo-roso hasta el medio de la carretera. Luego aquel buen hombre trajo a la rastra a su hijo y a la flamante esposa de éste, una muchacha tímida, un poco gruesa, a quien el traje abigarrado y solemne, así como la blanca corona de mirtos, prestaban un aspecto conmovedor, Encarnada de emoción y un poco torpe, doblo la rodilla ante Kekesfalva y besó con respeto la mano de Edith, quien de súbito se emocionó visiblemente. Una ceremonia de bodas siempre confunde a las nucliachas, porque en esc instante se adueña de su alma una solidaridad misteriosa del sexo. Sonrojada, Edith atrajo hacia sí a la humilde muchacha, la abrazó, v obedeciendo a una inspiración repentina, quitóse del dedo un anillo – un fino anillo an-tiguo, no muy costoso – y lo colocó en el dedo de la novia que, a su vez, quedó completamente conmovida por ese regalo mesperado, Miró aturdida a su suegro, como preguntándole si debía aceptar realmente un regalo tan precioso. Apenas aquél consintió con una inclinación orgullosa de la cabeza, la muchacha rompió a llorar de la más pura felicidad. De nuevo nos inundó una ola entusiasta de gratitud; de todas partes se agolpo la gente sencilla v se notaba en sus miradas que les hubiera gustado hacer algo especial para demostrarnos su agradecimiento; pero nadie se atrevió a dirigir siquiera la palabra a tan grandes señores. La vieja campesina tambaleaba, con los ojos llenos de lagrimas, pasando como una ebria del uno al otro, cegada por el honor que se dispensaba a las bodas de su hijo, en tanto que éste miraba, en su cortedad, ya a su novia, ya sus pesadas y lustrosas botas.

En ese momento, Kekesfalva hizo lo más prudente para poner coto a tantas muestras de respeto que va empezaban a molestarnos. Apreto las manos del novio y de su padre, así como de algunos dignatarios, y les rogo que no se interrumpiese la hermosa fiesta por nuestra culpa. Pidió que la gente joven siguiese bailando a su gusto, ya que no nos podian dar mayor alegría que continuando su diversión sin miramientos. Al mismo tiempo hizo una señal al primer violinista, quien, con su instrumento bajo el brazo, esperaba al pie del estrado deshaciéndose en reverencias intermi-nables, le arrojó un billete de banco y le significò que reiniciara la música. Aquel hillete debió haber sido bastante cuantioso, pues el gitano enderezóse como tocado por una corriente eléctrica, se precipió sobre el estrado, hizo nn guiño a los músicos y al instante los cuatro mozos tocaron como sólo saben hacerlo los húngaros y los gitanos. Al momento se formaron las parejas y se reinició el haile, más animado y alegre que antes, pues todos, muchachos y muchachas, sentian inconscientemenlos hingaros auténticos. Al cabo de un minuto, el recinto, que acabab de estar sumitión en un silencio respetuoso, se había tensformade en un ardiente trobellino de cuerpos que se balanceaban, salraban y zapateaban. A cada compós entrechecaban los vasus, sobre las mesas, a efectos del impernoso entusiasmo de la juventud enardecida.

Edith miraba con ojos refulgentes esa batahola. De repente senti su mano sobre mi brazo.

–Usted también tiene que bailar –me dijo.
Afortunadamente, la novia no habia sido
arrastrada aún al torbellino y seguía contemplando embebida el anille ne su dedo. Cuando
me incliné delame de ella, el honor impropio
la luizo sonrojar primero, pero terminó por
dejarse llevar gustosa. Nuestro ejemplo infundio valor al novio. Ese, fuertemente pellircado por su padre, invitó a llona, y entonices,
el cimbalista arremetió más furiosamente todavía contra su instrumento, y el primer violin
se contorsionó conto un diablo negro y bigo-

COLCHONES DE CAUCHO



Con carbón, cal y sal se ha conseguido obtener un coucho sintérico que se denomina neoprene. Y con él se están fobricando actualmente colchones y alfombros, que resulton muy higiénicos, pues se pueden lavar coton un conseguido y se secon immediatamente al sol.

tudo; no creo que antes o después se haya bailado en aquel pueblo ran alegremente como en ese día de bodas.

Pero aun el cuerno de la abundancia de las sorpresis no se había vaciado del todo. Sugestionada por el regalo generoso que recibiera la novia, una de aquellas viejas gitanas, que nunca faltan en tales fiestas, habiase abierto camino hasta el estrado y trató de convencer a Edith de que se dejara decir la buenoventura por las lineas de la mano. La muchacha se mostro visiblemente molesta. Curiosa por una parte, se avergoazó por la otra de ceder a tal charlataneria en presencia de tantos espectadores. Salvé la situación sacando al señor von del estrado a fin de que nadie pudiera ofr palabra de aquellas profecías misteriosas, y los curiosos no tuvieron mis remedio que mirar desde lejos, sonrientes, cómo la vieja arrodillada delante de Edith tomaba sus manos con gran misterio para estudiarlas. Todo el mundo conoce en Hungría los eternos recursos de estas mujeres que a todos predicen lo más grato para aprovecharse luego, por adelantado, de su buena nueva. Ante mi sorpresa a Edith parecía emocionar de extraño modo todo cuanto aquella mujer encorvada le susurraba al

aquel temblor de las ventanillas de su nariz que siempre acompañaba su excitación. La escuebá inclinadose cada vez más y mirando de vez en cuando, temerosa, a su alrededor, para asegurarse de que nadie la ois; luego llamó con un gesto a su padre, le susurró unsorden, y el, condescendiente como siempre, sacó su carrera y entregó a la gitana varios billetes. El importe debe haber sido grande, de acuerdo a los conceptos aldeanos, pues aques la mujer afanosa dejóse car al suelo y besó el borde de la falda de Edith, como ma endemoniada, pasando sus manos agradamente, con conjuros incomprensibles, sobre las pieras tulladas. Luego se levanto de golpe y saño corriendo como si temiera que alguien pridicia arrebatarle su fortuna.

-Vamonos ahora - propuse en voz baja a Kekesfalva, pues observé que Edith había pa-

lidecido.

Fui en busca de Pistas, éste e llona sostieres vicion y avudaron a llegar a la muchaclia, que tambaleaba sobre sus muleras, hasta el coche. De immediato se interrumpió la música, y toda esa buena gente empeñise en acompañarnos hasta fuera con gestos y grifos. Los músicos rodagaron el carrunje para tocar una última páscas toda el pueblo gretaba y deliraba; "Vivia, viva, vival" y el hineno de Juniak tuvo mucho trabajo para donunar a los cabatuvo mucho estaban acostumbrados a senejan-lus, que no estaban acostumbrados a senejan-

te griteria y bullicio guerrero.
Yo iba un poco precupado por Edith, que estaba sentada en el coche frente a mi. Seguià tenillando todos su cuerpo; parecia embargada por una emoción violenta. De repente estallo modificamento de producero de felicadat. Reía mientras lloraba y lloraba mientras refa. Rududablemente la girana le había predicto por pronto; restablecimiento y tal vez algo mís. —Décienne, décienne — se defendia mervinsa la sollozante muchacha. Parecía encontrat un placer nuevo y extraño en essa sucudidas — Dejenne, déjenne — repetia — Ya sé que esa veja es una mentrosa. Ya lo se. Pero pope do ser tonta una vez? ¿Por que no ser tonta una vez? ¿Por que no ser tonta una vez? ¿Por que no ser felir con el engaño.

Ya era muy tarde cuando volvimos a cruzar el portón del eastillo. Todos me instigroro para que me guedase a cenar. Pero no quise. Tarea la que me guedase a cenar. Pero no quise. Tarea la provecheda en la sedo perfectamente felix durante todo sed do podia distributivo de conserva de la properación de la complexión de conserva de la complexión de la complexión de la conserva la complexión de la c

Cuando por fin llegué al cuarrel, halé ante la puera de im jezza al ordeannza que un esperaba. Observé por primera vez trado era sensaciones nuesas para me, en cie del su cara redonda, fiel y san. Quise abrela ma alegita y pense regularle algue dibiero pura econvidara a su muchacha con unos vasva de cerveza. Boa a darle acroitos para ese di y toda la sensana siguiente. Ya me habia fievado la mano al hosbillo para sexar una mencal, con las manos en la cossora del pantalón.

—Ha llegado telegrana para usted. ¿Un telegrana? Me senti en seguida hasómodo, ¿Quisa, podía querer algo de mi se este mundo? Sólo una cosa adversa podía buscarma con tal premura. Me acerque fapidamente a la mesa donde estaba el inesperado prael cuadrado y doblado. Abri el sobre con delos impacientes. No era más que una veimena de palabras que informaban con corratne claribal: hablarle antes urgencia. Espérole cinco horas "Fonda Tirolesa". - Condor",

Sospeché de innediato que Condor venía para exigirme una rendición de cuentas Ahora se trataba de pagar el precio de un exceso propie y otro ajeno

223

Con la nuntualidad de la impaciencia, y por consiguiente con un cuarto de hora de anticipación, penetré en aquella fonda, y exacta-mente a la hora convenida llegó Condor desde la estación, en un coche. Vino a mi encuentro sin formulismo alguno.

-Celebro que haya sido puntual. Ya sabía que podía confiar en usted. Lo mejor será arrinconarnos en seguida allá. El tema de nues-

tra conversación no admite testigos.

Crei notar un cambio en su modalidad displicente. Agitado y dominándose a la vez, encaminose hacia una mesa y ordeno casi groscramente a la camarera comedida:

En litro de vino. El mismo de anteayer. Y lucgo, déjenos solos. Y2 la llamaré. Tomamos asiento. Y aun antes de que la

camarera terminara de servir el vino, el ya

empezó diciendo:

No perdamos palabras; tengo prisa; aquella gente podría sospechar e imaginarse que esta-mos conspirando aquí. Bastante trabajo me costó deshacerme del chofer, que quería llevarme inmediatamente, a toda costa. Pero vamos in medias res, para que usted sepa en que estamos. He aqui, pues, que anteayer recibi un telegrama. "Ruegole, estimado amigo, que venga pronto. Esperámosle todos impacientisimos. Lleno de confianza y agradecido. au Kekesfalva". No ne gustaron esos terminos "pronto" e "impacientisimos". ¿A qué de repente tanta impaciencia? Sólo hace dos diaque revisé a Edith. Y luego, ¿a qué esa segurielad telegráfica de su confianza v de su gra-titud especial? No tome la cosa demasiado a pecho y archive el telegrama; al fin y al cabo, el vicjo se permite más de una vez semejantes raptos. Pero aver, por la mañana, sí que tuve un susto. Pues ¿no me llega una carta kilométrica de Edith, un expreso, completamente loco y extático, en el que nie decia que sabia desde un principio que vo era la única persona del mundo que iba a salvarla y que se sentía in-capaz de expresarme la felicidad que la entbargaba porque finalmente habíamos llegado a ese punto? Me escribia, recalcaba, solo para asegurarme que podía confiar absolutamente en ella, que cargaria con cuanto le ordenase, por más difícil que fuera, pero que comenzara inmediatamente con el nuevo tritamiento, que ella ardía de impaciencia. Y otra vez: que exigiera de ella lo que fuese, pero que empezara cuanto antes. Y así por el estilo. Esa mención del tratamiento nuevo me orientó. Comprendi en seguida que alguien debia haber charlado con el viejo o con la hija sobre la cura del profesor Viennot; estas cosas no se sacan del aire. Y este alguien, desde luego, no puede haber sido nadie más que usted.

Debí haber hecho involuntariamente un movimiento, pues él en seguida me atajó:

Le ruego que no discutamos ese punto, No he hablado con nadie más, ni he hecho la menor mención a nadie de aquel método del profesor Viennot. Sobre su conciencia pesa, única v exclusivamente, si alla en el castillo creen que dentro de unos meses todo desaparecerá como barrido por una escoba. Pero va le digo, ahorrémonos todas las recriminaciones: los dos hemos charlado, yo con usted y usted muy abundantemente con los demás. Habría sido mi deber ser más previsor frente a usted. Al fin y al cabo, la atención de los enfermos no es su oficio, v ¿de dónde había de constarle a usted que los enfermos y sus parientes usan un vocabulario distinto al de la gente normal y que para ellos cada "tal vez" se transforma de inmediato en un "seguro", de manera que hay que infiltrarles la esperanza en gotas cuidadosamente destiladas para que el optimismo les suba a la cabeza tornandolos rabiosos?

A este punto hemos llegado ahora: ¡lo pasado, pasado! Ponganios punto final a la cues-tión de la responsabilidad. No le he rogado que venga aqui para perorar con usted. Solo me creo obligado, después de haberle mezclado en mis asuntos, a informarle sobre la verdadera situación. Por eso lo invité.

Condor levantó por primera vez la frente y me miró francamente. Pero no habia severidad en su mirada. Al contrario, tuve la impresión que nie compadecía. Su voz se apaciguó:

Yo sé, mi querido teniente, que le afectará penosamente cuanto he de comunicarle ahora. Pero, repito: no es éste el momento para sentimentalismos. Yo le conté que, a raiz de aquel informe publicado por la revista médica, escribí de inmediato al profesor Viennot, solicitando detalles. Creo que no dije nada más que eso. Pues bien, aver en la mañana llegó su respuesta, justamente con el mismo correo que me trajo la carta desbordante de Edith. A primera vista, su informe parece positivo. Viennut obtuvo, efectivamente, buenos éxitos en aquel paciente y en algunos más. Pero por desgracia, y éste es el punto doloroso, su método no puede aplicarse en nuestro caso. Sus curaciones se refieren a la descomposición de la medula espinal de base tuberculosa, donde - le ahorraré los detalles profesionales - un cambio de la presión puede restablecer el funcionamiento completo de los nervios motores. En nuestro caso, en el que aparece atacado el sistema nervioso central, no son practicables los procedi-mientos del profesor Viennot, el permanecer acostado, inmovilizado por un corset, con simultânea radiación solar, así como su método especial de gimnasia. Su sistema, por desgracia, resulta completamente ineficaz para Edith. Exigir a la pobre muchacha todos esos esfuerzos complicados, significaria seguramente martirizarla en balde. Bien; esto es lo que crei de mi deber comunicarle. Ahora usted sabe cual es la situación y de qué manera tan despreocupada trastornó a esa pobre muchacha con la esperanza de que dentro de unos pocos meses podría volver a bailar v saltar. De mi boca jamás habria escuchado una afirmación tan estúpida. Es justo que todos se atendrán ahora a usted, quien, tan precipitadamente, les promerió no solo el roo v el moro, sino que también la luna y las estrellas. Al fin y al cabo, usted y nadie más que usted, es quien ha hecho ese desbarajuste.

Sentí que se me entumecían los dedos. Todo esto lo había presentido inconscientemente desde el instante en que vi aquel telegrania sobre mesa. Sin embargo, tave la sensación de recibir un golpe con una maza en la cabeza, cuando Condor me explicó la situación tan escueta y positivamente. Senti una necesidad instintiva de defenderme v atiné a decir:

-¿Pero cómo?... Yo sólo quise lo mejor... Si le dije algo a Kekesfalva.

-Ya sé, va sé - me interrumpió Condor -Es natural que el se lo haya sacado a la fuerza, es realmente capaz de dejarle a uno indefenso con su insistencia desesperada. Ya sé que usted sólo tuvo esa debilidad por compasión, por el motivo más noble y humano. Pero creo que ya le advertí una vez: la compasión es un arma de doble filo; el que no sabe manejarla, que no la toque con la mano, y menos con el corazón. Sólo al principio la compasión..., igual que la morfina..., resulta beneficiosa para el enfermo, un remedio, un recurso; pero cuando no se sabe dosificarla y suprimirla a tiempo, se convierte en veneno mortal, Las primeras invecciones causan un bien, calman, apaciguan el dolor, pero por fatalidad, el organismo, tanto el cuerpo como el alma, están dotados de una fuerza de adaptación tremenda. Así como los nervios exigen cada vez más morfina, así el sentimiento exige cada vez más compasión, y al final reclama más de lo que es posible dar. llega indefectiblemente el-momento, acá y alli, en que hay que decir que "no" y en que se debe fijar uno en el hecho de que el enfermo lo odia por esa última negativa como si jamás se le hubiera ayudado v tal vez más aun. Si, mi teniente; hay que poner freno a

la compasión, de lo contrario causa más de que toda la indiferencia... Eso lo sabenios médicos, y lo saben los jueces y los algua-y los prestamistas...; si todos ellos sólo dera rienda suelta a su compasión, se paralizanuestro mundo. Es cosa muy peligrosa ta com pasión, muy peligrosa. Ya ve usted a que la conducido su debilidad en este caso.

Si, pero..., pero es que uno no puede abandonar a un hombre en su desesperación... fin y al cabo, nada significaba el que yo tra-

-Ya lo creo que significaba algo... Es was gran responsabilidad, una responsabilidad pelgrosa con la que uno carga cuando se bura de otro con su compasión. Un hombre hec derecho, antes de intervenir en un asunto. debe reflexionar hasta qué punto está dispuesta a proseguir. No es cuestión de jugar con los sentimientos ajenos. Admito que usted enganto a esa gente por los motivos más honrados v rectos, pero en nuestro mundo no importa que se proceda con dureza y timidez, sino que cuenta unicamente lo que se consigue o se desbarajusta al final. Compasión; muy bien, pero existen dos clases de compasión. Una coharde y sentimental que, en verdad, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo an-tes posible de la enoción molesta que causa la desgracia ajena, aquella compasión que no es compasión verdadera, sino una forma instintiva de ahuventar del alma propia la pena extraña. La otra, la única que insporta, es compasión no sentimental pero productiva, la que sabe lo que quiere y está dispuesta a compartir un sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas y sún más allá de ese límite. Sólo se puede ayudar a los hombres cuando se va hasta el final, hasta el término extremo y antargo, y cuando se posee la gran paciencia. Sólo cuando uno se sacrifica a si mismo, puede ayudar, sólo entonces.

En su voz vibraba un tono amargo. Sin quereg recordé lo que Kekesfalva me había contado acerca del matrimonio de Condor con una mujer ciega, a la que no lograra curar, casa como un castigo, y esa ciega, en vez de quedarle agradecida, aun lo atormentaba. Pers ya el había colocado su mano, cálida y casa

tiernamente, sobre mi brazo,

No vaya a creer que estoy enojado. Su sentimiento lo ha vendido; eso le puede pasar cualquiera. Pero al grano, ahora; comprenderá usted que yo no lo he citado aqui para parlotear sobre psicología. Tenemos que hablar sobre el aspecto práctico del caso. Desde luego, es necesario que procedamos de acuerdo. No puede ser que usted desbarate por segunda vez mis planes. Escuche, pnes. Después de la carta de Edith, debo suponer, por desgracia. que nuestros amigos ya se han entregado por completo a la ilusión de que, mediante aquel procedimiento inaplicable, se podrá hacer desapatecer como con una esponja toda esa enfermedad complicada. Aun cuando esa locura ya so ha asentado con bastante profundidad, tenemos que extirparla de inmediato; cuanto antes lo hagamos, tanto mejor para todos nosotros. Ellos, claro está, sufrirán un choque violento: la verdad siempre es una medicina amarga, pero es necesario impedir que esa ilusión prospere. Deje eso por mi cuenta, ya procederé en la forma más cautelosa. Ahora hablemos de usted. Lo más cómodo para mi sería, por cierto, descargar toda la culpa sobre usted decir que usted me ha interpretado mal, que ha exagerado o soñado. Sin embargo, no haré tal cosa, sino que prefetiré cargar con todo. Pero ya le digo, no puedo excluirlo to-talmente de ese juego. Usted conoce al viejo y su perseverancia terrible. Aunque le explicara el asunto cien veces y le enseñara la carta, insistiría: "Pero si usted le prometió al señor tenienté... Pero si el teniente dijo... se referirà en forma incansable a usted, para convencerse y convencerme a mi de que, a pesar de todo, existe alguna esperanza. Si usted no me sirve de testigo, no podré acabar con él. No se pueden bajar las ilusiones de golpe, como el mercurio del termómetro. Si una vez se ba alentado un mínimo de esperanza en uno de esos enfernos que con tante crueldad a el lama incurables, éste convierte una pajita en viga y la viga en toda una casa. Pero estos castillos en el aire son sumamente perniciosos para los enfermos, y como medico, estoy en el deber de derribar ese castillo sin pérdida de tiempo, antes de que en el se aniden las esperanzas exaltadas. Por eso hace falta que procedamos con energía y sin pérdida de tiempo, con energía y sin pérdida de tiempo.

Condor se detuvo. Al parecer, esperaba mi aseminiento. Pero no me arrevi a buscar su miriada; en mi imaginación se perseguian, azurados por fuerres latidos del corazón, los cuadros del día anterior. Recorde cómo arravesamos, alegres, el paísaje estival y cómo la cara de la niña irradiaba luz y felicidad. Cómo acariciaba los potrillos, cómo estaba sentada igual que una reina en la fiesta, y cómo el viejo derramaba lágrimas, con la boca riente y convulsivamente contraida. Destruir todo esto de un solo golpe! (Retransformar a la que se había atransformado! Y arrojar de nuevo a los infiermos de la impaciencia a la que tan magnificamente se había libertado. No; yo sabía que nunca me prestaría a sensejante crueldad. Por eso manifeste, apocado:

-¿Y no podría?... - pero me detuve de nuevo bajo su mirada escrutadora.

-¿Qué? - preguntó el médico, secamente. -Queria decir, si... si no sería preferible esperar con esa noticia... siquiera unos días. Porque... porque... ayer tuve la impresión de que ella estaba ya por completo predispuesta para esta cura.... quiero decir, interiormente preparada..., y ahora tendría, como usted decía aquella noche, las fuerzas psiquicas... Se me antoja que ahora estaría en disposición para exigirse mucho más... si por un tiempo se la dejara con la confianza que este nuevo procedimiento, del que espera todo, la curaría definitivamente. Usted... usted no ha visto...; usted no puede imaginarse el efecto que le causó el simple anuncio... Yo tenía la impresión de que ella hasta se movía con mucha más facilidad... y digo, no convendría dejar surtir efecto?... Claro que... - baje la voz porque noté que Condor me miraba sorprendido -. Claro stá, yo no entiendo nada de eso...

Condor siguió mirándome. Luego rezongó;
-¡Vean, vean! ¡Saulo entre los profetas!
Usted parece haberse empapado extraordinariamente de este asunto; hasta recuerda aquello de las "fuerzas psíquicas". Y además, sus observaciones clínicas..., sin saberlo, resulta que, chia a la callando, he dado con un auxiliar y consejero. Además -se rascó la cabeza pensativamente, con mano nerviosa -, lo que está diciendo no es del todo insensato, perdone; quiero decir, desde luego, insensato desde el punto de vista médico, ¡Qué cosa más rara! Cuando recibí la carta exaltada de Edith, vo mismo me pregunté por un instante si no debía aprovechar ese estado de ánimo apasionado, después de que usted habló y le hizo creer que su restablecimiento se aproximaba con botas de siete leguas... No está mal pensado, señor colega. Sería facilismo poner en escena este asunto: yo la mando al Engadina, donde tengo un médico amigo, la dejamos en la creencia bienaventurada de que aquélla es la cura nue-va, mientras en realidad sólo es la vieja. De primera intención, el efecto sería seguramente magnifico, y recibiríanios montones de cartas entusiastas y agradecidas. La ilusión, el cambio de aire y de lugar, el mayor despliegue de energias, todo esto contribuiria tanto al éxito del tratamiento como al de la mentira. Y, finalmente, quince dias en el Engadina también le harían mucho bien a usted y a mi. Pero, mi querido teniente, como médico no sólo debo pensar en el principio, sino también en la prosecución y, sobre todo, en el fin. Debo incluir en mi especulación la recaída que se produciria inevitable; si, inevitablemente, dadas esas esperanzas locamente exageradas. Aun como médico, sov ajedrecista, dedicado a nu juego de paciencia y no a un juego de azar, al que no me puedo entregar, sobre todo cuando es que ha de parer la anni



CUERDAS PARA RELOJES

Uno de los puntos dibiles en el funcionamiento de los alojes lo cons. Introduce de la cuerda. Su stanta fra cuente que este accerdante fra quiebre de pronto y nos deja sin se la hora en que vivines. Para subsonor este inconveniente se está utilizanda para cuerdos de reloj una nueva aleación de acero, que contiene 42% de criona, 2,5 % de titano y 0,5 de aluminio, que da excelentes resultados que da excelente resultados que da excelente resultados que da excelentes resultados que da excelente resultados que da excelentes resultados que da excelente que de excelente que de excelente que de excelente que que en excelente que que excelente que e

-Pero, pero usted mismo opina que se podria obtener una mejoria sensible.

-Ciertamente; a la primera arremetida, adelantaríamos un buen trecho. Las mujeres reaccionan siempre sorprendentemente a los sentimientos y las ilusiones; pero imaginese usted mismo la situación dentro de unos nieses, cuando se han agotado las llantadas fuerzas psíquicas de que hablamos, cuando se ha consumido la voluntad enardecida, desbaratado la pasión cuando, al cabo de semanas y más semanas de la tensión más encryante, no se produce el restablecimiento, el restablecimiento total con que ahora ella cuenta como cosa cierta. Imaginese usted el efecto catastrófico de todo esto sobre una criatura sensible y consumida por la impaciencia. No se trata en nuestro caso de una mejoria pequeña, sino de algo fundamental, del cambio de un método lento y seguro de la paciencia por otro atrevido y peligroso de la impaciencia. Como podrá tenerme confianza, a mí o a otro médico, a una persona cualquiera, cuando comprenda que ha sido deliberadamente engañada? Es preferible, pues, la verdad, por cruel que parezea. En la medicina, el bisturi representa a veces el método más snave. No alarguemos nada. No podría responder a conciencia por semejante falacia. Reflexione usted misuro. Tendría usted valor, si estuviera en mi lugar?

—Sí — contexé con resolución, pero va en el próximo instante me aterró es palabra precipitada — Es decir. — agregue caureloso —, confesaria todo lo sucedido sólo después de haberse conseguido siquiera una pequeña mejoría... Perdone, doctor, sé que esto suca un poco a perulancia... pero en este último tiempo usted no ha podido observar como vo cuán urgentemente esta geire necesira algo para poder seguir adelante, y... ciertamente, hay que decirie la verdad...; pero sólo cuando esté en condiciones de soportarla; no ahora, doctor... Le suplico que no sea ahora..., que decorri. Le suplico que no sea ahora..., que

no sea en seguida.

Vacilé. Me confundió su inquisitiva mírada. —Pero, ccuándo, entones? — reflexionó —. Y sobre todo, ¿quién debe decirseló? Alguna vez esa explicación será perentoria, y temo que entonces el desengaño será cien veces más cruel y peligroso. ¿Cargaria usted, acaso, con semejante responsabilidad?

—Si — dije con firmeza (creo que sólo el temor de tener que acompañario en seguida al castillo me infundió esa decisión repenira) — Me responsabilizo completamente. Sé con seguridad que sería una gran avuda para ella si, por ahora, se le deja esa esperanza que ha cifrado en su curación completa y definitiva. Cuando sea preciso hacerle ver que hemos..., que yo he prometido demasiado, yo lo veconoceré honzadamente, y me comprenderán.

es que contagia a todos su confianza: primeroa ellos, y ahora, temo que, poco a poco, tambien a mí. Si usted realmente se encarga de restablecer el equilibrio de Edith, si llegara a producirse una crisis..., entonces el asunto tomaría otro cariz...; entonces podría esperarse, en efecto, unos cuantos días hasta que se asienten mejor sus nervios. Pero esta clave de compromisos, señor teniente, no admiten retirada. Es mi deber advertirle antes, severamente. Los médicos estamos obligados a llamar la atención de los interesados sobre todos los peligros posibles, antes de proceder a una operación; y prometer a una niña inválida desde hace mucho tiempo, que dentro de poco quedará completamente restablecida, significa una intervención de mucha mayor responsabilidad que una operación con el histuri. Reflexione bien sobre el compromiso que contrae; se necesita una fuerza inconniensurable para devolver la fe a una persona a la que se ha engañado. una vez. No me agradan los equívocos. Antes de que desista de un propósito primitivo de desengañar a los Kekesfalva de inmediato y con toda sinceridad, explicandoles que aquel método no tiene aplicación en nuestro caso, y que tendremos que exigir mucha paciencia todavia de ellos, yo debo saber si puedo confiar en usted, ¿Puedo contar con que no me fallara en el mamento oportuno?

-Absolutamente, -Bien. - Condor aparto con brusquedad la copa. Ninguno de los dos habiamos probado una gota -. Mejor dicho: esperemos que todo termine bien, pues yo no me siento muy comodo al pensar en esa postergación. Le diré ahora hasta donde llegare. No me apartiné un solo paso de la verdad. Recomendare una cura en el Engadina, pero explicaré que el metudo Viennot está lejos todavía de ser probado, v destacaré claramente que nadie debe esperar un milagro. Si a pesar de esto se envuelven en la neblina de esperanzas insensatas por confiar en usted, entonces será cuestión suya... ya tengo su promesa..., digo que será cuestión suva la de aclarar este asunto en su oportunidad. Es posible que sea un atrevimiento si confio mas en usted que en mi conciencia de medeio; bien, eso corre por mi cuenta. En última instancia, anibos tenemos las mismas bucnas intenciones para con esa pobre criatura.

Condor se levantó.

-Repito que cuento con usted si llegara a producirse cualquier crisis como resultado del desengaño, ojals su impaciencia consiga más que mi paciencia. Concedamos, pues, a la pobre criatura unas semanas de esperanza. Y si en tanto obtenemos realmente un progreso, entonate con conserva suste a superior su progreso, entonate obtenemos realmente un progreso, entonate con será susted quien la ha supudado, y no vo.

Bien. Es hora de que me vava. Me esperan. Salimos del local. El coche aguardaba en la puerta. En el último instante, cuando Condor va había subido, estuve tentado de volverlo a llos. Ya estaba en marcha el coche, y con él, lo irrevocable.

Tres horas después hallé sobre mi mesa, en el cuartel, un billetito, escrito apresuradamente y entregado por el chofer: "Venga mañana todo lo más pronto que pueda. Hay muchisimo que contra. Acaba de estar aquí el doctor Condor y nos ausentamos dentro de diez dias. Me signo terriblement feliz. — Edibb".

2 2 2

Es notable que hubiera sido precisamente aquella noche cuándo tomé en mis manos ese libro. En general, soy poco afecto a la ketura, y en el estante de mi habitación no habia más que los seis o siete tomos sobre temas militares, como el reglamento de servicio y el esquematismo militar, que son para nosotros el alfa y onnega, aparte de más o menos dos docenas de clásicos que desde los tiempos del colegio militar llevaba a cada guarnición, sin hojearlos nunca, tal vez sólo para prestar a las habitaciones extrañas y frías en que estaba obligado a morar, un sello, una sombra de propiedad privada. Figuraban también unos cuantos cuadernos mal impresos y peor encuadernados, abiertos sólo a medias, y que me habían llegado de modo misterioso. Es el caso que a veces aparecia en nuestro café un pequeño corredor jorobado, con ojos llorones, singulamente melancolicos, que ofrecia con una tenacidad irresistible papel de cartas, lapices y cuadernos baratos de pésima calidad y preferentemente lecturas para las que él sospechaba un interes especial en los círculos de caballería: Literatura llamada galante, tal como Los aventuras de Casanova, el Decamerón, Memorias de una cansante o Historias divertidas de guarnición. Por compasión - siempre por compasión! quizas también para defenderme contra su insistencia melancólica, le había comprado en diferentes ocasiones tres o cuatro de esus cuaelernillos pringosos y mal impresos, dejándolos luego abandonados en el estante.

los nervios alterados, incapaz de dormir, pero incapaz también de pensar razonablemente, busqué alguna lectura que me distrajera y can sara. Esperando que esos relatos abigarrados e ingenuos de que tenía un vago recuerdo desde los días de mi infancia pudieran ejercer un efecto narcótico, tomé el libro Las mil y una noches. Me acosté y empecé a leer en ese estado de semisumnolencia en que uno se siente demasiado perezoso para doblar las hojas y per pura comodidad prefiere saltar unas páginas que no esten corradas. Lei el cuento inicial de Scheherezade v el rev, con atención apagada, pero luego proseguí más y más. De pronto me subresalté. Ifabía dado con el extraño cuento de aquel joven que veía tendido en el camino a un anciano tullido, y esa palabra "tullido" me hizo incorporarnie como un dolor agudo, Una repentina asociación de ideas tucó un nervia como un ravo ardiente. En aquel cuento, el anciano paralizado llama desesperadamente a ese joven, le dice que no puede caminar y le pregunta si no lo querría cargar sobre sus bombros y transportarlo un trecho. Y el joven sente compasión - ¿compasión? - ¡Oh! necio, (por que te compadeciste?, pensé - se inclina caritativo y sube al viejo sobre sus hombros,

Pero aquella tarde, cansado y a la vez con

Pero ese anciano, en apariencia desamparado, es Djinn, un espiritu malo, un encantador bribón, y apenas está sentado en los hombros del oven, aprieta de repente con sus muslos desnudos y peludos fuertemente la garganta de su benefactor, que ya no logra sacudirselo de encima. Convierte al solicito muchacho, desconsideradamente, en cabalgadura, y sin lástima ni compasión castiga al compasivo haciendolo marchar sin tregua. El desdichado tiene que transportarlo adonde aquél exige, y carece en adelante de voluntad propia. Ha sido transformado en janielgo, en esclavo del miserable Djinn, v aun cuando se doblan sus rodillas v se resecan sus labios, la víctima de su compasión tiene que seguir trotando y trotando y cargar sobre sus espaldas a ese hombre malo, perverso y astuto, como a su sino.

Me detuve. El corazón me golpcó como deseoso de salirseme del pecho, pues mientras lcía, vi de repente a aquel anciano extraño y taimado en una visión insoportable, tendido primero en el suelo, alzando los ojos cuajados de lágrimas para solicitar la ayuda del compasivo muchacho, y luego lo vi montado sobre sus hombros. Tenia el pelo canoso, partido por una rava en el medio, ese Diinn, y llevaba gafas de oro. Con toda la rapidez del rayo con que de ordinario sólo los sueños saben mezelar cuadros y rostros, atribuí al anciano del cuento, astintivamente, el rostro de Kekesfalva, y yo mismo me había transformado en aquella cabalgadura desdichada que él castigaba y azuzaba; más aún, senti físicamente la presión en le cuello, al punto que se me corro la respi-ración. El libro se me cayo de las manos. Quedé tendido, frío como el hielo, y oi mi corazón gulpear contra las costillas como contra una dura madera; y aun mientras dormia, aquel jinete rabioso seguia corriendo, no sé adonde. Cuando, por la mañana, me desperté con el cabello húmedo, estaba cansado y agotado como después de una caminata infinita.

De nada servia que pasase la mañana con mis camaradas y cumpliera reglamentariamente, atento v despabilado, con mi obligación; apenas inicie, por la tarde, el camino inevitable al castillo, volvi a sentir sobre mis hombros aquella carga fantasmagórica, porque mi conciencia atribulada sabía que la responsabilidad que entonces comenzaba para mi era completamente nueva e inconnensurable. Aquella noche, sobre el banco, en el parque oscuro, cuando le hable al viejo de un probable restablecimiento próximo de su hija, mi exageración no fué más que un modo compasivo de no decir la verdad, algo en que no intervenía mi voluntad, y aun contrariandola, mas no fue un engaño consciente, una mentira grosera. Pero en adelante, sabedor que no era de esperar un restablecimiento rapido, debía fingir fria, tenaz, calculadora y sustenidamente; debia mentir con cara impenetrable, en un tono de convicción, tal como un criminal empedernido reflexiona con semanas y nreses de anticipación, refinadamente, sobre cada detalle de su fechoria y de su defensa. Comprendi por primera vez que los mayores males en este mundo no son causados por lo perverso y lo brutal, sino casi siempre por la debilidad,

Junto a los Kekesfalva, todo sucedió exactamente según había temido; apenas pise la terraza de la torre, fui saludado con entusiasmo, Hahia llevado a propósito unas enamas flores, para desviar la primera mirada de mi persona, Pero después de un brusco "Por el amor de Dios, spor qué me trae usted flores? Yo no soy una prima donna", tuve que sentarme junto a la impaciente, y ésta empezó a hablar y no se detuvo más. Con cierto tono de alucinación en la voz. hablo sin cansarse. El doctor Condor - "Oh, este humbre único, magnifico" la habia reanimado. Dentro de diez días se ausentarian a un sanatorio de Suiza, a Engadina-Por qué tardar un día más, ahora que se iba a proceder con energia? Repitio que siempre sospechaba que hasta entonces se la había tratado equivocadamente y que con esos aparatos eléctricos y con esos masajes no se iba a ninguna parte. Que ya era hora, ;por Dios!; que por dos veces — cosa que no me había con-fesado nunca — había tratado ya de poner fin a su vida, y las dos veces en vano. Que nadie podía vivir a la larga en esa forma, sin estar siquiera una hora sola, dependiendo de otros para cada movimiento y cada paso, continuamente espiada y vigilada y, además, oprimida por la sensación de constituir para los demás una carga, una pesadilla, algo insoportable. Si; era hora, la última, y yo mismo veria cuán rapidamente progresaría su curación, al orientarla ahora con acierto. De que servian todas esas pequeñas mejorias tontas que no mejoran nada? Habia que curarse totalmente, como un ser humano, de lo contrario no se sanaba. ¡Ah, el mero presentimiento, qué hermoso, que maravilla!

Y asi seguia y seguia, un torrente arremoli-

nado, chispeante, de extasis. Me sentí como or médico que oye las fantasias afiebradas de usa alucinada, y que al mismo tiempo cuenta, desconfiado, con el reloj insobornable, las pulsaciones precipitadas, porque juzga ese ardur inquieto, como prueba clinica concluyente de una demencia. Cada vez que una risa, loca de alegria, brotaba como una espuma efervescenti en medio de su charla, vo me espantaba, pura sabia lo que ella ignoraba, sabia que la estaba engañando, que la engañabantos. Cuando per fin se llamó a silencio, tuve la misma sensacione que se percibe cuando de noche se despierta subresaltado en un tren en marcha, porque de repente se detienen las ruedas. Pero fué ella misma quien prorrumpió de improviso

- ¿Que dice usted a todo esto? ¿Por que es queda tan atontado, perdon, tan sobresaltado? ¿Por que no dice una palabra? ¿No comparte

nuestra alegría?

Me erei sorprendido. Altora o nunca se trataba de encontrar el tono cordial, auténticamente entusasta, Pero yo era un novicio lastimero en cuanto a las mentiras, aun no dominalta el arte del engaño consciente. Por eso rebusqué trabajosamente unas cuantas palabras.

—¿Cómo puede decirse semejante cosa? Lo que pasa es que me he quedado sin saber qué decir... Usted tiene que comprender eso... En Viena, cuando alguien experimenta una gran alegria, se dice que se "queda sin habla"— Es natural que yo me alegre muchisimo por usted.

A un mismo me repugnó la frialdad y el artificio con que promuncia esta palabras. Ella rambién debió haber comprendida de innese diaro mi riemora, pues cambió instantiaremente de activid. Ensombreció su encantamiento algo del mal humor que suelen experimenta los hombres a quienes se les despierta de un esta posição, las ojos que acababan de brillar de entusiasmo, se endurecieron, y el arec entre las ecças tendidas e como para y un araque.

-Poes no noié nada de su gran alegria... Comprendí cabalmente la ofensa y traté de

apaciguarla.

—Pero, hija...
—No me llame "hija". Bien sabe que no lo suporto, Al fin.v. al caho, eculantos años me lleva usted? Quizás me pueda permitir todavía admirarme de que usted no se haya sorprendido mucho v, sobre todu, de que no... pasteipe mavernitente de mis entimiento. Pero, claro, zpor que había usted de alegrarse? A fia de cuentas, sused también gozará de cierta licencia cuando se cierre esta easa por unos meses. Entonces podrá volver tranquillamente ?On sus camaradas al café y jugar a los naipes, libre de este aburrido servicio de samariano. Si, sit ya lo creo que se alegra. Vendrán ahora tiempos sosegados para usted...

Hubo en su proceder algo tan brutalmente ofensivo, que senti el golpe basta el fondo de mi mala conciencia. Indudablemente, debi habernie traicionado. Para distraerla — pues concia los peligros de su sensibilidad en tales monientos — procuré dar otro sego a la conversación y prestarle un carácter despreocupado

y divertido.

y griettou.

—/Vaya con los tiempos sosegados! 'Si usred supiera' Julio, agosto y septiembre, tiempos sosegados para el arma de caballeria! 'No
pos sosegados para el arma de caballeria! 'No
de tonta veiación y tontas las reprinendas para
nosotros? Primero los preparativos para las
maniolars, luego el traslado a Bosnía o a Galitria,
luego las maniolars mísmas y los grandes defiles. Oficiales nervisos, tropas rendidas, servicio extraordinario, como extraetado dedde la
mañana a la noche, v este baile dura hasta muy
avanzado el nes de septiembre.

-¿Hasta fines de septiembre?... - se tornó de golpe pensativa. Algo parecía preocupar-la - Pero, cuándo... - empezó a decir después -, geuándo irá insted entonees?

No la comprendi. Realmente, no comprendi lo que quería decir, y pregunte:

- Ir adonde?

Volvió a formarse el arco entre sus cejas.

-No pregunte s'empre tan torpemente. A visitarnos. A visitarne.

-¿Al Engadina? -¿Pues adónde? ¿Acaso a la luna?

Sólo entonces caí en la cuenta de lo que quería decir. Me resultaba, en efecto, dema-siado absurda la idea de que yo pudiera em-prender así porque si, un viaje al Engadina, precisamente yo, que acababa de gastar las últimas siete coronas de mi efectivo para adquirir aquell.s flores, y para quien cada esca-pada a Viena significaba una especie de lujo. —Aquí se ve — me eché a reir con sinceridad - la idea que los civiles tienen del ejército: café, jugar al billar, pascar por la calle mayor, y cuando se le ocurre a uno, vestir traje de civil y vagar unas cuantas semanas por el mundo. Cosa muy sencilla esas excursiones: uno levanta dos dedos hasta la gorra y dice: "Adios, señor coronel; no tengo ahora ganas de seguir jugando a los soldados. Ya nos volvéremos a ver cuando se me ocurra". ¡Cómo e imaginan ustedes a nuestros serenisimos molinos de rueda! ¡Sabe usted que si nosotros queremos gozar de una sola hora de libertad, fuera de las reglamentarias, tenemos que ponernos corbata y juntar obedientemente los ta-cos a la hora del repaso para presentar sumi-samente nuestra solicitud? No se imagina usted las farsas y solemnidades que exige una sola hora de permiso. Y para un día entero de asueto se requiere cuando menos la muerte de una tía o el entierro de otro miembro de la familia. Me gustaría ver la cara de mi coronel si en medio de la temporada de las maniobras le comunicara sumisamente mi deseo de alejarme por ocho días y pasar mi licencia jen Suiza! Oiria usted entonces unas cuantas expresiones que no hallará en ningún léxico de-

parcee a usted más fácil de lo que es, —No tal; todo lo que se quiere verdaderamente, es fácil. No trate de hacer ver que es tusted indispensable. En su ausencia será simplemente otro el que amaestre a sus idiotas rutenos. Además, ese auton de la licencia se lo arregla papá en media hora. Conoce por lo menos una docena de señorones del Miniscrio de Guerra, y a una palabra desde arriba, usted conseguirá lo que quiera; por lo denás, no sufriria ningún daño si alguna vez ve un paco más de este mundo, fuera de su picadero y campo de ejercicios. No me venga con excrissas, y a está resuelto. Papa se encarparta de ello.

cente. No, no, querida señorita Edith; esto le

Tué una tontería mía, pero lo cierto es que see tuno despreocupado me molestó. Unus cuantos años de servicio militar le infunden a uno cierto amor propio de clase; me senti rebajado porque una chiquilla sin experiencia dispusiera soberanamente de los generales de Ministerio de Guerra – que para nosotros eran una especie de dioses— como sí fueran empleados de su papá, A pesar de todo ese enojo, mantrus el tono ligero de la conversación.

— (Conformel Suiza, licencia, Engadina; todo eso está muy bien. Vo, encantado si efectivamente me sirven todo eso, según usted se imagina, sobre bandeja de plata, sin que yo tenga necesidad de rogar a nadie por nada. Pero aun efi este esso sería necesario, además, que su señor papa consiguiera en el Ministerio de Guerra que, aparte de la licencia, se le concediera al señor teniente Hofmiller una beca especial y un viático.

Emonces fué ella quien se quedó pensativa. Notó en mis palabras un doble sentido que no comprendió. Las cejas se arquearon más tensamente encima de sus ojos impacientes. Era evidente que debí expresarme con más elaridad.

Scamos razonables, hija..., perdón...; hablemes razonablemente, señorita Edith. Por desgracia, este asunto no es tan sencillo como usted se imagina. Dígame, ereflexionó alguna

yez sobre el costo de semejante escapada?

—¡A eso se referia usted? — exclamo conperfecta ingenuidad —. No puede ser gran cosa.

A la sumo, unos cuantos centenares de coroass. Eso a quede trope invocaracia.

LOS RAYOS ULTRAVIOLETA Y EL MAR

Está plenamente comprobado que los rayos infrarrojos o caloríficos son absorbidos por el agua marina. En cambio, en recientes experimentaciones se verificó que los rayos ultravioleta pasan a través del aqua marina.



Fuí incapaz de retener más tiempo mi disgusto, pues aquel era ni punto débil. Creo que ya dije una vez cuánto me atormentab figurar entre aquellos oficiales del regimiento que no posetan un solo hébra de fortuna protio y de la mana de la cualitata de verdada de la cualitata de la cualitata de verdanaba ni tia. Siempre me molestaba de verdade cuando en nuestro estrecho circulo se hablaba despectivamente del dinero, como si sete creciera igual que la zarza. Exte era mi punto vulnerable, ahí rengueaba yo; en ves sentido yo era quien tenía que apoyarne en muletas. Solo por eso me sublevó tan desproporcionadamente el que aquella criatura mimada y malcriada que sufria las atrocidades de su debiflada, no comprendiera la mía. Contra mi voluntad, me tomé poco menos que brutal.

—¿A lo sumo unos cuantos centenares de coronas? Una bagatela, veredade, una insignificancia miserable para un oficial. Y usted, desde luego, me eree cieatero porque llego a mencionar semiçante miniedad. Ha de tomarme por miserable v avaro. ¿Pero, alguna vez usted pensó en los recursos con que nosotros tenemos que conformarios?

Y cono ella siguiera inidiendone con esa mirada reservada y, según cref en ni tontería, despectiva, me senti invadido de repente por la necesidad de exponerle sin ambiages toda ni pobreza. Exactamente, como en aquel día ella se habia arrastrado a través de la habitación para atornentra a los sanso, a fin de veugarse con ese especticulo de reto de nuestra salud confortable, así experimente una especie de alegría iracunda al desnudar delante de ella, con afán exhibiciunista, la estrechez y dependencia de mi vida.

—55he usted lo que gana un teniente? —1c pregunté con violencia . Reflexionó usted alguna vez sobre este particular? Pues, para que lo sepa: a cada primero de mes le dan doscientas curonas para los treinta o treinta y un dias del mes y al nismo tiempo lo obligan a vivir conforne a su "rango". Con esta miseria tiene que pagar su habitratión, al sastera, atrapatero y su lujo "conforne al rango". Y no habitemos del caso, que Dios evite, que alguna vez le suceda algo al cabalho. Si luego ha administrado sus entradas gloriosomente, le queda ran umos cuntros héllers para las francachelas en-aquel café paradistaco del, que usted siempre se burla; si se ha impuesto las economias nais severas, nodrá adquirir allí, junto con um taza de café, todas las magnificencies de la

Hoy sé que comerí una majadería y que fue criminal el que me dejara arrastrar hasta empunto por un amargura. ¿Como había de teneridea del valor del dinero, de renumeraciones y de mestra misera brillante aquella sunchaeha de diresiere añose criada en el lujo y sin contacto con el mundo; esa invalida constantemente atada a su habitación? Pero el desso de venarme una vez frente a daleujo del sistifi de

pequeñas humillaciones, me había atacado a traición. y reparti golpes ciega e inconscientemente, tal como siempre se golpea, venerido por la furia, sin sentir en mi mano la fuerza de mis golpes,

de mis golpes.

Pero apenas levante la vista, comprendi la brutalidad animal de mi proceder. Con la supersensibilidad de la enferma, ella comprendió de inmediato que, sin saberlo, me habia herado en el punto más vulnerable. Se ruborizó sin poder evitarlo; vi que quiso disimular y que alzó rápidantente la mano para cubrir su rostro. Al parecer, un pensamiento determinado agolpaba su sangre en las mejillas.

-Y siendo eso así..., custed todavía com-

pra para mi esas flores tan caras? Siguió un momento penoso de silencio. Nus avergonzamos, yo delante de ella, y ella delante de mí. Ambos nos habriamos lastimado invoclontariamente y temiamos cada palabra nueva. De repente oyóse el viento que pasaba cálido por entre los árboles, y el cacareo de las gallinas en los corrales, y a lo lejos, de vez en cuando, el rodar apagado de un vehículo en la carreteza. Edith fue la primera en recobrar el espíritu.

—Si seré tonta. Hacer caso de esos disparates. Realmente soy una tonta, puesto que incluso me evcito. Qué puede importarle a usced lo que cuesta ese viaje? Si used nos sita, es desde luego nuestro huésped. ¿Usted cree que papa permitiría que, en el caso de que usted tuviera verdaderamente la gentileza de visitarnos... cargase además con los gastros ¿Qué inensatez! ¿Cómo caer en tamaño error? No hablemus más de eso; no, mi una palabra más; ya lo sabe usted ahora.

Pero aquel era un asunto a cuyo respecto no podía ceder. Va lo dije antes. Nada me resultaba más insoportable que la idea de ser

considerado un garásito.

-Perdone usted. Una palabra más, Evitemos todos los malentendidos, Halbemos em toda claridad; no permitiré que soliciten una licencia para mí y no admitrié tampoco que se cubran mis gastos. No me agrada solicitar excepciones y comodidades. Quiero formar a la pax con nis camaradas; no quiero protección, ni ventiajas. Yo sé que a usted y a su señor payá les animan los méjores propósitos. Pero hay gente a quien no prueba que se le sirva todo lo bueno en la vida, No hablemos más de cóo.

-¿Usted no quiere venir, entonces?
-No he dicho que no quisiera. Le he explicado claramente la razón por la cual no puedo hacerlo.

-¿Ni aun en el caso de que mi padre le rogara?

-Ni aun entonces.

-¿Y si. ., si le rogata vo?...

No haga usted tal. Carecería de sentido.

Dejó caer la cabeza, pero ya había observado ya la contracción tormentosa de su bocavado ya la contracción tormentosa de su bocavado ya la contracción tormentosa de su boca

que anunciaba indefectiblemente una peligrosa

Aquella pobre muchacha mal acostumbrada, 2 cuysu descos se amoldaba todo en la casa, había experimentado algo nuevo para ellat había encontrado resistencia. Alguien le había dicho que no, y estu la enardecia. Intempestivamente recogió mis flores de la mesa y las tiró con adenián iracundo por encima de la balaustrada.

—Bien — pasculló entre dientes — Abora por lo menos sé hasta dónde llega su amistad. Es conveniente habetlo probado una vez, Sólo porque unos cuantos eamaradas podrían abrit la bota en el café, usred se escuda detrás de pretextos, sólo por temor de recibir una mala nota en la clasificación moral en el regimiento malogra una alegría de sus amigos... Está bien. Dejemos eso. No seguiré mendigando. A used no le da a gana... Bien. Ter-

Noté que su agitación no haliá desaparecido del tudo, porque repiñó una v otra vez, con una inistencia tenaz, ese "bien"; al nismo tiempo apovó sus dos manos fuertemente counta obrazos del sillón para enderezar su cuerpo, como queriendo arrenuere contra algo. De sóbito me habó en forma cortante:

—Bien, Ese asunto está concluído. Queda rechazada nuestra solicitud sunissa. Usted no nos visitará, no quiere visitarnos. No le agrada. Bien. Sabremos sobrellevárlo. Al fin v al cabaautes también nos hemos arreglado sin usted... Pero, quisiera sabre todavia una cosa más, equiere contextarnie con toda sinceridad?

-Naturalmente. -Pero, sincero! ¿Palabra de honor? Déme

su palaltra de honor.

—Si usted insiste en ello, le doy mi pala-

bra de honor.

—Bien, Bien — repitió de nuevo este "bien", duro y cortante, como desgarrando así algo a cuchilladas—Bien. No tenna, no me encapricharé en su distinguidisima visita. Quisiera saber una sola cosa; tusted ne dió su palabra. Nada más que una cosa. Quedamos, pues, en que no le place venir a vernos, porque le resulta desgaradable, porque se sisente incómodo... o por cualquier citra razón, aqué me importa? Bien..., bien. Eso está aclarada. Pero, ahora, digame clara y sinceramente, ¿por qué nos freenenta susted?

Estaba dispuesto a todo, pero no esperaba esta pregunta. En mi confusión, tartamudeé para ganar tiempo y a modo de preparación:

—Pero, ... es de lo más sencillo..., para eso no hacía falta una palabra de honor...

-¿Ah, si? ¿Sencillo? Mejor. Hable, pues. Va no había modo de eludir. Lo más sencillo que se me ocurrió, cra decir la verdad, pero comprendí que debía estilizarla enidadosamente. Por eso empecé a hablar con aparente naturalidad:

-Fstimada señdrita Edith: no husque en mis actos motivos misteriosos. Al fin y al cabo me conoce lo suficiente para saber que soy de squellos que no reflexionan grandemente sobre si mismos. Le juro a usted que jamás se me ocurrio examinarme en cuanto a los motivos que me inducen a visitar a éste o a aquél o a estimar a unos y no a otros. Le aseguro que no puedo decirle nada más sensato ni nada más estúpido, que vengo una y otra vez a visitarlus, solo porque me agrada venir aqui v, porque aqui me encuentro cien veces más a gusto que en otras partes. Ustedes atribuyen, me parece, demasiado carácter de opereta a muestra caballeria, como si fuera cosa siempre alegre, siempre entretenida, una especie de kermesse eterna. Le aseguro que, desde adentro, las cosas tienen un aspecto niuy distinto, y aun la tan alabada camaradería se presenta a menudo harto dudosa. Dondequiera que unas cuantas decenas de hombres estén uncidos al mismo carro, siempre hay uno que tira con más fuerza que los demás, y dondequiera que existan ascensos y rangos, es fácil que alguno pise los talones del que marche delante de él. Hay que pesar eada palabra que se dice; nunca se está

pre está la atmósfera cargada, La palabra "servicio" deriva de servir, y servir quiere decirdepender. Y luego, un cuarrel y una mesa de cafe, por más que se diga, no forma un hogar, nadie necestia a nadie y a nadine la importa de nadie. Es verdad que hay momentos de diversión entre los camaradas, pero nunca se cobra una sensoción absoluta de seguridad. En cambio, cuando vengo aqui, me deshago, junto con la espada, de todos los reparos, y cuando charlo cerdialmente con usades, entonces...

—Entonces… ¿qué? — emitió esas palabras con suma impaciencia.

Entonces..., pues..., usred tal vez me entontrará un poco atrevido porque lo digo tan francamente...; entonces me hago la ilusión de que ustedes aceptan gustosos mi presencia, de que formo parte de este ambiente, de que

de que formo parte de este ambiente, de que aqui estoy cien veces más en mi casa que en cualquier otro lado. Cada vez que la miro a usted, tengo la sensación...

Me detuve involuntariamente, pero ella repitió de inmediato, con igual impetu:

-Pues ¿qué? ¡Digalo!

—. De que aquí hay alguien junto al que yo no estro tan terribiemente de nás, como junto a los nuestros... Desde luego, bien se ne alcanza que no valgo gran cosa; a veces yo mismo nue extraño porque no los aburro... Muchas veces, ... ustedes no pueden saber cuántas veces he tenido miedo de que se hayan cansado de mí... Pero luego recuerdo siempre cuán sola está usted aquí, en exe caserán vacío, y que tal vez usted se alegrará de que alguien la visite. Y esto, verá, esto nue devuelve el animo... Ciando la encuentro en su torre, o en su habitación, pienso que está bien que vo haya venido y que usted no se haya quedado sola rodo el día. Usted me compende, iverdad?

Entonces succilió algo inesperado. Se inmovilizarno los ojos grases de Edith como si un no sé qué de mis palabras hubiera convertido intranquilizaron paulatinamente, recorrieron los brazos del sillón y taniunilearon subre la madera lustrada, prinero despecio y luego cada vez con más violencia. La boca econtrajo ligramente, y de pronto dijo en toma abrunos:

"Si, comprendo. Comprendo muy bien lo que quiere decir"... Creo., que insted ha dicho ahora toda la verdad. Se ha capresado en
forna muy corries, con mucho timo. No obstante, le comprendi exactamente. Exactismamitte. Used viene, según dice, porque estoy sola; esto quiere decir, en buen romance,
porque estoy clavada en este maldito sillón.
Sólo por eso usted hace todos los días el viaje
lasata aquí. Viene en función de samaritano,
a visiar a la "pobre miña enferma"..., que escomo ustedese, por supuesto, han de llamarme
eucado no estoy presente, ya sé, ya sé... Usted
sólo viene por compasión, si si, se lo erco. ¿Por
que quiere negarlo ahora? Usted es de los que
se llaman "buenas personas" y le cencanta que
mi padre le llame así. Estas "huenas personas"
se compadecen de cualquier petro que ha sido
golpeada y de cualquier gato sarmoso... genta

tullida?
Y se enderezó súbitamente; un calambre re-

corrió su cuerpo tieso,

- Pero, muchas gracias? Me río de esa clase de amistad que sólo se brinda a mi condición de invalida... No ponga usted esos ojos de contrición. Abora lamenta, desde luego, que se le haya escapado la verdad; de que haya confesado que solo viene porque le inspiro lastima, como dijo aquella pobre mujer... con la sola diferencia de que ella lo decia honrada y claramente... Pero usted, como "buena perse expresa con mucha nris delicadeza, usted lo dice con rodeos: porque estoy tan sola todo el dia. Hace tiempo que siento en todos los miembros que usted viene nada más que por compasión y que todavia quisiera que le admirasen por su espiritu de sacrificio. Pero, disculpe, no quiero que nadie se sacrifique por mi. No se lo permito a nadic, y a usted menos a nadie 'Se lo probibo' sme ove usted? ¡Se lo prohibo!... ¿Cree que me has falta realmente el que ustedes estén sentiment cerca de mi, con sus miradas "compasivas" humedecidas, esponjosas; cree usted que necesito de su charla "considerada"?... gracias a Dios, no me hacen falta ustedes.... Me basto a mí misma, soy muy capaz de frir sola, v si no mejorara, va se como me repentino ine enseño la palma de su mano ¿Ve usted esta cicatriz. Ya hice una tentativa. pero fui torpe y no alcancé el pulso con la tijera roma; lastima que llegaron a tiempe para vendarme, porque de lo contrario, va estaria libre de todos ustedes y de su compassor canallesca. Pero la próxima vez lo haré mejor, pierda cuidado. No crean que estoy a merced de ustedes completamente indefensa. Prefiero morir a ser objeto de compasión - de repente echose a reir, con una risa desgarradora -. Fijese usted en lo que mi preocupado señor papa olvido al mandar restaurar esta torre para mi Sólo pensaba en el hermoso panorama que debia gozar... Mucho sol y aire puro, habia dicho el médico. Pero ninguno de ustedes penso jamás en el buen servicio que algún día podría prestarme esta terraza. En eso no penso mi papa, ni el médico, ni el arquitecro... De un vistazo a la profundidad... - se habia apoyado repentinamente en sus brazos y lanzando su cuerpo tambaleante contra la baranda, a la que se aferro furiosa, con ambas manos -, son cuatro o cinco pisos, abajo todo es piedra dura... eso basta... y, gracias a Dios, me que-dan todavia suficientes fuerzas en los músculos para tirarme por la baranda. Si, si; el andar con muletas refuerza los músculos. Basta un empellón y me libraré, de una vez por todas, de su compasión maldita, y todos ustedes se sentirán aliviados, papá, Ilona y usted; todos ustedes, a quienes atormento como una pesadilla. ¿Ve?, es muy fácil, basta inclinarse un pocu.

dilla. ¿Vez, es muy facil, basta inclinarse un poeu. Me levante sunamente aterrado al verla com ojos chispeantes, inclinarse con grave peligro sobre la baranda, y la rettue rápidamente de un hrazo. Pero ella se estremeció como si un fuego hubiera rozado su piel, y me grito;

-Fuera!... Cómo se atreve a tocarmie?...
[Dejenne!... Tengo derecho a hacer lo quiera, ¡Suelte!... Dejene inmediatamente!...
Y como no obedeciera, como tratase de apararla pur la fuerza de la baranda, ella girá repentinamente y me asessó un golpe en medio del pecho. Sucedió entonces algo terrible. A causa de ese golpe perdió el punto de apoyo v, por lo tanto, el equilibrio. Como cortadas pot una huz, cedieron sus rodillas debiles. Se obló sobre si misma y al pretender agarrarse de la mesa, la arrastró en su caida. Como acude en último momento para sostenerla, cayeron sobre anhos el florero que se hizo pedazos, los niltos y las tazas y las cucharillas; la campa-

suelo y rodó con rintintín alarmante. Entrerante, la tullida babiase doblegado miserablemente, estaba tendida en el suelo, indefensa, hecha un montón palpitante de irasollozando de amargura y verguenza. Procuré levantar el cuerpo liviano, pero ella se resistió y nue gritó llorando:

nilla de bronce golpeó ruidosamente contra el

-¡Fuera... váyasc... déjeme! Usted es un

hombre brutal, despreciable...

Al mismo tiempo daba brazadas, procurando enderezarse sin mi ayuda. Cada vez que yo me aproximaba para socorrerla, se retoreía para impedirlo, y me gritaba en su furia indefensa:

—¡Fuera..., no me roque... vávase! En ese nomento ovões a nuestras espaldas un ruido monótono. Subía el ascensor; al parecer, la campanilla habia hecho suficiente ruido al rodar por tierra, como para adveriri al sirviente que estaba siempre alerta. Se acercă corriendo, bajando en seguida discretamente los otos azorados, levanto el cuerpo convulsionado sin mirarme — parecia acostumbrado a cse movimientu — y llevó a la sollozante niña al ascensor. Instantes después descendió, y me quedé solo entre la mesa derribada, las tazas rotas, los objetos dispersos que estaban cuafusansame entremezclados como si hubirar caido un rayo del cielo despejado, desparramándolos a todos lados con su explosión.

222

No sé cuánto tiempo permaneci en la tereaza entre los platos y tazas hechos anicos, completamente perplejo ante aquel estallido elemental que no supe explicarme. ¿Qué insensatez había dicho? ¿Con qué había provocado aquella ira incomprensible? Volví a percibir tras de mi el tan conocido ruido susurrante. De nuevo se acercó José, el sirviente, con una sombra de extraña tristeza en su rostro siempre pulcramente afeitado. Creí que había venido para poner orden y me senti molesto porque lo estorbaba en medio de esc monton de escombros. Mas se acercó insensiblemente, con los ojos bajos, recogiendo al mismo tiempo una servilleta del suelo.

-Perdone, schor teniente - dijo con una voz discretamente atemperada -. Permita que en-

jugue un poco su ropa.

Solo entonces observé, siguiendo sus datos solicitos, unas grandes manchas humedas en mi chaqueta y en mis pantalones claros. A lo que parecía, una de las tazas de té se habia vertido sobre mi uniforme mientras me inclinaba para recoger a la muchacha, pues el sirviente pasaba la servilleta, cuidadosamente, sobre aquellas manchas, Mientras él se esforzaba, arrodi-, llado delante de mí, yo contemplé desde arriba su buena cabeza canosa con la raya en el medio; no pude reprimir la sospecha de que el pobre viejo se inclinaba exprofesamente tanto para que yo no viera su cara y su mirada tras-

No; es inútil - manifestó por último, apesadumbrado, sin levantar la cabeza -; lo mejor será que el señor teniente mande al chofer al cuartel y se haga traer otra guerrera. Asi no puede salir el señor teniente, pero pierda cuidado, dentro de una hora todo se habrá secado y plancharé sus pantalones con esmero.

Se expresó como si solo tuviera un interes de experto en la materia, pero hubo en su voz uma traidora inflexión compasiva y azorada. Cuando le conteste que todo eso no hacía falta y que mejor telefoneara por un coche, puesto que de todos modos pensaba volver en seguida al cuartel, carraspeò nerviosamente y levantó hacia mi sus ojos buenos, un tanto cansados y suplicantes.

-Por favor, señor teniente; quédese un poco más. Sería terrible si se fuera ahora. Sé con firmeza que la señorita se excitaría mucho si el señor teniente no esperara un poco. Por el momento la acompaña todavía la señorita Hona... quien la ayuda a acostarse. Pero la señorita llona me encargó decirle que vendrá en seguida y que el señor teniente haga el favor de esperar de cualquier modo.

Me emocione a pesar mío. ¡Cómo querian todos a esa enferma! ¡Cómo la mimaban y disculpaban todos! Sentí un deseo irreprimible de decir cordiales palabras a ese bundadoso anciano que, asustado de su propio valor, volvió a restregar laboriosamente mi chaqueta. Le golpeé ligeramente los hombros:

Deje eso, José; no vale la pena. Con este sol secará pronto, y espero que el té no sea hastante fuerte como para dejar una mancha indeleble. Deje eso, José; recoja más bien la vajilla. Esperare a la señorita Ilona.

-¡Oh, que hien que el señor teniente es-ere! - respiró aliviado -. Y el señor von Kekesfalva también estará pronto de vuelta y tendrá, con seguridad, mucho gusto en saludar a usted. Me encomendo expresamente...

Pero entonces se oyó el crujir ligero de la escalera bajo unos pies ágiles, Llegó llona, Ella también, como antes el sirviente, mantenia los ojos bajos en tanto se me aproximaba.

-Edith le ruega quiera bajar un momento a su dormitorio. Nada más que un momento.

So lo ruega muy cordialmente.

Bajamos ambos la escalera de caracol. Y no cambiamos palabra mientras atravesamos el sa-- un scoundo salón y luggo el corredor que conducía a los dormitorios. A veces se tocaban casualmente nuestros hombros en ese pasillo oscuro, quizás también porque yo cannaba-tan excitado e inquieto: llona se detuvo junto a la segunda puerta lateral y mu-

sitó preocupada: -Ahora usted debe ser bueno con ella. No sé lo que ha pasado allá arriba, pero conozco los ex abruptos de Edith. Todos los conocenios. Pero no hay que hacerle cargo por ello, créamelo. Somos incapaces de imaginarnos siquiera lo que significa ese estar tirada, indefensa, desde la mañana a la noche. Es claro que tiene que acumularse así una inquietud en los nervios y que de repente se exceda sin que ella lo sepa o quiera. Pero, créame, después nadie se siente mas desdichado que la pobre. Y en momentos en que se tortura y averguenza tanto, hay que ser doblemente gentil con ella. No contesté. Ni hacía falta. Ilona parecía

haberse dado cuenta por sí sola de mi situación. Golpeó despacio la puerta, y apenas llegó de adentro un timido "adelante" en voz apagada, me advirtió aún rápidamente:

-No se quede demasiado tiempo. Un momento, nada más.

Pasé la puerta, que cedió sin hacer ruido. A primera vista no percibí en el espacioso aposento, que unas cortinas anaranjadas oscurecian completamente por el lado que daba al jardín, nada más que una penunibra rojiza; sólo después distingui en el fondo el recrángulo más claro de una cama. De allí procedia la voz que me era tan familiar:

-Por favor, aqui. No le detendré mas que un momento,

Me acerqué. Desde las almohadas irradiaba la cara delgada bajo la sombra de la cabellera. Una colcha abigarrada enredaba sus flores bor-dadas hasta el delgado cuello infantil. Edith esperaba con cierta timidez que me sentara, Sólo entonces oso su voz cohibida dirigirse a mi.

-Disculpe que le reciba aqui, pero me sentí mateada..., no debi haberme quedado ranto tiempo al sol ardiente; siempre me hace daño... Creo sinceramente que no estaba en mis cabales, cuando... Pero..., eno es cierto... que usted lo olvida todo? ¿Usted no me tomara a mal... mi falta de educación?

Había tal temor suplicante en su voz. que la interrumpi en seguida.

LAS AVESYEL "PALADAR"



Farece plenamente demostrado que las aves no tienen sentido del austo. O dicho en otras palabras: no tienen "paladar". Se llega a esta conclusión al pensar que ingieren sin reparos frutas que, para el hombre, son amargas, repugnantes o insípidas.

-Qué ocurrencia la suya... La culpa es mia..., no debi retenerla tanto tiempo bajo ese calor sofocante.

-¿Verdad, entonces... que usted no me tecrimina..., verdad que no?

-Ni que hablar.

-: Y usted, volverá a venir... exactamente como siempre?

-F.xactamente. Eso sí, con una condición. Ella me miró turbada.

-¿Que condición?

-Que usted tenga un poco más de confianza en mi y no crea ni se preocupe siempre pensando que hubiera podido ofenderme o lastimarme. Entre antigos, ¿a quién se le ocurre pensar tales absurdos? ¡Si usted supiera cómo cambia de aspecto cuando está verdaderamente contenta, y cómo nos hace dichosos con ello, a su padre y a llona, a mi y a toda la casa! Ojala hubiera podido verse anteayer, en nuestra excursión, cuando estaba tan alegre y nosotros disfrutábamos con usted. Toda la noche pensé en eso.

-¿Toda la noche usted ha pensado en mí? me miró un poco incredula -. ¿De veras? -Toda la noche. Fue un dia tan hermoso. Nunca olvidaré ese viaje tan bello, tan en-

cantador.

-Si - replicó ella soñadora -. Fué espléndido..., espléndido... Primero el viaje a través de los campos, y luego los potrillos y la fiesta en el pueblo... Desde el conienzo al final, todo fué una maravilla. Tendría que salir más a menudo. Quizás sólo ha sido esa estúpida reclusión en casa, esa detención mía, sin sentido, la que arruínó mis nervies. Tiene usted razón, siempre desconfío demasiado... es decir, eso me pasa sólo desde entonces. Antes, Dios mío, que yo recuerde, jamás tenía miedo de nadic... Sólo me siento tan tecri-blemente insegura desde... entonces... Siempre me imagino que todo el mundo está mirando mis miletas y que todos me compadecen... Ya sé que es una tontería, un orgullo infantil y estúpido, y la causa por que me encio coumigo misura, ya se que esto se venga y que roe los nervios. Pero ¡cómo no cace en desconfianza, cuando esto dura uma eternidad! Oialá termine de una vez este castigo terrible, para que no me haga tan mala, ran rabiosa, tan perversa...

-Pero esto ya va terminando. A usted sólo le hace falta un poco de coraje y de paciencia.

Edith se enderezó un poco. -¿Usted cree... de veras, que con ese tra-tamiento nuevo llegaremos a un buen término?... Figurese que anteaver, cuando subió papá a verme, yo estaba ya convencidisima. Pero esta noche, no sé cómo me venció de repente un temor de que el doctor se hava equivocado y me haya dicho una cosa por otra, porque..., porque... recordé algo. Antes vo confiaba en el doctor, en el doctor Condor, como en Dios. Pero siempre sucede lo mismo... Primero el médico observa al paciente, pero cuando eso dura mucho tiempo, el enfermo aprende también a observar al médico. Y ayer... v esto se lo cuento a usted solo..., ya le digo, aver, mientras me examinaba, tuve la sensación, ccomo le diré?... en fin..., de que él trataba de desempeñar una comedia. Me pareció inseguro, insincero, no tan franco y cordial como de costumbre..., no sé por qué, pero ello es que parecia avergonzado por algún motivo... Naturalmente, estaba contentisima cuando luzo supe que pensaba enviarme a Suiza innediatamente..., v. sin embergo..., muy reconditamente..., solo a usted se lo digo. ., se renovó de continuo ese temor absurdo. usted no se lo diga, por el amor de Dius... de que algo había en ese tratamiento que no está hien..., una sensación como si se burlara de mi... o tal vez de que quería calmar a papá. Ya ve que no puedo librarme totalmente de esa desconfianza espantosa. ¿Pero que culpa tengo yo de esto? ¿Como no se va a desconfiar de todos, de todos, cuando le hau-prometido va tantas veces un restablecimiento ripido, y luego, si hubo progresos, ellos fueroa

portar más tiempo esa espera infinita. Se había enderezado agitadamente, y sus ma-nos empezaron a temblar,

No; no vuelva a excitarse! Recuerde que

acaba de prometérmelo... -Sí, si; tiene usted razón. No sirve para nada

atormentarse, con ello sólo se martiriza a los demás. Y los demás, ¡qué culpa tienen! Bastante carga significo para su vida... Pero no, no queria hablar de eso, créame, no iba a decir eso... Sólo quise darle las gracias porque no me hace un cargo por mi absurda exaltación y. . justed siempre es tan bueno conmigo..., tan conmovedoramente bueno, sin que yo lo nerezea..., y que yo justamente arrene-tiera contra usted!... Pero, ¿de veras que nun-ca más hablatemos de eso?

-Nunca más, Pierda cuidado. Pero ahora

Me levanté para tenderle la mano. Ofrecía un aspecto enternecedor, sonriéndome desde las almohadas, medio timida y medio calmada, una nina, una criatura antes de dormirse, Todo era buenos la atmósfera aclarada como el cielo després de una tonnenta. Me acerque, sin pensar en nada y casi alegremente. Pero ella se sobresalió entonces aturdidísima:

-Por el amor de Dios, ¿qué es esto? Su

uniforme ... Habia observado las grandes manchas humedas en mi uniforme; consciente de su culpa, dehió recordar que sólo las tazas que ella arrastrara en su caída podían haber ocasionado ese pesqueño contraticmpo, Sus ojos se escondieron bajo sus parpados y, atemorizada, retiró la mano que ya habia alargado. El que tomase nimiedad tan a lo tragico, me impresionó profundamente, y recurri a un tono más despreocupado para aquietarla.

-No es nada - dije con acento jocundo -No vale la pena hablar de esto. Me manchó

una chiquilla traviesa.

Su mirada continuó aturdida, pero acogió con gratitud la escapatoria de tono juguetón:

—¿Y zurró usted bien a esa chica traviesa? -No - repliqué en el mismo tono -. Ya no

bacia falta. Esa chica es ahora seriecita y buena. -¿Y usted ya la perdonó, de veras?

-Claro está.

Y qué debe hacer ahora la nenita? -l'ener paciencia, ser siempre amable, ser siempre alegre. No permanecer demasiado tiempo sentada al sol, salir mucho a pasear y obedreer estrictamente las órdenes del médico. Pero ahora, sobre todo, la nenita debe dormir y no hablar ni pensar más. Buenas noches.

Le di la mano. Tenía un aspecto hechiceramente bonito, tendida como estaba y sonriendome dichosa con refulgentes pupilas, Cálidos v apacignados, cinco dedos delgados se depo-

sitaron en mi mano. En seguida me retire y sentí aliviado mi corazón. Ya había tocado el picaporte, cuando

tras de mi brotó una risita.

- ¡Fs buenita ahora la nena? Buenisima. Le darenios un diez grandote. Pero ahora, a dormir y no pensar nada malo. Habia abierto la puerta a medias cuando aquella risa me persiguió una vez más, infantil y maliciosa. Y nuevamente me llegó la voz de entre las almohadas:

- Olvido usted lo que se da a una niña

buena autes de dozmir?

-¿Qué? -A una niña obediente se le da un beso de buenas noches.

Se desbarató de golpe mi sosiego. En su voz vibraha y temblaba un tono quisquilloso que no me agradó; va autes, el fulgor de sus ojos me parecia demasiado afiebrado. Pero no quise contrariar a la irritable criatura.

-Ah, si, claro - dije con aparente displi-cencia -, Por poeo nie olvidaba.

Volvi hasta su cana, y noté en el silencio instantáneo que Edith retenia la respitación. Sus ojos, que habían seguido mis pasos, per-manecian fijos en mí, en tanto su cabeza se mantenia inmóvil entre los almohadones. No se movian las manos ni los dedos, y solo me seguian constantes sus nios escrutadores.

"Pronto, pronto", pense con creciente ma-lestar. Me incliné a toda prisa y rocé su frente ligera y superficialmente con mis labios. Con toda intención, toque apenas su piel, y sólo percibi con la proximidad el perfume indefinido de sus cabellos.

Pero en ese instante, se levantaron con impetu sus dos manos que, al parecer, habian estado al acecho, sobre la colcha. Antes de que hubiera podido apartar la cabeza, se asían con fuerza de mis sienes y atrajeron mi boca, ba-jándola de su frente a sus labios. Se pegaron con tal ardor, tan ansiosos, que los dientes tocaron a los dientes, y al mismo tiempo se irguió y tendió imperiosamente su pecho para rozar v sentir mi cuerpo inclinado, Jamás en mi vida he recibido un beso tan salvaje, tan desesperado, tan sediento como el de aquella niña enferma.

No basto con eso. Me mantuvo apretado contra si con una fuerza ebria, hasta que le faltó la respiración, Entonces aflojó su presión, y sus manos se apartaron de mis sienes y re-volvieron mis cabellos. Pero no me solto. No me dejó sino por un instante, para mirar, reclinada v como encantada, mis ojos, y en seguida me volvió a atracr hacia sí v besó, ciega y ardientemente, mis mejillas, mi frente, mis ojos, mis labios, con un afan salvaje y desfallecido. A cada arrebato tartamudeaba, sollozalia:

-Tonto..., tonto..., tú... Y cada vez con más ardor:

-Tú, tú, tú...

Ese ataque se tornaba más y más anhelante y apasionado, me apretaba y besaba con cre-ciente arrebato. Y de repente, me soltó; su cabeza cayo sobre las almohadas, y sólo sus ojos seguian mirándome con un fulgor triunfal.

Luego musitó, dándome precipitadamente la espalda, agotada y a la vez avergonzada:

-Ahora, vete, tonto..., vete.

888

Me retiré tambaleante. En el pasillo oscuro me abandonó el resto de las fuerzas. Tuve que apoyarme en la pared, porque mis sentidos giraban vertiginosamente. Ese era, pues, el secreto - tardiamente revelado - de su inquietud, de su agresividad hasta entonces inexplicable. Mi asonibro no tenia nombre. Senti lo mismo que alguien que se inclina sobre una flor, sin pensar en nada malo, y de repente es atacado por una vibora. Si aquella mucha-cha sensible me hubiera pegado, injuriado, escupido, todo eso me hubiera descentrado menos, pues conociendo sus nervios alterados, siempre estaba atento a algún exceso. Lo que no podía esperar, tal vez lo único imprevisible, era que esa enferma, destrozada, pudiese amar y pretender ser amada; que esa niña, ese ser inconcluso e impotente, se atreviera (no puedo expresarme de otra manera) a querer y desear con el amor sapiente y apasionado de una mujer perfecta. Habia pensado en todo, nienos en que esta desventurada, que no tenía fuerza suficiente para arrastrar su propio cuerpo, pudiera soñar en el amor, en un enaniorado, y que yo, que sólo iba alli por compasión, hubiera estado tan equivocado. Pero algunos segundos después comprendí, con renovado terror, que no había otro culpable que mi propia compasión apasionada, que ella, y solo ella, fué la causante de que aquella muchacha abandonada y excluida del mundo esperara de midel único hombre que día tras dia la visitaba solicitamente en su cárcel, que esperara de esa presa de su compasión un sentimiento distinto, más tierno. Pero yo, incurablemente ingenuo, solo habia visto en ella la paciente, la inválida, la niña, y no la mujer. Ni por un momento, ni aun por el más fugaz instante, me hahia imaginado que bajo aquella manta respiraba, sentía, esperaba un cuerpo desnudo, el cuerpo de una mujer, que, como todas, pretendia y anhelaba ser amada. Con mís veinticinco años no había osado soñar siquiera con la posibilidad de que aun las enfermas, las baldadas, las no maduras, las expulsadas y señaladas entre las mujeres se atreviesen a

an.ar. Un hombre joven y experto suele iginarse la vida real y la experiencia de acust al reflejo de lo que ha oído o leido; antes vivir la experiencia propia sueña indefecti mente con cuadros y ejemplos ajenos. Mas, es aquellos libros, obras teatrales o cinemato -ficas (simplificaciones y achatamientos de realidad), se deseaban y unian siempre, ex-sivamente, personas jóvenes, hermosas, se-tas. Por eso yo creia — y ello explica el espaque me infundían muchas aventuras - que necesitaba ser singularmente atrayente, dota y preferido por el destino para provocar admiración de una mujer. En el contacto aquellas dos muchachas, sólo yo me habit conservado ingenuo y despreocupado porqui creí que todo lo erótico quedaba excluido anteniano de nuestras relaciones, y porque más sospechaba que pudieran ver en mi ma que un muchacho gentil y un buen amigo. Se bien junto a llona sentía a veces su bellesensual, fidith jamás me había hecho pensar que era un ser del sexo opuesto. Nunca habi-rozado nii mente ni la sombra del pensamient de que en su cuerpo estropeado vivian los nismos órganos y que en su alma urgían los mismos deseus que en otras mujeres. Sólo desde esc instante empecé a comprender poco a poco (lo silenciado, generalmente, por los autores . que las señaladas, las deprimidas, las feas, las envejecidas, las deformadas y repelidas, pretenden con un ansia mucho más apasionada y peligros que las dichosas y senas, aman con un amor fanático, sombrío y negro; y caí en la cuenta entonces de que ninguna pasión se yerque en la tierra más avida que la carente de esperanza y perspectiva, que la de los postergados de Dios que, sin embargo, sólo pueden sentir justificada su existencia terrena por obra del anne del ser amado. Mi falta de experiencia me había impedido columbrar este secreto terrible: el grito angustioso del afán de vivir procede justamente del abismo más profundo de la desesperación. Sólo en aquel instante me atraveso esa evidencia, como un puñal ardiente.
"¡Tonto!" También comprendí entonces por

qué a ella se le escapó ese término en medio del pánico de su sentimiento, mientras apretaba su seno a medio formar contra mi pecho. "¡Tonto!" - le sobraban razones para llamar-me asi. - Todos debian haberse dado cuenta. desde el primer momento, el padre, Ilona, el sirviente y los otros criados; todos debian haber vislumbrado, azorados v tal vez con un presentimiento nefasto, su amor y su pasión Y sólo yo no sospechaba nada, sólo el muñeco de mi compasión hacía el papel del camarada bueno y torpe, abría tamaña boca para bromear y no se daba cuenta que un alma ardiente se atormentaba por mi increible e in-

explicable incomprensión.

En aquella easa todos debían haber visto cómo vo andaba en tinieblas en ese estúpido juego de la gallina ciega de mi sentimiento, hista que se me arranco por la fuerza la venda de los ojos. Pero así como una sola luz que se enciende basta para que en una habitación queden iluminados simultáneamente una docena de objetos, así comprendí luego - demasiado tarde -, para mi verguenza, una infinidad de detalles de las últimas semanas. Solo entonces me iluminó como un relámpago la explicación de por qué Edith se enojaba cada vez que vo la llamaba "hija". Justamente frente a mí, ella no quería ser criatura, sino que deseaba ser an-helada como nuiro. Sólo entonces comprendi por qué sus labios temblaban a veces, inquietos, cuando su inmovilidad me conmovía visiblemente, y por que odiaba rabiosamente mi compasión. Su instinto femenino reconoció clarividente que la compasión es un sentimiento fraternal tibio, y nada más que un sustituto triste del amor verdadero. ¡Como debía haber esperado la pobre una palabra, un signo de la comprensión que no llegaba nunca, cômo debia haber sufrido por mi despreocupación parlanchina, en tanto ella estaba tendida sobre las ascuas de la impaciencia, esperando con el alma convulsionada un primer gesto de ternura, o por lo menos un primer indicio de que por fin vo comprendía su pasión! Y yo no había dicho nada, no había hecho nada y tampoco había dejado de ir a verla, afianzando constantemente su fe con mi visita diaria y al mismo tiempo destruyéndola con la sordera

de mi alma.
Todo eso me asaltaba con cien imágenes, mientras, abatido como por una explosión, permaneci recostado contra la pared, en el pasi-llo, respirando con dificultad y con las piernas casi tan desfallecientes como las de Edith. Por dos veces traté de adelantar a tientas, "pero sólo a la tercera llegué hasta una puerta. Reflexioné rápidamente que ésta debia dar al salón y que de ahi pasaría por la izquierda al vestibulo donde estaban mi espada y mi gorra. Pensé atravesar la habitación a toda prisa y retirarme, en lo posible, antes de que acudiera el sirviente. Escaleras abajo, inmediatamente! Dar la espalda a esa casa antes de encontrarme con alguien a quien fuera preciso hablar y contestar! Sólo me preocupaba la posibilidad de no cruzarme con el padre ni con llona ni con José, con ninguno de aquellos que habían permitido que me internara, corriendo como un loco, en ese laberinto. ¡Afuera, afuera cuan-

Pero ya no había tiempo. En el salón me

Pero ya no habat tempo, En et saion me esperaba llona, que debia haber oído mis pasos. En cuanto me vió, sus facciones cambiaron.

—; Jesús, María! ¿Que pasa? Usted está pálido, JAV! ¿Ha vuelto a pasar algo con Edith?

—No, nada — fué todo fo que mis escasas fuelto de control de contro usted; debo retirarme.

Pero mi actitud brusca debía ser aterradora, pues Ilona me tomó resueltamente del brazo y me hundió a la fuerza en un sillón.

-Primero, siéntese un momento. Antes que nada, tiene que recobrarse... Y su cabello... ¡Cômo está su cabello! Todo revuelto... No; usted se queda - había intentado levantarme de golpe -. Voy a buscar un poco de cognac. Fué hasta el armario y llenó una copa, que yo vacié de un trago. Luego inquirió:

-¿Edith le preguntó algo..., me refiero a algo... que atañe a usted?

Ilona no se movió. Ni contestó. Sólo noté que de pronto empezó a respirar más agitadamente. Se inclinó cautelosa:

-¿ Y usted... realmente... no lo notó hasta

-¿Cómo podía sospechar semejante... semejante disparate, semejante locura?... ¿Cómo se le ocurre?... ¿Por qué justamente yo?...

Ilona suspiró:

-¡Dios mio! Y Edith siempre creia que usted sólo venía por ella..., que usted sólo venía por eso. Yo... nunca lo creí, porque usted se comportaba de un modo tan despreocupado, tan cándido y... tan cordial, pero cordial de otra manera. Desde el primer momento temi que usted no sintiera más que compasión. Pero ¿cómo podía advertirselo a la pobre criatura, como podía ser tan cruel y disuadirla de una ilusión que la hacía feliz?... Desde hace semanas vive únicamênte de esa idea, de que usted... Y cuando me preguntaba una y otra vez-si yo creia que usted la quería de verdad, yo no podía ser brutal... Debía tranquilizarla y confortarla.

No pude dominarme más tiempo.

-; No! Al contrario, usted debe quitarle eso de la cabeza, indefectiblemente. Es una locura,

una fiebre, un capricho infantil...

-No, querido amigo; no se engañe. En el caso de Edith se trata de algo serio, terrible-mente serio, y que dia a día se torna más pe-ligroso... No, amigo: es a todas luces imposible que yo convierta de repente en cosa fácil lo que para ella es tan dificil. Si usted sospechara lo que pasa en esta casa!... Tres, cuatro veces suena, en medio de la noche, estridentemente, la campanilla, nos despierra a todos sin consideración, y cuando corremos, impulsados por el pánico, hasta su cama, temerosos de que algo haya sucedido, la encontramos sentada, trastornada, mitando fijamente un punto determinado, y siempre para preguntarnos lo mismo: "¿No crees tú que él puede quererme un po-quito? No soy tan fea", Luego pide un espejo, en seguida lo tira, y en el próximo instante ya comprende que es una locura lo que hace; pero al cabo de dos horas la escena se repite. En su desesperación, ha interrogado a su padre, a José, a las mucanias, y anteayer, a aque-lla gitana. ¿Recuerda usted? Pues aver la lla-mó, en secreto, y se hizo predecir de nuevo lo que ya le había dicho... Ya le ha escrito a usted cinco carras, largas epístolas, que des-pués rompió. Desde la mañana hasta la tarde, desde la primera hora hasta la última, no piensa ni habla de otra cosa. De repente exige que yo vaya a verlo, para sondear si usted la quiere, aunque sea un poquito, o si... o si le molesta a usted, puesto que habla tan poco y se evade. Que vaya a verle inmediatamente, que le encuentre en medio del camino, manda llamar al chofer y hace preparar el coche. Me hace repetir tres, cuatro, cinco veces cada palabra que debo decirle y preguntarle. Y, en el último momento, cuando ya estoy en el vestíbulo, la campanilla hace nuevo estruendo, tengo que volver con el sombrero y abrigo puestos y jurarle por la vida de mi madre no hacer de esto la menor alusión. (Oh, usted no sabel. Para used todo termina cuando cierra la puerta tras si. Pero apenas se ha ido, ella me refiere palabra por palabra lo que usted le ha dicho e indaga lo que yo creo y opino. ¿Y usted, realmente, no ha notado nada de todo

-¡No! - grité con la falta de serenidad pro-pia de mi desesperanza -, No, se lo juro. No

he notado absolutamente nada.

Quise levantarme de n salto, atormentado por la idea de ser annado mal de mi grado, pero llona me tomó enérgicamente de la mn-

-; Chist! Le ruego, querido amigo: no se cariet y, sobre todo, le suplico que hable más bajo. Ella tiene una manera de escuchar a través de las paredes!... Y le ruego, por el amor de Dios, que no sea injusto. La pobre ha creido ver un signo en el hecho de que usted fuera el portador de la buena nueva, en que fuera justamente usted quien primero formase a su padre sobre la nueva curación. Aquella vez, el anciano se precipitó, en medio de la noche, a su dormitorio y la despertó. ¿Es usted realmente incapaz de imaginarse cóno ambos han sollozado v dado las gracias a Dios porque estos tiempos horribles tocan a su término; no es usted capaz de imaginarse que los dos están convencidos de que, una vez que Edith se haya curado y llegado a ser una persona como las otras, usted...? Pero no hace falta que se lo diga. Por eso mismo no debe desilusionarla ahora que necesita dominar sus nervios para la nueva curación. Debemos proceder con suma cautela y evitar, por lo que usted más quiera, que ella sospeche que esto

le resulta a usted... tan tremendo.

-¡No, no, no! - dije golpeando fuertemente
con las manos el brazo del sillón -. No; no puedo..., no quieto ser anrado de esta mane-ra... Y tampoco puedo fingir en adelante ceguera o inocencia; no podré ya permanecer sentado despreocupadamente y coquetear. Usted no sabe lo que ha sucedido... ahí adentro. Ella no me entiende. Sólo he tenido para con ella un sentimiento de compasión, nada más.

-Fs lo que yo temía desde el comienzo. Todo ese tiempo lo sentía en los nervios... Pero, Dios mio, ¿que pasará ahora? ¿Como hacérselo comprender?

Permanecimos taciturnos. Estaba dicho todo, Ambos sabíamos que no existia otro camino, una escapatoria. De repente, llona enderezóse con una expresión tensa, de atención, y casi al mismo tiempo oí desde la entrada el rechinar sobre la arena de las ruedas de un auto que llegaba. Tenía que ser Kekesfalva. Ilona se levanto, ligera,

-Será mejor que usted ahora no se encuentre con él... Está demasiado excitado para hablarle sin prevención... Espere: vov a buscar su

gorra y su sable, y usted se retira por la puerta trasera que da al parque. De un salto fué a buscar mis cosas. Afortu-

nadamente, el sirviente había corrido hacia el auto; así pude pasar inadvertido a lo largo de los edificios adyacentes, y en el parque, un loco temor de tener que responder a alguien acelero mis pasos. Hui por segunda vez, encorvado y temeroso como un ladrón, de aquella casa faltal. .

Nunca conseguiré cobrar claridad sobre la forma en que llegué de vuelta a la ciudad. Recuerdo únicamente que caminé rápido y que se repetia un solo pensamiento con cada pulsación: ¡afuera, afuera! ¡No pisar nunca más ese castillo, nunca más volver junto a aquella gente ni a nadie! ¡Esconderse, hacerse invisible, no mantener más compromisos con nadie, ni quedar ligado a nada! Se que pensé en abandonar el servicio, en conseguir dinero de cualquier parte y escapar luego al mundo, todo lo más lejos posible, a fin de que aquel deseo loco no pudiera alcanzarme; pero todo eso ya era más soñado que claramente reflexionado, pues continuaba golpeando incesantemente contra las sienes esa única palabra: ¡afuera, afuera!

Las botas llenas de polvo y unas desgarraduras en el pantalón, producidas por zarzas, me revelaron despues que debí haber corrido a través de prados, campos y calles; cuando 6nalmente nie encontré en la calle principal, el sol ya se escondia detrás de los techos. Desperté, ni más ni menos que un sonámbulo, cuando inesperadamente alguien me golpro,

desde atrás, los hombros.

-¡Hola, Tonny! Por fin te pescamos. Ya era hora. Hemos revisado hasta el último rin-

cón para encontrarte, y nos disponíamos jus-tamente a telefonear al castillo.

Me vi rodeado por cuatro camaradas, entre ellos el inevirable Ferencz, Jozsi y el capitán conde Steinhübel.

-Pero ahora, date prisa. Imaginate que Balinkay ha llegado de improviso. Dios sabe si de Holanda o de América, y hay una invita-ción, esta tarde, para todos los oficiales y vo-luntarios del reginiento. Asistirán el coronel y el mayor. Será un gran banquete en El León Rojo. A las ocho y media, Menos mal que te encontramos; el viejo hubiera rezongado de la lindo si te escabullías. Ya sabes que está loco por Balinkay, y cada vez que viene, todos tie-

nen que presentarse. Todavía no era yo muy dueño de mis pen-samientos. Pregunte asombrado:

- Quién ha venido? - Balinkay! No pongas esa cara de idiota,

¿Será posible que no conozeas a Balinkay? -{Balinkay? {Balinkay? - En mi cabeza reisnaba todavia un gran torbellino, y tuve que

retirar ese nombre trabajosamente como de en-tre trascos polvorientos —: Ah, sí; Balinkay. Balinkay había sido, en su tiempo, el mauvait sujet del regimiento. Mucho antes de ingresar yo a la guarnición, él había servido allí con el grado de teniente y luego de teniente primero, había sido el mejor jinete, el mozo más alocado del regimiento, un jugador desaforado y un tenorio. Pero le había sucedido no se qué percance desagradable, sobre el que nunca quise informarme; de todos modos, había dejado su uniforme en el término de veinticuatro horas y luego había corrido el mundo en distintas direcciones, dando lugar a toda clase de habladurías. Terminó por rehabilitarse, pescando en el hotel Shepheard, del Cairo, a una holandesa, una viuda con muchos millones, dueña de una empresa que disponia de diecisiete barcos y de entenses plantaciones en Java y Borneo; desde entonces Balinkay era nuestro patrono invisible. Parece que nuestro coronel Bubencic salvó

a ese Balinkay de un lío gordo, pues su fide-lidad para con el coronel y el regimiento era verdaderamente enternecedora. Cada vez que venia a Austria, hacía una escapada expresa a nuestra guarnición y tiraba el dinero con tal prodigalidad que siempre se hablaba de ello durante muchas semanes en toda la ciudad Sancia

una especie de necesidad intima de vestir por una rate el viejo uniforne y permanecer come cazunarad entre camaradas. Mientras estaba sentado en la habitual mesa de los oficiales, alegre y despreccupado, se noraba que ese salón mal blanqueado y llem de humo de El Léón Rojo, tenia cien veces más calor de hogar pará el que su palacio feudal en un muelle de Aussterdam; nosotros érantos y seguiantos siendo sus hitos, sus hermanos su familia autentica;

Quienquiera que vistiese la guerrera y lucierá en el cuello el galón de nuestro regimiento, podía confiar en Balinkay si alguna vez llegaba a verse en aprieros ecunómicos: bastala una ezra para que rodo quedara solucionado.

En cualquier outro montento hubiese celebrado sinceramente la oportunidad de comocer a
cse hombre tan alabado. Pero la idea de divetturme, de gritar, de escueltar brindis y discursos, une parecia, en mi estado trastrucado, la
más insoportuble del mundo. Trate de curarum
en siula, difinando que no me sentía muv bien.
Pero con un drástico: "No hay nada que hacer;
huy no puedes escapatre", Ferencz ya me habia toinado del brazo, y tuve que ceder de
mala gana. Mientras seguinos nuestro camino,
le oi cumfusamente referir a quiênes Balinkay
habia avudado, y cuino habia procurado un enipleo al cuñado de Ferencz, quien, ademas,
decia algo de uma pusibilidad para nossitos
de hacer carrera más rápida, enganchándonos
en un buque o trabajando en la India'e.

Coando, al fin, llegamos al gran salón de El León Rojo, cumpli más o menos decentenente con la tarca que se me habia asignado, gracias al hipnotismo de la disciplina. Y no fué poco el quehacer. Se sacó a relucir tuda la provisión de transparentes, banderas y emblemas que de ordinario sólo se usaban para el baile del regimiento; unos cuantos ordenanzas martillaban ruidosa y alegremente contra las paredes, y al lado de ellos, Steinhübel instruvó al corneta sobre cuándo v como dehia tocar su solo. Jozsi fue el encargado de redactar el menú, en el que se asignaban a todos los platos, denominaciones humorísticas alusivas; yo mismo tuve que ordenar la colección de los invitados, Entretanto, los mozos disponían las mesas vias sillas, y repartian las numerosas borellas de vino y champaña que Balinkay habia traído en su auto desde Viena. De extraño modo, esa batahola me hacía bien, pues su tuido aho-gaha los golpes sordos y las preguntas que latian entre anis sienes.

A las ocho, todo quedó a punto. Tenía el tempo preciso para dirigima el cuared, atreglarne v cambiar de uniforme, Mi ordenanza y estaba en antecedentes. Había preparado ni guerrera y mis butas. Sumergi rajidaneme la cabeza en agua fria v luego cebe un vistaxo al reloj. Me queclaban diez minutos, v nuestro cironel se fijala endiabladamente en la puntolidad. Me devesti ligero, tiré las botas pol-vientas; pero en el preciso momento en que me hallaha en paños menores delante del espejo para peinarme el cabello en desorden, al-

Fuien golpeó la puerta.

- No estoy para nadie! - grité al ordenanza.

Este se retiró obediente, y por un instante of

voces en el corredor. No tardo Kusma en volver, con una carta en la mano. ¿Una carta para mí? Tomé el sobre azul,

Una carta para mí? Tomé el sobre azul, grucso y pesado, casi un pequeño paquete que me quemó los dedos. No necesitaba mirar la letra para saber quién me escribia.

"Luego, más tarde", me dijo un instinto rápido. No lecr, no lecr ahora. Pero ya habia tasgadu el sobre contra mi voluntad, y leí, leí u carta, que crujia cada vez más en mis manos.

8 8 8

Fra una carta de dieciefic carillas, escrita a unclapluma, con mano evcitada; una carta de coa que una netsona sólo escribe o recibe una vez en la vida. Las frases se succidian precipandose como la sangre que mana de una herida abierta; sin pátrafos, sin postucación, una palabra se adelanisha y estaba sobre las erras. Ann abora, después de tartos años, voc amec mi cada letra, cada linea; aun abora po-

dría repetirla de memoria, a cualquier hora del dia co. de la moche, página tras página, fantas son las veces que la lei.

Seis veces - comenzaba diciendo - ya te he escrito, y orras tantas rompi todas las carillas. No queria delatarme, no lo queria. Me desuve, mientras bubo en mi todavia una resistencia. He hichado compigo durante semanas y semanas para disminilar frente a ti. Cada vez que venías, gentil y sin sospechar nada, yo ordenaba a mis manos que permanecicsen quietas, a mis miradas que fingiesen indiferencia para no turbarte; a menudo he sido, expresamente, dura y burlona para contigo, solo para que no sospecharas que ni corazón ardía por ti; procure todo lo que está en las suercas de un ser humano y ann lo que las sobrepasa. Pero hoy sucedio lo mevitable, y te juro que o misma fui presa de un ataque a traición. Yo mismo ya no entiendo como aquello pudo suceder; hubiera querido golpearme y casti-garme, tal es la vergüenza que siento. Yo sé, yo se que locura, que insensarez sería la de querer imponerme a ti; una criatura invalida no tiene derecho a amar. ¿Cómo no babia de ser una carga para ti, un ser castigado y desliecho, que siente borror de si mismo? Un ser como yo, bien se me alcanza, no tiene derecho a amar y menos a ser amado. Debe esconderse en un rincon y morir y no destrozar con su presencia la vida de otros; si, sé todo eso, y perezco por saberlo. Por eso nunca me hubiera atrevido a sorprenderte; pero, ¿quién sino tú me infundió la esperanza de que no seguiré siendo por mucho tiempo más el guiñapo mí-sero que soy abora? Podré moverme, trasladarme como otras personas, como los millones de seres superfluos que no saben siquiera que cada paso natural es un don y una maravilla. Me propuse scriamente guardar silencio hasta llegar en cerdad al punto de ser una persona, ma mujer como los demás, y quirás - quitast, digna de et, joh, amado! Pero mi impaciencia, mi antis de sanar era tan loca que, en aquel segundo en que tú te inclinaste sobre mi, ya crei, sincera y locamente, ser aquella otra, nueva, restablecida. Lo deseaba desde largo tiempo atrás, bacía demasiado tiempo que soñaha, y sú estabas cerca de mi; entonces olvidé por un instante mis piernas miserables, solo te ci a ti y me semi como aquella que anbelaba ser para si. No logias comprender que, ann en medio del dia, se puede soñar por un instante, cuando durante años y años se sueña ese sueño, de dia y de noche? Créeme, querido, sólo me confundió esa ilusión loca de que va estaba libre de arrastrarme; solo la impaciencia de no ser más la postergada y la tullida sué culvable de que mi corazón desbordara tan locamente. Comprende: ¡tenía desde tanto tiempo atrás tan infinito anbelo de til.. Pero abura sabes lo que no debias saber autes

de haber vo resucinado verdaderamente, y sabes quién es el úniro en esta tierra para quien quiero ser restablecida: únicamente para ti, Nada más que para ti. Perdoname, infinitamente amado, ese amor, y sobre todo te rnego, te imploro: no me temas y no me tengas korror No creas que por haber sido una vez indis-creta, valva a trastornarte y que pretenda de-tenerte, tal como estoy, débil; despreciable kasta para mi misma. No; te lo juro; nunica notarás uma insistencia mía, me conservaré insensible para ti. Solo quiero esperar, esperar pacientemente hasta que Dios se compadezca de mi y me devuelva la salud. Te mego, te suplico: no temas, mi amor, amado mio; ten presente, tú que me compadeciste como ningún otro, piensa en mi terrible desamparo, recuérdame clavada en mi silla, incapaz de dar un solo paso, incapaz de seguirte o de correr a tu encuentro. Ten presente que soy una presa que debe esperar en su cárcel, esperar siempre, paciente e impacientemente, basta que tú llegas y me obsequias con una hora, hasta que me permites contemplarte, oir tu voz, respirar, en un mismo ambiente, percibir tu presencia, que es la primera y única dicha que me ha sido concedida detde bace años. Piensa en todo esto e imaginate que estoy tendida, esperando día

y noche, y que cada hora se proionga, y casi imposible soportar la tensión. Y luego a vienes, y yo no puedo saltar como otras, m pnedo correr bacia ti, abrazarte y resenerse. Debo permanecer sentada y dominarme, calla y contenerme, fijarme en cada palabra, case mirada, cada vibración de la voz, con el solo objeto de que tii no llegues a imaginarte que me atrevo a quererte. Y, sin embargo, créeme querido, aun esa dicha sorturante constituia para mi una felicidad, yo me alababa y me estimaba cada vez que conseguia disinular y que til te ibas sin sospechar nada, libre y sin trabas. ignorante de un amor; entonces ya sólo me quedaba con el tormento de saber cuan irreunisiblemente babía quedado prendada de ti-

Pero ahora ya pasó lo inevitable. Y abora. amado, que no puedo seguir negando ni disinnilando lo que siento por ti, abora te ruego que no seas cruel conungo; aun el ser mas pobre y miscrable tiene su orgullo; yo no podria soportar que tú me despreciaras porque no me fué dado traicionar mi corazón. No pretendo que correspondas a mi amor; juo, por Dios: por el Dios que debe curarme y salvarme, no llego a sal osadía! No espero siquiera en suenos que tú pudieras ansarme tal como estoy abora; no quiero, tú bien lo sabes, ningún sacrificio, ninguna compasión tuya. Sólo pretendo que tú toleres que espere, taciturna, basta que por fin llegue el momento. Bien se me alcanza que ann esto es demasiado pedirte. ¿l'ero es. en verdad, demasiado el conceder a un ser humano la dielta más misera, infima, cuando se otorga gustoso a cualquier perro la felicidad de levantar a veces su mirada silenciasa a su amo? ¿Es preciso rechazarle bruralmente, hay que castigarlo con el desprecio? Lo tinico ya te lo digo, que no podria soportar seria el que, dentru de mi estado calamitoso, te bubiera resultado antipática por el solo becho de kaherme traicionado yo misma. No soportaria que me castigaras por colmo de mi verguenza desesperación. En tal caso, no me quedana mis que una salida que tú ya conoces. Yo te la revelé.

Pero no te turbes, no pretendo amenazarte. No quiero espantarte ni despertar la compa-

sión en lugar de tu amor, siendo aquella lo único que hasta abora me has brindado. Quiero que te sientas libre y despreocupado, no queto significar una carga para ti, ni imponente una culpa que no tienes; una sola cosa deseo, y es que perdones y olvides por completo lo sucedido, que olvides cuanto dije y revele. Dame siquiera ese lentivo, esa pobre seguridad. Dime en seguida - me basta una sola palabra que no te repuguo, que volverás a venir como si nada bubiese acaecido. No puedes imaginarte la preocupación que me acarrea el pensamiento de que bubiera podido perderse. Desde el instante en que la puerta se cerró tras de ti, me martiriza, no sé por qué, un temor mortal de que haya sido por última vez. En ese mimuto tú estabas pálido; cuando te solté habia en tu mirada tal espanto que, en nicdio de mi ardor, senti de pronto un frio glacial. Y sé - el criado me lo contó - que huiste inmediatameme de la casa, que de repente ya no se te encontró en ella, ni a ti ni a tu espada, ni tu gotra. En vano te buscó en mi habitación y en todas partes, y por eso sé que me buiste, como se huye de la peste y de la lepra, Pero, no amado mio; no te reprocho, puesto que te comprendo. Yo que me borrorizo de mi misma cuanda ven los grilletes de mis pies, yo que sé cuán mala, cuán versátil, cuán atormentadura, cuan dificil de soportar resulto en mi impaciencia, yo soy quien mejor comprende el espanto que infundo, joh, comprendo terriblemente bien que se me buya, que se experimente un sobresalio al ser aiacado por semejanse monstruo! Y, sin embargo, te imploro que me perdones, pues sin ti no hay para mi dias ni

noches, sino unicamente desesperanza. Manda-

me una esquelita, un papelito con rápidos era-

205, o si auieres, una boja en blanco o una

flor, una señal cualquiera, algo que me permita

saber que no me rechazas, que no me be tor-

nado insoportable para ti. Piensa que dentro de

pocos saus estaré lejos de aqui, para varios meses, 3 que dentro de ocho o diez dias habrá terunnado tu martirio. Y aun cuando emonces empiece el mio, mil veces superior, el martirio de no verte durante semanas o meses, no pienses en ello; piensa solmnente en ti, tal como vo siempre pienso en ti, y nada más que en ii. Deniro de ocho dias estarás libre; ven pues, una vez más, mandame entretanto una palabra, una señal. Soy incapaz de pensar, de vespirar, de sentir hasta tanto no sepa que me has perdonado. No quiero ni puedo seguir viviendo si me niegas el derecho de aucrerie.

-¡Esto es el colmo! En el hotel te esperan, impacientes, y helo aqui al señorito, en paños menores. Ya están reunidos todos aguardando que aquello empiece, y no falta ni siquiera Balinkay. De un momento a otro tendrá que llegar el coronel, y tú sabes cómo se pone el virio cuando uno de nosotros se atrasa. Ferdl me mandó expresamente, para ver si te ha su-cedido algo, y mírento al señor, levendo cartas de amor... Pero, ahora, vamos, pronto, si no recibiremos una buena reprimenda.

Era Ferencz quien se habia colado de ron-dón en mi habitación. No me di cuenta de su entrada hasta que me golpeo con su manaza pesada, fraternalmente, en el hombro. Por el moniento quede perplejo. El coronel? Ba-linkay? Ah, si; claro, claro, recorde entonces: un banquete para Balinkay. Tomé apresuradamente los pantalones y la chaqueta, y con la rapidez que había adquirido en el colegio militar, me vesti sin saber bien lo que hacia, Ferenez me miró extrañado:

-¿Qué te pasa? Te estás comportando como un lelo, Has recibido tal vez malas noticias?

-Ni por asomo. Ya vov. En tres saltos llegamos hasta la escalera, pero

de pronto me volví otra vez. ¡Maldición! ¿Qué te pasa ahora? - me

grito Ferencz, iracundo. Pero sólo queria recoger y guardar en el bolsillo interior de mi guerrera la carta que había dejado olvidada en la mesa. Llegamos al hotel a último momento. Todos los invitados habianse agropado alrededor de la mesa en forma de herradura, pero nadie se atrevió a sentirse verdaderamente alegre antes de que tomaran asiento los superiores, permaneciendo todos cohibidos como escolares después del toque de campana, cuando el maestro ha de entrar en clase de un momento a otro.

Los ordenanzas abrieron la puerta y entraron los oficiales del estado mayor, haciendo sonar las espuelas. Todos nos levantamos como un solo hombre y nos cuadramos por un instante. El coronel sentose a la derecha y el mayor con más años de servicio en su grado, a la izquierda de Balinkay. En seguida se animó la mesa; entrechecaron platos y cucharas y todo el mundo comenzó a charlar y comer animadamente. Yo era el único que permanecía como ausente en medio de mis bulliciosos camaradas, palpando a cada rato mi guerrera en aquel sitio donde algo martillaba y golpeaba como un segundo corazón. Cada vez que la tentaba, sentía la carta crujir a través de la tela suave y que se amoldaba como una malla.

El mozo me llenaba los platos inútilmente, Dejé todo sin tocarlo, pues aquel modo de escuchar me paralizaba como una especie de sueño con los ojos abiertos. Oía a diestra y siniestra palabras que no llegaba a entender; parecia que todos hablaban un idioma extraño. Vi al frente y a mi lado, rostros, bigotes, oios. narices, labios, uniformes, pero con aquel em-botamiento de los sentidos con que se mira a través de un vidrio los objetos de un escapa-

De pronto alguien golpeó enérgicamente con un cuchillo contra una copa. Como si el acero filoso hubiera cortado el ruido, se hizo de pronto el silencio. El coronel levantóse e inició su discurso: Hablaba, tomándose con ambas manos fuertemente de la mesa y moviendo el cuerpo fornido hacia adelante y atrás, como si hubiera estado a caballo. La primera palabra



DIAMANTES DETECTORES

Los diamantes, dada su sensibilidad a la radioactividad, pueden ser usados con eficacia como detectores, de la misma manera que se utilizan en la actualidad los instrumentos

era un duro y carraspeante llamado: "Camaradas". Claraniente separadas las sílabas, y con unas erres vibrantes que imitaban el redoble de un tambor, formuló su alocución bien preparada. Escuché atento, pero nii cabeza no me acompano. Sólo percibí palabras aisladas, re-tumbantes y estridentes. "... Honorre del ejerrreito... espirrritu caballerrresco austrrriaco... fidelidad al rrregimiento... viejo camarrrada..." pero al mismo tiempo interceptaba otras palabras mágicas, suavemente murmuradas, palabras suplicantes, tiernas ,procedentes de otro mundo. Desde mis adentros hablaba a la vez, la carra, "Infinitamente amado... no tenas..., no puedo seguir viviendo si me nie-gas el derecho de quererte... Y simultánea-mente las erres de redoble: "... No olvidó a sus camarrradas en el extranjerrro... ni su patrrria... ni su Austrrria." Y nuevamente aquella voz sollozante cual un grito ahogado: "Sólo pretendo que til toleres, que espere..., mándame una señal cualquiera.

Y de pronto, oi el estrépito de una salva: "¡Bravo, bravo!" Todos se levantaron, cuadrándose, como atraídos por la copa que levan-taba el coronel, y desde la pieza contigua resonó prontamente el solo de trompeta convenido, Todos brindaron por Balinkay, quien solo esperaba el fin de esa ducha para responder despreocupado, amable y divertido. Advirtió que iba a pronunciar nada más que unas palabras sin pretensiones, para asegurar que, a pe-sar de todo, no se hallaba en ninguna parte del mundo tan a sus anchas como entre sus camaradas, y no tardó en llegar al término de

su improvisación, exclamando:

-¡Viva el regimiento! ¡Viva su Majestad, nuestro serenísimo señor de la guerra, el emperador!

Steinhübel hizo una nueva señal al trompeta, quien toco otra vez su solo, v acto seguido retumbó en el coro el himno nacional y luego la canción de todos los regimientos austriacos.

Acto seguido Balinkav dió la vuelta a la mesa, con la copa en la mano, para brindar con cada uno de los asistentes. De pronto me encontré frente a un par de ofos que me saludaban alegres, luego de haberme advertido energicamente mi vecino: ":Salud, camarada!" Contesté con una inclinación de cabeza, y sólo cuando Balinkay ya había pasado a mi vecino, me di cuenta de que había olvidado de brindar con él. Pero va todo había vuelto a desaparecer baio una bruma abigarrada en que se mezclaban extrañamente los rostros y los uniformes. Caramba... ¿qué extraño humo azul era ese que tenía de repente ante mis ojos? ¡Ya habían empezado los demás a funar? ¿O que otra cau-sa había para que de pronto sintiera un calor tan sofocante? Quise beber rápidamente algo, y sin saber lo que tomaba, vacié dos o tres copas. Lo único que me importaba era hacer desaparecer de mi garganta una sensación amarga, repugnante. Iba a fumar yo también, pero al poner la mano en el bolsillo para extraer la cigarrera, percibí una vez más el crujir de la carta. Mi mano se contrajo instintivamente. De nuevo oi, a través de la baraúnda tremenda, las palabras suplicantes, sollozantes: "Sólo pretendo que me permitas quererte..., ya se que

seria insensatez querer imponerme a ti..."

Aproveché el niomento de mayor tumulto para despedirme a la francesa. Pensé que tal vez no se darian cuenta, y en caso contrario, todo me era indiferente. No soportaba más tiempo esas risas, esa alegría que, por asi de-cir, revelaban el vientre satisfecho. No podia más, no resistía más.

-¿Ya se retira el señor teniente? - me preguntó el ordenanza encargado del guardarropa, "¡Vete al diablo!", mutmuré para mis adentros, y sin decir palabra pasé de largo, No me animaba más desco que el de erazar la calle, doblar la esquina y subir las escaleras del

cuartel hasta mi piso, para estar solo, solo. Entre en mi habitación, de puntillas, para no despertar a Kusma, mi ordenanza, que dormia en la antecámara con pesada respiración que era casi un ronquido. Sin encender la luz, me saqué la gorra, el sable y la corbata, que hacia tiempo me ahogaba. Solo entonces prendi la lámpara, fuí hasta la mesa para leer, al fin con tranquilidad, la primera carta conmovida que me había dirigido una mujer.

Pero al instante ne sobrecogi, pues se ha-

llaba sobre la mesa otra carta. Otra carta mas! ¡Una segunda carta en el término de dos horas! La garganta se nic amido de enojo y rabia. Eso seguiria ahora, así, dia tras día, noche tras noche; llegaría una carta después de la otra. Si le escribia, ella comes-taria; si lo dejaba de hacer, exigiria contestación. Siempre querra algo de mi, todos los días, Me enviara mensajeros, me hablara por telefono, hará espiar cada paso mío, querrá saber cuándo salgo y cuándo vuelvo, con quien estov y cuanto digo, hago y proyecto, Vi que estaba perdido - que va no me soltaria más -, oh, el mago Diinn, Diinn, el vicio baldado! nunca más seré libre; esos garfios afanosos y desesperados ya no me soltarán más hasta que uno de nosotros quede destrozado, ella o vo, por obra de esa pasión insensata y desdlehada.

"No la leas", me dije. "No la leas hoy de ningún modo. No te dejes enredar más. No têndrás fuerza suficiente para resistir ese tira y afloja que terminará por despedazarte. Lo niejor será romper esa carta o mandarla de vuelta sin abrirla. De pronto, me asaltó la idea de que ella podía haber atentado contra su vida porque no le había contestado. Quizás iba a come-ter una atrocidad. Rasgué el sobre. Por fortuna, era una carta breve, Una sola carilla, unas diez lineas sin firma.

"Rompa en seguida mi carta anterior, Estaba loca, completamente loca. Nada de cuanto escribi es verdad. Y mañana no venya a visitornos, Le ruego sirmemente que tenga a bien no ven r. Debo cassigarme porque me humille tan misepues, mañana; no lo quiero, se lo probibo a usted. Y no conteste. No conteste en mugun caso. Confio en que rompera mi carta anterior y en que olvidará cada palabra. Y no piense mas en esto."

No pensar más en esto. ¡Qué orden tan in-

fantil! ¡Como si jamás unos nervios alterados fueran susceptibles de someterse al yugo de la voluntad! No pensar más en eso, en tanto que los pensamientos se persiguen como caballos desbocados y espantados, con herraduras dolorosamente martillantes en el estrecho espacio entre las sienes. No pensar en eso, cuando el recuerdo atrae incesantemente y afiebrado, una inragen tras otra, y los nervios tremolan y vibran, y todos los sentidos se disponen a la defensa. No pensar en eso, cuando la carta le quema a uno todavía las manos con sus palabras ardientes, esa carta de la que se toma y deja una hoja tras la otra para volverla a leer para comparar la primera con la segunda hasta que cada palabra queda marcada a fuego en el cerebro. No pensar en eso, cuando no se es capaz de pensar sino en esa sola cosa: ¿como librarse, cómo defenderse? ¿Cómo librarse de ese impetu afanoso, de ese exceso indeseado?

No pensar en eso! Yo mismo lo quería y apagaba la luz porque aclaraba demasiado y prestaba demasiada realidad a todos mis pensamientos. Traté de esconderme en la penumbra, me desvestí para respirar más libremente, me tire sobre la cama para cobrar mayor insensibilidad. Pero los pensamientos no participaban de esc descanso, revoloteaban como murcielagos, confusos y fantasmagóricos, alrededor de los sentidos apagados. Me pascé por la habitación, de un lado a otro, abrí el armario, busqué en los cajones, hasta encontrar el pequeño frasco de vidrio que encerraba un narcótico y volví tambalcante a la cama. Pero no había fuga posible. Aun dormido, carcomiendo el envoltorio negro del sueño, los ratones incansables de los pensamientos negros proseguían con su labor, y al despertar, a la ma-ñana siguiente, me sentí como vacio y como si anos vampiros hubieran chapado toda mi sangre.

Por eso, los ejercicios y el servicio, esa esclavitud meior v más suave, se me antojaban un alivio. También era un alivio el montar un caballo y marchar al trote junto con los demás, obligado a estar atento en todo instante, Había que mandar y obedecer. Durante tres o cuatro horas de ejercicios a lomo del caballo

me escapaba de mi mismo.

Al principio, todo marchó bien. Afortunadamente nos tocaba un día de trajín, de ejercicios para las próximas maniobras y el gran desfile final en que cada escuadrón iba a pasar en fila amplia delante del comandante, cada cabeza de caballo y cada punta de sable en una línea exactisimamente formada. Esos preparativos para el desfile exigían un trabajo extra-ordinario; había que repetirlos diez o veinte veces, no había que perder de vista ni a un solo ulano y, por lo mismo, esos ejercicios requerían de cada uno de los oficiales la atención más absoluta, de manera que yo estaba con todos los sentidos dedicados a mi tarea y olvidado de todo lo demás, ¡Dios sea loado!

Pero durante un descanso de diez minutos, mientras dejábamos pastar un poco a los caballos, mi mirada vagabunda rozó por casua-lidad el horizonte. A lo lejos brillaban en un azul acerado las praderas con sus gavillas y segadores, el horizonte plano recortóse redondo v limpio contra el cielo; detrás del picadero se distinguía la silueta, fina y larga como un pa-lillo, de una torre. Aquella era "su" torre con la terraza. Su visión me sobrecogió. Tuve que pensar por fuerza en ella, mirar fijamente aque-lla construcción y recordar que a esa hora, las ocho, ella se despertaba y pensaba en mí. Tal vez su padre se acercaba en ese momento a su cama, y ella le hablaba de mí; tal vez también preguntaba o daba encargos a llona o al criado, descosa de saber si no había llegado una carta, las noticias ansiosamente esperadas (no obstante, debí haberle escrito, pensé); también puede ser que ya se haya hecho subir a la torre y que desde allí, tomada de la baranda, me buscara con la vista, tal como yo mantenia ahora la mirada fija en su residencia. Apenas recordé que alli se anhelaba mi presencia, volvi a sentir en mi pecho ese ardiente tironco que ya me era familiar, la zarpa maldita de la compasión, y si bien se reinició el ejercicio y de todas partes llegaban voces de mando y se formaban los distintos grupos al galope y a la carrera, y yo mismo gritaba en medio de la batahola, me senti interiormente alejado del lugar. En la capa más profunda y personal de mi con-ciencia no pensaba más que en aquello en que no queria ni debia pensar.

222

-Maldición, ¿qué porquería es ésta? ¡Atrás!

Despejen, gentuza! Era nuestro coronel Bubencic, quien, con la cara roja como un tomate, venía galopando y gritaba a través de toda la plaza de ejercicios. Y no le faltaba razón al coronel. Alguien debía haber dado una orden equivocada, pues dos columnas, entre ellas la mia, que debían doblar una al lado de la otra, se enredaron en plena carrera, y se confundían peligrosamente. En el rumulto consginiente unos cuantos caballos corrieron espantados, otros se encabritaron, un ulano se había caído y quedó apretado debajo de su caballo, en tanto que los suboficiales gritaban v maldecían. Oíase el entrechocar de armas, relinchos de caballos, un tronar y galopar como en una batalla verdadera. Paulatinamente dos oficiales que llegaban dando grandes voces deshacian más o menos el embrollo ruidoso, y a un toque de trompeta agudo, los escuadrones, formados de nuevo, volvieron à establecer un solo frente. Entonces se ihició un terrible silencio. El coronel adelantóse en medio de ese silencio inquietante. Su forma de sentarse en la montura, erguido sobre los estribos y golpeando el látigo nerviosamente contra sus botas, nos permitió columbrar la tormenta que se avecinaba. Dió un breve tirón a las riendas. Su caballo se aquieto. Luego el coronel grito estridentemente por sobre toda

-; Teniente Hofmiller!

Sólo entonces comprendi cómo había sucedido todo ese revuelo. Indudablemente, fui yo mismo quien dió la voz de mando equivocade Debí haber estado distraído. Pensaba una vez mas en aquel tremendo asunto que me turbaba por completo. Era el único culpable. Toda la responsabilidad recaia sobre mi. Una ligera presión de los muslos, y mi caballo húngara trotó en dirección al coronel, quien, a unos treinta pasos, esperaba sin moverse.

No quiero recordar lo que entonces sucedió. Es verdad que el coronel atenuó a propósito su voz seca y chillona, a fin de que la tropa no entendiera las palabras brutales que me destinaba, pero asi y todo subió de vez en cuando por su garganta uno de los términos de ira más sabrosos como "burrada" o "modo cochino de mandar", retumbando agudamente en medio del silencio. La forma en que me gritó, con la cara congestionada, subravando cada palabra con un golpe ruidoso contra sus botas, debia revelar hasta en las últimas filas que se me reñia más que a un escolar. Me sentí asaeteado por cien miradas curiosas y acaso irónicas, en tanto que el colérico jefe me cubría de improperios socces. Hacía muchos meses que nadie habia sido amonestado como yo en aquella radiante mañana de junio con su cielo surcado por inocentes golondrinas,

Mis manos temblaban en las riendas, de impaciencia e ira. Hubiera querido asestar un fustazo a mi caballo y salir al galope. Pero con el rostro reglamentariamente inmóvil y congelado, debi tolerar que, para terminar. Bubencie me gritara que no estaba dispuesto a tolerar que un inútil como yo le enredara todo el ciercicio, que al día siguiente oiría más y que hoy no deseaba verme otra vez. Siguió, duro y vigoroso como un puntapié, un despectivo se!", rematado por un nuevo latigazo contra sus boras.

Tuve que levantar obedientemente la mano asta el casco antes de dar la vuelta y reintegrarme a las filas. Ninguno de mis camaradas me miró con franqueza, todos bajaron la vista, perplejos, cubriéndola con la sombra de los cascos. Todos se avergonzaban por nii, o, por lo menos, uve esa sensación. Por fortuna, una voz de mando abrevió ese paso por las baquetas. A un toque de corneta reinicióse el ejercicio; se deshizo el frente en distintas columnas. Ferencz aprovechó ese instante - por qué los más tontos serán siempre los de niejor corazón?- para acercarse como por casualidad y susurrarmes -No lo tomes a pecho. Eso puede sucederla a cualquiera.

Pero el buen muchacho llegó en mal momento, pues le contesté con brusquedad:

-¡Haz el favor de no meterre en lo que no te importa! -y le di la espalda.

En ese segundo experimenté por printera vez en mi propia alma cuán torpemente se puede herir con la compasión, Fue por primera vez y demasiado tarde.

888

"Dejar esto. Al diablo todo", pensaba mientras volvíamos a la ciudad. "Fuera de aquí, a cualquier parte donde nadie me conozca y donde esté libre de todos y de todo. Fuera, fuera; librarme y huir, no ver a nadie mas, no permitir que me endiosen ni que me humillen. Fuera, lejos" - y esas palabras confundianse inconscientemente con el ritmo del trote. Llegado al cuartel, tiré los frenos a un ulano y en seguida abandoné el patio.

Pero no sabía bien adónde dirigirme. No tenía un propósito firme ni una meta. En ambos mundos mios, tuera y dentro, la vida se mehabía hecho imposible. En mis sienes golpeaba sin interrupción ese: "¡Fuera, fuera!", que también retumbaba en mis pulsos. "¡Fuora de

ACOPLADO PARA AUTOS

Se ha ideado un nuevo acoplado plegadizo para autos, que puede transportar una carga aproximada de doscientos kilos. Este acoplado ofrece la ventaja de que cuando no se requiere su uso puede guardorse en el portabaules del coche. Tiene una rueda sola v un marco de aluminio que sujeta la lana. El peso total del acoplado es de veinte kilos.



aqui, de este cuartel maldito, de este villorgio!" Pense marchar a lo largo de la repugnante calle principal y seguir luego por la carretera, pero de repente alguien me saludó desde muy cerea, cordialmente. Contra mi voluntad, miré atento. ¿Quién era el que me saludaba con tauta familiaridad, ese señor vestido de civil, en traje gris visto nunca. Ese desconocido estaba al lado de un automóvil con el que se hallaban ocupados un par de mecánicos vestidos con zahones azules. Vino a mi encuentro, al parecer sin haberse dado cuenta de nri confusión. Era Balinkay, a quien antes sólo habia visto con uniforme.

-Está acatarrado - me dijo, señalando el

coche -. Eso le sucede en cada gran viaje. Creo que pasarán veinte años todavia liasta que uno pueda fiarse verdaderamente de estos cachivaches. La cosa era más sencilla con nuestros jamelgos viejos, y, por lo menos, nosotros nos entendíamos con ellos,

Senti instintivamente una súbita simpatía por ese hombre desconocido. Todos sus gestos denotaban gran seguridad, y además tenia la cálida mirada clara del hombre despreocupado y que sabe vivir. Apenas oí su cháchara, pensé, repentinamente iluminado: "Este es el hombre en quien podría confiar". Y en el espacio mínuno de un segundo, agregose a ese primer pensamiento, con la rapidez con que nuestro cerebro funciona en los momentos de tensión, toda una cadena de ideas.

-Perdona - le dije, sorprendiéndonie vo mismo de mi confianza -: ¿no tendrias cinco

minutos disponibles para dedicármelos?
-Encantado, querido Hof...

-Hofmiller - completé.

-Estoy enteramente a tu disposición. No faltaba más que no dispusiera de tiempo para un camarada. ¿Quieres que vayamos al restaurante o prefieres que subamos a mi habitación?

-Me agradaría más ir a tu habitación, si ello no te molesta, y realmente sólo por eineo mi-

nutos. No te entretendre mucho.

-Todo el tiempo que quieras. De cualquier forma, pasará media hora antes de que hayan reparado ese armatoste. Pero no hallarás muchas comodidades en mi habitación. El posadero siempre me quiere alquilar el aposento de lujo en el primer piso, pero por un senti-mentalismo determinado, siempre ocupo la pieza de aquellos tiempos. Alli, una vez...; pero no hablemos de eso.

Subimos. La habitación era verdaderamente muy modesta para un hombre tan rico. Balinkay sacó una eigarrera de oro, me ofreció un eigarrillo y facilitó mi tarea, empezando élmismo a hablar.

-Entonces, querido Hofmiller, ¿en qué pue-do serte útil?

-Quisiera pedirte un consejo, Balinkay. Quiero abandonar el servicio y marcharme de Austria. Quizás tú conozcas algo para mi.

Balinkay, de pronto, se puso serio. Su cara estiróse. Tiró el cigarrillo.

—¡Un absurdo! Vamos, un mozo como tú. Qué ocurrencia!

Pero se había apoderado de mí, repentina-mente, una tenacidad inflexible. Noté que la decisión en que diez núnutos antes no había pensado bien siquiera, se tornaba dentro de mí rigida y fuerte como el acero.

-Querido Balinkay - dije, con ese modo cortante que excluye toda discusión -, ten la bondad de ahorrarme cualquier explicación. Cada cual sabe lo que quiere y lo que tiene que hacer. Sin hallarse interiorizado, nadie puede comprenderlo. Creeme, tengo que hacer borrón

y cuenta nueva.

-No quiero entrometerme, pero créeme, Hofmiller, que estás por conreter una tontería. No sabes lo que haces. Tú tienes hoy, calculo, unos veinticinco o veintiséis años y te ha de faltar poco para alcanzar el grado de teniente primero. Esto ya es una cosa. Aquí tienes un grado, aqui representas algo. Pero en el momento en que quieras comenzar una vida nueva, cres el último novicio, y el vendedor más miserable re aventajará, aunque sólo fuera porme no arrastra consigo todos los prejuicios estúpidos que nosotros cargamos como una mochila. Creeme que cuando nos quitamos el uniforme, queda muy poco de lo que éramos antes, y solo te ruego que no te engañes porque yo he tenido la suerte de salir otra vez del marasmo. Fué el puro azar, que en mil casos se da una sola vez, y prefiero no saher lo que a estas horas hacen los otros, a quienes Dios no sostuyo tan gentilmente los estribos.

Hubo en su modo decidido algo convicente,

pero senti que no debia ceder.

Ya sé - confirmé - que eso significa un deslizamiento. Pero resulta que debo marcharme de aquí y no puedo elegir. Haz el gran favor de no persuadir le de lo contrario. No soy nada extraordinario, ya lo sé, ni aprendi nada especial; pero si tú puedes reconiendarme a alguien, puedo prometerte que no te dejaré malparado. Me consta que no soy el primero que te lo pide, puesto que también colocaste al cuñado de Ferenez.

-¿Jonás? - contestó Balinkay, acompañan-dose con un gesto despectivo de la mano -. ¡Hazme el favor! ¿Quien era ése? Un pequeño funcionario provincial. A esa gente es fácil ayudarla. A ellos hav que pasarlos de un taburete a otro que sea un poquito niejor, y ya se creen unos dioses. A Jonás no le importaba dar brillo a los pantalones en este o en aquel lugar, puesto que nunca ha estado acostumbrado a cosa mejor. Pero es muy distinto cuando se trata de idear algo para un hombre que va una vez ha ostentado una estrella en el cuello de la guerrera. No, querido Hofmiller; los pisos superiores siempre se ha-llan ocupados. El que quiere empezar en una profesion burguesa, ziene que ubicarse abajo, aun en el sótano, donde no huele precisamente a rosas.

-Eso no me importa,

-Mira, Hofmiller, yo no soy tu tutor y no me corresponde darte consejos; pero crec a un camarada que ha pasado por todo ello: importa muchisimo cuando uno se desliza de arriba abajo, cuando uno cae de su caballo de oficial en medio de la basura... Eso te lo dice uno que ha estado en esta piecita miserable desde el mediodía hasta la noche, diciéndose exactamente como tú: "Eso no me importa". Minutos antes de la doce y media, me di de baja, al pasarse lista. No quise ya sentarine en el casino de oficiales, ni cruzar la calle, en pleno dia, vestido de civil. Alquilé, pues, esta habitación - ahora ya sabes por qué siempre la pido -, y aquí espere hasta el caer de la noche para que nadie viera con ojos de compasión que Balinkay se marchaba en su pobre saco gris y con un sombrero hongo. En esta misma ventana estuve mirando por última vez a los paseantes vespertinos. Por alli caminaban los camaradas, todos uniformados, erguidos, derechos y libres, cada cual un pequeño dios, v rodos sabian quiencs eran v adonde pertenecían. Entonces comprendí por primera vez que ya no era más que una basura en este · mundo; tenía la sensación de haberme arrancado la piel junto con el uniforme. Es claro que tú piensas ahora que ésta es una necedad; que un paño es azul y el otro negro o gris y que ha de ser indiferente que uno se pasce arrastrando un sable o un paraguas. Pero todavía me recorre la espalda el escalofrio que senti cuando aquella noche me deslice hasta la estación y en aquella esquina me cruzaron dos ulanos sin saludarme. Y cuando luego llevé vo mismo mi valija al compartimiento de tercera clase v me senté entre las campesinas sudoresas y los obreros... Si, ya sé: todo esto es una tonteria, una injusticia, y nuestro llamado honor profesional es pura espuma; pero, ¿que quieres que te diga?, después de cuatro años de escuela militar y ocho de servicio, esto se le infiltra a uno en la sangre. Al principio, uno se siente como un tullido o como quien tiene un absceso en medio de la cara. Dios no quiera que tú tengas que pasar por este infierno. Por ningún dinero del mundo quisiera revivir aquella noche en que sali de aqui a hurtadillas y esquive todos los faroles hasta

llegar a la estación. Y aquello no era más que el comienzo.

-Por esu mismo, Balinkay, yo quiero irme lejos de aqui, donde tudo eso no exista y nadie

tenga noticias de nii. Yo hablé exactamente del mismo modo, Hofnuller, y pensé lo mismo que tú. Basta que se esté lejos para que todo quede borrado, tabula rasa. Es preferible ser lustrabotas o lavacopas en América, que según las historias re-feridas por los diarios, ha sido el principio de la carrera de los grandes millonarios, Pero no te olvides, Hofmiller, que se necesita también un buen montoneiro de dinero para llegar al otro lado del charco, y tú no sabes todavía lo que para gente como nosotros significa el hacer reverencias.

Se había levantado y hacía un movimiento enérgico con los brazos, como si la americana le resultara de repente demasiado estrecha. In-

esperadamente, nie abordó:

Al propósito, a ti te lo puedo confiar tranquilamente, pues hoy va no me averguenzo uras, y ¿quien sabe si no se te hace un bien apagando en buena hora tos humos románticos? Volvió a sentarse y acercó más su silla.

-Supongo que a ti también te han contado

toda la historia de la pesca gloriosa, de cuando yo conoci a mi esposa en el hotel Shepherd. Sé que esto lo cuencan en todos los regimientos, y si por ellos fuera, se imprimiria este asunto en los libros de lectura, como acto heroico de un oficial imperial v real, La verdad es que el caso no fué tan glorioso, y lo único que esa historia tiene de verdad, es que vo conoci a mi mujer, efectivamente, en el hotel Shepherd, Pero sólo yo y ella sabemos cómo la conoci, ella no lo ha contado a nadie, y yo, hasta ahora, tampoco; sólo te lo cuento a ti para que veas que no todo son rosas para nosotros. En pocas palabras: cuando vo la conoci en el hotel Shepherd, de El Cairo, vo era alli..., no te asustes..., mucamo; si, mi amigo, un muca-nio común y corriente. No llegué a ese cargo por gusto, sino por tonto, a causa de muestra terrible inexperiencia. Basta que yo lo haya experimentado y basta que lo haya sobrevivido. Entonces ocurrio el asunto con mi mujer. Poco antes, ella habia quedado viuda y venido a El Cairo junto con su he -mana y su cuñado. Ese cuñado era el individuo más ordinario que puedes imaginarte, ancho de hombros, gordo, fofo, malcriado, y no sé por que me veia con malos ojos. Ouizas era demasiado eleganre para el. Quizás no encorvaba suficientemente la espalda ante su excelencia; la cuestión es que una vez que no le serví el almuerzo exactamente al momento deseado, me grito: "¡Torpe!"... Tú comprenderás, es una cosa que llevamos dentro de los musculos después de haber sido oficiales..., antes de poder reflexionar, me desboqué como un caballo, me enderece... y falto poco para que le diera unos puñetazos en la cara... Bien; a ultimo momento logre dominarme todavía, pues has de saber que vo había tomado siempre ese asunto de mucamo como im carnaval, e incluso..., no sé si tú puedes comprender eso..., vo senti inmediatamente algo asi como un placer sadico porque tuve que rolerar semejante afrenta de un quesero cochino. Me quedé, pues, quieto, y le sonrei un poco..., ¿sabes?, así, de arriba abajo, sonriendo debajo la nariz..., hasta que el individuo aquel se puso pálido y verde de rahia porque se dió cuenta de que vo era de alguna manera superior a él. Me retiré entonces muy friamente de la habitación e hice todavia una reverencia tan irónica como cortes. Poen faltaba para que reventase de rabia. Estaba presente mi mujer; es decir, la que aliora es mi mujer; ella debe haberse dado cuenta vagamente de lo que había pasado entre nosotros, y no sé en que noto - luego me lo confesó por mi modo de erguirme, que hasta entonces por la nidos de Erganica, que nasa entontes en la vida nadie se había tonnado sensejante libertad connigo. Me siguió al pasillo para decirine que su cuñado estaba un poco netvicso y que no lo tomara a mal; bueno, y para que seras toda la verdad, te confesare que

incluso trató de deslizarme en la mano un billete de banco, para enderezar aquel entuerto. El aire con que rechacé su billete debió haberla sorprendido por segunda vez y le revelo, seguramente, que había algo de misterioso en mi condición de mueamo. Pero con eso habria terminado el asunto, a mi modo de verpues en aquellas pocas semanas había ahorrado lo suficiente como para volver al país sin tener que mendigar en el consulado. Sólo fui alli en busca de un informe. Entonces vino en mi ayuda una de esas casualidades que se dan una vez entre mil. Resulta que en ese momento pasó el cónsul por la antesala, y ese cónsul no era ni más ni menos que Elemer de Juhacz, con quien vo había estado quien sabe cuántas veces en el Jockey Club. Claro està, el en seguida me abrazó y me invitó a su club... nueva casualidad..., o sea casualidad sobre essualidad, y sólo te enento todo esto para que comprendas cuántas casualidades locas se tie-nen que dar cita para sacarnos del fango. Bueno; es el caso que en aquel club estaba la que ahora es mi mujer. Cuando Elemer me presentó a ella como su amigo, el barón Ba-unkav, se puso roja como el fuego. Desde luego, me reconoció de inmediato y la mortificó indeciblemente el asunto de la propina. Pero me di cuenta en seguida de que se tra-taba de una mujer noble y decente, pues no hizo aspavientos, no trato de disimular, sino que confesó en seguida franca y claramente. Todo lo demás se arreglo pronto, y no viene al caso. Pero, eréeme, esos encadenamientos no se dan todos los días, y a pesar de mi di-nero y de mi esposa, para la que todos los días le pido a Dios mil bendiciones, no quisiera revivir aquello.

Alargue, sin saber, mis manos hacia Balinkay. -Te estoy sinceramente agradecido por tu advertencia. Ahora sé mejor todavía lo que me espera. Pero, palabra de honor, no veo otra salida. Realmente no conoces nada para mí? Por aquí dicen que tienes unos negocios fa-

Balinkay guardó silencio por un momento;

luego suspiro compasivo:

- Pobre Hofmiller! Te tienen que haber machucado de lo lindo. No temas, no te preguntaré nada; ya veo bastante. Cuando uno ha llegado a este punto, es inútil que se le aconseje. En un caso así, hay que poner manos a la obra como camarada, y no hace falta que te jure que no tendrás queja de mi. Mañana, muy temprano, nos marcharemos, mi señora y yo; pasaremos ocho o diez días en Paris, luego unos dias en el Havre v en Amheres, para inspeccionar las agencias. Pero dentro de tres semanas aproximadamente, estaremos en casa, y en cuanto lleguemos a Rotterdam, te escribiré. No te preoeupes; no me olvidaré. Puedes confiar en Balinkay.

-Ya lo sé - contesté -, y te estoy muy

agradecido. Pero Balinkay debió haber percibido un leve

desencanto en mis palabras.

-¿Te resulta eso demaxiado lejano?

-No - titubeé -; sabiéndolo con seguridad, claro que no. Pero... hubiera preferido, desde

Balinkay reflexionó un instante,

-¿Hoy, por ejemplo, no tendrías tiempo?... Quiero decir, mi señora está hoy en Viena, y como el negocio es de ella y no mío, correspunde a ella pronunciar la palabra decisiva.

-Naturalmente, tengo tiempo. Estoy libre hoy - repliqué rápidamente. Recordé que el coronel no descaba volver a verme en ese día.

-Bravo, muy bien! Entonces lo mejor será que vengas conmigo en el carromato. Halira lugar para ti junto al chofer. No podrás venir atrás porque he invitado a mi amigo, el barón Lajus, con los suyos. A las cinco estaremos en el Bristol, hablare en seguida con mi señora, y con eso va estaremos del otro lado; nunca me niega nada que yo le pida en favor de

un camarada. Le di un apretón de manos. Bajamos la escalera. Los mecánicos ya se habían quitado sus ropas de trabajo: el auto estaba listo.

La velocidad tiene algo de embriagador, y aturde tanto lo físico como lo psíquico. Apenas el coche pasó ruidosamente de las calles de la ciudad al campo abierto, me sentí invadido por una extraña distensión.

A las cinco y media nos detuvinos frente al hotel Bristol, muy zarandeados, cubiertos de polvo y, no obstante, maravillosamente anima-

dos por el vértigo

-Así no puedes subir a ver a mi señora me dijo Balinkay, sonriendo -. Se diria que han vaciado una bolsa de harina sobre tiquién sabe si no sería mejor que vo la hablara a solas, así me explico con más libertad y rú no tienes por qué sentirte molesto. Mira, tu ve a lavarte y cepillarte bien, y espérame luego en el bar. Yo bajaré dentro de breves minutos para darte la contestación. No te preocupes hasta entonces. ¡Arreglaré este asunto conforme a tus descos!

En efecto, no me hizo esperar mucho tiempo.

A los cinco minutos ya volvió riendo.

-¿No te lo dije? Ya está todo arreglado. es decir, si te conviene. Puedes pensarlo hasta cuando quieras y renunciar cuando gustes. Mi señora..., no hay que hacerle, es en verdad una mujer inteligente...; ha dado una rez más en el clavo. El caso es que se te destinará en seguida a un barco, sobre todo para que aprendas los idiomas y veas el mundo de allende el mar. Seras asistente del sobrecargo, tendrás uniforme, comerás en la mesa de los oficiales, viajarás unas cuantas veces a las Indias Holandesas, y ayudarás a borronear pa-peles. Luego ya te colocaremos en alguna parte, acá o allá, como tú quieras; mi esposa me lo ha prometido formalmente.

-: Muchas gracias! ... -No tienes uada que agradecer. Se sobreentendía que trataria de serte útil. Pero te vuelvo a repetir, Hofmiller, que no procedas a tontas y a locas. Por mi, ya te puedes pre-sentar y embarcar pasado mañana. Telegrafiare de todos modos al director para que vaya anotando tu nombre; pero desde luego, sería mejor que consultaras con la almohada... Bueno: sea la que fuera tu decisión, yo, en-

cantado. Quédate con Dios. Miré a ese hombre que me había sido enviado por el destino, verdaderamente emocionado. Con su ligereza maravillosa me había evitado lo más pesado, rogar y titubear, y la tensión martirizante previa a la decisión, de modo que sólo me quedaba por eumplir una pequeña formalidad: la redacción de mi renuncia. Era lo único que faltaba para que quedase libre y a salvo.

222

Veinte minutos después, o sea a las seis, me hallaba sentado en un café redactando mi renuncia. Pero cuando me hallaba escribiendo las primeras líneas, me senti invadido por un raro ensueño. Me detuve y empecé a reflexionar sobre lo que sucederia al dia siguiente, al llegar ese documento al despacho del regimiento, Para empezar, seguramente, una mirada sorprendida del sargento primero, luego un cuchicheo de sorpresa entre los escribientes subalternos; pues no era cosa corriente el que un teniente renunciara sin más ni más a su cargo. Luego esa hoja recorreria las instancia, de oficina en oficina, hasta llegar a manos del propio coronel. Vi a éste patente, plásticamente, calándose los anteojos, quedando cortado al leer las primeras palabras y dando luego un puñetazo en la mesa a su modo colérico. Ese hombre rudo estaba demasiado acostumbrado a que sus subalternos, a los que acababa de insultar de arriba abajo, se mostraran encantados y felices, si al dia siguiente les hacía comprender por una palabra llana que la tormenta se había disipado definitivamente, Esta vez, sin embargo, se daria cuenta que liabia chocado contra una

cabeza terca, la del oscuro teniente Hofmiller, quien no admitía sus gritos

No me averguenza confesar que me soliravino una extraña satisfacción propia mientral me imaginaba todo eso. La vanidad constituye uno de los impulsos más fuertes de todas nuestras acciones, y las naturalezas más débiles sucumben con particular facilidad a la tentación de hacer algo que impresione como energía, valor y decisión. Ahora tenía, por primera vez, oportunidad para demostrar a mis camaradas que yo era de aquellos que se respetan. todo un hombre. Segui escribiendo aquellas veinte líneas, cada vez más rápido y, según creo, con trazos cada vez más enérgicos. Lo que al principio no había sido más que una tarea enojosa, convirtióse en un placer personal. Faltaba la firma — y quedaba todo termi-

nado -. Consulté el reloj: eran las seis y media. Llame al mozo para pagar. Luego me dis-puse a pascar por última vez en uniforme por la calle Ring y a tomar el tren nocturno a la guarnición. A la mañana siguiente entregaria el papelote, y entonces todo concluiría en forma irrevocable, y comenzaría una nueva exis-

Doblé, pues, la hoja, primero a lo largo v después a lo ancho, para guardar ese documento fatal en el bolsillo interior del chaleeo. La ese momento sucedió lo inesperado.

Sucedió lo siguiente. En el medio seguado en que, muy ufano, muy resuelto y hasta alegre (toda realización trae alegria) meti el voluminoso sobre en el bolsillo, percibi una re-sistencia crujiente. "¿Que hay aquí dentro?" pense involuntariamente y meti la mano. Pera mis dedos se retiraron convulsivamente como si hubieran comprendido lo que era aquella cosa olvidada antes de que vo mismo me acos-dara, Fran las cartas de Edith, sus dos cartas de la vispera.

No puedo describir con exactitud la sensación que tuve en el instante de ese recuerdo repentino. Creo que no fué tanto de asombro como de vergüenza indecible, pues en ese instante desgarrose una niebla, mejor dicho, un suroengaño, Reconocí con la rapidez del relâmpago que todo cuanto había hecho y pensado en las últimas horas era perfectamente falaz. Tanto lo era el disgusto por mi papel desairado como mi orgullo por la heroica renuncia Si me retiraba tan de repente, no era porque el coronel me hubiese reprendido (eso, al fin al cabo, sucede todas las semanas); en realidad me batía en retirada ante los Kekesfalva. ante mi engaño y mi responsabilidad, me disponía a correr, porque no soportaba el ser querido mal de mi grado. Era una fuga misera, cobarde.

Pero lo hecho, siempre tiene poder. Ya que estaba escrita la solicitud de retiro, no quise desmentirme. "¡Al diablo! - me dije iracundo -. ¡Que me importa a mi que esa niuchacha espere y lloriquee! Ha provocado mi enojo v me ha trastornado bastante. Qué tengo que ver yo con que aquel ser extraño me quiera? Con los millones que tiene, ya encontrará otro a quien prodigar su afecto, y si no. no es cuesción de mi incumbencia. Basta com que vo renuncie a todo y que me arranque d uniforme. ¿Que tengo que ver con toda esta preocupación histérica sobre si ella sanará no? ;Si vo no soy médico!

Al llegar a ese término "médico", mis pensamientos se detuvieron repentinamente, to como una máquina que gira vertiginosamente se para a una señal. Asocié a esa palabra "médico" el nombre de Condor, y me dije en se guida que aquél era un asunto suvo. A él le pagaban para curar a la enferma. Eni paciente suva v no mia. Si él enredaba las cosas, que la descuredara. Pense que lo meine era ir y verlo en seguida y explicarle que yo me desentendia

Eran entonces las siete menos cuarto, y tren no salia hasta después de las diez. Me sobraba, pues, tiempo, va que no tenía mucho que explicar. Me bastaba con decir a Condor que, en cuanto a mi persona, aquello había terminado. ¿Pero dónde vivia? No me lo ha-bia dieho, ¿o yo lo había olyidado? No importaba; como médico debia figurar en la guía de teléfonos. Me dirigí, pues, a la cabina del teléfono y consulté la guia. Be... Bi... Bu... Ca., Co., Ahí estaban todos los Condor: Condor Antonio, comerciante... Condor Dr., Emerich, médico, calle Floriani, 97. No figuraba otro médico del mismo nombre en toda la hoja, de modo que debía ser él. Al salir, me repetí dos o tres veces la dirección. No llevaba lápiz, pues en mi prisa diabólica me había olvidado de todo. Detuve el primer coche y di en se-guida las señas al conductor, y mientras el carruaje rodaba rapida y suavemente sobre sus ruedas, fui preparando mi plan. Me propuse hablar poco y enérgicamente, quería evitar de todos modos la impresión del hombre que titubea. No quería dejar sospechar siquiera que huía de los Kekesfalva, sino que iba a presentar mi renuncia como hecho consumado, como si todo lo hubiera preparado desde meses atrás y que sólo en ese día había conseguido un empleo excelente en Holanda.

FI coche se detuvo. Bajé v leí en una chapa: "Dr. Emerich Condor, segundo pario, tercer piso. Consultas de dos a cuatro". De dos a cuatro, y enan cerca de las siete. Sin embargo, estaba seguro de que me recibiria aún a esta hora. Pagué al cochero y crucé el patío mal adoquinado. ¡Qué escalera de caracol tan pubre, con sus peldaños gastados, con sus pardes agrieradas y llenas de inscripciones, con un olor a cocinas pobres y servicios mal cerrados!

Elegué por fin al tercer piso, un pasillo largo, con puertas a la izquierda y a la derecha, y una al fondo, en el centro. Me dispuse a sacar una caja de fásforos para encender uno de ellos a fin de hallar la puerta que buscaba, cuando de la izquierda salio una mucama vestida con bastante descuido, con una jarra vacía en la mano, probabliemente para ir a buscar cerveza para la cena, Le pregunté por el doctor Condor.

—Vive aqui — me contestó, revelando por su modo de hablar su procedencia bohenia — Pero todavía no está de vuelta. Se fué a Meidling; no ha de tardar. Dijo a la señora que estaría sin falta a la hora de la cena. Pase y espere.

Sin dejarme tiempo para reflexionar, me introduio en el vestíbulo.

-Tome asiento aquí - me dijo, indicándome con cierta condescendencia una de las sillas, Esperé, pues. Era la usual espera nerviosa en la antesala de un médico, donde, sin tener verdadero deseo de leer, se hojea siempre las gastadas revistas que se han tornado anacrónicas, para engañar mejor la propia inquietud con apariencia de actividad, donde uno se levanta a cada rato, se vuelve a sentar, mira a intervalos cortos el reloj, que con un péndulo somnoliento hace tic-tac en un rincón: las sicte y doce, las siete y catorce, las siete y quince, las siete y dieciseis. A las siete y veinte no aguanté más. Ya había calentado dos sillas; me levanté, pues, y me dirigí a la ventana. Volví a mirar el reloj: las siete y veinticinco, las siete y media. ¿Por qué no vendrá? No podía

Por fin — respiré aliviado —, of que al lado se cerraba una puerta. Me senté, adoptando una pose adecuada, repiriéndome: "Muéstrase my despreceupado y dueño de ti mismo, habla, con soltura, dile que sólo has venido de paso para despedire y para poetile, además, su vaya pronto a ver a los Kekesfalva y que les

ni quería esperar más. Noraba que la espera

me quitaba la seguridad y el aplomo.

DE LOS HELICOPTEROS

Una de las razones por las cuoles los helicópteros son más eficaces que otros aviones para pulverizar insecticidas sobre plantaciones, es la de que los palos harizantales de sus hélices dirigen hacia abajo las corrientes del aire que remueven.

que debias ausentarte a Holanda y abandonar la carrera". Por todos los demonios, ¿por qué, caramba, me hacia esperar más? Oi claramente que al lado se arrastraha una silla. De pronto, percibí un ruido muy apagado junto a la puerta, como si alguien apretara o jugara con el picaporte; y, en efecto, éste se movió. El delgado trozo de metal se movió en la penunbra, y la puerta abrióse en una pequeña ranura negra. Tal vez es la corriente, el viento, me decia, pues ningún honibre normal abre una puerta tan lentamente, salvo, tal vez, un ladrón en medio de la noche. Pero no, la rendija se ensanchaba. Desde adentro, una mano debia abrir la puerta con gran cuidado y, por último, reconoci en la oscuridad una sombra humana. Me quedé mirándola fijamente, Entonces una voz de mujer preguntó a través de esa abertura, muy apocada: -- Este... shay alguien aqui?

La contestación se me quedó atravesada en la garganta. Supe en seguida que hay una sola clase de personas que pueden hablar y preguntar de ese modo: los ciegos. Sólo los ciegos caminan y se arrastran en forma tan silenciosa; sólo ellos tienen ese timbre tan inseguro en la voz. Y en el mismo instante me recorrió cual relámpago un recuerdo, ¿No había dicho Kekesfalva que Condor se habia casado con una ciega? No podía ser sino ella la que estaba detrás de la puerta y me preguntaba sin verme. Concentré mis miradas con esfuerzo para distinguir su sombra dentro de la penumbra, y por fin reconocí una mujer delgada con una amplia bata de entrecasa y con el cabello canoso y un poco revuelto. Me quedé mudo por el espacio de un segundo. Luego me levanté e hice una reverencia - si, hice una reverencia, a pesar de que es una insensatez inclinarse delante de una ciega -, y bal-

buceé:
-Yo... espero al doctor.

Entretanto, la mujer halúa abierto enteramente la puerta. Con la mano izquierda sostenía aún el picaporte, como si se procurara un apoyo en el espacio negro; luego adelantices, sus cejas se fruncieron sobre los ojos apagados, y con una voz de mando, completamente distinta, muy dura, me dijo:

-Esta no es hora de consulta, Cuando mi marido venga a casa, tendrá que comer primero y descansar, ¿No podría usted volver mañana?

-Perdone, señora...; naturalmente no se me ocurre consultar al doctor a una hora tan avanzada. Sólo quise darle una noticia...; se trata de una de sus enfennas.

"Sus enfermas! (Sienmas, — Sus enfermas! — Sus enfermas! (Sienmas en la actritud dejó paso a un tono lloroso — Esta noche, a la una y media, lo han yenido a busear; esta mañena ha salido a las siete, y desde la hora de la consulta no ha regresado todavia. El mismo tiene que enfermarse si no lo dejan en paz. Petre shora hasta Ha masado

la hora de las consultas; ya se lo dije. Atiende hasta las cuatro, nada más. Déjele anotado lo que quiera, o si es cosa urgente, vaya a vet a otro médico. Hay bastantes médicos en la ciudad, cuatro en cada esquina.

Se acercó a tientas, y casi consciente de ma culpa, me retiré ante ese rostro iracundo y excitado en que los ojos abiertos brillaban co-

nro glohos iluminados.

—¡Váyase, he dicho! ¡Váyase! Déjelo comer y darmir como a la deinás gente. No se agarren todos ustedes de él, a zarpazos. De nuche y por la mañana temprano, durame todo el dia, siempre los enfemos, para todos debe procouparse, y todo de balde. Porque ustedes comprenden su debilidad, todos se lanzan sobre él, y sólo sobre él...; jáh, cómo son bre él, y sólo sobre él...; jáh, cómo son ustedes de crucles! Ustedes no conocen más que las enfermedades y las procoupaciones su-yas, Pero vo no la tulero, no lo permito, Váyase, he dicho; vávase inmediatamente, Déjelo por fin en par, conocédale será mírca hora libre.

-Claro, señora - nic disculpé -. Comprendo perfectamente que el doctor necesita descanso; no lo molestaré. Permítame que le deje unas palabras escritas o que le hable por teléfono

de aquí a predia hora.

--[NO! [NO! No hable por teléfono, Todo el día suena el aparato, todos quieren algo de fi, todos preguntan y se quejan. Antes de que se lleve la cuchara a la boca, ya se tiene que levantar de la mesa. Venga usted mañana a la consulta, le dije; no ha de tener tanta prisa. Alguna vez tiene que descansar. Váyase ahora... Retirese, he dieho.

Y con los puños cerrados, adelantindose a tientas, la ciega dirigióse a mí. Fué algo copantoso. Tenía la sensación de que en el próximo instante me zarandearía cun sus manos, extendidas. Pero en ese momento chirrió la puerta del departamento, cerrándose con bastante mádo. Debía ser Condor que llegaba. La mujer escuchó sobrecogrida. Sus rasgos se transfiguraron de inmediato. Empeña a remiblar todo su cuerpo, y sus manos, que acababan de exar cerradas, juntáronse de repente, suplicantes.

—No lo entretenga usted ahora — susurró —, No le diga usted nada. Por supuesto, llega muy cansado. Anduvo todo el día de una parte a la etra. Sea considerado. Tenga com:...

En ese momento abrióse la puerta y entró

* * *

Indudablemente comprendió la situación a primera vista. Pero ni por un segundo perdió la presencia de ánimo.

--Oh, tú le has hecho compañía al señor teniente? --dijo en su modo jovial con el que disimulaba, pronto lo comprendí, sus tensiones fuertes --. Es una gran gentileza tuya, Clara,

Al mismo tiempo se encamino hacia la ciega

borotado. Al efecto de ese contacto, se mudo toda su expresión. El tenior que un instante atrás había desfigurado su boca grande, desapareció bajo esa caricia, y ella dirigióse a él con una sonrisa desamparada y vergonzosa, casi de novia, apenas percibió su proximidad. Condor puso su brazo en sus hombros y repitio, sin mirarme:

-Ha sido una gran gentileza tuya, Clara y su voz parecia un acompañamiento de sus

-Perdona - empezó a disculparse -. Pero tenía que explicarle a ese señor que tú primero debías de comer, pues has de traer mucho apes tito. Todo el día estuviste fuera, y mientras tanto te han llamado por teléfono doce o quince veces... Perdona que le haya dicho a ese

señor que vuelva mañana; pero...

-Esta vez, hija - dijo riendo, pasando nuevamente su mano sobre el cabello (comprendi que lo hacia para que su risa no pudiera herirla) -, estabas muy equivocada al tratar de librarme del visitante. Este señor, el teniente Hofmiller, por fortuna no es un paciente, sino un amigo que hace mucho me prometió que vendria a visitarme si alguna vez llegaba a la ciudad. Solo puede tomarse unas horas a la

servicio. Queda por saber ahora lo principal: ¿Tienes algo bueno para convidarlo a cenar? -¡Oh, no; muchas gracias! - rechacé apre-soradamente -. Debo marcharme en seguida, No debo perder el tren nocturno. En realidad, sólo quería transmitirle los saludos de aquella gente, y eso se hace en un par de minutos.

-¿Anda todo bien por alla? - me preguntó

tarde, pues durante el dia debe cumplir con el

Condor mirandome con ojos penetrantes. Pareció comprender que algo había sucedi-

do, pues agregó rápidamente:

-Sepa usted, mi amigo, que mi señora siempre sabe lo que me pasa, generalmente incluso lo sabe mejor que yo. Tengo, en efecto, un hambre barbara, y antes de que haya comido y funiado un cigarro no serviré para nada. Si es de tu agrado, Clara, los dos vamos a comer ahora tranquilos, y hacemos esperar un poco al teniente. Le doy un libro o, si quiere, mientras tanto, descansa un rato. Supongo que usted también acaba de pasar un dia bastante agitado. Cuando llegue el momento del cigarro, yo volvere aqui, eso si, con pantuflas y saco de casa. ¿Verdad, teniente, que usted no me exige etiqueta? ...

-Y yo, realmente, sólo me detendré diez minutos, señora... Luego tendré que correr

para no perder mi tren.

Esta sola afirmación bastó para que su rostro volviese a aclararse por completo. Me abordó casi en forma amable:

-Es una lástima que usted no quiera cenar con nosotros, teniente; pero espero que otra

vez lo haga.

Me alargó su mano muy suave, delgada, un poco apergaminada y rugosa. La besé respetuosamente. Y miré con verdadero enternecimiento cômo Condor condujo a la ciega con mucha precaución a través de la puerta, evitando que se rozara al caminar.

Estaré con usted dentro de veinte núnutos. Entonces discutirentos todo con pocas palabras. Entretanto usted puede tirarse un poco en el sofa o repantigarse en el sillón. No me gusta su aspecto, mi amigo; parece excesiva-mente cansado. Y se me antoja que a los dos nos hace falta estar con la cabeza clara y capaces de concentrarnos.

883

La experta mirada de Condor no le habia engañado. Sólo después de haberlo dicho él, noté cuán terriblemente cansado estaba al cabo de aquella noche insonme y de esa jornada repleta de sobresaltos. Siguiendo su consejo - ya note que era presa absoluta de su voluntad -, me estiré en el sillión de su sala de espera, echando la cabeza nmy atrás y apoyando las manos perezosamente en los multidos brazos. Mientras duraba mi espera angustiosa, afuera se había cerrado la noche; apenas logré distinguir en la salita el fulgor argentino de los a mi espalda, en derredor del sillón en que descansaba, abovedábase todo un nicho de oscuridad. Cerré los ojos involuntariamente y poco a poco me quede dormido,

De repente, una mano me tocó en el hombro. Condor debió haber entrado con pasos apagadisimos en la habitación completamente oscura, o tal vez me habia quedado realmente dornido. Quise incorporarme, pero él oprimió

mis hombros suave y a la vez energicamente:

-No se mueva. Me sentare aqui con usted. Se habla mejor en la penumbra. Sólo le ruego que hablemos bajo, muy bajo, Usted ya sabe temente de un modo mágico, y además tienen un misterioso instinto de adivinación. Hable, pues - y al mismo tiempo me pasó su mano, como en un pase hipnótico, desde el hombro, a lo largo de rodo el brazo, hasta la manoy no tenga reparos. Noté en seguida que le sucedia algo.

Yo, mientras permanecia estirado y me envolvia en la penunibra, olvide por completo mi proposito de fingir delante de Condor. A pesar mio fui perfectamente sincero; le informé - y hubo en ello algo del placer reparador de la confesion - del estallido inesperado de Edith, mi turbación, mi temor, mi tribulación. En esa oscuridad silenciosa, lo conté todo; y nada se movia, fuera de los cristales de los lentes que a veces relampagueaban inciertamente, al mover Condor la cabeza.

Siguió luego un silencio, y al silencio, un sonido raro. Al parecer, Condor había entrecruzado los dedos hasta hacer crujir las fa-

langes.

-Esta era, pues, la madre del borrego - re-zongo disgustado -. Y yo, tonto de mi, no lo había visto. Siempre es lo mismo: no se per-cibe al enfermo detrás de la enfermedad. Con ese modo de examinar y de palpar preciso en busca de cualquier síntoma, se pasa por alto lo más esencial o sea lo que acontece dentro de la persona misma. Es decir, algo observé en seguida en la muchacha; usted recordará que después del último examen pregunté al vicio si alguna otra persona había intervenido en el tratamiento. Había llamado mi atención aquella voluntad ardiente y repentina de sanar cuanto antes, Estuve, pues, en lo cierto al sospechar que un ser extraño se había mez-clado en el asunto. Pero, torpe de mí, solo había pensado en un barbero o magnetizador; crei que la habian trastornado con alguna brujeria. Lo único que no se me ocurrió era lo más sencillo, lo más lógico, lo más evidente. El enamoramiento forma poco menos que parte orgânica de una muchacha en la época del desarrollo. Lo malo es que eso suceda justa-mente ahora y con tal vehemencia. Dios míu, pobre niña!

Se había levantado. Percibí el ir y venir de

sus pasos cortos y un suspiro: Es cosa tremenda que eso tenga que ocurrir justamente ahora que urdimos ese asunto del viaje. Y lo peor es que ni Dios puede dar marcha atràs, porque ella se sugiere la idea de que tendra que curarse para usted y no para ella. Será horrible, horrible, la reacción que ha de producirse. Altora que ella espera y exige todo, va no se conformará con una pequeña mejoria, con solo un progreso. Dios mio, con que responsabilidad tremenda hemos

cargado los dos! Dentro de mi tomó cuerpo de súlito una resistencia. Me molestó esa manera de involucrarme. Precisamente había ido para librarme.

Por eso le interrumpi resuelto:

-Comparto integramente su opinión. Las consecuencias serán infinitas. Será necesario poner coto a tiempo a esa ilusión absurda. Tendrá usted que intervenir en forma enérgica. Debe decirle ...

-Pues... que ese enamoramiento es simplemente una nineria, un disparate. Tiene usted que quitárselo de la calieza.

-¿Quitarle de la cabeza? ¿Quitarle qué de la cabeza? ¿Trotar de hacer desistir a una mu-

jer de su pasión? ¿Decirle que no sienta lo siente? Que no quiera lo que quiere? Eso & ría lo más equivocado que pudiera hacer mismo tiempo lo más tonto. ¿Usted ha decir alguna vez que se puede desbarara pasión mediante la lógica? ¿Que se puede suadir a la fiebre: "Fiebre, no ardas" o fuego: "Fuego, no quemes"? Es un pensam to muy hermoso, verdaderamente filantropes el de decirle a la cara a una enferma, a tullida: "¡Por el amor de Dios, no te hages ... ilusion que tu también puedas amar! Es petulancia tuya la de manifestar sentimento la de esperar sentimientos; tú has de obed porque eres un engendro. Retirate a tu ri Renuncia, desiste. Desespera de ti misma." es, al parecer, la forma que, de acuerdo con sus descos, tendria yo que emplear para ha con esa pobre niña. Ahora, hágame el favor de imaginarse también el efecto maravilloso de esas palabras.

-Pero, justamente usted ... -¿Por qué yo?... ¿No ha cargado usted ex-presamente con toda la responsabilidad? ¿Por qué he de intervenir precisamente vo, ahora? Pero es a todat luces imposible que yo

mismo reconozca que...

-Ni falta hace. No es licito que lo haga-Primero trastornarle el juicio y luego exige de golpe que sea razonable!... ¿Es lo que fal-taba! Es natural que usted no pueda hacer comprender a la pobre, ni por un solo acentoni por un solo gesto, que su inclinación le resulta penosa: eso significaría, ni más ni menos, que tratarla a hachazos,

-Pero... - me falló la voz -, alguien tendrí que hacerle comprender al final...

-¿Hacerle comprender que? Haga el favor de expresarse con precisión. -Quiero decir... en fin... que aquello es completamente imposible, absurdo, que no hay ninguna perspectiva... para que luego no...

cuando yo... si yo... Me interrumpi, Condor también guardó silencio. Parecía esperar algo. Luego, sin transición, fue hacia la puerta y encendió la luz.

-Ahora - exclamo Condor con vehemencia -, mi señor teniente, ya veo que no pueden presentarsele a usted las cosas sobre bandeja de plata. Es fácil esconderse en la oscuridad, mas hay cosas que conviene decirlas mirándose claramente a las pupilas. Basta, pue, de parloteo insulso. Mi señor teniente, aqui hay algo que no está como debe. No es posible engañarme de que usted sólo haya venido para mostrarme esta carta. Hay algo más, Us-

claramente. O usted sc expresa con sinceridad al respecto, o tendré que agradecerle y dar por terminada su visita. El relampagueo de sus lentes me aturdió, me turbó su redondo reflejo, y bajé la mirada.

ted tiene un propósito determinado, lo noto

-No es muy impresionante su silencio, teniente. No es precisamente indicio de una conciencia limpia. Columbro más o menos el juego que se está haciendo. Le ruego que no se ande con rodeos. ¿Tendrá usted por ventura, el propósito de poner fin a su llamada amistad, a

raíz de esa carta... o de lo otro? Esperé. No levanté la mirada. Su voz adquirió entonces el tono perentorio de un exa-

ninador.

-¿Sabe usted lo que significaria el que ahara se hiciera humo, después de haber hecho perder el juicio a esa muchacha con su famosa compasión?

Segui callado. Entonces, me permitire decir a usted la calificación que a mi, personalmente, me merece semejante proceder: esa retirada seria una cobardia miserable... Vanos, no se incorpora usted militarmente! Dejenios aparte al señot oficial y al código de honor. Al fin y al caba, aquí se trata de algo más que de trivialidades. Està en juego un ser viviente, joven, precioso, y del que, además, yo soy responsable; en tales circunstancias, no tengo humor ni me da la gana de ser cortés. De todos modos, para que usted no se engañe respecto a la responsabilidad con que carga al escaparse, le dire

con toda claridad: su fuga en un momento tan crítico... hágame usted el favor ahora de no toparse los oidos..., seria un crimen vil e infame contra un ser inocente, y, temo muy mucho que más que eso... ¡sería un asesi-nato! ¡Un asesinato! ¡Un asesinato! Sí, señor, y usted ya lo sabe. O cree acaso que esa criatura sensible y orgullosa podría resistir el que, después de haberse abierto y confiado por primera vez a un hombre, por toda contestación ese caballero salga huyendo con un temor pánico, como si hubiera visto al mismisimo diablo? Tenga un poco más de fantasía, le ruego. No le llegó esa carta, o no ve usted con el corazón? Ni aun una mujer normal y sana soportaria semejante desprecio. Aun en ella quedaria trastornado durante años el equilibrio interior, a raiz de semejante golpe. Y esa muchacha que sólo se mantiene por la insensata esperanza de curación con que usted la envolvió, ese ser zaherido y traicionado, ¿cree que podrá soportarlo? Si no la anula choque, ella misma irá destrozándose. Si, ella misma lo hará, pues una persona desesperada no puede soportar tamaña humillación. Estoy convencido de que no podrá sobrellevar semejante crueldad, v usted, teniente, lo sabe tan bien como yo. Y puesto que usted lo sabe, su retirada no sólo sería debilidad y cobardía, sino un asesinato alevoso y premeditado.

Involuntariamente, me eché más atrás. En el instante en que pronunció la palabra "asesinapercibi rodo en una visión fugaz: la baranda de la terraza, de la que ella se aferraba convulsivamente con ambas manos, Recorde cómo la tuve que retener, en último munte, con todas mis fuerzas. Sabía que Condor no exageraba, que Edith procederia exactamente como él decia, que se tiraria à aquella profun-

Pero Condor seguia increpindome: -¿V? Nieguelo, vamos, nieguelo. Muestre

por fin un poco de ese valor que por su profesión está obligado a poscer-

-Pero, doctor... ¿qué debo hacer?... No puedo dejarme oldigar..., no puedo decir algo que no quiero decir... ¿A santo de qué debo componarme como si respondiera a su ilusión desvariada?... - agregué, sin control sobre ini -: ¡No, no lo soporto; no puedo soportarlo!... ¡No puedo, no quiero y no puedo!

Debí haber gritado a voz en cuello, pues seati los dedos térreos de Condor en mi brazo. -Hable despacio, por el amor de Dios, - Corrió hacia la llave de la luz y la apagó de nuevo. Sólo la lámpara del escritorio esparcia debajo de su pantalla amarillenta un cono de te-

nue claridad.

:Voto, a tal! Con usted hav que hablar verdaderamente como con un enfermo. ¡Vamos! Primero sientese tranquilo; en este sillón va se han discutido y dilucidado cuestiones más graves que ésta.

Arrimó un poco más su silla. -Hablemos ahora sin excitación, le ruego, tranquilamente y despacio, punto por punto. Primero: usted anda giniendo. "No puedo soportarlo." Pero esto no me dice lo suficiente. Tengo que saber: ¿Qué es lo que usied no puede soportar? ¿Qué es lo que le turba tanto en el hecho de que aquella pobre criatura se hava enamorado locamente de usted? Acaso su defecto físico le inspira cierta repulsión..., una repugnancia fisiológica?..

No: en absoluto - protesté con vehemencia. Habia sido justamente su desamparo, su condición indefensa, lo que me llevó de tan irresistible manera a ella, y si en muchos instantes senti un afecto que se aproximaba misteriosamente a la ternura del enamorado, cllo fué sólo porque me conmovía su pena, su soledad y su defecto.

-No, jamás - repetí con convicción cast exasperada -. : Como puede usted pensar tal cosa?

Tanto mejor. Esto me tranquibza un poco. Al médico no le faltan oportunidades para observar esta clase de impedimentos psiquicos, aun en los hombres aparentemente normales. Por eso celebro que no sea este el caso de seed one no sea el becho de la parificie al que le repugne. Pero en tal caso sólo puedo suponer que... ¿Puedo habler con sinceridad? -Se lo rucgo.

-Que su aturdimiento no se referia al hecho mismo, sino a sus consecuencias; quiero decir, que usted no se turbaba tanto por el cnamo ramiento de esa pobre criatura, como por la idea de que otros pudieran enterarse y hacer burla de ello...; con otras palaliras, su azoramiento desmedido no sería sino una especie de temor, disculpe, de caer en el ridiculo frente a los demás, frente a sus camaradas.

Tuve la sensación de que Condor me clavaba una aguja fina y muy afilada en el corazón, pues lo que decia lo había sentido yo desde tiempo atras, inconscientemente, pero no me atrevia a pensarlo. Desde el primer día recelaba que mis relaciones singulares con aquella muchacha que se arrastraba, pudieran dar lugar a la burla bonachona y, sin embargo, mortificante, que es rípica de los austriacos. Demasiado sabía vo que mis camaradas se mofaban de cualquiera al que sorprendian alguna vez con una persona mal formada o poco elegante.

010 POR 010 Per Genzälez Fessat PERDIX? ¿PEJERREY?

Sentí la mano de Condor rozando magnéticamente mi rodilla.

No; no se avergüence. Si alguien hay que pueda comprender que se llegue a temer a los hombres en cuanto algo contraria sus conceptos reglamentarios, ése soy yo. Usted ha visto a mi señora; nadic comprendia por que me casaba con ella, como que todo cuanto se aparte de su estrecha linea, digamos, nomial, torna a los hombres primero curiosos y luego maliciosos, No tardaton mis señores colegas en murmurar que yo la habia estropeado con mi tratamiento y que sólo me casaba con ella por miedo; mis amigos, en cambio, los que así se llamaban, hacían correr la especie de que era muy rica o que esperaba una herencia. Mi madre, mi propia madre, se negó durante dos años a recibirla, porque ya tenía prepatado para mi otro casamiento, con la hija de un catedrático.... en aquel tiempo, el más famoso especialista en enfermedades internas; si me hubiera casado con ella, a las tres semanas habría sido docente, lucgo profesor, y durante toda mi vida hubiera estado bien acomodado. Pero vo sabia que aquella otra mujer pereceria si la abandonaba, Solo creia en mi, y si le hubiera ounado esa fe habria sido incapaz de seguir viviendo. Le confieso francamente que no me arrepenti de mi elección pues créame mi querido amigo

y senti de pronto su proximidad como algo cálido y casi tierno -, vale la pena cargar con un peso si con ello se alivia la suerte de otro ser.

Me emocionó la grave vibración de su voz. Percibi de pronto un escozor en el pecho, aquella presión tan conocida, como si el corazón se ensanchara y no cupiera en su lugar; noté que el recuerdo del desesperado abandono de aquella criatura desdichada desperto una vez más mi compasión. Supe que en seguida recomenzaria aquel manar y fluir que era incapaz de resistir. Pero... "No cedas!", 'no te dejes atraer ni enredar otra Alce, pues, la mirada, resuelto:

-Doctor: cada cual conoce hasta cierto punto los limites de sus fuerzas. Por eso debo advertirle que no cuente conmigo, por favor. Es cosa suya y no mía, la de avudar ahora a Edith. Vo ya he ido en este asunto mucho mas de lo que originariamente me había propuesto, y le digo con sinceridad que no soy tan bueno, tan abnegado como usted erce. He llegado al térinino de mis fuerzas.

Debí haber hablado con gran resolución, pues Condor me miró un tanto desconcertado. -Esto casi suena como si usted estuviera

resuelto a hacer una cosa determinada.

Se levantó de gulpe.

-Le rurgo que me diga la verdad entera, no a medias, ¿Ya hizo usted algo..., algo irre-

-Si - contesté, sacando de mi bolsillo mi renuncia -. ¡Sirvase! Haga el favor de leer usted mismo.

Condor tomó la hoja con un gesto titubeante, me echó una mirada de sobresalto antes de

accécarse al reducido cono luminoso de la lámpara. Levó taciturna y lentamente, Luego dobló la hoja y me dijo muy despacio, con el tono más firme que es posible emplear: -Después de lo que le he dicho hace un

momento, supongo que tendra perfecta noción de las consecuencias; acabamos de dejar constancia de que so escapada habra de tener un efecto mortal para la niña, asesinato o suicidio, y supongo que no le cabe dada a usted respecto de que esta hoja de papel no sólo constituye su solicitud de retiro, sino que también... una sentencia de muerte para esa pobre criatura.

No contesté,

-Le he dirigido una pregunta, señor teniente. Y repito esa pregonta: ¿Tiene usted plena noción de las consecuencias? ¿Asume usted toda la responsabilidad?

Segui mudo. Condor acercose con la hoja doblada en la mano y me la devolvió.

Gracias. No quiero tener nada que ver on este asunto, ¡l'enga, sirvase!

Pero mi brazo estaba paralizado. No tenía fuerzas para levantarlo. No tuve tampoco el valor para resistir su mirada inquisidora,

- Tiene usted, acasn, el propósito... de no dar curso a esa sentencia de muerte?

Me di vuelta y crucé las manos en la espalda. Me comprendió,

- Puedo, entonces, romperla?

-Ŝi - contesté -; se lo ruego.

Volvió hasta la mesa de escritorio. Ol, sin mirar, cómo rompia el papel, energicamente, una, dos, tres veces, y cómo luego los pedacitos caian con ruido casi imperceptible a la papelera. Me senti, de extraño modo, aliviado. Condor volvió y me oprimió suavemente

contra la silla.

-Bien; creo que hemos evitado una gran desgracia..., una desgracia muy grande. Y ahora, vamos al caso. Debo a esta oportunidad el haber conocido a usted, más o menos... No, no se defienda, ;no le sobreestimo! Estoy lejos de considerarle el "hombre maravilloso y bueno" por que le tienen los Kekesfalva, sino que veo en usted a un compañero en quien no se puede fiar mucho, por la inseguridad de su sentimiento y la particular impaciencia de so corazón. Si bien celebro nueho haber evitado su fuga insensata, no me agrada la rapidez can one used tunia resoluciones at can one

abandona luego sus propósitos. No hay que imponer responsabilidades graves a personas tan sometidas a los cambios de humor. Seria usted el último a quien quisiera comprometer para algo que requiera constancia y tenacidad. Por eso, escúcheme. No le pido mucho. Sólo lo más impresendible, lo absolutamente nece-sario. Hemos inducido a Edith a empezar un tratamiento nuevo, es decir, un tratamiento que ella considera nuevo. Por amor a usted, ella se ha decidido a hacer el viaje, alejarse por varios meses, y según le consta, partira dentro de ocho días. Pues bien, por el espacio de esos ocho dias necesito de su ayuda, y para su alivio, agregare en seguida que sólo la necesito para esos ocho días. Pretendo de usted únicamente que me prometa no hacer, dentro de esa seniana, nada hrusco, nada repentino y, sobre todo, que no demuestre con ninguna palabra ni por un solo gesto que el afecto de esa pobre muchacha le perturba tanto. Por lo pronto, no quiero pedirle otra cosa, y ereo que es lo más modesto que puede exigírsele. -Si; pero, jy luego?

-Por el momento no pensemos en ello, Cuando opero un tumor, tampoco puedo preguntarme y repreguntarme si no se repetirá al cabo de unos meses. Cuando me llaman para que ayude, tengo una sola cosa que hacer: poner manos a la obra, sin titubear. Esto es en todos los casos lo único acertado, porque es lo único humano. Todo lo demás está en el azar, o como dirían los más creyentes, en la voluntad de Dios, ¡Las cosas que pueden suceder en unos meses! Tal vez su estado me-jore, en verdad, más rápidamente de lo que yo crea, quizas su pasión se enfríe con la distancia; no puedo prever todas las posibilidades, y menos debe hacerlo usted... Concentre, pues, todas sus energias para que dentro de ese plazo decisivo ella no comprenda que su amor por usted... le resulta tan terrible. Re-pitase continuamente: "Ocho días, siete días, scis días, v yo salvo un ser humano; no lo hiero, no lo ofendo, no lo abrumo, no lo desilusiono". Ocho días de comportamiento viril, decidido, ¿erce que será capaz de resistirlo?

Si, creo – contesté expontáneamente. Y agregue, más resuelto aún: – Ciertamente. Con

toda seguridad.

Qi a Condor respirar aliviado,

—(Grecias a Dios! Ahora puedo confessife rambién cuai preocupado estaba., Crésme: Edith, verdaderamente, no hubiera sobrellevado su dolor si usted, en respuesta a su carta, a su confesión, hubiera tontado las de Villadiego. Por eso, los próximos días serán precisamente los decisivos. Todo lo demás se enderezará con el andar del tiempo. Dejemos por el nomento que la pobre criatura se sienta un poco diclosa; concedániosle ocho días de felicidad ingenua. Por esa semana, usted sale de fiador, averdad?

En vez de responder, le tendí la mano.

- Fintonces, creo que todo está otra vez en orden y podemos pasar tranquilamente adonde

se encuentra mi señora.

Pero no se levanto. -Una cosa más - agrego en voz baja -. Los médicos nos ventos obligados a pensar siempre en imprevistos, tenemos que estar preparados también para cualquier eventualidad. Si acaso, pongo un ejemplo irreal, se produjera un incidente, quiero decir, si llegaran a fallarle las fuerzas, o la desconfianza de Edith produjese una crisis, aviseme inmediatamente. En esa fase breve, pero peligrosa, no debe suceder, por nada del mundo, algo que resulte irrevocable. Si usted sintiera que le faltan fuerzas para cumplir su misión, o si en el término de esos ocho dias se traicionara inconscientemente, no se abochorne delante de mi; ¡por el amor de Dios, no se avergüence delante de mi, que vo he visto hastantes hombres desnudos y muchas almas fragiles! Usted puede venir aqui o hablarme por teléfono a cualquier hora del dia o de la noche; estaré siempre dispuesto a intervenir, porque sé lo que está en juego. shora - oi que se arrastraba la silla a mi lado y comprendi que Condor se levantaba - será

mejor que nos traslademos allá. Hemos hablado bastane tiempo, y mi señora se impacienta con facilidad. Yo también, al cabo de tantos años, debu tener siempre cuidado de no irritarla. Aquel que una vez ha sido duramente maltratado por la suerte, será susceptible para siempre.

Dió otra vez los dos pasos hasta la llave de la luz, y se iluminó la estancia. Cuando entonces se volvió hacia mi, su rostro me pareció

anibiado

-Es una suerte - me dijo golpeándome el hombro - el que usted haya venido y nos hayamos explicado. Imaginese todo lo que hiera suecedio si se hubiese marchado sin re-flexionar. Toda la vida le habría pesado ese pensamiento, ya que se puede escapar de todo, menos de si mismo. Pero, pasemos ya. Venga, querido amigo.

Me comnovió ese calificativo "amigo" que aquel hombre me dirigió en esa hora. Sabía cuán debil y cuán cobarde había sido, y, sin

embargo, no me despreciaba.

3 3 3

Atravesamos la sala de espera y Condor abrió la conigua. Sus escañora estaba sentada, rejiendo, junto a la mesa que aun no se habia levantado. No había en u actividad nada que lubiera permitido sospechar que eran manos de ciega las que manjaban las agujas con tanta soltura y seguridad, y las cestitas con lana y la tijera formaban una limpia linea recta.

—¿Cumplimos nuestra palabra, Clara? — preguntó Condor accreañdose tiemamente, con aquel tono vibrante y suave que siempre emanaba de su garganta cuando se dirigia a ella— ¿Verdad que no hemos tardado mucho? Si tú supieras cuánto me alegro de que hava venido a verme el teniente Hofmiller. Has de saber... pero sientese un momento, querido amigo..., que está acuartelado en la misma guarnición donde viven los Kekesfalva. ¿Tú recuerdas a mi pequeña paciente?

-- Esa pobre muchacha tullida?
-- Si; v alhora comprenderàs, también, que por el señor teniente me entero a veces de las novedades que hav alli, sin necesidad de hacer el viaje ex profeso. Casi todos los dias va a

su casa para cuidar un poco a la pobre y hacerle compañía.

La ciega giró la cabeza en la dirección en que suponía que vo estaba.

-¡Que bondad la suya, teniente! Me imagino el bien que esto le hace - me dijo moviendo la cabeza; su mano se me acercó involuntaria-

mente por encima de la mesa,

—Fis, además, un bien para mí — prosiguió Condor —, porque de otra manera tendrá que ir mucho más a menudo para apacignar su estado nervisos. Significa un gran alivio para nii que justamente en esta última semana, antes de irse la muchacha a Suiza, para su restablecimiento, el teniente Hofmiller la vigile un poco. No siempre es fácil tratarla, pero él la atiende en verdad a maravilla y sé que no me fallará. Puedo confiar en él más que en todos más asistentes y colegas.

Comprendi en seguida que Condor na quería obligar más al comprometerme en presencia de otra desamparada, pero reiteré gustoso la

—Desde luego, puede usted confiar en mi, doctor. En estos ocho dias iré a verla, sin falta, desde el primero hasta el último, y el menor incidente que se produjera se lo haria saber de inmediato por teléfono. Pero no habrá — lo miré significativamente por encima de la ciega — incidente ni diffeultad. De ello tengo casi plena certeza.

—Yo también — confirmó con una sonrisita. Nos entendimos perfectamente. Pero entonces se notó un ligero esfuerzo alrededor de la boca de su esposa. Era evidente que algo la atormentaba.

Todavía no le he pedido discolpas, teniente, Temo que antes he sido un poco... desatenta con usted. Resulta que esa tonta de muchacha no habia anunciado a nadie, y no tenía la menor idea de quién esperaise en la salita. Además, Enerich nunca ne hació de usted. Por eso crei que era un extraño que iba a retenerlo, y él siempre está deshecho de cansancio cuando llega a casa.

-La asistia a usted toda la razón, señora, e incluso debería ser más severa aun. Tento, perdone mi indiscreción, que su señor esposo

se prodigue demasiado.

ae prongue ternasiacio.

—[Esol. – me interrumpió con vehernencia,

—[Esol. – me interrumpió con vehernencia,

transtrandose con la silia — Prodiga rodo su

transtrandose con la silia — Prodiga rodo su

transtrandose con con con

duerrine por culpa de su

exploran, y vo, con mis ojos ciegos no puedo

aliviarlo en rada, no puedo seacrie nada de

entre las manos. Si usted supiers cuán precoca
pada me encuentro... Paso el dia entre o pen
sando: "Todavía no ha comido nada, ya está

otra vez en el tren, en el tranvía y, en medio

de la noche volverán a despetrarie". Tique

tiempo para todo, menos para si mismo. Y.

Dios bendito, ¿quión se lo agradece? ¡Nadiet
—Realmente, nadie? — se inclinó sonriendo

sobre su agitada esposa.

Es natural — se ruborizó ella —. Pero no puedo hacer nada por el. Cada vez que vuelve del trabajo, me encuentra atormentada de miedo. ¿Si usted pudiera ejercer una influencia sobre él! Necesita alguien que lo frene un po-

co. ¡Es imposible ayudar a todos!...

—Pero hay que probarlo — dijo Condor, midiéndome con una mirada —. Para eso se vive.

Nada nras que para eso.

Sentí que esa advertencia me penetraba. Pero resisti su mirada desde que me había decidido. Me levanté. En ese instante me había hecho un juramento. Apenas percibió el correr de mi silla, la ciega alzó los ojos.

-¿Ya tiene usted que irse de veras? - pre-

gunto con sincero pesar -. Qué lástima, qué lástima! Pero volverá, everdad?

Tuve una sensación extraña. Qué tengo yo, me asombré interiormente, que inspira confianza a todos; que induce a esa ciega a levantar sus ojos vacios, brillando, lucia mi? Qué impulsa a este hombre, que es casi un extraño, a colocar ahora su bazzo amistosamente en mi hombro? Al bajar la escalera no comprendía ya lo que una hora antes me había conducido hasta alhi. Por qué había querido huir? ¿Porque un superior grañon me había insultado; porque un ser, una pobre persona lisiada, se derretía de amor por mi; porque alguien se queria sostener en mi y levantar-se? Es tan hermoso avudar, y es lo único que en verdad yale la pora y tiene su premio.

777

¡Ocho días! Desde que Condor delimitara el tiempo de ni misión, había recobrado la seguridad de ni mismo. Quedaba una sola hora que me inspiraba temor, más propiamente dicho, un solo minuto, aquel en que deba enfrentarme por primera vez con Edith, después de su confesión. Sabía que después de tan intempestiva confianza ya no era posible la intemperación de aquel beso ardiente, había de involucrar la pregunta:

"¿Me perdonaste?" Y tal vez aquella otta más peligrosa todavía: "¿Toleras mi amor y lo correspondes?"

Pero apenas penetré, al dia siguiente, en la casa, ya noté que Edith, clarividente en virtud de una misma preocupación, habia tomado precuciones para no encontrarse a solas conjugo. En el vestibulo percibi voces de mujer en alegre parloteo. Habia invitado, pues — para protección suy a y para tender un puente sobre el primer instante crítico —, a unas anugas, si bien ésa era una hora poco apropiada y la misma en que nunca otros huéspedes molestaban nuestros coloquios.

Antes de que vo entrara al salón, llona vino corriendo a mi encuentro; evidenciando una fogosidad llamativa, me acumpaño — o instrufo da por Edith, o por impulso propio —, y me presento a la esposa del jefe político del dis-

rrito y a su hija, una personita clorótica, pecosa, engreida, a la que Edith desdeñaha, segun nie constaba. De ese modo se veló, por así decirlo, aquella primera mirada, y en seguida Ilona nie condujo hasta la mesa. Tomamos el té y charlamos. Charlé, incansable, con la danisela provinciana tan pecosa como desdeñosa, en tanto que Edith conversaba con la mamá. Esta distribución, que no era en absoluto casual, interponía unos elementos apaciguadores en el contacto subterráneamente vibrante entre ella y yo; no tuve que mirar a Edith, a pesar de que noté que sus ojos se detuvieron varias veces inquietos sobre mí. Y también, al levantarse por fin las dos damas, la hábil llona salvo la situación con una maniobra rápida.

-Acompañaré a las damas hasta la puerta, Entretanto, pueden empezar su partida de ajedrez. Luego tendre un poco que hacer todavía con los preparativos del viaje, pero dentro de

-¿Es de su agrado que iniciemos una par-- pregunte, entonces, a Edith.

-Sí - contestó bajando la vista, en tanto las tres mujeres abandonaban la estancia.

Mantuvo la mirada baja mientras vo preparaba el tablero y, para ganar tiempo, ordené ceremoniosamente las piezas. De acuerdo a una vicja regla de juego, acostumbrábamos a esconder una negra y otra blanca en el puño ce-rrado, detrás de la espalda, para decidir el ataque y la defensa. Pero esa elección ya habria requerido un cambio de palabras, por lo menos un: "¿La derecha o la izquierda?", y evitamos aun eso, de común acuerdo, de mo-do que dispuse las figuras sin más ni más. ¡No Fincerrar todos los pensamientos en el cuadrado de sesenta y cuatro casillas! ¡Mantener la mirada fija en las piezas y no mirar siquiera los dedos extraños que las mueven! Así jugamos, con ensimismamiento simulado.

Pero, muy pronto, el juego mismo corto la falacia de nuestro proceder. A la tercera partida, Edith falló por completo. Movió las figuras equivocadamente, y por los gestos con-vulsivos de sus dedos noté que no soportaría más tiempo ese silencio falso. En medio del

juego apartó el tablero. -; Basta! Déme un cigarrillo.

Saqué uno de la cigarrera de oro labrado y encendi solícito un fósforo. Cuando se inflamó la lucecita, no pude esquivar sus ojos. Miraban completamente inmóviles ni a nui ni en una dirección determinada; como congelados por la ira, permanecían extáticos y ajenos, pero por sobre ellos se movían, convulsivamente, en arco tembloroso, las cejas tensas. Comprendí de immediato ese indicio de tormenta que anunciaba un estallido nervioso,

-No - la exhorté sinceramente aturdido -.

Por favor, no.

Pero echôse atrás en su sillón. Vi que la convulsión se expandia por todo su cuerpo, y que sus dedos se incrustaban cada vez más en los brazos del sillón y que el llanto comen-

-No. Le ruego que no - insisti, y para calmarla puse mi mano sobre su brazo, inclinandome sobre ella. De inmediato recorrió sus hombros como una especie de corriente eléctrica y luego, como una rajadura, por todo su

cuerpo encorvado.

La convulsión cesó de repente, y toda ella se entumeció. No se movió más. Todo el cuerpo parecia esperar, parecia atender, anhelante de saber lo que significaba esa contacto ex-traño. Si significaba ternura o amor, o sólo compasión. Dejé mi mano descansar como algo extraño, y parecíame que en aquel sitio venia a nii encuentro toda su sangre, calida

y palpitante. Asi quedo mi mano sobre su brazo, sin vo-Juntad, no sé cuánto tiempo, pues el tiempo estaba en esos minutos tan estacionado como el aire en la habitación. Pero luego sentí que en sus músculos nació un leve esfuerzo. Con la vista apartada, sin mirarme, llevaba mi mano, con su derecha, suavemente más hacia si, atraacompañó, tímida y tierna, con la siniestra. Con amhas sostuvo muy suavemente mi pesada y grande mano de hombre y comenzó mny, muy delicada, sus caricias tintidas. Printero sus dedos frágiles rodaban casi curiosos mi mano inmòvil e indefensa, pasando por sobre su piel como un lialo; luego sentí cómo los finos dedos infantiles pasaban con roce cuidadoso desde la coyuntura hasta la punta de los dedos, de adentro afuera, y nuevamente de afuera aden-

En ningún abrazo de nujer, ni aun en el más ardiente, volví a percibir-la ternura tan eniocionado como en aquel juego delicado, casi

de ensueño.

No se cuinto tiempo duro. Esta clase de sucesos queda más alla del tiempo común; emanaba de ese roce acariciador algo narcótico, estupefaciente, hipnótico, que me contuovía y turbaba nris que aquel beso ardiente y repentino. Aun no me senti con fuerzas para retirar mi mano - "sólo pretendo que toleres mi amor", recordé -, gocé en una ensoñación sorda ese constante huir encima de mi piel, y hasta los nervios, y lo toleré, impotente e indefenso y, sin embargo, al mismo tiempo avergunzado en el subconsciente de ser amado tan sin medida y no sentir, de mi parte, mis que un temor confuso, una turbación perpleja.

Poco a poco mi propia rigidez me resultó insoportable. No me cansaba la caricia, el cálido ir y venir de los dedos tiernos, el contacto timido y liviano como el aliento, sino que me torturaba el que mi mano permaneciese tan muerta, como si no formara parte de mi v como si el ser que la acariciaba no formase parte de mi vida. Tal como entre sueño y vigilia se ove a las campanas echadas a vuelo en las torres, de esa sucrte supe que tenía que dar alguna contestación: o rechazar esa caricia o devolverla. Pero nie faltaban fuerzas para lo uno v para lo otro. Solo sentí la urgencia de poner término a ese juego peligroso, y por eso contraje cautamente los músculos. Comencé a librar mi mano, despacio, muy despacio, de la leve prisión, insensiblemente, según esperaba. Pero la susceptible criatura noto de inmediato ese propósito velado, aun antes de que vo mismo tuviera noción segura del mismo. De golpe soltó mi mano, poco menos que turbada. Sus dedos parecían deshojarse, Bruscamente desapareció de mi mano aquel calor enervante. La retiré un tanto cohibido, pues al mismo tiempo volviò a oscurccerse el rostro de Edith v en las comisuras de su boca recomenzó la convulsión infantilmente enojada. -No, no - le susurré: no encontré otras

palabras -. Ilona ha de volver en seguida. Y como viera que ante esas palabras hueras y débiles empezaba a vibrar con mayor vehe-

mencia, me venció de nuevo la compasión repentinamente chardecida. Me incliné sobre Edith y bese su frente, rozándola levemente.

Pero sus pupilas me miraron y atravesaron, por así decir, severas, grises y defensivas, como si hubieran adivinado los pensamientos detrás de mi frente. No había logrado engañar su sentimiento clarividente. Comprendio que con la mano escurridiza me habia substraido yo mismo a su caricia y que ese beso ligero no había sido amor verdadero, sino mera confusión y... compasión.

3 7 7

Mi error irreparable e imperdonable de todos esos dias consistía en que, a pesar de todos los esfuerzos apasionados, no logré el máximo de paciencia ni toda la energia para disimular. En vano me había propuesto no dejarla sospechar por ninguna palabra, ninguna mirada y ningun ademán que su ternura me oprimia. Recordaba continuamente la advertencia de Condor, el peligro y la culpa en que incurría al lastimar la vulnerable niña. Me repetia una y otra vez: "Déjate amar por ella, disimuta, escôndete en esos ocho dias para no herir su orgullo. No permittas que sospeche el engaño doble, al hablar tú con alegre seguridad de su pronto

tiemblas, temeroso y avergonzado. Comportate ingenuamente, sin prevención - me advertia de continuo -; trata de infundir a tu voz cordialidad, y a tus manos, ternura y delicadeza".

Pero entre una mujer que ha revelado su amor por un hombre y esc hombre, vibra un aire de fuego, misterioso, peligroso. Los enamorados siempre están dotados de una clarividencia siniestra para el sentimiento verdadero del aniado, y como el amor, conforme a su carácter intrinseco, pretende lo infinito, todo lo limitado, todo lo medido, tiene que resultarles insoportable y repugnante. Sospechan una resistencia en toda rémora y limitación del otro, y, con razón, una oposición oculta en todo a entregarse totalmente. En mi comportamiento, algo dehía haher de confuso y cohibido, y en mis palabras, algo de falso y torpe, pues mis esfuerzos no estaban a la altura de su atención despierta, No logré convencerla, y con creciente inquietud notaba su desconfianza que yo no le cedia lo esencial, lo único: la correspondencia a su amor. En medio del coloquio, y justamente cuando más solicitamente requeria su confianza y su cordialidad, levantaba su mirada gris, penetrante, hasta mí, y entonces tenia que bajar yo los párpados. Tenia la sensación de que la muchacha había introducido una sonda para explorar el fondo más remoto de mi corazón.

Asi transcurrieron tres dias, de tortura para mi y de tormento para ella; en sus miradas y en sus silencios reconocí ininterrumpidamente esa tácita espera afanosa. Luego - ereo que fuê el cuarto día - comenzó una extraña animosidad que al principio no comprendi. Cumo de costumbre, había llegado en las primeras horas de la tarde, llevando unas guantas flores. Las tomo, sin levantar del todo la vista, las puso indolentemente a un lado, para demostrarme con esa indiferencia manifiesta que no debia hacerne ilusiones de poder librarme mediante regalos. Después de un despreciativo "Oh, ¿para qué esas flores tan bonitas?", se atrincheró en seguida en un stlencio elocuente y adverso. Procuré iniciar una conversación, mas en el mejor de los casos, contestaba con un escueto "Ah", o "¿De veras?" o "¡Qué raro!", peru haciendo resaltar siempre con ofensiva intención que mi conversación no le intercuba en absoluto. Demostró a proposito, ya exterior-mente, su indiferencia: jugaba con un libro, lo hojeaba, lo dejaba, tocaba distintos objetos, una o dos veces bostezaba ostensiblemente, luego llamaba, mientras vo le contaba algo, al criado y le preguntaba si había envuelto su abrigo de chinchilla, y sólo después de haber recibido la contestación volvía a atenderme con un frio "Siga hablando" que traslucía con sobrada claridad la segunda parte, no pronunciada, de su frase: "Me es completamente indiferente lo que usted está charlando"

Al final note que se agoraban mis fuerzas. Miraba cada vez con más frecuencia la puerta, esperando que por fin alguien, Ilona o Kekesfalva, entrara, para librarme de ese monólogo desesperado. Pero estas miradas tampoco se le escaparon. Con aparente interés pregunto, diescaparon. Con aparente interes pregunto, di-simulando la ironía: "¿Busca algo? ¿Desea al-go?", y para mi vergiienza, no supe contes-tarle más que un estúpido: "No, nada". Por fin apareció Kekesfalva, timido como en todo este último tiempo y quizás un poco más co-

hibido todavía, preguntando:

-¿No quieren pasar a la mesa? Lucgo nos sentamos en torno a la mesa, Edith frente a mi. No levantó la vista ni una sola vez, no dijo una palabra a nadie. Los tres percibimos lo obstinado y agresivamente ofensivo de su silencio forzado. Con tanto más empeño traté de animar la tertulia. Hable de nuestro coronel, quien, como borracho consucrudinario, sufria con regularidad en el mes de junio y julio lo que nosotros llamábamos la "maniobramania", y quien, cuanto más se aproximaba la fecha de los grandes ejercicios, se tornaba más nervioso e intolerante. Referí que ese verdugo nos imponía cada vez mayores obligaciones, a pesar de que el dia anterior dos



SUEÑO

Por SOLLE



-¿Quieres hacer el favor de traer otra almohada, querida? Creo que el doctor se ha quedado dormido...

Agregué que ya nadie podía predecir la hora de apearse, pues aguijoneado por su manía, el coronel nos hacía repetir cada ejercicio hasta veinte y aun treinta veces. Termine afirmando que ese dia me habia costado un verdadero triunfo escurrirme a tiempo, pero que sólo Dios y el señor coronel, que por el momento se creía su lugarteniente en la tierra, sabian si al dia siguiente también podría venir,

Era aquella, por cierto, una observación inocente que no podía ofender ni excitar a nadie. Había hablado muy suelta y alegremente, dirigiéndome a Kekesfalva, sin mirar siquiera a Edith (hacia rato que ya no soportaba sa mi-rada fija en el vacio). De repente oyóse un ruido metálico. Edith había tirado contra el plato el cuchillo con que jugueteara todo ese tiempo nerviosamente, y desgarro nuestro sobresalto con un agudo:

-Si le causa tantas molestias, quédese simplemente en el cuartel o en el café, Nosotros sobrellevaremos su ausencia.

Todos nos quedamos sin aliento, como si alguien hubiera perforado la ventana con un tiro. -Pero Edith... - balbuceó Kekesfalva. Mas ella echóse atrás en la silla y agregó en

tono de mofa:

-¿No hav que compadecer a un hombre tan atareado? ¿Por qué no ha de tomarse un día de asucto en nuestro servicio, el señor teniente? Por mi parte, le concedo gustosa un día de libertad.

Kekesfalva e Ilona se miraron azorados, Ambos comprendicron de inniediato que me asaltaba, insensata, una excitación largamente reprimida; por el modo rimido con que se volvieron hacia mi, sospeché su preocupación de que vo pudiera replicar groscramente a aquella groseria. Por eso mismo hice un mayor esfuerzo para dominarme.

-Sabe, Edith; en el fondo usted tiene razón - dije con toda la cordialidad que me permitió mi corazón martillante -. No debo ser un compañero grato cuando vengo aqui tan agotado; noté durante todo el tiempo, que hoy la he aburrido de lo lindo. Sin embargo, estos pocos días, usted debería conforma se aún con un muchacho agorado, ¿Cuánto tiempo más po-dré visitarlos todavia? Antes de que nos demos cuenta, la casa estará vacía v todos ustedes se habrán marchado. Me cuesta pensar que en total va no estatennos juntos sino cuatro días, o hablando con más precisión, tres días y me-

Pero entonces, del otro lado de la mesa, estalló una risa, aguda y penetrante, como cuando se desgarra una tela.

- Mire! Tres días y medio! Ha calculado hasta los medios días que le faltan para verse, por fin, libre de nosotros. Probablemente se ha comprado, incluso, un almanaque y marcado con lapiz rojo: "Fiesta, partida de ellos", ¡Pero tenga cuidado! Se dan casos de equivocarse uno en sus cuentas. ¡Ja, ja!, tres días y medio.

l'chôse a reir con creciente vehemencia, deslumbrandonos con su mirada dura, pero temblaba mientras reía; lo que la sacudió fué más bien una fiebre mala y no una alegría, Se notó que hubiera querido incorporarse, lo que también hubiera sido el movimiento más natural v normal para esa agitación enervante; pero con sus piernas tullidas no podía apartarse de su silla. Esa forzada atadura prestó a su furia algo de la malicia y trágica impotencia de una bestia enjaulada,

-Un momento, va vov a buscar a José susurró Ilona a su oido, acostumbrada desde hacía años a adivinar cada uno de sus ademanes, y el padre se puso solicito a su lado.

Pero su temor resultó superfluo, pues cuando al instante entrò el criado, Edith se hizo llevar por éste y Kekesfalva, sin despedirse o excu-sarse con una sola palabra. Unicamente nuestro aturdimiento le demostró, al parecer, cuán grande fué el azoramiento que hibía causado, Quede a solas con Ilona. Me senti como un

hombre que, provisto de un paracsidas, se lanza de un avión y se levanta arurdido del pasmo,

Debe usted comprenderla - me dijo Ilona

apresuradamente y en voz baja -. De le un tiempo no duerme de noche. La idea viaje la altera terriblemente... Usted no s -Sí, Ilona; sé. Sé todo - le contesté -. l'

eso mismo, mañana volverê,

";Aguantar hasta el final! :Perseverar!", == dije, energico, al volver al cuartel, sumamenta excitado por aquella escena. "Perseverar a cualquier precio. Lo he prometido a Condor. en juego nu palabra. No me dejaré aturdir nervios y caprichos. Tendré siempre presenta que esa animosidad no es más que la desesperación de un ser que me quiere y frente al soy culpable por la dureza y frialdad de corazón. Perseverar hasta la última hora; faltan más de tres dias y medio, tres dias: luces habre resistido la prueba y podre distender aliviado, durante senianas y meses. Pacienos ahora, paciencia; tan sólo por este último tramo, esos restantes tres días y medio, esos últimos tres días."

La sensación de Condor era acertada. Solo nos aturde lo que no podemos medir ni abarcar; pero todo lo limitado y determinado provoca nuestra tentativa, y se convierte en medida de nuestra fuerza. Tres días; note que iba poder resistirlos, y esa sensación me infunda certeza. A la mañana siguiente cumplí perfectamente con mis obligaciones, que era mucho decir, pues habíamos tenido que salir una horaantes a la plaza de ejercicios y maniobrában como locos hasta que el sudor empapaba nuestros cuellos. Ante mi propia sorpresa, pude arranear incluso a nuestro rencoroso corosei un involuntario "Muy bien, Hofmiller". Con tanta más vehemencia se descargó la tormenta, en cambio, sobre el conde Steinhübel. Apasinnado por los caballos, la antevispera él había adquirido un animal de raza de patas altas, joven, indómito, y confiando en su pericia de jinete había cometido la imprudencia de no ensavarlo primero. En medio de la instrucción, el animal, espantado por la sombra de un pajaro, encabritóse locamente, y en el transcurso de un ataque apretó a correr por la misma razon, v si Steinhübel no hubiese sido un jinete excelente, toda la tropa hubiera sido testigo de un singular torbellino, Sólo al cabo de una bicha verdaderamente aerobática, logró domis nar a la bestia furiosa, cuyo esfuerzo respetable le valió, sin embargo, palabras muy poco annables de parte del coronel. Este rezongo que no toleraha pruebas de eireo en la plaza de ejercicios y que si el señor conde na entendia nada de janielgos, que por lo menos los ejercitara primero decentemente en el picadero y no se pusiese en ridiculo en forma tan lastimosa. delante de la tropa.

Esta observación mal intencionada enojó sobremanera al capitán, En el camino de regreso y en la mesa explicó una y otra vez la injusticia de que había sido objeto. Argumento que el caballo era demasiado brioso y que ya « veria el buen papel que haria después de haberle quitado definitivamente sus mañas. Pero cuanto más se excitaba el furioso conde, tanto más le lanzaban pullas los camaradas, Para hacerle hablar, le decian que se habia dejado engañar, y conseguían enardecerle. El debate subió de tono. Durante esa discusión tormentosa se me acercó un ordenanza:

Al teléfono, mi teniente.

Me incorporé rápidamente con un mal presentimiento. En esas últimas semanas los Ilsmados telefónicos, los telegramas y las carras siempre habían significado una exaltación nerviosa v un azoramiento. Que querra aliora? Lamentaba seguramiente haberme concedida permiso para esta tarde. Tanto mejor, pense, así todo marchara como sobre rieles. De rodos modos, cerré la puerta tapizada de la cabina, herméticamente, como si de esta manera cortara tudo contacto entre mi esfera milliaz y aquella otra. Percibí la voz de Ilona.

-Sálo quería decirle que sería preferible q-e no viniera hoy. Edith no se encuentra nos

-No serà nada serio? - la interrumpi. -No, no...; pèro creo que serà mejor que hoy la dejemos descansar y luego ... - titubeó notablemente largo tiempo - y luego... ahora, un dia ya no importa tanto. Tendrenios..., será necesario postergar un poco el viaje.

Postergar?

Debí haberle preguntado muy atemorizado,

pues agregó a toda prisa:

-Si...; pero esperamos que será solo por unos pocos días...; además, lo discutiremos mañana o pasado... Puede ser que entretanto le vuelva a hablar por teléfono... Por el mo-mento sólo quise decirle eso... Hoy, pues, mejor que no... y ... y ... que lo pase usted bien, y hasta la vista,

-Sí, pero... - tartamudeé.

Pero no recibí contestación. Escuché unos segundos más, pero no replicaron. Había colgado el tubo, ¡Cosa rara! ¿Por qué habrá una rapidez que parecía indicar que temía cualquier otra pregunta. Esto debía significar algo... ¿Y a qué venia esa postergación? ¿A qué aplazar ese viaje, para el que se había fijado un día determinado? Ocho días, había dielio Condor. Ocho días; interiormente me había adaptado a ese término, y ahora, de re-pente... Imposible...; eso era imposible... No aguantaré este eterno sube y baja... Al fin y al cabo, uno también tiene sus nervios... Alguna vez debía recobrar mi tranquilidad.

Hacia realmente tanto calor en la cabina? Abri con impetu la puerta tapizada, como si hubiera estado a punto de ahogarme, y volví a mi asiento, casi a tientas. Al parecer, nadie se había fijado en que me había levantado y marchado. Los camaradas seguían disputando y burlándose de Steinhübel, y junto a mi silla desocupada permanecía esperando tenazmente el ordenanza con la fuente de asado. Para librarme cuanto antes del muchacho, me serví mecánicamente dos o tres tajadas, pero no toqué el cuchillo ni el tenedor, pues entre mis sienes comenzó un golpeteo vehemente, como si un pequeño martillo esculpiera inexorablemente en la pared interior del hueso las palabras: "Postergado. Postergado el viaje". Para eso debia haber un motivo. Indudablemente, había sucedido algo. ¡Se habría enfermado seriamente? ¡La habría ofendido yo? ¡Querrá de repente quedarse? Condor me había pro-metido que solo debía aguantar ocho días, y ya habían pasado cinco de ellos en lucha sin tregua...; pero no podía más, no aguantaba más.
-¿Con que estás soñando, Tonny? Parece que no te gusta mucho nuestro menú. Ahí está; eso pasa cuando uno se acostumbra al lujo. Siempre digo, todo lo nuestro ya no es bas-

tante distinguido para él. Siempre este naldito Ferencz con su risa bonachona, pegajosa, siempre esas insinuaciones perfidas como si yo hubiera tratado de hacer vida de parasito a costilla de los Kekesfalva.

¡Al diablo! Déjame en paz con tus chistes desabridos - le increpé.

Toda mi contenida furia debía haberse manifestado en la voz, pues los dos abanderados de enfrente nos miraron sorprendidos. Ferencz

dépositó el cuchillo y el tenedor.

-Tonny - dijo amenazador -, no consiento este tono. No faltaba más que no se pudiera bremear un poco a la hora de comer! Si cenas más a gusto en otra parte, en eso, sí tienes razón; cso es cosa tuya y no me importa. Pero supongo que podré tomarme la libertad de dejar constancia que en nuestra mesa no tocas la contida.

Los vecinos más próximos nos mitaron, interesados. De repente disminuyó el ruido de los platos. Hasta el mayor guiño los ojos y nos miró fijamente. Comprendí que era conveniente

corregir mi falta de dominio.

—Y tú, Ferencz — contesté, con una risita forzada —, tendrás la amabilidad de permitir que siquiera una vez en la vida me duela la

cabeza y no me sienta bien.

Ferencz amoldóse en seguida a mi tono.

pechar eso? Es verdad, tienes un aspecto francamente malo. Hace unos dias que noto algo Quedó así felizmente zaniado el incidente.

Pero dentro de mi hervia la rabia.

Tuve que refrenarme para no traicionar la rabia que me consumia por dentro. Hubiera querido agarrar las copas y comperlas entre los dedos; o pegar un puñerazo en la mesa; sentí que debía hacer forzosamente algo brutal para librarme de esa tensión. No podía estar sentado, indefenso, y esperar nervioso que volviesa a escribirme o a telefonearme si postergaba o no su viaje. No daba niás,

Enfrente, los oficiales seguian disputando con

la misma vehemencia.

-Y vo digo - se mofaba el delgado Joszi que Neutitscheiner te ha enredado. También entiendo algo de caballos, pero lo que es con esa bestia no irás a ninguna parte. No la do-

-¿Ah, si? Quisiera verlo - intervine repentinamente en la discusión -, Habría que ver si no es posible domarla. Dime, Steinhübel, ¿tendrías inconveniente en que yo montara en ella un par de horas y la sobara hasta que obedezea?

No sé cómo se me ocurrió esa idea, pero la necesidad de desahogar mi rabia contra alguien, contra algo, de pelear, de patalear, era tan imperiosa que me aferré ansioso de esa primera oportunidad casual. Todos me miraron,

sorprendidos.

- Buena suerte! - dijo riendo el conde Steinhübel -. Si tienes coraje, a mi me haces un favor. Hov se me han acalambrado los dedos por la fuerza que tuve que emplear para darle vuelta a ese animalucho. No estaría mal que ahora lo tratara uno que esté más descansado. Si te parece bien, vamos ahora mismo, ¡Vengan

Cuantos estaban en la mesa, se levantaron con el seguro presentimiento de asistir a un verdadero espectáculo. Nos dirigimos a las caballerizas para sacar a César, que ese era el nombre del invencible bruto. César pareció haberse extrañado en seguida porque nos reuniéramos en un grupo tan locuaz alrededor de su box. Olfateaba y se removia en el estrecho espacio, tirando del cabestro, haciendo crujir las vigas. No sin esfuerzo, llevamos al descon-fiado animal hasta el picadero.

En general, me tenía por un jinete pasable y estaba lejos de alcanzar la habilidad de un caballista tan apasionado como Steinhübel, Pero ese dia no hubiera podido encontrar cosa nicjor, ni el indómito César a otro adversario más peligroso. Esa vez fué la rabia la que endurecía mis músculos. El deseo perverso de vencer algo me presentó como placer casi sádico la tarea de demostrar a ese animal rebelde que mi paciencia tenía un limite. Poco le sirvio al bravo César zigzaguear como un buscapies, golpear las paredes con las herraduras, encabritarse y tratar de arrojarme dando saltos bruscos. Estaba en vena y tiraba insplacablemente de las bridas, como si quisiera arrancar los dientes al caballo; le pegué algunos taconazos contra las costillas, y ese tratamiento pronto lo hizo desistir de sus mañas. Su resistencia tenaz me entusiasmaba, me estimulaba y provocaba, y al mismo tiempo las exclamaciones de aplauso de los oficiales, esos "¡Ca-ramba!" o "¡Miren a Hofmiller!" encendieron en mi una seguridad cada vez más envalentonada. Siempre pasa el amor propio, del esfuerzo físico a lo psiquico; al cabo de media hora o de lucha encarnizada estaba sentado, triunfante, en la silla y bajo mi cuerpo jadeaba, humeaba y sudaba el animal amansado, como si hubiera salido de una ducha caliente. Al término de media hora más, la invencible bessia va trotaba, suave v obediente, como vo quería; va no necesitaba apretar los ijares, y hubiera podido apearme tranquilamente para recibir las felicitaciones de mis camaradas. Pero todavía guardaba demasiado afán de lucha, y me agradó tanto el estado enardecido del esfuerzo, que rogué a Steinhübel que me permitiera cabalgar

al trote, naturalmente, para refrescar un poco al animal empapado de sudor.

-Con mucho gusto - sonrió Steinhübel con una inclinación de cabeza - Ya veo que me lo devolverás en perfecto estado. No tendrá ganas

de hacer más bravuconadas. Bravo, Tonny, te Me alejé, pues, del picadero estruendosamente aplaudido por mis camaradas, y conduje

al caballo con las riendas cortas a través de la ciudad y hasta la pradera. El caballo trotaba liviano y destrabado, y así me sentía yo. En esa hora fatigosa había desahogado toda mi furia y amargura en el animal rebelde, César trotaba dócil y pacífico, y hube de darle la razon a Steinhübel. Tenía en vetdad un paso excelente. Era simposible galopar con mejor ritmo y más suavidad; paulatinamente mi malhumor inicial trocose en un bienestar gozoso, distraido. Di picadero al caballo durante casi una hora y, finalmente, a las cuatro y media, regresé lentamente. Ambos, César y yo, teníamos bastante para ese dia. En un cómodo trote rítmico seguí a lo largo de la tan conocida carretera hacia la ciudad, un poco-cansado ya. De repente oi tras de mi un boci-nazo agudo y penetrante. Al instante, el nervioso animal paró las orejas y empezó a temblar, pero percibi a tiempo su inquietud; tiré firmemente de las riendas y, apretando los muslos, sali del medio del cannino hasta la cuneta, junto a un árbol, para dar paso al auto-

El chofer debía ser hombre considerado, pues se acercó a una velocidad mínima, de modo que apenas se percibio el ruido del motor. Estaba casi de más que me fijara con tanta atención en el caballo tembloroso y que apretara tan fuertemente los muslos en espera de un salto o de que se encabritara, pues cuando el coche pasó a nuestro lado, el animal quedóse bastante quiero. Pude levantar la vista tranquilamente. Pero en el mismo segundo comprobé que alguien me saludaba desde el auto abierto, y reconocí la calva redonda de Condor, al lado de la cabeza ovalada, ligeramente sombreada por el cabello ralo, de Kekesfalva.

No sé si temblaba el caballo debajo de mio si temblaba yo mismo. ¿Qué significaba eso? ¿Condor ahí, sin haberme avisado? Era forzoso suponer que había estado con los Kekesfalva, puesto que el viejo iba a su lado en el coche. Pero, ¿por que no se detuvieron para saludarme? ¿Por qué pasaban a mi lado casi como extraños? ¿A qué se debía que Condor hubiera venido? De dos a cuatro solía atender en su consultorio en Viena. Debían haberlo llamado con especial urgencia y muy de mañana. Algo tenía que haber sucedido. Relacionábase indudablemente con el llamado telefónico de Ilona, con esa postergación del viaje y el desco de que vo no fuera ese día. Sin lugar a dudas ocurria algo que se me ocukaba. Tal vez Edith había atentado contra su vida; la vispera había algo de tan resuelto en su manera de ser, una seguridad burlona, como sólo la deniuestra una persona que proyectaba algo malo, algo peli-groso; sin duda se había causado un daño, al os seguiré al galope? ¡Tal vez alcanzaría a Condor en la estación!

Pero, acaso - reflexioné con prontitud -, no había salido todavía. No, de ello estaba se-guro; no regresaria a Viena, de haber sucedido algo grave, sin dejarme un mensaje. Quizás me experaban unas líneas suvas en e cuartel. Sabía que ese hombre no hacía nada en secreto, sin mi o contra mi. Ese hombre no me iba a abandonar. Volvamos rápidamente! Estaba seguro de encontrar una palabra, una carra, unas lineas suyas, o a el mismo, ¡\ullet unas

En .el cuartel, guardé apresuradamente el caballo, y para esquivar toda charla y felicitación, subí por una escalera lateral. Efectivamente: en la puerta de mi habitación me esperaba Kusma; por su rostro atemurizado y por sus hombros oprimidos noté que also había que me esperaba un señor y que no se había atrevido a despedirlo porque deseaba verme

con suma urgencia.

Abri la puerta impetuosamente, y de inmediato se movió una figura en un extremo oscurecido de la habitación, como saliendo de las sombras. Fui cordialmente al encuentro de Condor, euando reconoci... que no era Condor. Era otro el que me esperaba alli, y precismente el hombre en quien menos pensaba: Kekesfalva, Aunque la oscuridad (Kusma habia bajado las persianas a causa del gran calor) hubiera sido más densa todavia, le hubiese reconocido entre miles por su manera timida de levantarse e inclinarse. Antes de que carraspea-ra para empezar a hablar, ya presentí el tono

humilde y acongojado de su voz. -Perdone, senor teniente, que haya entrado aquí sin anunciarme, pero el doctor Condor me ha encomendado que le transmitiera sus saludos especiales y que usted lo disculpe porque no hizo detener el coche; pero era tarde, mes tenia que alcanzar forzosamente el expreso de Viena, va que esta noche..., y... me rogo que al mismo tiempo le dijera que lamentaba... Sólo por eso..., quiero decir, que sólo por eso

me permiti visitarle personalmente... Estaba frente a mi con la cabeza inclinada

coma bajo un yugo invisible.

-Demasiada gentileza, señor von Kekesfalva, el que usted se haya molestado. Verdaderamente, es demasiada atención. ¿No quiere tomar

Kekesfalva no contestó. Parecía no haberme oido bien. Pero había comprendido, por lo nienos, mi ademán. Se sentó indeciso en el mismo borde de la silla que le acababa de ofrecer. Con la rapidez del relampago se me ocurrio que de ese modo cohibido debia haberse sentado, en su juventud, como invitado a la mesa de gente extraña. Y así estaba sentado ahora el millonario en mí sillón de mimbre barato y gastado. Quitóse eccemoniosamente las gafas, sacó un pañaclo del bolsillo y empezó a limpear los cristales. Pero estaba sobre aviso, conocia ese gesto, y todas sus mañas. Sabía que limpiaba los cristales para ganar tiempo, que hubiera querido que vo iniciase la conversación, que le preguntase y hasta sabia que le liubiera gustado que inquiriese si Edith realmente estaba enferma y cuál era el motivo de la postergación del viaje. Pero permaneci en acecho, ¡Que sea él el primero en hablar! No estaba dispuesto a dar el paso inicial. No - no queria dejarme tentar más --. ¡Basta ya de esa compasión maldita! ¡Basta ya de ese eterno mis y más! Debian terminar esas emboscadas y ardides. Si algo quería de mí, que lo dijera rapida y francamente, sin esconderse detras de ese estúpido limpiar de lentes. No iba a dejarme engatusar más; estaba cansado de mi compasión.

Por fin, el anciano depositó en la mesa los lentes restregados, como si hubiera oído las palabras nu pronunciadas detrás de mis labios, que no se habían despegado. Notaba, al parecer, que no quería ayudarlo y que él mismo debía empezar; con la cabeza tenazmente in-clinada, comenzó a hablar sin dirigirme la mirada. Hablaba mirando a la mesa, como si espersea más compasión de la madera dura y

rajada que de mi.

Yo sé, señor teniente - preludió cohibido -, que no tengo ningún derecho, ciertamente ningún derecho, a quitarle su tiempo. Pero, qué debo haeer, qué debemos hacer? No puedo seguir así, no podemos seguir así... Dios sabe lo que ahora le ha sobrevenido; no se le puede hablar, ya no escueha a nadie... y sin embargo, vo se que no lo hace con mala intención...; sólo es desdichada, incommensu-rablemente desgraciada... Nos causa ese mal por desesperación...; eréame, nada más que por desesperación.

Esperé. ¿A qué se refería? ¿Qué les hacía? ¿Qué era eso? ¡Desembueha, por fin! ¿Por qué hablar con tantos tapujos, por que no decir lisa y llanamente lo que pasa?

Pero el viejo siguió hablando con la mirada

-Y eso que todo estaba hablado y dispuesto. Se habia encargado el departamento del coche comedor junto al dormitorio, se habían hecho reservar las mejores habitaciones, y ayer por la tarde estaba todavía impaeientísima. Ella misma eligió los libros que pensaba llevar, probose los trajes nuevos y las pieles que había hecho traer de Viena; y de repente le sobrevino eso, ayer, después de comer; yo no lo comprendo. Ústed recordará cuán excitada estaba. Hona no lo comprende, nadie comprende lo que de repente le pasô. Lo cierto es que grita y jura que no saldrá de casa a ningún precio, que ningún puder del mundo logrará alejarla.

-- Oh, eso ya pasara! Usted es quien mejor sabe con que veleidosidad cambian sus caprichos. Ilona me dijo por telefono que sólo se trataba de una postergación de poeos días.

¡Ojala no fuera mas que eso! Pero lo mas terrible es..., todos temenios que ya no hará este viaje, definitivamente... Yo no sé, no comprendo; de repente se le ha hecho indiferente su curación y no le importa restablecerse

-No comprendo eso... Su señorita hija solia tener confianza absoluta en el doctor Condor, y si él recontendaba con tanta urgencia esa

-Eso es, justamente... En eso consiste la locura: no quiere someterse a ningún tratamiento mas, va no quiere ser curada. Sabe usted lo que dijo?... "No iré por nada del mundo, estoy harta de esas mentiras. Prefiero quedarme lisiada como estoy, y quedarme...; ya no quiero curarme, no lo quiero; todo eso ya no tiene sentido".

-¿No tiene sentido? - repeti perplejo. Entonces el anciano hundió más todavia la

cabeza; ya no vi sus ojos homedecidos, ni sus lentes. Al cabo de un instante murmuro de

modo casi incomprensible: - Ya no importa que me restablezca - dice y suspira -, pues él..., él.,." - el vicio tomo aliento como preparandose para un gran esfuerzo; por fin echó afuera las palabras -: "El-

él no tiene para mi más que compasión. Me quedé helado en cuanto Kekesfalva pro-nuncio esa palabra, "El". Era la primera vez que me hacia una insinuación respecto a los sen-

timientos de su hija.

Después de aquella sola palabra reveladora, ambos quedamos sentados, mudos, evitando mirarnos el uno al otro. En el angosto espacio de la mesa que nos separaba flotaba un silencio como aire estancado.

De repente algo sucedió. Al principio sólo noté que el anciano había hecho un gesto, un ademán extrañamente torne y tosco. Y luego, de improviso, cayó como una masa blanda de la silla, arrastrándola consigo, con estrépito,

Un ataque, fué mi primer pensamiento. Un sincope, puesto que era cardíaco, según Condor nie había dicho. Me enderecé, aterrado, para levantarle y tenderle en el sofá. Pero en ese momento comprendi que el viejo no se habia caído ni deslizado de la silla. El mismo se había arrojado al suelo, de rodillas, y cuando me dis-ponía a avudarle, se arrastró hacia mí, tomó mis manos e imploró:

Usted tiene que ayudarla...; sólo usted puede ayudarla, nadie sino usted!... Condor también la dice: usted, y nadie más... ¡Le suplico, compadézcase...; eso no puede seguir así!... Ella cometerá un disparate, se destro-

zará sola!

Aunque mis manos temblaban fuertemente. levante al arrodillado anciano con energía, Pero él aferrábase de mis brazos solícitos, sentí en * mi carne sus dedos desesperadamente atenazados, como unos garfios (¡el Djinn, el Djinn de mi sueño que violentaba al eompasivo!).
-;Ayúdela! - jadeó -.;Por el amor de Dios,

avudela!... No se puede abandonar a la niña en ese estado...; le juro que es cuestión de

vida o muerte.. -Pero, naturalmente, señor von Kekesfalva., Por favor, tranquilícese...; se entiende que haré todo lo que pueda. Si usted quiere, iremos ahora mismo, juntos, y procuraré calmarla debo decir o hacer... Soltó de pronto mi brazo" y me micó de ties

en hito. -¿Lo que debe hacer?... ¿Realmente no tiende usted, o es que no quiere entender Pero si ella se ha confesado, se le ha ofreciy la pobre criatura se avergiienza mortaluca por haberlo hecho. Le ha escrito y usted no contestado, y ahora se atormenta día y nice imaginándose que usted la quiere alejar, 📨 se quiere librar de ella porque la despreria-Esta loca de temor de que usted..., de le inspire repugnancia a usted, porque... ella ¿No comprende que una persona orgullosa apasionada como esa criatura tiene que pesa cer euando se la hace esperar tanto? ¿Por no le infunde una esperanza? ¿Por qué no dice una palabra, por qué es usted tan cotan sin corazón para eon ella? ¿Por que atuamenta tan terriblemente a esa pobre niña mocente?

-Pero si he hecho todo para calmarla

pero si le dije...

-¡Nada le ha dicho usted! Tiene que comprender que la enloquece con sus visitas, con su silencio, porque sólo espera... esa única palabra que toda mujer espera del hombre que quiere... ¿Le resulta a usted, en verdad, le terrible? Sin embargo, tendría lo que pue tener un honibre en este mundo. Yo soy visy enfermo. Todo cuanto posco lo dejare a ted: el castillo y las tierras y los seis o siere millones que he acumulado en cuarenta año todo será suyo... mañana mismo podrá renerlo, a cualquier hora, en cualquier moment-No quiero nada para mí...; sólo quiero que alguien cuide de la niña cuando yo no esté mis-

Le faltó el aliento. Se dejó caer, débil indefenso, sobre la silla. Compartí el sufrimiento de ese hombre y desbordó mi desco de consolarlo.

- Señor von Kekesfalva! - me incliné sobre él -, Tenga confianza en mí, Reflexionemsobre todo, tranquilamente...; le repito que estoy enteramente a su disposición..., que haré todo cuanto esté en nu poder. Pero eso. eso que usted acaba de insinuar... es imposeble..., absolutamente imposible.

Saeudiose débilmente, como un animal y derribado bajo el último golpe mortal. Sus labios ligeramente humedecidos por la excitación se movian trabajosamente, pero no le

tiempo para hablar.

-És imposible, señor von Kekesfalva; par favor, no hablemos más de eso... Reflexion usted mismo. ¿Quien sov, al fin de cuentas? Un pequeño teniente que vive de sus emolumentos y de una modesta ayuda que recibe mensualmente. Con medios tan escasus, no puede fundamentarse una existencia. Eso no basca para que vivan dos personas...

Quiso interrumpirme.

-Sí, ya sé lo que usted quiere decirme, soñor von Kekesfalva. El dinero no tiene importancia, opina usted; en ese sentido va está todo previsto. Sé también que es rico..., que podiera, obtener todo de usted... Pero es justamente el heeho de que usted sea rico y vo un don Nadie...; eso precisamente lo impide todo... Cualquiera creería que lo habría heche por el dinero, que me habria..., y Edith misma, créamelo, no se libraría en todos los días de su vida de la idea que sólo me habría casado con ella por el dinero v a pesar..., a pesar de las circunstancias particulares...

El anciano no se movió. Al principio creí que no me había comprendido. Pero poco a poco se animó su cuerpo desfallecido. Alzó traba-

josamente su cabeza y miró al vacío. -Entonces..., entonces, todo ha terminada

Era espantoso ese tono, espantosa esa resignación total. Con la mirada invariablemente fija en el vacío, buscó a tientas los lentes sobre la mesa y el sombrero negro, estrujado, Sólo entonces se dispuso a retirarse, y murmuró sia -Perdone la molestia

Se hahia puesto el sombrero ladeado; los pies ao le obedecian bien, se arrastraban y tambaleahan sin fuerza, Alejóse como un sonáulululo en dirección a la puerta. Luego, como si de repente recordara algo, volvió a quierse el sombrero, hizo una reverencia y repitió:

-Perdone la molestia.

El anciano abatido inclinõse delante de mi, y me senti aplastado por cee gesto de cortesía en medio de su tribulación. De repente volví a sentir dentro de mi aquel calor, aquel ardor, aquel mianar y fluir que subia y me quentaba en los ojos, y al mismo tiempo aquel ablandamiento y desfallecimiento; de nucvo me sentí prêsa de la compasión. Por eso le segui presuroso.

—Señor von Kekesfalva, le ruego no me interprete mal... No puede irse así, y si mal no viene decirle, sería terrible en este momento, y... no sería tampoeo la verdad.

Mi excitación aumentó, pues noté que el an-

ciano no me escuchaba.

—Efectivamente, no sería cierto, señor von Kekesálva, se lo juro... Y nada sería para ministerible que ofender a su hija, a Espara, que despertar en ella la sensación de que yo no la estimaba sincerannente... Le juro quadie tiene para ella afectos mís sinceros, nadie puede quererla más que yo...; es, everdad, nada más que una locura suya la de que, pudiera serie midiferente... Al contrario al contrario...; sólo quería decirle que no tendrás sentido... si hov mismo dijera algo, abora sólo importa una cosa..., y es que ella se tudie..., que se restablezca de veras.

-Pero, av luego, cuando esté sana?... Se había vuelto repentinamente hacia mí. Las pupilas que acababan de estar yermas, muertas,

fosforecian en la oscuridad,

Me aturdi. Percibi instintivamente el peligro. Si entonces prometia algo, quedaba atado. Pero en-el mismo instante recorde que todo lo que ella esperaba se basaba en un engalo, que no se cutaria tan pronto, que podían transcurrir años y años, y que no era del casso pensar a largo plazo. Y por eso dije: —Si, cuando esté sara, entronees, naturalmen-

te...; yo mismo... iré a hablar con usted. Me miró de hito en hito. Un temblor recorció su cuerpo, una fuerza interior parecía acer-

carlo insensiblemente a mí.

-Me permite... que le diga eso? -Si, digaselo - y le tendi la mano.

Sus ojos brillaron, luego se velaron y desbordaron hacia mí. De se modo tiene que haber mirado Lázaro cuando ascendió, aturdido, de su tumba y volvió a ver el cielo y su luz sa-

"Y con un paso distinto, que no conocía en cl., un paso ligero y elástico, encaminóse hacia la puerta. Quedé solo en la habitación oscura, no tratto aturdido, como siempre cuando se serba de lacer algo decisivo sin haberse decidido en el fondo previamente. Pero tardé una hora para cobrar conciencia de toda la trasponsabilidad que entrañaba lo que en la debilidad de mi compasión acababa de prometer. Mi ordenaza golpós débilmente la puerta ter. Mi ordenaza golpós débilmente la puerta

y-me entregó una carra en papel azul, conocido:
"Saldremos pasado mañana. Lo prometí a papá formalmente, Perdóneme estos últimos dias,
pero me enloquecía el temor de constituir una
carga para usted. Ahora sé por qué y para
quión debo sanar. Ya no temo mada, Venga
mañana, todo lo más pronto que pueda. Nunca
le esporé más impaciente. Siempres suva, E."

"Siempre". Esta palabra me produjo un escalofrio brusco, porque ella ata a una persona irrevocahlemente para toda la eternidad. Mas ya no habia forma de retractarme.

666

- "Seré fuerte", me dije. Esa media promesa que nunea se cumplirá del todo, sería lo último a que me obligarían. "Tendré que prestarme un día o dos, pacientemente, a ese amor insensato; luego, ellos se marcharán y me habré secohyado". Pero cuanto más se agerçala le tarde, tanto más aumentaba mi malestar, tanto más me martirizaha el pensamiento de tener que enfrentarine a su mirada confiadamente tierna, con una mentira en el corazón. En vano procuraba charlar con mis camaradas sobre nimiedades; era demasiado fuerte la presión detrás de la frente, demasiado fuette el tie-tae de los nervios, y sentí de pronto una sequedad en la garganta, como si dentro de mi humeara un fuego sofocado. Pedí instintivamente un coñac y lo tomé de un trago. Fra inútil; la sequedad continuaba estrangulandonie. Pedi otra copa más; sólo al encargar la tercera descubri el acicate inconsciente: quise envalentonarme con la bebida, para no caer en el sentimentalismo o la cobardía en aquella casa. Pero el primer efecto de esas tres copas consistió únicamente en que mis pies empezaban a pesarme y algo taladraba y rumoreaba en mi cabeza como la aguja de un dentista antes de proceder a la verdadera maniobra dolorosa.

Mas todo resultó más fácil de lo que pensaba. Me esperaba un aturdimiento distinto, mejor, una embriaguez más fina y más pura de la que

LAMPARA DE "AGUA"



Se ha fabricado una lámpara eléctrico para efectuar trobajos bajo el agua. Con ello actuarán los buros cuando tengan que reditize su tarea durante la noche. Esta lámpara sóla puede ser susoda bajo el agua, pues el líquido es recesorio para mantener fría la ampella de vidrio que está cosi en contacto con los filamentos interiores que prodecen ima lux de 1,000 votios.

yo había buscado en el brebaje grosero, La vanidad también deslumbra, la gratitud también aturde y también la ternura puede confundir bienaventuradamente. En la puerta, el buen vicio, José, me miró alegrentemente sorprendido.

-¡Oh, el señor teniente! Por favor, pase al salón. La señorita Edith lo espera hace rato - musitó en tono agitado por un entusiasmo avergonzado,

Va llona venía a mi encuentro, radiante también ella; se diría que su mirada me apretaba como brazos serenamente cariñosos. Nunca tomó ni mano tan calida e mtimamente.

-Le doy las gracias - me dijo, y era como si hablara a través de una templada lluvia extival -. Usted mismo no sabe lo que ha hecho por esa pobre niña. La ha salvado, por Dios, la ha salvado verdaderamente. ¡Pasea pronto! ¡No podría explicarle cuán anhelante lo esperal

Entretanto, se movió, casi imperceptiblemente, la otra puerta. Entró el anciane; ya no aniy el horror, sino un fulgor cariñoso.

—; Cuánto celebro que haya usted venidol. Se sorprenderá al verla tan transformada. En todos estos años, desde que ocurrio la desgracia, nuca la había visto tan alegre y tan feliz. Es un millagro, un milagro real. ¡Dios mio, cuánto ha hecho usted por ella y pur todos nosotros!

Como llevado por un viento dorado, desapareció de pronto en mi todo temor y cobordia, ¿Por qué no había de dejarme amar desprereupado si ello causaba la dicha de los denias? Me puse efectivamente impaciente por pasar al salón que la antevispera abandonara tan des-

esperado.

Y he aquí, sentada en un sillón, una niña que apenas recunocie por la alegría de su nirrada y la claridad que de clla emanaba. Aquardaba en su sillón, sin ratab, y enderezada. Olvidó en esa oportunidad que la manta cubria un defecto y que aquel sillón profundo era en verdad su cierce, pues sólto me sombraba y admiraba esa nueva juventud, esa niña transformada que se me antojó más infartul en su alegría y más mujer en su belleza. Advirtió mi ligera sur-presa y la aceptó como un obsequia. Renovise en el acto el viejo tono de nuestros disa, deservocupadamente amistoso, cuando me invitór procoupadamente amistoso, cuando me invitór.

-Por fin. Por fin. Haga el favor, sientese en seguida a mi lado. Y, le ruego, no habie. Tengo que decirle algo que es decisivo. Escúcheme sólo un minuto. Y no me intercompirá, Estoy enterada de lo que usted ha dicho a mi padre. Sé lo que está dispuesto a hacer por mí, Y ahora, créame cuanto le prometo: nunca le preguntaré..., ¿me ove usted? ¡Nunca!..., por qué hace esto, si sólo por amor a mi padre o si realmente por mí. Si no ha sido más que por compasión o... ;no, no me interrum-pa, no lo quiero saber, no quiero!...; no quiero reflexionar más ni seguir atormentándome a mí misma ni a los otros. Basta que, gracias a usted, vuelva a vivir y siga viviendo... Pues sólo aver empecé a vivir. Si me restablezco; lo deberé a una sola persona: a usted. A nadie más que a usted.

Titubeó un instante, y luego prosiguió:

-Y ahora, oiga lo que además le prometo. Esta noche he meditado sobre todo. Por primera vez pensé claramente, como una personasana, no como antes, cuando todavía estaba incierta, agitada e impaciente. Ahora comprendo que es maravilloso pensar sin miedo; por primera vez puedo presentir que viviré como un ser normal y sano, y únicamente a usted le debo ese presentimiento. Por lo mismo, quiero cumplir con todo lo que los médicos me exigen, con todo, todo, para convertirme, de la piltrafa que sov ahora, en persona. No cederé ni aflojaré, ahora que sé lo que está en juego. nic esforzaré con todas mis fibras y con cada nervio de mi cuerpo y con cada gota de mi sangre, y creo que lo que se desca tan indómitamente se le puede arrebatar a Dios. Todo eso lo hago por usted, es decir, para no aceptar ningun sacrificio suyo. Pero si no tuviera éxito..., ¡no me interrumpa, por favor!..., o en el caso que no tuviera todo el exito, que no llegara a ser tan sana y ágil como los demás, no tenia usted nada, en este caso vo afrontaré sola mi destino. Hay sacrificios, lo sé, que no deben aceptarse, y menos de un hombre a quien se ama. Supuesto el caso de que fracasara el tratamiento en que cifro todas, ¡todas!, mis esperanzas, usted nunca más oirá hablar de mí ni volverà a verme jamás. Bien; esto era todo. ahora, ni una palabra más. Ya no nos quedan sino unas pocas horas en común, durante los próximos días, y quisiera ser completamente feliz en su transcurso.

Era una voz distinta con la que hablaba, una voz más madura. Eran otros ojos, nu ya los inquictos de la niña, ni los afanosos y anhelantes de la enferma. Sentí que era un amor distinto con que me amaba, no aquel juguetón del prin-

Hablamos luego tranquilos del viaje, y al poco rato pasamos a la mesa. Las girándulas de plata brillaban a la luz de las velas, y las flores salían de los vasos como llamaradas abigarradas. Todo era más bello y mejor que nunca; el anciano estaba sentado como un sacerdote, erguido y solemne; nunca había visto a Edith ni 2 Ilona más alegres y juveniles, Despreocupada como un pájaro piante, la risa volaba del uno al otro, y la alegria crecia y decrecia como olas juguetonas en la alta y baja marea. Sólo cuando el sirviente llenó las copas de champaña y alcé, primero, la copa hacia Edith:

A su salud. Todos quedaron de repente silenciosos. Sí, sanar - suspiró ella, y me miró confiada como si mi desco hubiera tenido poder sobre la vida y la muerte -. Sanar para ti.

-Dios lo conceda... El padre se levantó, incapaz de dominarse. lágrimas humedecieron sus gafas; se las quitó y las limpió con circunspección. Vi que sus manos casi no podian refrenar la tentación de tocarme y no me negué. También senti ne-cesidad de agradecerle; me levanté, me acerqué a él y lo abrace de modo que su barba rozó mi meilla, Cuando se deshizo del abrazo, observé que Edith me mirada. Sus labios temblaban; sospeché que sus labios entreabiertos anhelaban un contacto igualmente intimo. Por eso me incliné rapidamente sobre ella para besar su boca.

Ese fué el compromiso. No había besado a la enamorada después de consciente reflexión la emoción pura lo había hecho todo por mí -Me sucedió sin saberlo y sin creerlo; pero nò me arrepenti de esa menuda ternura límpida. No levantó ella, como aquella tarde, el pecho agitado hacia mí, ni me retuvo enardecida por la dicha. Sus labios tomaron los míos humildemente, como un gran regalo. Los demás ca-llaron. Entonces ilegó, desde un rincón, un ruido tímido. Al principio parecía un carraspeo cohibido, pero cuando miramos, distinguimos al sirviente que sollozaba sordamente sobre la mía, "Déjemela un momento",
Ignoraba lo que ella se había propuesto. Algo

frio y pulido se deslizó en mi dedo anular. Un anillo.

-Para que me recuerdes, mientras esté au-No miré la joya; pero tomé su mano y la

888

Aquella tarde yo era Dios. Había creado un mundo lleno de bondad y justicia. Habia creado a un ser humano, y su frente brillaba pura como la mañana y en sus ojos se reflejaba el arco iris de la dicha, Sólo cuando concluyó la velada y me levanté de la mesa, nació en mi ana tristeza suave. Llegó la despedida. Todos estábamos extrañamente emocionados, como sabiendo que tocaba a su término algo incomparable, una de aquellas horas raras, inefables, que, como las nubes, no vuelven más. Yo mismo senti por primera vez pesadumbre por tener que dejar a la niña; como un enamorado, prolongué la despedida de la que me amaba. Pensé en el goce de exar sentado junto a su cama, acariciando la delicada mano timida y volviendo a contemplar una v otra vez el resplandor de la sonrisa rosada de la felicidad. Pero era tarde. La abracé rapidamente y besé su boca. Senti que retuvo la respiración, como si hubiera querido conservar para siempre el calor de la mía. Luego fui hacia la puerta, acompañado de su padre. Una última mirada, un saludo, y me fui, libre, y seguro, como siempre se aleja uno de su obra lograda, de una acción meritoria.

Salvé los pocos pasos hasta el vestibulo, donde ya me aguardaba el sirviente con la gorra y la espada. Pero ojalá hubiera corrido. Ojalá hubiera sido más desconsiderado. El auciano aun no lograba apartarse de mí. Me volvió a tocar, volvió a acariciar mi brazo, y no se cansó de agradecer lo que por él habia hecho. Afirmó que ahora podía morir tranquilo, que la niña sanaría, que todo estaba bien gracias a mi, y

De repente un ruido inquietante atravesó la puerta. Agucé el oído. En la habitación contigua debia haber comenzado una disputa. Percibianse claramente voces fuertes en oposición agitada. Despavorido, reconocí que llona disputaba con Edith. La una parecia expresar un desco y la otra trataba de disuadirla. "Te ruego", of netamente la advertencia de llona, "quédate". Y luego el ex abrupto iracundo de Edith: "No, déjame, déjame". Cada vez más confundido, escuche por encima el parloteo del viejo. Qué sucedía detrás de aquella puerta cerrada? ¿Por que se había quebrado la paz, mi paz, la paz divina de ese día? ¿Qué pre-tendia Edith tan imperiosamente? ¿Qué quiso impedir la otra? De repente se percibió aquel ruido adverso, aquel toc-toc de las muletas, Por el amor de Dios, no pretenderia seguirme sin la avuda de losé? Pero va se percibian, apresurados, los golpes de madera, ese toc-toc... toc-toc... - involuntariamente me imaginaba el débil cuerpo adolescente -, ya debía de es-tar muy cerca de la puerta. Luego un alboroto, un sacudimiento, como si una masa pesada hu-biera sido tirada contra fas puertas. Después un jadear de esfuerzo grande, y se abrió, presionado con vehemencia, el picaporte.

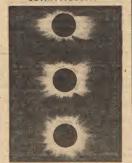
:Tremenda visión! Edith, de pie v apovada en el marco de la puerta, agotada todavia por el esfuerzo. Con la mano izquierda se asia, enoada, de la madera del montante para no persler el equilibrio, y con el puño derecho sos-tenia las dos muletas. Detras de ella insistió, visiblemente desesperada, llona, que parecía querer retenerla a la fuerza. Pero los ojos de Edith relampagueaban de impaciencia y de ira:

-Déjame, déjame, he dicho. Nadie tiene que ayudarme. Puedo hacerlo sola.

Luego, antes de que Kekesfalva o el sirviente se dieran exacta cuenta, sucedió lo increible, La tullida apretó los labios como preparándose para un esfuerzo enorme. Mirándome con ojos grandemente abiertos y ardientes, se apartó con un golpe de la puerta, como un nadador de la

sólo gracias a mí.

RADIACIONES ULTRAVIOLETA



Las capas atmosféricas, por ventura para nosotros, filtran las dañinas radiaciones ultravioleta del sol. Pues si éstas llegaran a la tierra en su totalidad, matarian todas las formas de vida.

playa, que le había ofrecido sostén, para venir a mi encuentro completamente libre y sin nuletas. En el momento de la embestida tambaleó, iba a caer al vacío, pero agitó rápidamente ama bas manos, levantando a la vez la izquierda desocupada y la derecha, en que llevaba las muletas, para encontrar el equilibrio, luego apreto nuevamente los labios, adelantó un pie y arrastró el otro; esos movimientos entrecortados, descoyuntaban su cuerpo como el de un titere. ¡Sin embargo, caminaba! ¡Caminaba! Con los ojos muy abiertos, fijos únicamente en mí, marchó como aferrada de un hilo invisible, lus dientes incrustados en los labios, la cara convulsivamente desfigurada. Un milagro de la voluntad había despertado sus piernas muertas. Ningún médico, jamás, ha conseguido explicarme como la tullida consiguió aquella única y sola vez, arrancar sus piernas impotentes de la rigidez y la debilidad, y yo no puedo describirlo, pues todos mirábamos petrificados sus ojos extáricos. La misma Ilona se olvidó de seguirla y protegerla. Mas ella daba tambaleante esos pocos pasos, como impelida por una tormenta interior; no era un caminar, sino más bien algo como un vuelo a ras del suelo, el vuelo a tientas e inseguro de un pájaro con las alas cortadas. Pero la voluntad la empujaba más y más. Ya estaba muy cerca, ya alargaba, en el triunfo de la realización, los brazos, que hasta entonces habían mantenido el equilibrio, aleteando. Las facciones tensas, aflojáronse en la sonrisa exaltada de la felicidad. Había lo-grado el milagro. Sólo faltaban dos pasos, no, un paso, el último: casi percibi ya el aliento de la boca que se abrió en la sonrisa, cuando sucedió lo terrible. Por el movimiento anheloso y violento con que tendió los brazos, antes de tiempo, pregustando el abrazo conquistado, perdió el equilibrio. Sus rodillas se doblaron como tronchadas. Ruidosamente cayó casi junto a mis pies, retumbando las muletas contra el piso. Y, en el primer aturdimiento de mi susto, di instintivamente un paso atrás, en vez de ha-cer lo más natural y adelantarme para ayu-

darla. Kekesfalva, Ilona y José llegaron casi simultaneamente junto a ella para levantarla. Noté (incapaz todavía de mirar) cómo entre todos se llevaron a Edith, Sólo oí los sollozos altogados de su furia desesperada y los pasos arrastrados que se alejaban cuidadosamente con su carga. En ese segundo desgarróse la neblina del entusiasmo que durante toda la noche había velado mi mirada. Vi todo con terrible precisión en ese relámpago de claridad interior, y supe que la desdichada jamás se restablecería del todo. No se había realizado el milagro que todos esperaban de mí. Ya no era Dios, sino un hombrecito miserable quien, con su debilidad, causaba vil daño, y quien, con su compasión, desorientaba y destrozaba. Tuve conciencia exacta, terriblemente exacta, de mi deber: ahora o nunca era preciso guardarle fidelidad. Ahora o nunca debía correr detrás de los otros, sentarme junto a su cama, calmarla y mentirle diciendole que había caminado magnificamente. Pero no me quedaban fuerzas para semejante engaño desesperado. Y, sin reflexionar sobre lo que hacia, tomé la espada y la gorra. Por ter-cera y por última vez, hui de la casa como un

criminal, 6 6 6

cuadró.

¡Aire, sólo una bocanada de aire! Crei que me ahogaba, y una sed terrible me devoraba. Vi un pequeño bar de suburbio donde por las mañanas siempre se apeaban los carreteros nara calentarse rapidamente con un poco de aguardiente. Abri la puerta sin reflexionar, con el afán del sediento. Del antro semiobscuro me llegó el vaho asfixiante de aguardiente barato, Al fondo, el despacho con las babidas; al frente, una mesa en que unos camineros jugaban a los naipes. En el mostrador se hallaba apoyado un ulano, que bromeaba con la cantinera, de espaldas a mi. Notó la correntada de aire, y apenas se dió vuelta, quedó con la boca abierra de susto: inmediatamente se enderezó y se

La cantinera se me acercaba respetuosa para preguntar en qué podía servirme. Pedi soda y una copa de aguardiente.

-En seguida - me contestó, alejándose. Me llegué hasta una mesa desocupada, donde se me sirvió la soda que tomé de un trago. Pedi otro aguardiente, luego fumaria un ci-

garrillo y me alejaría.

Encendí el cigarrillo. Me quede un momento sentado, la cabeza mareada apoyada entre las manos, para pensar, reflexionar, recordar punto por punto. Pues bien - me habia comprometido -, se me habia comprometido..., pero eso sólo vale..., no, no hay subterfugio que valga... la besé en la boca y lo hice voluntariamente. Pero sólo lo hice para calmarla y porque sabía que nunca se restableceria... : No acababa de caer como una bolsa?... ¡Pero, si es imposible casarse con semejante criatura, que no es una mujer de verdad, sino ...!, pero no me dejarán, no; no nie soltarán más.,, el viejo, el Djinn, el Djinn, el Djinn con la melancó-lica cara de buen hombre y las gafas de oro se aferrará a mi, convulsivamente, y no me lo podré sacudir. Siempre me tomará del brazo, siempre me retendrá prendiéndose de mi compasion, de mi piedad maldita. Mañana sere la comidilla de toda la ciudad, darán la noticia al diario, y entonces no habra escapatoria... ¿No sería mejor advertir desde un principio a mis parientes, para que mi madre o mi padre no se enteren por otros y hasta por los diarios? Habría que explicarles por que y como me habia comprometido y que no era cosa de apresurarse, ni habia sido ése mi propósito y que sólo me había prestado a todo por compasión...
Oh, esa maldita compasión! Y la gente de mi regimiento lo entenderá menos todavía, no lo comprenderá ni uno solo de mis camaradas, Todos ellos están predispuestos contra el viejo, y en esa materia son muy quisquillosos..., el honor del regimiento, ya sé... hasta el mismo Balinkay no le han perdonado del todo..., se borlan porque se ha vendido... vendido a una vaca bolandesa. Si llegaran a ver las muletas... es mejor que no las mencione en la carta a mi casa; por el momento, nadie debe saber nada, no permitire que se burle de mí todo el casino de oficiales. Pero ¿como huir de las burlas? ¿No será mejor, al fin, hacer ese viaje a Holanda, a casa de Balinkay? Claro; todavia no le he dicho que no; puedo irme en cualquier momento a Rotterdam, y que Condor se las arregle solo, puesto que también empezó solo... Que vea cómo desenreda este lío del que es único culpable... Lo mejor sería ir a verlo en

seguida v explicarle claramente... que no puedo; ahora mismo iré a casa de Condor... (Coche, coche! ¿Adónde? Calle Floriani... ¿Qué número era? Calle Floriani, 97... ¡Y apresúrese, le daré una buena propina, pero pronto..., castigue a los caballos!... Ya estamos, la reconozco, la casa pobretona en que vive; la reconozco, la escalera de caracol, asquerosa, sucia, por suerte es tan empinada... letas, por aquí no trepará y estaré bien res-guardado de su toc-toc... ¿Cómo? ¿Otra vez esa criada desaliñada delante de la puerta?... otra vez la ciega arrastrándose..., no me faltaba más que eso, ahora; mis nervios no toleran esas consideraciones eternas. ¡Jesús, María! Ya viene. Oigo sus pasos al lado... No, loado sea Dios; no puede ser ella, no tiene un paso tan firme; tiene que ser otra persona la que cannna y habla. Sin embargo, esa voz me es familiar... ¿Cómo?... ¿Cómo es eso?... Pero si es..., vamos, ésa es la voz de mi tía Daisy... Caramba, ¿cómo es posible eso?... ¿Qué hacen aqui de repente tía Bella, y mamá y mi hermano y nu cuñada?... ¡Vamos!... Es imposible... Si vo estoy esperando a Condor en la calle Floriani... y mi familia no lo co-

ces, justamente en casa de Condor? Sin embargo, son ellos, conozco la voz chillona de tía Daisy... Por el amor de Dios, geónio ne es-condo aquí?... Se acercan cada vez más..., ahora se abre la puerta... jse ha abierto sola! y - jalma mía! - aqui están todos, formando un semicirculo como para dejarse retratar, y

Me sobresalto, ¿Donde estoy? Miro a mi alrededor, despavorido. Dios mío, ¿cómo puedo haberme quedado dormido en este local miserable? Miré a todos lados, huraño, ¿Habrán observado algo? La cantinera limpiaba indiferente unos vasos, el ulano me daba tercamente su espalda ancha y fuerte. Tal vez no se habían dado cuenta. Sólo puedo haberme quedado dormido un minuto, a lo sumo dos, pues el cigarrillo apagado, que había apretado contra el cenicero, humeaba todavia. Ese sueño salvaje no puede haber durado sino dos minutos, pero me ha quitado todo el calor y la sordidez de mi cuerpo. De repente vi con toda claridad, con toda frialdad, lo que había sucedido. ¡Afuera, afuera de ese tugurio inmediatamente! Arrojé unas monedas sobre la mesa y fui hacia la puerta; el soldado se cuadró.

¿A dónde it? ¡A cualquier sitio, menos al cuartel! ¡Todo menos a la habitación vacía y a estar solo con esos pensamientos terribles! Crei más conveniente beber algo frío y fuerte, pues senti nuevamente ese gusto de hiel en la garganta. Tal vez eran los pensamientos que queria extirpar con fuego, ahogar en liquido, pero de todos modos, ensordecer. Fué terrible esa sensación, e inaguantable. Segui hacia la ciudad. Afortunadamente, el café en la plaza del Ayuntamiento permanecía abierto aún, Pasando las ventanas cubiertas, la luz se colaba por unas rendijas. Ah, ¡beber algo ahora, beber cualquier cosa!

Entré y desde el mismo marco de la puerta vi que en la mesa habitual estaban reunidos Ferencz, Jozsi, el conde Sicinhübel, el médico del regimiento, toda la pandilla. Por qué se quedo Jozsi mirandome con aire tan sorpren-dido: Por que dió un empellón disimulado a a su vecino, v por qué se fijaron todos tan penetrantemente en mi? ¿Por qué se interrumpió de repente la conversación? Apenas me reconocieron, todos se quedaron mudos y un tanto perplejos. Algo debía haber pasado,

Puesto que me habían visto, no podía volverme atrás. Me acerqué, pues, a ellos, todo lo más desprevenido que pude, En mi Estúpida cortedad, dije a tjempo que acercaba una silla:

Jozsi me miró extrañado:

-¿Qué me dicen ahora? - preguntó a los demás, meneando la cabeza -. ¡Si le damos permiso? :Alguna vez han visto semeiante ceremonial? Pero qué le vamos a hacer? Hofmilles está hov en su dia ecremonioso.

Esa debe haber sido una broma que me gastaba el malicioso muchacho, pues los demás sonrieron complacidos o disimularon una risa ordinaria, Indudablemente, algo había pasado. Otras veces, y siempre que uno llegaba después de medianoche, solian preguntarle detalladamente de dónde venía v por que había tardado tanto, y aderezaban su buen humor con intencionadas sospechas. Pero esa noche nadie me habló y todos se comportaron de un modo cobibido

Debí haber caído en su tertulia despreocupada como una piedra en el agua. Al fin, Jozsi se recostó, guiñó el ojo izquierdo como al apuntar con el fusil, y preguntó luego:

-¿Y... va se puede felicitarte?

De tan sorprendido que estaba, no sabía en realidad a que se referian,

-Pues el boticario, que acaba de marcharse en este momento, ha contado algo de un sir-viente que le avisó por teléfono que tú te habias comprometido, con esa... con esa... bueno, con esa joven. Entonces todos me miraron Todos cuatro seis, ocho, diez, doce ojos estaban fijos en mi boca. Sabia que de confirmar esa noticia, se imeiaría en el momento siguiente una batahola y que me colmarian de chistes, escarnios, burlas y felicitaciones irónicas. No. Era imposible admitirlo, no podía hacerlo en presencia de esos burlones, de esa gente impertinente.

-¡Majaderias! - rezongue para salvar la si-

Pero esa respuesta evasiva no les satisfizo. El bueno de l'erenez, sinceramente curioso, me golpeò el hombro.

-¡Vamos, Tonny, tengo razón! ¿No es cierto que no es verdad?

Estaba bien intencionado ese camarada bueno fiel, pero no dehia haberme facilitado el No". Senti un asco infinito por esa curiosidad indolente v burlona. Comprendí lo absurdo que hubiera sido querer explicar en la mesa de café lo que no podia aclararme del todo en el fondo de mi alma. Sin reflexionar, debidamente, me defendi malhumorado:

Ni por pienso. Por un instante reinó el silencio. Todos se miraron sorprendidos y un poco desencamados. Al parecer, les había aguado una fiesta. Pero Ferencz apovó mny orgulloso el codo sobre la

mesa v grito triunfante:

-¿Ven? ¿No lo habia dicho? ¡Si conozco a Hofmiller como los bolsillos de mi pantalón! Dije en seguida que era mentira, una invención burda del hoticario, Mañana me oirá el estúpido niczelaunguentos. Que vaya a tomar el pelo a otros. Le pediré explicaciones y si se descuida, se las subrayaré con unas cuantas bofetadas. ¿Qué se ha creido? ¿Desacreditar así porque si, a una persona decente? ¡Llevar chismes y ensuciar con su boca suelta a uno de los nuestros! Ya ven, lo que dije: Hoffmiller no puede hacer semejante cosa. No vende sus piernas sanas y derechas por ningún oro del niundo,

Se dirigió a mi y me pegó, honrada y fielinente, con su mano pesada sobre el hombro.

—De verdad, Tonny; estoy muy corrento porque aquello no era cierto, Habria sido una

vergüenza para ti y todos nosotros, una ignominia para todo el regimiento.

-¡Y qué ignominia! - terció entonces cl conde Steinhübel -, Y precisamente con la hija de un vicio usurero, quien a su tiempo arcuinó a Uli Neuendorff con esa cuestión de las letras, Con el tumulto que arreciaba, Ferencz agitábase cada vez más,

"Cretino! Boticario! Te juro que tendria ganas de despertarlo con su timbre nocturno y propinarle unas buenas trompadas, :Sinvergüenza! ;Inventar una mentira ran infame sólo por-

que fuiste algunas veces alli! Todos hablaban a la vez; v. excitados, criti-carou al anciano, sacaban a relucir las historias poco limpias, escarnecian a la tullida, su hija; a cada momento alguno me alababa porque no me había ligado seriamente a "esa gente". Y voyo permaneci inmovil v mudo; sus alabanzas me martirizaron, y hubiera querido gritarles: "¡Ca-llen, bocas infames!" o "Fl miserable soy yo, El farmacéutico dijo la verdad. El no mintio, sino vo. Sov un falso, un cobarde, un misera-ble". Pero sabía que era demasiado tarde, densasiado tarde para todo. Ya no podía atenuar nada, ni negar nada. Me quedé, pues, mirando fiiamente la mesa, sin hablar, con el cigarrillo apagado entre los dientes apretados, y al mismo tiempo terriblemente consciente de la trajejon criminal, asesina, que con ese silencio cometi contra la pobre e inocente niña enamorada. Als si hubiera podido esconderme bajo tierra! Si hubiera podido anularme, destrozarme! No sabia adónde dirigir mi mirada, no sabía dónde poner mis manos que hubieran podido traicionarme con su temblor. Las junté cautelosamente, apreté unos dedos contra los otros hasta hacerlos doler, para que ese esfuerzo convulsivo dominara por unos minutos todavía la tensión interior.

Pero en el instante en que mis dedos es unicron, senti algo duro, algo extraño entre ellos Lo toqué sin querer. Era el anillo que l'dith, una hora atras, había deslizado en mi dedo, ruborizándose, El anillo de compromiso que haquedaban fuerzas para quitar de mis dedos esa prucha brillante de mi mentira. Con un gesto cobarde, de ladron, hice girar la piedra hacia adentro antes de tender la mano a mis camaradas en el momento de despedirnos,

. . . La plaza del Ayuntamiento, blanca como un ventisquero, estaba desierta, bajo la claridad fantasmagórica de la luz de la luna. Cada borde del empedrado aparecía nitidamente delineado, todos los contornos de las casas límpidamente retocados hasta el techo y la cumbrera. El misnio frio helado anidaba dentro de mí, Nunca habia pensado de un modo más elaro y más limpio de sombra, que en aquel instante: Sabia lo que acabaha de hacer y no se me ocultaba cuál era mi deber. A las diez de la noche me había comprometido, y tres horas después, negado cobardemente ese compromiso. Habia comprometido a traición a una niña enferma, ingenua, indefensa v que me amaba apasionadamente; habia permitido, sin protestar, que se insulrase a su padre y no habia tenido reparo en que se tildase de mentiroso a un hombre extraño de quien me constaba que decia la verdad. A la mañana siguiente, el regimiento debia conocer mi vergüenza, y entonces todo concluiría para nii. Los mismos que hoy me golpeaban fraternalmente la espalda, mañana me negarian la mano y el saludo. Como mentiroso desenmasearado, no podía seguir llevando la espada, ni pudia volver tampoco a los otros, a los que había traicionado e insultado; aún frente a Balinkay, era entonces hombre al agua. Aquellos tres minutos de cobardia habian destrozado mi existencia: no me quedaba más elección que el

Ya tenía conciencia exacta en la mesa de que aquella era la única forma de salvar mi honor; mientras caminaba, solo, por las calles, no reflexionaba sino en la forma exterior de la realización. Los pensamientos se ordenaron perfectamente claros en mi cabeza, como si la blanca luz lunar hubiera atravesado mi gorra. Dispose las próximas dos o tres horas, las que pensaba que serían las últimas de mi vida, con la misma indiferencia con que hubiera estado desarmando una caralina. Era cuestión de dejar todo bien dispuesto, de no olvidar nada. Primero una carta a mis padres, para disculparme por el dolor que debia causarles. Luego solicitar de Ferencz por escrito que no pidiera explicaciones al farmaceutico, va que la cuestión quedaba resuelta v anulada con mi muerte. Una tercera carra para el coronel, rogandole evitar en lo posible que trascendiera mi desaparición, disponiendo el entierro más bien en Viena, sin delegación, ni coronas de flores, Pense también en enviar unas palabras a Kekesfalva, breves v concisas, solicitándole que asegurase a Edith mis afectos más cordiales e invitándole a que no pensara nal de mi. Luego dejaría bien arreglada mi habitación, anotaria en un papelito las pequeñas deudas que liabia contraido y daria orden de vender mi caballo para cubrir aquéllas. No tenía nada que legar. El reloj y mi escaso ajuar debian ser para mi ordenanza. ¡Ah!, si, y que se devolviese al señor von Kekesfalva el anillo y la eigarrera

¿One más? Es cierto: quemar las dos cartas de Edith y todas las demás cartas y fotografías. No dejar nada mio, ningun recuerdo, ningun rastro. Desaparecer del modo menos llamativo, tal como había vivido. Quedaba de todos modos hastante trabajo para dos o tres horas, pues nic había propuesto escribir aquellas cartas puleramente, para que nadie pudiera tildarme de miedoso o confuso. Quedaría lo último, lo más facil: acostarse, cubrir la cabeza con las frazadas y la almohada para que en las habitaciones contiguas ni en la calle nadie percibiera la detonación. Así había procedido, en su tiempo, el capirán Felber. Se había pegado un tiro a medianoche, v nadie habia oido nada,

En mi vida - debo repetirlo -, jamás he dispuesto cosa alguna con más claridad, precisión exactitud que en aquella noche mi muerte. Todo estaba bien ordenado, como en un archivo, minuto, por minuto, cuando, al caho de una hora de vagabundco, aparentemente sin rumbo, llegué al cuartel. En todo ese tiempo, mis pasos eran perfectamente tranquilos, mi pulso regular, mi mano firme, y senti todo eso con cierto orgullo cuando puse la llave en la cerradura de la pequeña puerta secundaria que los oficiales soliamos franquear después de la medianoche. Me faltaba atravesar el patio y subir los tres pisos. Entonces iba a estar solo conmigo, v podia comenzar v terminar a la vez. Mas, cuando en el cuadrado del patio iluminado por la luna, me acerque a la sombra del portón junto a la escalera, descubri una figura que se movía, "¡Maldición!", pensé; "algún camarada que llega poco antes que vo y desea saludarme v, si mal no viene, charlar hasta quién sabe cuando." Pero en el siguiente instante conoci, muy a disgusto, los hombros anchos del coronel Buhencie, quien me zinera pocos dias antes. Parecía haberse quedado a propósito en el arco de la entrada; sabía que a ese pedante no le gustaba que volvieranns tarde al cuartel. Pero, (al diablo! Qué me importaba ya eso, A la mañana siguiente se le presentaria, para informar, un ser muy distinto Me propuse, puse, con encarnizada decisión, pasar a su lado, como si no lo hubiera notado, pero él avanzo desde la sombra. Su voz ronca me llegó como a gol-

Teniente Hofmiller!

Me acerqué y saludé militarmente. Me miró de arriba abajo.

-¡La última moda de los señoritos, la de llevar la capa abierta! ¿Se creen que después de medianoclie pueden andar por el mundo como una perdida que muestra sus desnudecos: Pronto se descuidarán al punto de andar con los pantalones desabrochados, ¿Que no vuelva a soceder eso! Mis oficiales deben andar decentemente ajustados, aún después de la medianoche, :Comprendido?

Junté obedientemente los tacos:

A la orden, mi coronel! Dióse vuelta con una mirada desdeñosa v, sin saludar, se alejó lincia la escalera. Su espalda ancha impresionaba bajo el reflejo de la lima. Entonces senti una gran ira porque las últimas palabras que debía oir en la vida serian un reproche. Ante mi propia sorpresa, sucedió algo completamente inconsciente, como si fuera mera obra de mi cuerpo. Di unos pasos apresurados para alcanzar al coronel. Sé que carecia totalmente de sentido lo que hice. ¿A qué explicar algo o justificarse en illima hora ante un obeccado? Pero esa inconsecuencia absurda es propia de todos los suicidas que diez minutos antes de convertirse en cadaveres desfigurados, ceden a la vanidad de salir de la vida (de la vida que va no compartirán), absolutamente limpios, que se afeiran (spara quien?) y se ponen ropa limpia (¿para quien?) antes de perforar su cabeza con una hala. Incluso recuerdo haber oidn hablar de una mujer que se hizo peinar y perfumar con el Coty más caro antes de lanzarse de un cuarto piso. Sólo esa sensación inexulicable me envalentono, y si corri detrás del coronel, no fué de ningún modo - debo destacarlo -, por temor a la muerte o por repentina cobardía, sino únicamente por ese absurdo instinto de limpieza, por ese deseo de no desaparecer en la nada, sin orden y vejado.

El coronel debió haber oído mis pasos, pues se volvió con brusquedad, y sus ojillos penetrantes me miraron sorprendidos y fijamente debajo

de sus cejas tupidas, Ruego respetuosamente que el señor coronel me germita hablarle unos minutos,

Las cejas tupidas formaban un arco, y extrañado pregunió:

-¿Qué? ¿Ahora? ¿A la una y media de la

Me mirá malhumorado. Estaba seguro de que, a renglón seguido, me gritaria o me impondría un castigo. Pero alguna expresión en mi rostro debió haberlo inquietado. Sus ojos duros, punzantes, me repasaron un minuto o dos. Después refunfuñó:

-Se ha de tratar de algo delicioso, Pero, como quiera. Bueno; vamos a mi habitación, y dése prisa.

283 El coronel Svetozar Bubencie, al que entonces segui como una sombra, a traves de las es-

caleras y pasillos escasamente iluminados algunas lamparas de petroleo, era un per-De piernas, cuello y frente cortos, escondía bajo de sus cejas enmarañadas un par de o hundidos y brillantes que pocos han visto gres, El cuerpo pesado, el caminar macizo, revelaban inconfundiblemente su origen ca pesino (era oriundo de Banaro). Pero con esa -trecha frente de bufalo y con ese craneo de como el hierro, habia arremetido poco a poco y tenazmente hasta alcanzar el grado de corenel. A causa de su evidente falta de instruccion. de su manera ruda de hablar y jurar y de modo de ser poco representativo, el ministeralo enviaba desde hacia años de una guarnicios provincial a otra, v en las "regiones superiores se consideraba como un hecho que nunca obtendria las franjas rojas de general.

Las tropas lo temian como a Satanas, porque imponia arrestos v otros castigos por cualquier nimicdad, y muchas veces incluso llegaba en sa ita a golpear con su puño recio en la cara de algún recluta. Bubencie, a quien llamábanus el Sapo, mortificaba a los pobres muchachos com ciercicios hasta agotarlos. Sin embargo, aunque parezca extraño, las victimas campesinas querian a su tirano, a su modo huraño y tosco, más que a los oficiales indulgentes, pero que también conservaban mayor distancia de ellos. Su instinto parecia decirles que aquella duraza provenía de una vuluntad obstinadamente estricta, que reclamaba un orden requerido por

Pero lo más extraño todavia es que los oficiales tampoco podíamos substracrnos a cieta conexión con el. A nosotros también nos impresionaba la sorda honradez de su inexorabilidad v. sobre todo, su absoluta solidaridad de camarada. Tal como no admitia ni una pizca de polvo en la guerrera, ni el menor resto de lodo en la silla del último soldado, no tolerabo tampoco la menor injusticia. Consideraba todo escándalo en el regimiento como un ataque a su propio honor. Formihamos una unidad con él, y sabiamos perfectamente que después de haber, constido una imprudencia lo más conveniente era entrevistarnos directamente con el Empezaba por grunir y amonestar, pero luego admitia el hecho y se esforzaba por salvar al subalterno de su embrollo. Cuando se trataba de conseguir por fuerza un ascenso o de lograt un adelanto a favor de alguno que había quedado comprometido en sus finanzas, no se ha-cia rogar: trasladábase directamente al ministerio y conseguia, gracias a su cabeza dura, lo que se había propuesto. No impurtaha que provuease nuestro enojo, que nos zarandease, pues todos sentiamos en un rincón mulho de nuestro corazón, que ese hijo de campesinos del Banato era más fiel y sincero a su manera torpo y estrecha, y defendia mejor que tudos los oficiales nobles el sentido y la tradición del ejército, ese esplendor invisible del que los oftciales subalternos, mal remunerados, vivianus interiormente más que de nuestros emolumentos.

Este era el coronel Svetozar Bubencie, el verdogo mayor de nuestro regimiento, tras del que entonces subí las escaleras. Tan viril y tan recto, tan tontamente honrado y sincero como haro, tan contamente notata y sincero como de-bía vivido todos los dias de su vida, así se ex-gía a si mismo una rendición de cuentas, cnando, en la guerra contra Servia, después de de-astre de Potiorely, no volvían más de cua renta y nueve ulanos de nuestro regimiento. que había salido integro y bien pertrechado, se quedó hasta el final en la ribera enemiga de Save e hizo, entonces, en vista de esa retirada en desorden, que consideraba hochornosa para el honor del ejército, lo que pocos de todos los dirigentes y altos oficiales de la guerra hacian después de una derrota: alzó su pesado rendi-ver y se descerrajó una bala en la cabeza para no tener que ser testigo del derrumbe de Asse tria, que sus sentidos romos presentían proteticamente en el cuadro horrible de aquel regmiento que huía en retirada,

222

El coronel abrió la puerta, Entrantos en habitación, cuya sobricdad espartana le della más bien aspecto de una buhardilla de estadisote: un catre de hierro, dos eromos, uno representando al Emperador, a la derecha, otro a la Emperatriz, a la izquierda, otras cinco fotografías recordatorias en marcos baratos, unas del tiempo de recluta y otras de fiestas de regi-miento, un par de sables en cruz y dos pistolas turcas; eso era todo. No habia sillón cómodo, ni libros, nada más que cuatro sillas de paja alrededor de una mesa desnuda. Bubencie atusose enérgicamente el bigote, una, dos, tres veces, Todos conociamos esos movimientos bruscos eran considerados como los signos más visibles de impaciencia peligrosa. Finalmente refunfuño asmático, sin ofrecerme asiento:

-Póngase cómodo. Y nada de preámbulos.

¡Habla! ¡Tienes líos de dinero o con mujeres? Me molestaba tener que hablar de pie; aparte

de que me senti demasiado expuesto a su mirada impaciente, bajo la luz cruda. Por eso adverti rápidamente que no se trataba de euestiones de dinero.

Entonces, lio de mujeres. ¡Otra vez! Nunca os dejaréis de historias. Como si no sohraran hembras con quienes todo es fácil. Pero adelante, y con puca charla. ¿Donde te aprieta el

Referi lo más escuetamente posible que ese dia me habia comprometido con la hija del senor von Kekesfalva v que tres horas después hahia negado simple y rotundamente el hecho. Le adverti que no crevera que trataba de cohonestar lo infame de mi proceder; al contrario, que estaba ahí para comunicarle particularmente como a mi superior, que tenía plena noción ile las consecuencias que, como oficial, debi sacar de mi comportamiento incorrecto. Que sahía cuál era mi obligación y que la cumpliría. Buhencie me miró como sin comprenderme bien

-¿Qué tonterías dices? ¿Qué infamía, qué inconsecuencia? De que v a que viene eso? No veo vo nada. Dices que te comprometiste con la hija de Kekesfalva? La vi una vez... tienes un gusto raro. Si bien recuerdo, es una persona contrahecha. Bien; y después te arrepentiste. En eso no hay nada de malo. Lo mismo han hecho otros y no por eso se han convertido en tunantes. Ahora, si tú has... - dió un paso hacia mi -: ¿Has tenido algo con ella, y hay conseevencias? Entonces si, estaria mal hecho.

Me sentí incómodo y avergonzado por el tuteo, y además me molestó la forma suelta y tal vez intencionalmente ligera con que interpretaba mi caso, en forma equivocada. Junté

los tacos militarmente: -Permita mi coronel que haga constar respetuosamente que pronuncie esa mentira grosera, negando mi compromiso, ante siete oficiales del regimiento, en la mesa habitual del café. Menti a mis camaradas por cobardía y vergüenza, El teniente Hawliezek recriminará mañana al farmacentico, que le transmitió la noticia auténtira. Mañana toda la ciudad sabrá que falté a la verdad en la mesa de los oficiales y que, por lo tanto, me comporté en desacuerdo con mi

Bubeneie quedose mirándome de hito en hito, asombrado. Se diría que sólo entonces empezaha a funcionar su pensamiento torpe. Su rostro se ensombreció:

- Donde, dice, fué eso?

-En nuestra tertulia, en el café. -¿Delante de sus camaradas, dice usted? ¿Todos lo han oido?

-A la orden.

-¿Y el boticario, sabe que lo negó? -Mañana lo sabrá. El y toda da ciudad.

El coronel retoreía y tiraba de su bigote como si hubiera querido arrancarlo. Se veía que algo trabajaba detrás de su frente estrecha. l'impezó a caminar malhimorado de un lado a otro, las manos cruzadas sobre la espalda, dos, cinco, diez, veinte veces. El piso temblaha bajo sus pasos firmes, y las espuelas resonaban ligeramente, Por último, se detuvo

-¿Y qué dice usted que piensa hacer ahora? -Queda una sola salida. Ya la conoce, mi coronel. Sólo vine para despedirme de mi cotonel y rogarle tenga a bien preocuparse pormente y evitando en lo posible que esto tras-cienda. No deseo que por mi culpa recaiga la vergüenza sobre el regimiento.

Tonterias! - murmuró -. ; Absurdo! ¡Por 'Un hombre apuesto, sano, decente, como usted! ¿Por culpa de nna tullida? Segnramente lo enredó el viejo zorro, y no supo usted cómo proceder, conforme a su manera de ser recta Si por ellos fuera, poco me importaria. ¿Qué nos importan? Pero en cuanto a los oficiales y que lo sepa el tonto ese del farmacéutico, eso,

claro, es un capitulo aparte y bastante turbio. Volrió a caninar de un lado al otro de la habitación, con más vehemencia todavía que antes. El pensar parceia requerir un esfuerzo. Cada vez que volvía de sus idas y venidas, se acentuaba un poco más el encarnado de su rostro. Las venas iban abultándose en sus sienes como raices negras. Por último detúvose resueltamenre.

-Atienda, ahora, Estas cosas hay que enderezarlas en seguida; cuando empieza a correr el rumor, ya no hav compostura, Primero: ¿quiénes de los nuestros estaban presentes?

Cité les nombres. Bubencie sacó de un bolsillo interior de su guerrera la libreta de anotaciones.

- Esos son todos?

-Si, mi coronel.

-- Seguro? -A la orden,

-Bien

Guardo de nuevo la libreta en el bolsillo interior de la chaqueta como quien envaina una espada. Aquel "bien" tenía el mismo sonido me-

-Bien; eso ya está arreglado. Mañana los citaré a los siete, uno después del otro, antes de que pongan un pie en el patio de ejercicios, y Dios asista al que después se atreva a recordar lo que usted ha dicho. Con el farmaceutico me entenderé después por separado. Algo le contaré, pierda cuidado: algo se me ocurrirá. Podría decirle que usted quería solicitar mi permiso antes de formalizarlo oficialmente, o... o... espere... -acercóse a mi, tanto que senti su aliento, y me clavó su mirada en los ojos-Diga honestamente, pero con toda sinceridad: ¿bebió usted algo antes; antes, es decir: antes de cometer la majaderia?

Quedé abnehornado. A la orden, mi coronel. La verdad es que an-

tes de ir al castillo tomé unos cuantos coñacs, y hiego..., a la hora de la cena, bebi bastante... Esperaba un grito furioso; en cambio, acható-

se su cara de repente iluminada. Golpeó sus pianos y se puso a reir ruidosamente y muy satisfecho de sí mismo.

;Magnifico! ;Formidable! ;Ya está! Con esos sacamos el carro del atolladero. Es más elaro que el agua. Les explicaré a todos que estaba usted horracho y que no sabía lo que decia, No habrá dado usted su palabra de honor, averdad?

-No, mi coronel. ¡Entonces, espléndido! Les diré que estaba hebido. Eso ha sucedido otras veces, inclusó con un archiduque, Estaba como una cuba, no tenía ni la menor idea de lo que decía. No prestó atención y atendió al reves todo lo que le preguntaban. Todo eso es muy lógico, y al boticario le haré creer que lo reprendi a usted de lo lindo porque se fué al café en semejante estado. Así queda resuelto el primer punto.

Arreció en mí el enojo porque me interpreta-ba tan equivocadamente. Me fastidiaba que ese tozudo, que en el fondo era tan bonachón, me quisiera sostener el estribo, a todo trance. No habria pensado, al fin y al cabo, que yo me había tomado de su brazo por cobardia, para salvarme? ;Al diablo! ¿Por qué no quería comprender a ningun precin lo miserable de mi proceder? Hice entonces de tripas corazón,

-Informo respetuosamente, mi coronel, que con eso no considero, ni mucho menos, zanjada esta cuestión. Se lo que hice y sé que ya no podré mirar a la cara a ninguna persona decente; no quiero seguir viviendo como tunante,

-; Calle! -me interrumpió-. Oh, disculpe...

rrumpa con su charla. No hace falta que me diga lo que debo hacer, y no necesito en-señanzas de un recién salido del cascarón como usted ¿Cree que sólo se trata de usted? No hijo min; hasta ahora sólo hemos hablado del punto número uno, y ahora sigue el número dos, y éste establece que mañana temprano ust-d desaparecerá; aquí ya no me sirve más. Hav que dejar crecer hierba sobre este asunto. No puede permanecer aquí ni un dia más, porque de lo contrario empezarian en seguida las preguntas y las charlas estúpidas, y eso no me place. Los que sirven en mi regimiento no deben dejarse interrogar ni mirar de soslayo por nadic. ¡No lo tolero!... Desde mañana queda usted transferido a la tropa auxiliar de Czaslau... Yo mismo redactaré la orden y le dare una carta para el teniente coronel texto no le importa a usted un comino. Usted sólo tiene que largarse, y será cosa mia lo que yo haga. Esta misma noche preparari sus cosas con su ordenanza, y mañana saldrá tan temprano del cuartel que no verá a ninguno de toda la tertulia. En la formación de la tarde se dará cuenta de que usted ha recibido orden de trasladarse con una misión importante, para que nadie sospeche nada. Cómo arreglará luego lo denias con el viejo y la muchacha, eso no me importa. Hará el favor de arreglar solo sus enredos; a mi no me preocupa sino que en el cuartel no se huela ni se comente el caso... Quedamos, pues, en que mañana a las cinco y media se presentará aquí, listo para marcharse; yo le daré la carta, y adelante, ¿Fintendidn? Titubeć. No había ido a eso, No quería es-

caparine. Bubencie noto mi resistencia y repitió, casi amenazante:

-¿Entendido?

-A la orden, mi coronel - contesté fría y militarmente,

Para mis adentros me decía: "Que hable cl viejo loco cuanto quiera. No obstante, haré lo que deho hacer."

-Bueno; y aliura, basta, ¡Mañana a las cinco

Me cuadré. El se acercó a mí.

-¡Que sea precisamente usted quien comece tales disparates! No es un gusto para mí cederlo a la guarnición de Czasłau. De toda la gente joven, era el que estimaba más.

Senti que reflexionaha si debia darme la mano. Su mirada se habia ablandado,

-¿Tal vez necesita algo todavia? Si puedo serle útil, no le dé vergiienza, lo haré con mucho gusto. No me gustaria que la gente creyera que está usted en la última, o algo por el

¿No necesita nada? -No, mi coronel. Muchas gracias.

-Tamo mejor, tanto mejor. Y ahora, yaya con Dios! ¡Mañana, a las cinco y media!

-A la orden, mi coronel,

Lo miré como se mira a un hombre pur ultima vez. Pensaha que era el último hombre con quien había de hablar en el mundo, y que al dia siguiente sería el único que conoceria toda la verdad. Junté los tacos marcialmente, eché los hombros atrás y me di vuelta.

Pero aquel hombre pesado, parecía haber advertido algo. En mi mirada o en mi modo de caminar algo debió despertar sus sospechas, pues me llamó con una recia voz de mando:

Hofmiller, media vuelta! .

Obedecí, Alzn las cejas, me miró intensamente, luego rezongo, ariseo y bonachon a la

-Hav algo en usted que no me gusta, ¿Qué le pasa? Temo que quiera hacer una jugarreta, que tenga pensada alguna estupidoz, Pcro no tolero que por una miseria se contetan disparates..., con el revolver o cosa asi... ¡No lo tolero! ... : Me entiende?

A la orden, mi curonel.
 Vamos, basta de "a la orden". A mi no me engaña. No naci aver.

Su voz se enterneció:

-¡Dême la mano! Se la tendi. La apretó fuertemente,

-Y ahora -me miró fijo a los ojos-, y

de que esta noche no hará tonterías? Su palabra de honor de que mañana a las cinco y media se presentará aquí y que irá luego a Czaslau?

No resisti la mirada.

-¡Palabra de honor, mi coronel! -Entonces, todo irá bien. Debe saber que sospechaba que en el primer arrebato iba a hacer un disparate. Los jóvenes nerviosos siempre lo dejan a uno en suspenso... siempre llegan a los extremos, en todo, siempre tienen todo 2 mano, incluso el revolver... Después de un tiempo, usted mismo volverá a la razón. Esas cosas se olvidan. Ya vera, Hofmiller, que todo quedará en la nada. Déjelo por mi cuenta, que no quedará ni sombra, y no le ocurrirá por segunda vez una estupidez semejante. Y altora, váyase; habría sido una lástima, a pesar de todo, que un muchacho como usted...

3 8 8

Nuestras determinaciones dependen de la adaptación al rango y al ambiente, en un grado muy superior al que estamos dispuestos a reconocer. Una parte considerable de nuestro pensamiento se limita a transmitir automaticamente las impresiones e influencias recogidas y, en particular, los que han sido educados desde la infancia bajo la férula de la disciplina militar sucumben a la psicosis de una orden como a una fuerza irresistible. Toda orden militar tiene sobre ellos un poder que, para la Jógica es del todo incomprensible y que di-suelve la voluntad. Yo también, que de mis veinticinco años había pasado los quince decisivos para la formación en la escuela militar y en los cuarteles, dejé de pensar y de actuar independientemente desde el segundo mismo en que recibi la orden del coronel. No reflexioné más. Ya sólo obedecí. Mi cerebro sabía únicamente que debía presentarme a las cinco y media, listo para marcharme, y que hasta esa hora debia realizar todos los preparativos, sin quejarme. Desperté, pues, a mi ordenanza. Le informé con pocas palabras que, a raíz de una orden urgente, debía partir por la mañana a Czaslau, y junto con él empaqueté todas mis cosas, una por una. Apenas dinios cima a nuestra tarea, y a las cinco y media me presenté, de acuerdo a la orden, en la habitación del coronel para recibir los papeles oficiales. Sin ser notado, ral cual me había sido ordenado, abandoné el cuartel.

Es verdad que esa paralización hipnótica de la voluntad duró solamente mientras me encontraba dentro del radio al que alcanzaba el poder militar y hasta tanto mi misión no quedaba del todo cumplida. Al primer sacudimiento de la máquina que ponía en marcha al tren, esa estupefacción desapareció y me turbé como el que queda tirado en el suelo por la presión de un proyectil y que se levanta aturdido, descubriendo asonibrado que se halla ileso. Mi primera sorpresa se refería al hecho de que aun vivía. La segunda, al de que estaba sentado en un tren en marcha, arrancado de mi habitual medio diario. Apenas empecé a recordar, y va todo me asaltó con rapidez afiebrada. Había querido poner punto final, y alguien había apartado mi mano del revolver. El coronel se comprometió a poner en orden todo. Sin embargo, sólo arreglaría aquello -comprobé desazonado-, que se refería al regimiento y a mi llamado "buen nombre" como oficial. En ese momento, posiblemente, mis camaradas estaban delante de él en el cuartel y desde luego le prometian por su honor y dándole su palabra que no mencionarían para nada lo sucedido. Pero minguna orden podía impedir que interiormente pensasen lo que quisieran, y todos debían de darse cuenta que había salido huvendo cobardemente. Era posible que el farmaceutico se dejase engañar al principio, pero, y Edith, y el padre, y los demas? ¿Quién los informaria, quién les explicaria todo? Las siete de la mañana: a esta hora ella despierta, y yo soy su primer pensantiento. Quizás ya mira desde la terraza -;ah, la terraza!, ¿por qué me recorría siempre un escalofrío al pensar en la terrava?-; con el catalejo enfoca la plaza de ejercicios, mira trotat

nuestro regimiento y no sabe ni sospecha que alguien falta alli. Pero, en la tarde, empezara a esperar, y no llegaré, y nadie le habrá dicho nada. Hablará por teléfono y se le comunicará que recibi orden de trasladarme, y ella no lo comprenderá. O peor, todavia, lo comprendera immediatamente y entonces... De repente vi la mirada amenazante de Condor detrás de sus vidrios refulgentes, le oí gritar otra vez: "¡Seria un crimen, un asesinato!", y ya una segunda imagen se anteponia a la primera: Edith, levantandose, apoyada en los brazos del sillon, lanzandose hacia el antepecho de la tereaza, con el precipicio y la muerte en la mi-

Era perentorio hacer algo sin pérdida de tiempo. Pensé telegrafiarle desde la misma estación, telegrafiarle cualquier cosa. Debía impedir indefectiblemente que en su desesperaión hiciera algo grave, algo irreparable. No. Yo era el que no debía hacer nada brusco o irreparable; Condor me lo había advertido, y debia avisarle inmediatamente en el caso de que sucediera algo grave. Se lo había confirmado con un apretón de manos, le había dado una palabra, y una palabra de honor. Gracias a Dios, en Viena me quedaban dos horas de tiempo. El tren sólo seguía por la tarde. Quizás alcanzaría a ver a Condor. Era preciso verlo.

En cuanto llegamos a la estación, entregué mis equipajes al ordenanza. Le dije que se fuera en seguida a la estación del Noroeste y me esperase allí. Y yo me fuí a casa de Condor, rezando por el camino, aunque no suelo ha-cerlo nunca: "Dios, haz que esté en casa; per-mite que esté en casa. Yo solo puedo explicárselo; él solo puede entenderme, y nadie más que él puede ayudarme."

La indolente mucama vino arrastrándose hacia mí, y con un trapo de colores chillones en la cabeza. El doctor no estaba en casa, ¿Si que-

ría esperarlo?

-No vuelve antes de mediodía.

Le pregunté si sabía dónde estaba,

No; no lo sé. Va de un lado a otro, Entonces pregunté si podia hablar con la señora del doctor.

-Se lo preguntaré - contestó levantando los hombros y volviéndome la espalda, Esperé, La misma estancia, la misma espera

de la vez anterior y -; gracias a Dios! - luego, también el mismo paso levemente arras-

La puerta abrióse tímida e incierta. Como aquella otra vez, un ligero aire parecia haberla abierto, pero la voz venía a mi encuentro, bondadosa y cordial:

-¿Es efectivamente usted, teniente? -Sí, señora -contesté, mientras me inclinaba otra vez, ¡siempre la misma tontería!, delante

de la ciega. -Mi marido lo lamentará muy de veras, Sé

que le disgusta el que usted pierda tiempo por él. Espero que usted no tendrá inconveniente en aguardarle, Volverá, a más rardar, a la una,

-No; por desgracia, no puedo esperar, Pero... es muy urgente... ¿Podria aleanzarle tal vez te-lefónicamente en casa de alguno de sus pa-

La mujer suspiró.

-No; temo que eso no sea posible. No sé donde está v. además..., además..., ¿sabe?, la gena la que atiende de preferencia, no tiene teléfono. Pero quizás podría...

Se acercó más, una expresión tímida se deslizó por su rostro, por último tartamudeó:

-Me doy cuenta..., comprendo que ha de ser muy urgente..., y si hubiera una posibilidad, le diria..., le diría, desde luego, cómo se le puede alcanzar. Pero..., pero..., quizás vo mis-ma podría transmitirle un recado en cuanto regrese... Supongo que se trata de esa pobre muchacha con la que usted siempre es tan bueno.. Si usted quiere, yo me encargaré gustosa...

Entonces se me ocurrió algo insensato, o sea, que no me atreví a mirarla a los ojos cegados. Tenía, no sé por qué, la sensación de que ella lo sabía todo, que todo lo adivinaba. Por eso mismo me sentí avergonzado y sólo acerté a tartamudear:

-Es usted muy amable, senora...; pero quisiera molestarla. Si usted mé permitie le municaré lo más esencial por escrito. Pero seguro que volverá antes de las dos ¿verdas Poco después de las dos sale el tren, y él dese ir alla, es decir... es absolutamente necesar créamelo, que haga el viaje. Le aseguro que no exagero.

Observé que ella no dudaba, Volvió a acercarse, v vi que su mano iba haciendo incomcientemente un gesto, como si tratara de tequilizarme y devolverme la calma.

-Desde luego, lo creo, cuando usted lo disc. Y pierda cuidado, Hará cuanto pueda hacer. -¿Me permitirà entonces que le escriba?

-Si, escriba; sirvase... alla, por favor. Se me adelanto con la extraña seguridad que conoce el lugar de todos los objetos en habitación, Era evidente que ordenaba y palpaba su escritorio docenas de veces por día con sus dedos atentos, pues, con el movimiento exacto de una persona que ve, sacó del cajón de la izquierda tres o cuatro hojas de papel y me las dispuso, derechas, sobre la carpeta.

-Allá encontrará usted pluma v tinta - v de nuevo señaló con precisión el lugar exacte. Escribí de corrido cinco carillas. Suplique « Condor que fuera inmediatamente a casa de Kekesfalva; subrayé tres veces la palabra "inmediatamente". Le expliqué todo en la forma más sucinta y sincera. Le dije que no podis perseverar, que había negado el compromi-ante mis camaradas; que sólo él había reconocido desde un principio que el temor de los demás, el miserable temor de las charlas y comentarios originaba mi debilidad. No le oculte que yo mismo había querido juzgarme v que el coronel me había salvado, mal de mi grado. Pero que en ese momento no había pensado más que en mí y que sólo ahora comprendia que arrastraba conmigo a otro ser, inoceme Le rogué que fuera inmediatamente a verla, va que él mismo comprenderia cuán urgente era - otra vez subrave el "inmediatamente" que le dijera toda la verdad, toda la verdad Que no disimulase nada, que no me pintase mejor de lo que era y como a un inocente. Si, a pesar de todo, ella disculpaba mi debilidad, yo consideraria el compromiso más sagrado que nunca. Sólo ahora me resultaba esto verdaderamente sagrado, y si ella me lo permiría, la acompañaria a Suiza, dejaría el ejércio y me quedaría a su lado sin importarme que se restableciese pronto, más tarde o nunca. Que haría todo para reparar mi debilidad, mi mentira, y que mi vida no tenía más que un objeto. el de probarle que no la habia traicionado a ella, sino a los demás. Le rogué que le dijera todo eso, toda la verdad, ya que sólo ahom sabia hasia qué punto le quedaba obligado; mas que a todos los demás hombres, más que a min camaradas y a la carrera, Solo me importaba que ella nie juzgase y me perdonase. Que de-jaba la decisión en sus manos si queria per-donarme. Y terniné rogando a Condor — ya que se trataba de un asunto de vida o muerte que dejase abandonado rodo para trasladarse en el tren de la tarde. Insistía en que debia estar allí sin falta a las cuatro y media, no más tarde, a la hora en que ella solia esperatme. Que ése era el último pedido nue le hacia. Que me avudase esa sola vez y que fuera en seguida - subrayé cuatro veces ese apremianta 'en seguida" -, ya que de lo contrario estarra todo perdido.

Cuando dejé la pluma, tenía la seguridad de que por primera vez había tomado una decision trrevocable. Solo mientras escribía cobraba conciencia de lo que más cuadraba. Por primera vez agradecí al coronel que me hubiera salvado. Sabia que, en adelante, no quedaba comprometido con todo mi ser sino a una sola persona, únicamente a ella, que me amaba.

Sólo en ese instante observé que la ciega labía permanecido a mi lado, absolutamente inmóvil. De nuevo me sobrevino el sentimiento insensato de que habrla leido cada palabra de mi carta v sabría todo lo que me concerna -Perdone usted mi descortesia - me levante de golpe -, me había olvidado completamen-

te ... pero ... peto ... era tan urgente que co-

terase en seguida a su señor esposo...

Me sonrio.

—No significa nada que haya permanecido un momento de pie. Sólo importa lo demás-Estoy segura de que mi esposo hará cuanto usted le pida... Comprendí en seguida... pues conozco todos los matices de su voz... que lo aprecia a usted, que le tiene en particular estima... Y no se atormente - su voz se tornaba cada vez más cálida-, le ruego, no se martirice..., se solucionatà todo favorablemente.

Dios lo quiera - contesté lleno de esperanza sincera, (¿acaso no se decía de los ciegos

que tienen el don del vaticinio?)

Me incliné para besar su mano. Cuando levanté la vista no comprendí que esa mujer de cabellos grises, con su boca áspera y con la amargura de sus ojos ciegos hubiera podido parecerme fea al principio, pues su rostro irradiaba amor y compasión humanos. Tenia la impresión de que esos ojos que sólo reflejaban eternamente la oscuridad, debian saber más de la realidad de la vida que todos aquellos que mirán claros y radiantes al mundo.

Me despedí como un convalceiente. Súbitamente tuve la certidumbre de que no constituia un sacrificio el que en esa hora me hubiera prometido de nuevo y para siempre a otro ser azorado y desheredado por la vida. No, no son los sanos, los orgullosos, los alegres y contentos los que aman; ellos no lo necesitan. Solo reciben el amor como un homenaje que se les ofrece, como una obligación que se les debe; egoistas e indiferentes. La entrega de otro no tiene para ellos ningún sentido ni significa la ventura de su vida, sino que es tan solo un mero atributo, un insignificante adorno en el pelo o una pulsera en el brazo. Sólo a aquellos que han sido desheredados por el destino, a los trastornados, a los huérfanos y desgraciados, a los débiles, a los feos y a los humillados puede avudarse verdaderamente por obra del amor. Quien les dedique su vida los recompensa de lo que la vida les ha negado. Solo ellos saben amar y ser amados tal como dehe amarse: con agradecimiento y con hupuldad.

3 3 3

Mi ordenanza esperaba pacientemente en el vestibulo de la estación. Lo llamé sonriente, Me sentí de pronto extrañamente aliviado, Nunca me había sentido tan seguro de mí mismo. -; Gracias a Dios, pude alcanzarlo! Si no hubiera sido por los seis minutos de retraso, ha-

bria perdido el tren.

Esas palabras me atravesaron involuntariamente. ¿Y si Condor no hubiera regresado a an casa al mediodía? ¿O si hubiera llegado demasiado tarde para alcanzar el tren de mediodía? En tal caso, todo habria sido en vano. Entonces ella esperaría, esperaria. Al instante se me presentó nuevamente la visión de la terraza y vi cómo ella se aferraba de la baranda y miraba fijamente, inclinándose ya sobre el precipicio. ¡Por el amor de Dios, ella debía saber a hora justa hasta qué punto me arrepentia de mi traición! Debía saberlo antes de desesperar y antes de que sucediera tal vez lo irreparable. Me parecía conveniente telegrafiarle algunas palabras desde la primera estación para alimentar su confianza, para el caso de que Condor no hubiera podido informarla. En Brunn, la primera estación, salté del coche y corri hasta la oficina de telégrafos. "Edith von Kekesfalva, Kekesfalva, Mil saludos en medio del viaje y recuerdos fieles. Misión oficial, Volveré pronto, Condor informará sobre deta-lles. Escribire en cuanto llegue. Cordialmente, Antonio.

Despaché el telegrama. Me quedó el tiempo justo para saltar al vagón. Di las gracias a Dios porque todo estaba hecho y porque ella no podía ya desconfiar ni inquietarse. Sólo entondías de tensión y esas dos noches de vigilia. Coando, en la tarde, llegue a Czaslau, tuve que reunir todas mis energias para subir tambaleanmi habitación. Lucgo me hundí en el sueño como en un precipicio.

Creo que me quedé dormido en el mismo instante de tenderme en la cama. De pronto, alguien golpeaba mi puerta desde afuera. Salté ia cama y abri precipitadamente. En el pasillo estaba el portero de turno:

-El telefono para el señor teniente. Lo mire de hito en hito. ¿Yo? ¿Al teléfono? ¿Donde... donde estaba? Una habitación extraña, una cama extraña... Ah, sí... estaba en... eso es, en Czaslau. Pero si aquí no conocia a nadie, equién podía entonces hablarme por teléfono en medio de la noche? :Tonterias! Debia ser por lo menos la medianoche. Pero el portero me urgió:

-Por favor, pronto, señor teniente: es un llamado de larga distancia, desde Viena, no

comprendi bien el nombre.

En seguida me despabilé, ¡Desde Viena! No podía ser más que Condor, Grité a] portero: -; Baje rápido! Diga que ya voy.

El portero desapareció, yo me puse precipitadamente un abrigo encima del pijama, y corri detrás de el El telefono se encontraba en un rincon del despacho en la planta baja, el portero va tenia el auricular en el oído. Lo aparté con impaciencia, a pesar de que me

decia:
-Está interrumpida.

Escuehé,

Pero nada... nada. Sólo un lejano susurro... sfff... sff... srrr... como aleteos de mosqui-to metálico. Grité ¡Hola, hola!, y esperé, esparé. Ninguna contestación, Sólo ese zumbido burlón y sin sentido. Esperaba, atendia, el auricular de caucho fuertemente apretado contra el oido. Por fin. .. krx... krx... Un cambio y la voz de la telefonista:

-¿Ya tiene comunicación?

-No; aun no.

-Pero si recién hicieron un llamado de Vie-. Un momento, voy a averiguar en seguida, De repente una voz, un bajo duro y arisco:

-Habla el comando local de Praga. ¿Hablo con el Ministerio de Guerra? -No, no - contesté, gritando desesperada-

La voz rezongaba confusa todavía. Se apagó y se perdió en el vacío. Y otra vez nada más que el zumbido y la vibración estúpida, y luc-

go nuevamente una sombra confusa de lejanas voces incomprensibles. Por último, la telefo--Disculpe, Acabo de revisar, La comunicación está interrumpida. ¡Una urgente conumi-

eación militar! Le avisaré en seguida, en cuanto vuelva a llamar el abonado. Cuelgue el auricular mientras tanto,

Corté, agotado, decepcionado, amargado,

El portero se acercó cortésmente:

-El señor teniente puede esperar tranquilo en su habitación. Le avisaré corriendo cuando se restablezca la comunicación,

Pero rechacé la sugestión. No quería perder nuevamente la conversación. No iba a perder un

minuto más. Me senté, pues, en el taburete duro que el portero me arrimó un poco sorprendido, y

esperé largo rato. Por fin, por fin de nuevo la señal. Atendi con todos los sentidos, mas la telefonista sólo

me informó: -Acaban de avisar que se ha anulado la co-

municación. ¿Anulado? ¿Qué significa eso?

Un momento, señorita!

Pero ya había cortado.

¿Anulado? ¿Por qué anulado? ¿Por qué me llaman a las doce y media de la noche y suspenden luego la comunicación? Algo había pasado que yo ignoraba y que era necesario que lo supiera. ¡Qué espanto, qué horror; esa imposibilidad de atravesar el espacio y el tiem-po! Llamaría a Condor a mi vez? No, a esas horas de la noche, no. Su mujer se asustaría. Probablemente comprendería que era demasiado tarde y volvería a hablar a la mañana

No puedo describir esa noche. Persiguiéndose en imágenes confusas, una sucesión de pensamientos absurdos; y yo, cansado y desvelado a la vez, esperando siempre, con todos los nervios tensos, atento a cada paso en la escalera y en el pasillo, a eada llamada del timbre y a cada ruido de la calle, y, por último, vencido por un sueño, un sueño demasiado profundo, demasiado largo, infinito comn la muerte, abismal como la nada

Cuando me desperté, el cuarto estaba immdado de claridad. Una mirada al reloj: las diez y media. Por el amor de Dios, vo debia presentarme en seguida, según me había ordenado el coronel. Antes de que pudiera pensar en lo personal, volvió a funcionar dentro de mi, autoniáticamente, lo militar, la obligación. Vesti rapidamente el uniforme, me arrey me precipité escaleras abajo.

Penetre en la oficina de la comandancia, con el cinto reglamentariamente sujeto, Pero sólo encontre a un pequeño suboficial pelirrojo, quien se quedó mirándome asombrado.

Baje en seguida, mi teniente, para recibir órdenes. El teniente coronel ha ordenado expresamente que todos los oficiales y tropas de la guarnición se presenten a las once en pun-Por favor, baje en seguida.

Salté las escaleras. Efectivamente, en el patio estaba reunida toda la guarnición. Me quedó el tiempo justo para colocarme al lado del capellan, cuando apareció el coronel. Caminaba de un modo ostensiblemente Jento v solemne, desdoblo una hoja y empezo a leer

con una voz que retumbaba a gran distancia:
- Se ha perpetrado un horrible crimen que llena de espanto a Austria y Hungria y a to-do el mundo civilizado." - (¿Qué crimen?, pensé atemorizado. Empecé sin tjuerer a temblar como si yo lo hubiera causado). - "El asesinato alevoso..." - (¿que asesinato?) -'de nuestro bien amado heredero del trono, su Alteza Imperial y Real el Archiduque Francisco Fernando y su screnisima señora esposa."

Lo demás va no lo oí con claridad. No sé por que, pero lo cierto es que la palabra "crimen" y el termino "assesinato" me produjeron el efecto de un martillazo contra el coragón. Sin presentarme al teniente coronel. aproveché la confusión general después de la lectura de la orden del día, para volver rápidamente al hotel, Tal vez, entretanto, habían

El portero me entregó un telegrama, diciendome que había llegado en la mañana temprano, pero que no pudo entregármelo por haher pasado yo tan rápidamente a su lado. Rasgue el formulario. En el primer momento no comprendi nada. No llevaba firma. El texto era completamente incomprensible Por último entendí: no era sino un aviso postal para comunicarme que no se había podido entregar el telegrama que yo había despachado a las tres horas cincuenta y ocho minutos de Brunn.

Miré fijamente las palabras. ¿No se había podido entregar un telegrama dirigido a Edith von Kekesfalva? Si todo el mundo la conocia en la pequeña ciudad. Ya no pude soportar más la tensión. Pedi de inmediato comunica-ción telefónica con Viena, con el doctor Condor.

-¿Urgente? - preguntó el portero. -Si; urgente.

Al cabo de veinte minutos se estableció la comunicación y - milagro de mal presagio -Condor estaba en su casa y él mismo atendió el teléfono. A los tres minutos me habia enterado de todo. Una casualidad dishúlica había deshecho todo y la desgraciada ya no tuvo noticias de mi arrepentimiento y de mi resolución profundamente sincera, Todas las medidas del coronel para solucionar la cuestión habían resultado inútiles. Ferencz y los camaradas no se habían ido del café al cuartel, sino a la vinería. Ahí se encontraron, por desgracia, con el farmacéutico, y l'erenez, el torpe bonachón, lo agredió de inmediato por puro afecto hacia mí. Le exigió explicaciones en presencia de todo el mundo y le acusó de haber esparcido Se originò un escándalo tremendo, y al día siguiente toda la ciudad estaba enterada. El farmaceutico, profundamente herido en su honor, se había precipitado a primera hora de la ma-fiana al cuartel para obligarme a servir de testigo, y cuando se le dió la sospechosa noticia de que vo había desaparecido, se dirigió en coche al castillo Kekesfalva. Alla sorprendio al viejo en su despacho y lo increpó hasta hacer temblar las ventanas, reprochándole que los Kekesfalva lo habían escarnecido con su "estúpido llamado telefónico" y como ciudadano arraigado no toleraba esas afrenzas de parte de oficiales insolentes. Parece haber dicho que va sabia por que me fugaba yo en forma tan cobarde y que no era posible hacerle creer que se trataba de una mera broma, que en todo eso había una gran canallada de mi parte; y que si hacía falta no tendría miramiento en llegar hasta el Ministerio para aclararlo todo, y que de ninguna manera se dejaba insultar en locales públicos por semejantes niocosos.

Habia sido dificil calmar al energúmeno y hacerlo salir. En medio de su espanto, Kekesfalva solo descaba que Edith no se enterase de esas sospechas horribles. Pero, por fatalidad, las ventanas de la oficina estaban abiertas y las palabras retumbaban terrihiemente a través del pario, siendo claramente perceptibles hasta junto a las ventanas donde Edith se hallaba sentada. Probablemente tomó en seguida su resolución largamente preparada, pero supo disimular muy bien. Hizo que le enseñaran nuevamente los vestidos flamantes, reia con llona, acariciaba a su padre, preguntó por mil detalles y quiso saber si ya tudo estaba preparado y empaquerado. Pero, en secreto, encargo a José que consultase en el cuartel cuándo volveria vo y si no había dejado un mensaje. Fueron decisivas las noticias que le dió el ordenanza, ajustándose a la verdad y haciéndole saber que vo había recibido orden de trasladarme en misión urgente, por un tiempo indefinido, v que no habia dejado recado para nadie. En la impaciencia de su corazón, ella no quiso esperar ni un dia, ni una hora. La habia engañado demasiado profundamente, la habia herido de modo tan mortal que ella ya no podía confiar más en mí, y mi debilidad le dió fuerzas fatales,

Después de comer se hizo subir a la terraza, v como, movida por un presentimiento obscuro, Ilona se sentia inquieta justamente por su alegría desacostunibrada, no se apartió de su lado. A las cuatro y media, exactamente a la hora en que yo solia arribar v justamente un cuarto de hora antes de que llegaran, casi simultaneos, mi telegrama v Condor, Edith solicitó a la fiel amiga que fuera a buscarle un libro determinado, v, por desgracia, Ilona cumplió ese deseo en apariencia inocente. Y la impaciente niña, que no sahía dominar su corazón, aprovecho ese escaso minuto para realizar su propósito y tal como use lo había anunciado en aquella misma terraza, exactamente como yo lo habia visto en mis pesadillas, cumplió ella su horro-

rosa determinación. Condor la encontró todavia con vida. Fué trasladada, desvanecida, en una ambulancia, a Viena, Hasta muy entrada la noche, los médicos ereian todavia en la posibilidad de salvarla, y por eso Condor me había llamado a las siete y media de la tarde, urgentemente, desde el sanatorio. Pero en aquella noche del 29 de junio que signio al asesinato del heredero del trono, todas las oficinas de la monarquia estaban revueltas y las líneas telefónicas ocupadas integramente por las autoridades civiles y militares para las consignientes comunicaciones oficiales. Condot habia esperado durante cuatro horas, en vano, la cumunicación, Sólo cuando después de medianoche los médicos comprobaron que va no quedaba esperanza alguna, desistió de aquello. Media hora después, Edith había muerto.

De los cientos de miles de ciudadanos que

fueron llamados en aquellos días de agosto a las filas, estoy seguro de ello, sólo muy pocos marcharon al frente tan serenos y aun impacientes como yo. No es que hubiese anhelado la guerra. Ella simplemente constituia una solución y una salvación para mi. Huia hacia la guerra como un criminal hacia la oscuridad. Pase las cuatro semanas, hasta la decisión, en un estado de desprecio de mí mismo, de confusión y desesperación, del que aun hoy me acuerdo con más terror que de las horas más horrililes en los campos de batalla. Estaba convencido de haber asesinado con mi debilidad, con mi compasión, primero tentadora y luego huidiza, a un ser humano, algo más, al único ser que me amaba apasionadamente, y ya no osaba salir a la calle. Di parte de enfermo, y me arrinconè en mi pieza. Habia escrito a Kekesfalva para manifestarle que hacia mio su dolor (era, en verdad, mi dolor); no me contesto, Colme a Condor de explicaciones para justificarme; no me contestó. De mis camaradas, no me llegó una sola línea, como tampoco de mi padre. Yo interpretaba ese silencio unanime como una condenación acordada en común. La guerra que había arrastrado a millones de

inocentes, me salvó a mi, que era culpable, de la desesperación (pero no por esto la alabo).

Me repugnan los términos patéticos. Por eso no dire que busque aquella vez la muerte. Digo solo que no la temí; por lo menos, la temí menos que la mayoria, pues en muchos instantes el regreso a la retaguardia, donde sabia que estaban quienes conocían mi culpa, me resultaba mas terrible que todos los horrores del frente. Por otra parte, ja donde podía dirigirme, quién me necesitaba, quien me quería va, para quien y para que había de seguir viviendo? Si es que ser valiente no significa cosa distinta ni mas elevada que no tener miedo, puedo afirmar tranquila y sinceramente que en el frente me porte, en efecto, con valentia, pues aun aquello que los más viriles de mis camaradas consideraban más tremendo que la muerte, aun la posibilidad de quedar tullido no me atemorizaba. Hubiera considerado un castigo, una venganza justa, seguramente, el quedar desamparado, tullido, presa de la compasión ajena, porque la mía, en su tiempo había sido demasiado cobarde, demasiado débil. Si la muerte no me encontraba, no era por mi culpa; yo me enfrenté a ella docenas de veces, con la mirada del indiferente.

Cuando pasaron aquellos cuatro años interminables, descubri sorprendido que, a pesar de todo, conseguia vivir otra vez en el mundo de antes. Los que regresabamos del Hades, pesábamos las cosas con nuevas pesas. Cargar con la responsabilidad por la muerte de un hombre no era lo mismo para un soldado combatiente en la guerra mundial que para un hombre del mundo de paz. Mi propia culpa particular se habia diluido completamente el enorme lodo sanguinario v confundido con la culpa general; pues mi propio vo, mis propios ojos, estas mis manos habian apuntado con la ametralladora que cerca de Limanova segaba la primera ola de la infanteria rusa delante de nuestras trincheras. Yo mismo había visto después, a través del catalejo, los ojos despavoridos de los muertos y de los heridos que había abatido mi punteria, que gemian horas enteras en los alambres de púa antes de morir miserablemente. Miles y miles de hombres que marchaban formando a mi lado, habian hecho lo mismo con la earabina, con la bayoneta, con el lanzallamas, con la ametralladora, con el puño desnudo, cientos de miles y millones de hombres de mi ge-neración, en Francia, en Rusia y en Alema-nia. Qué gran cosa importaba entonces un asesinato aislado, qué importaba una culpa privada, personal, en medio de la miliforme y cósmica, de esa más fulminante destrucción en masa de la vida humana que la historia había conocido hasta entonces?

Y luego – nuevo alivio –, en ese mundo del

regreso ya no habia ningun testigo en contra de mi, Nadie podia inculpar de una cobar in pasada al que se había distinguido por su peculiar valor, ya nadie podia echarme en cara desgraciada debilidad. Kekesfalva había sohrevivido a la muerte de su hija sólo por unas pocos días; Ilona vivia como modesta espusa de un oscuro notario en un pueblo vugocavo; el coronel Bubencic, se había descerrajado un balazo a orillas del Save; mis camara habian caido u olvidado desde hacia tiempo el nimio episodio; todo lo pasado se habia tornado tan insipido y sin valor en esos e atro años apocalipticos, como el papel moneda de antes. Nadie podía acusarme, nadie podía juzgarme; me sentía como un ascsino que ha enterrado el cadáver de su víctima en un bosque y sobre el que ha caído la nieve tupida, blanca, pesada; v sabe que, por meses) meses la capa protectora cubrità su crimen v que luego se perdera para siempre su rastro. Bajo el aliciente de tales reflexiones fui cobrando coraje y comencé a vivir de nuevo. Puesto que nadie me recordaba, fuí olvidando solo mi culpa. El corazón sabe olvidar profunda v buenamente, cuando quiere olvidar con urgencia,

Una sola vez volvió el recuerdo de la otra corilla. Estaba vo sontado en la platea de la Opera de Viena, en la primera silla de la ditima fila, para ofir una vez más el Orfeo de Gluck. Acababa de terminar la obertura, sin que se iluminara la sala para el intervalo, pero dando oportunidad a unos cuantos retrasados para pasar a sus butacas en la penumbra. Hacia la fila en que vo estaba sentado, se encaminaban, tambien, las sombras de dos de esos rezagados, un caballero y una dama,

-Con su permiso - se inclinó el caballero cortésmente dirigiéndose a mí. Sin mirarlo casi, me levanté para franquearle el paso. Pero en vez de sentarse de inmediato en el asiento que quedaba libre al lado mio, hizo pasar primero euidadosamente, con manos tiernamente orientadoras, a una dama. Le allanaba, si asi puede decirse, el camino; bajo, además, el asiento antes de hacerla sentar. Esta delicadeza era demasiado extraordinaria para dejar de sorprenderme. Una ciega, pense, e involunta-riamente miré compasivo hacia ella. Pero en ese instante se sentó a mi lado aquel caballero regordete, v con un desgarramiento del corazón lo reconocí: ¡era Condor! El único hombre que sabia todo, que me conocía hasta en las más reconditas profundidades de mi culpa, estaba sentado a mi lado, con la res-piración contenida. El hombre cuya compasión no había sido una debilidad criminal como la mia, sino abnegada, llena de una fuerza que se sacrificaba a sí mismo, era el, e único que podia juzgarme, el único ante el cual me sentiría avergonzado. Cuando se encendieran las arañas, en el entreacto, tendría

que reconocerme en seguida. Empecé a temblar y cubri rápidamente mi cara con la mano, para quedar a cubierto por lo menos en la penumbra. Ya no pude escuchar una sola vibración de la música antada; mi corazón palpitaba con demasiada vehemencia. Me anonadaba la proximidad de ese hombre que era el único en la Tierra que me conocía de verdad. Como si me encontrara desnudo, en la oscuridad, entre toda aquella gente tan correcta v tan bien vestida, me estremeci pensando en el momento en que la iluminación repentina hubiera de revelarme En el breve intervalo entre la penumbra y la luz, cuando el telón empezaba a caer sobre el primer acto, bajé rapidamente la cabeza y hui a traves del pasillo central, creo que con la suficiente rapidez como para que Condor no pudiera verme ni reconocerme, Pero desde aquel instante, estov más seguro de que ninguna culpa queda olvidada mientras la conciencia tiene todavía noción de ella.

IMPACIENCIA DEL CORAZON, la novela de STEPHAN ZWEIG, ha sido publicada en forma de

JOSE INGENIEROS, EL SOCIOLOGO...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 23)

dado una anécdota que, aunque conocida, no

nos resistimos a recoger aquí:

Soussens, en cierta ocasión se quejó a Antonio Monteavaro, su alter ego en clase de bohemios, de que Ingenieros, gran amigo de los dos, lo tenía condenado a chaqué perpetuo, Monteavaro trasladó la queja del "caballero de Friburgo" a Ingenieros, quien le contestó:

-Dile a Charles que ya habia pensado en ello y que tengo un traje de saco para él.

Ante la fausta nueva. Soussens se apresuró a ir a casa de Ingenieros, quien puso ante los ojus del poeta el traje prometido: un traje a cuadritos blancos y negros; uno de esos trajes detonantes que le gustaba vestir al creador de La Syringa, famoso ya por aquel entonces como neurologo. Soussens, en vez de alegrarse por el regalo, se quedó muy cariacontecido, y exclamó haciendo gárgaras con las erres:

-Te imaginas, Pepe, que me voy a poner ese traje para hacer el ridiculo.

-Me lo he puesto vo, Charles, -Pero yo no tengo clientes locos.

En cuanto a Monteavaro... A principios de 1905, Ingenieros logra uno de sus grandes de-seos: ir a Europa. El gobierno lo designa para representar a nuestro país en el Congreso Internacional de Psicologia, a celebrarse en Roma, El día de la partida, sus amigos acuden al puerto en masa para despedirlo. Dijerase que La Syringa celebra asamblea general en la cubicrea del barco. Pero la risa, en aquellos momentos, está velada por la emoción. Hay, sin embargo, quien no puede ocultarla por mucho que se esfuerce, porque es mucho lo que le duele la separación del antigo sin par. Es Antonio Monteavaro que, en el abrazo de la despedida, ronspe a llorar desconsoladamente. Entonces Ingenieros tiene un rasgo estupendo: se lo lleva con él a Euro-Así como así, el gran bohemio no tenía necesidad de preparar el equipaje, y para entbarcarse v andar por el mundo no se necesitaba requisito alguno.

El niño y el hombre excepcional.

Nosotros no conocimos a Ingenieros hasta el regreso, no de aquél, sino de su segundo viaje a Europa, regreso que coincidió con el co-mienzo de la guerra del 14. Era va el autor de El bombre mediocre, editado en el Vicjo Mundo, y cuvos ejemplares se anticiparon a su llegada, difundidos en toda América como un

mensaje a la juventud. Después de un voluntario destierro de tres años, se incorporaba a la vida argentina, más argentinamente que nunca, con su romántica enipresa -romántica y patriótica en el más alto sentido- de La cultura argentina, en la que divulgó las obras de nuestros escritores, antiguos y modernos, en ediciones económicas, de las que lanzaba un libro por semana, y con su ingente labor en la Revista de Filosofía. Se incorporaba igualmente a la bohemia literaria y teatral, no faltando a ningún estreno. Su imagen está asociada, en nuestro recuerdo, a la de Vicente Martinez Cuitiño, con quien estaba, en una noche de estreno, cuando le conocimos. Y por eso acudimos a nuestro gran autor, que como Ingenieros sabe de la labor fecunda y de la rica, para que él nos ayudara a evocarlo en su aspecto humano.

-Era un niño -comienza por decirnos-. Por su ingenua espontaneidad, su travesura y su alegría, cra un niño. Y, siendo un niño, no dejaba de ser un hombre excepcional.

-¿Cuándo lo conoció usted?

-Debió ser hacia 1905, cuando Ingenieros regresó de su primer viaje a Europa. Yo no había terminado todavía mi carrera y va había empezado a escribir para el teatro. latimamos enseguida. El era, para mí, un maestro, pero me trató siempre como un compañero. Con una cordialidad entrañable, me llevo a su casa, puso a mi disposición su biblioteca, me orientó en

rosidad única. Y en su generosidad entraba lo que yo más podía apreciar: la generosidad de sus conocimientos. En ese sentido era admirable: se dada sin una reserva, con la prodigalidad de quien es dueño de un tesoro y lo reparte a manos llenas.

Recordamos las noches de estreno y el calor con que le veiamos celebrar cualquier éxito, Martinez Cuitiño comenta:

-¡Ah! Otra cosa admirable de su caracter: era un hombre siempre pronto al entusiasmo ante la obra ajena, siempre pronto a admirat

-Hasta romper los guantes. ¿No le envió una vez a Florencio Sánchez, al día siguiente de uno de sus estrenos, unos guantes destrozados con una tarieta en la que le decía que los habia roto aplaudiendo?

-La anegdota es exacta, menos en lo que se refiere a Florencio Sánchez, porque a quien se los mando fué a Carlos Octavio Bunge, cuando

No acude a su memoria el titulo de la obra,

COMBUSTIBLE SIN HUMO



Por medio de un método de calentamiento del carbón bituminoso, que le extrae los sustancias volátiles y la humedad, se puede obtener un combustible que no produce humo of quemorse.

pero sí recuerda perfectamente que se estrenó en el teatro San Martín.

-¿Y su afición al teatro de qué provenía? le preguntamos-. ¿Tendría acaso alguna velci-

dad de autor dramático?

-No lo creo, o por lo menos no lo manifestó nunca. Le gustaba y andaban en ello los amigos, eso era todo. Lo que saben muy pocos, es que un dia hizo de actor. Fué en una de las primeras representaciones de La fuerza ciega, que yo acababa de estrenar. Quiso salir en el cafetín del primer acto, en una de las mesas. Pero no se resignó a figurar entre los comparsas que no decian nada, y pidio muy entonado, una botella de cerveza... ¡Era magnífico! Estaba al corriente del movimiento teatral, como lo estaba del literario. Lo leía todo, lo sabía todo...

 Se justifica el asonibro de Darío. De dón-de sacaba riempo para tantas lecturas?

 Muy sencillo. Tenía una vitalidad extraordinaria. Le bastaba con dormir unas pocas horas. Y de madrugada, cuando los demás se retiraban a sus casas, muertos de sueño, él se ponía a estudiar o a trabajar, como si acabara de levantarse de la cama. Por cierto que vo fui testigo del asombro de Dario. Fué en Paris, donde me encontré con Ingenieros, cuando estuve en Europa, hacia 1912. Como en Buenos Aires, el maestro fué, para mí, compañero en algunas de mis andanzas por el viejo mundo. El me presentó entonces a Darío, a quien yo no conocía personalmente. Fuimos a verle a su casa. Estaba acostado, convaleciendo de una de sus frecuentes "enfermedades". Asisti a un diálogo admirable entre el sociólogo y el poeta. Mientras Ingenieros hablaba, Dario iba incorporándose en la cama, y mirándolo con ojos asombrados, le decia: "Il o que sabes Penel

dola!..." Y Pepe Ingenieros reía, con su risa infantil que encantaba a Dario-

Lucgo recuerda Martinez Cuitiño que, en aquella misma época, Ingenieros fue su introductor en el mundo intelectual madrileño,

-Fué él -nos dice - quien me llevó a El gato negro, el café que hav. o había, al lado del teatro de la Comedia, donde entonces iban Benavente. Valle-Inclán v otros escritores y artistas. El me los presentó, y por él conucí tambien a Villaesnesa, de quien era muy amigo.

Es curioso: en Madrid, como en Buenos Aires, sus más intimos amigos estaban entre los escritores más bohemios, entre los poetas de vida desorbitada, con los cuales compartia, si no su vida, aquel exceso de vida que le permitia llevar una doble existencia. De liaber permanecido más tiempo en la capital española, La Syringa hubiera tomado carta de ciudadania madrileña.

La Syringa combia de nombre

-La Syringa -continúa Martínez Cuitiño-, después del regreso de Ingenieros cambió de nombre: se llamó la Omnia. Su finalidad era la misma, aunque me parece que estaba más estructurada y hasta llegó a tener su reglamento. La Onnia, inspirada y presidida por Ingenie-ros, hizo las mismas diabluras que La Syringa. Se le ocurrían las cosas más absurdas y divertidas: una de sus especialidades era la invención de personajes ilustres que visitaban el pais por uno u otro motivo. A esos personajes, la Omnia organisaba homenajes v banquetes. Logracioso es que había gente de buena fe, que tomaba en serio semejantes bufonadas, que se hacían, como es natural, muy seriamente. Tanto, que una vez en uno de esos banquetes, uno de los asistentes pidió un empleo al falso persunaje agasajado. Bueno, hay que reconocer que los que representaban aquellos papeles compenian muy bien el tipo...

Y quiénes eran los que se prestaban a eso? -Nadie lo sabía. Eso pertenecía al secreto de Ingenieros, que era quien los preparaba para el papel que iban a representar.

-¿Y de dónde los sacaba?

Seguramente de su clínica de alienista... Comenta Martinez Cuiriño que Ingenieros ponía a veces tanta seriedad en sus brumas, que cra dificil discernir lo que habia en ellas de verdad... Como en el caso de la ruleta...

-Tenía una habitación de su casa llena de roletas... -nos explica-. Allí estaba la ruletade Montecarlo, la de Deauville, la de San Sehastián, las ruletas de todos los grandes casinos del mundo. Ruletas en miniatura, pero en las que se podía jugar lo mismo que en las auténticas y en las que Ingenieros hacia jugar a sus visitantes, en las que repetía jugadas famosas, combinaciones que se hicieron célebres, trampas, célebres también ... Su érudición en mate-ria de ruleta era igualmente fabulosa.

-Quiere decirse que era aficionado al juego... -No, el caso es que no era jugador. Pero, como los jugadores empedemidos, tenía su teoría: aseguraba que a la ruleta sólo se podía ganar después de haber llegado al convencimiento de que no se podía ganar. Además, hablaba sempre de un libro, que decía estar escribiendo, sobre la ruleta, y en el que demostraba un gran interés. No sé si llegó a escribir una sola línea de esc libro, ni si todo eso no scría más que una broma, una broma para su intimidad, de la que no daba participación a nadie...

Martinez Cuitiño comenta de nuevo: -- Fra un niño ... Un hombre extraordinario, genial ... pero a la vez un niño.

Y nosotros pensamos que esa dualidad de su naturaleza se manifestaba también en su vida de metódico trabajo cotidíano y estudio constante, por un lado, v por otro en su participa-ción en la bohemia literaria, que lo contó entre sus figuras más insignes. @

En el próximo número; ENRIQUE GARCIA VELLOSO, EL ALEGRE

La cebadora de

cuento, por

SERAFIN J. GARCIA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

As chorriando ese mate, parda bocabierta!

Silvia agacha eon humildad la cabeza y ssale en procura de la servillera. No hay un solo dia que no le ocurra lo que ahora, Le tienblan demasiando las manos ceda vez que este el mate para la patrona, Sabe que est el miedo el culpable y trata de sobreponérsele. Pero no puede. Pega demasiado fuerte y con damastada frecuencia aquel mujerón bozudo, de hombruna estampa y de vocabulario cuarte-tros.

-¿Ya no t' he dicho que no le l' echés tant' asúcar? ¡Ti has pensao por si acaso que soy lumbris, pedaso' e sángana?

Tras el rezongo va el pescoción violento. La miña ca de bruces sobre el pedregullo del patio. Cuando se levanta, tiene los codos y las rodillas magullados. Finas estrins de sangre le colorean la piel áspera, de desvaída pignentación chocolate. El escozor de la desgarraduras agolpa lágrimas en sus azotados ojos ovinos, que el terror desorbira.

Pero esas lágrinas no alcanzan a caer. Silvia sabe que el lianto le está vedado tanbien, como la risa, como las palabras, como todo lo que no sea ese encogimiento tímido v borroso en que se escuda. Cada vez que llora, la patrona redobla su furor, y, en con-

secuencia, sus golpes.
Silvia va ha aprendido a contener las lágrimas. Se aprende evalquier cosa cuando
se tiene la piel oscura y se earece de madre y pan, Máxime si se da con una dueñaexigente como doña Clemencia, acostumenda a que se cumpla siempre su "santa voluntad"...

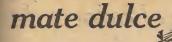
De nuevo en la cocina, la pardita retacca la porción de azúcar. Tal vez el mate peque altora por demasiado amargo. Pero ante tal reflexión encógese de hombros. De no sec ése, otto motivo cualquiera habrá de encoutrar la patrona para "capiniarla" o darle cosocrrones.

Retira de las brasas el pesado calderón de hierro, que ha comenzado a chillar, y prosigue el acarreo de mates dulees. Hace más de dos horas que está cebando. Y tendrá que continuar haciéndol hasta la del almuerzo, porque doña Clemencia no se harta jamás. Antes no "dulciaba" de ess manera; pero desde que tiene a Silvía a su disposición, se ha puesto "más viciosa que paraque y vicio", según sus propias palabras.

Mientras va viene eon la "cuya" emboquillada de oro, en la que un presidiario anomino grabara a fuego un sencillo paisseic campesino, cruzado por la palabra Re-CUFRDO, Silvia observa cómo se va achicando la sombra rectangular que la casa tiende sobre el patio. De esa sombra la hecho ella una especie de reloj primitivo, que mide el tránsito de sus horas amargas y la acerca diariamente a la tan ansiada como efimera liberación de la siesta, V desde temprano atélia su lento pero seguro decrecer, su derrora por el sol que la va royendo poco a poco, intervolbiemente.

Ahora deben de ser las once de la mañana, porque la sombra está lamiendo el bor-





ILUSTRACION DE VALDIVIA

de de los palos que sostienen el alto zarzo de parras, donde las avispas entrecruzan sus vuclos y sus zumbidos alegres. Cuando comience a orillar el cordón de la despareja vereda de ladrillos, habra llegado por fin el mediodía, Doña Clemencia se sentará a la mesa con su marido, que para entonces ya habra vuelto de la batraca de cueros que tiene ins-talada en la calle principal, frente a la plaza. Tragarán ambos de prisa, hasta el hartazgo, dejándole solamente la "raspa" de la olla, y luego se irán a dormir la consabida siesta, que durará, como de costumbre, hasta las tres y media de la tarde,

Enronces ella se sentirá por un rato a sus anchas. No importa que la dejen encerrada en la cocina. Ha aprendido a escapar por la ventanita que da al fondo, valiéndose de una manea con la cual engancha y des-

corre el alto pasador.

Ya libre, se ocultará entre el tupido hinojal del baldio próximo s jugará a cualquier juego. Improvisará un cochecito con una lata de dulce de membrillo y cuatro carretes viejos, desenterrados del basurero allí existente. Vestirá de trapos un pedazo de caña, le pondrá a modo ant extreme. Postula de trapos un pedazo de cata la posta, un par de ojos y un triangulo en el sitio de la nariz –, y tendrá una "bruja". O simplemente se entretendra ovendo croar las ranas en aquel pozo semicegado, gramilludo, al que antes temía y ahora ha acabado por querer, y con el cual conversa a veces como hubiera podido hacerlo con otro

Silvia fué "dada del todo" a raíz de la muerte de su madre, destino que les cupo igualmente a sus cinco hermanas. El padre, a quien su oficio de "capinchero" obligaba a pasar largas temporadas en el monte, no podía dejar abandonada a aquella gurrumina. Tuvo, pues, que acallar las protestas de su corazón, y hacer lo que tantos otros pobres como él hicieran en casos semejantes: repartir la prole.

A las mayores le fué relativamente fácil acomodarlas. Nunca faltan

señoras adineradas que gusten ostentar una pardita con uniforme de

niñera, cosa de muy buen tono, por cierto.

A Silvia, por el contrario, tardó mucho en encontrarle destino, Era demasiado raquítica para sus ocho años. Y demasiado deforme, además. Tenía unos brazos largus y siempre pendulos que le llegaban casi hasta las rodillas, unas piernas endebles y retorcidas como gajos de higuera y una cabeza grandota, en forma de camoatí, que parecía imposible pudiera sostenerse sobre el flaco pescuezo. Y, por añadidura, siempre le estaba fluyendo de los ojos esa tristeza ancestral, milenaria, que el sufrimiento ha perpetuado en su raza,

Pero como todavía quedan en este mundo almas caritativas, apareció al fin doña Clemencia, la barraquera, dispuesta a hacerse cargo de ella-

Silvia no habia podido olvidar jamás la tarde en que su padre, el "cepinchero", llegó al rancho acompañado por aquella mujerona. Llevaba doña Clemencia una "sinfinida" de promesas y algunos caramelos largos que obseguió a la niña. Esta no había tenido todavía ocasión de gustar la tentadora golosina. Algunas veces había visto a los gurises del rancherio pasar mordiendo, con visible deleite, aquellos azucarados cilindros - rojos o verdes - que acostumbraba a darles de yapa el bolichero. Pero como las compras que a ella le encomendaban no excedían del medio real, jamás habíale sido posible, por mucho que "pirinchase", obtener el codiciado premio,

Y hete aquí que, cuando menos lo esperaba, esa señora caderuda, de andar patuno y gordas manos verruguientas, venía a colmar su vieja aspiración...

Por otra parte, doña Clemencia le prodigó toda clase de arrumacos - con muy poca gracia, eso si -, y hasta la ruvo sentada unos instantes sobre su regazo, que era blando y mullido como un cojin.

Silvia acabó por sonreírle a la mujeraza aquella. Cierto que le producian un poquitin de inquietud su voz bronca, de timbre masculino, y el apfetado vello que le sombreaba el labio superior, y que muy bien podía confundirse con un bigote de hombre. Pero parecía tan bondadosa doña Clemencia!...; Y llevaba puesto un vestido de seda verde luz, tan bonito!...; Y era tan agradable el olor a jabón de turco que despedían sus manoplas!...

-Tenés que dirte con eya, m'hija. Es pa tu bien, Algún dia, cuando seas mosa, te vas a dar cuenta 'e lo que te digo...



Doña Clemencia aprobaba con inclinaciones de cabezar y guiñaditas picarescas. Sus conti-nuas sorrisas dejábanle al descubierto los dien-tes largos, que el oro y el sarro recubrian en pesimo consorcio de suciedad y mal gusto.

Como Silvia no se decidia aún, el "capinchero" recurrió a un nuevo argumento:

 Vos comprenderás que yo no te puedo ye-var connigo a pasar trabajos por ahi, por los montes, criatura. Y en el rancho tampoco te

podés quedar asina..., solita... Silvia le echó los brazos al cuello, súbitamente enternecida. Las lágrimas corrian abundantes por su carita tímida, mezclándose a la pegajosa

embidurnadura de los caramelos. Doña Clemencia optó por agregar el socorrido cebo de las muñecas. Prometiendole comprárselas de todos los tamaños y de todos los gustos, desde las que abrian y cerraban entre sontinas sus ojos celestes hasta las que sabían de-

ATAMISQUI, COLORES EN LA...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 19)

magnifica alfombra tejida por una mujer

cuyos colores juegan en nuestras pupilas cordialmente. Tiene una inscripción en

lenguaje quichua, que dice literalmente:

Uagchap makimpi purerani, Cunanka ricup makimpi purini.

¿Qué dirá esta inscripción realizada en

Está realizada con lana seleccionada,

elt "papá" y "mamá". Y cada cual, desde luego, munida de su bien provisto guardarropa...

Aquello terminó por convencer a la niña, ¡Con las ganas que tenía ella de poscer, no ya niuchas, sino una sola muñequita a la que pudiera besar y acariciar, y que sustituyese a las hermanas ausentes en sus juegos!..

Silvia partió de la mano de la mujerona. Su padre siguiola con los ojos hasta que desaparecio. Inmovil, contra la pared del rancho, el "capinchero" confundiase con éste en el color y, en la tristeza, Diriase que eran ambos una misma tierra y un mismo silencio bajo el cielo primaveral, surcado de golondrinas.

Al otro día, el hombre se marchó del pueblo para no regresar.

La sonibra ha continuado encogiéndose como de costumbre. Apenas si sobrepasa ahora el

Nuestras miradas recorren los rostros de los que alli se reunen para descifrar el misterio. Entre el elemento criollo que viene de la ciudad de Santiago del Estero se inicia una discusión que, al parecer, no tendrá fin. Los hay "quichuistas" expertos, que dominan la lengua con toda perfección, y los hay aficionados de reconocida competencia para el caso; no obstante, la discusión se prolonga sin llegar a ningún lugar definitivo.

En ese momento se acerca a la reunión un hombre de alta estatura e inquiere sobre el motivo de la discusión. El re-cién llegado es un árabe afincado en el cordón de ladrillos carcomidos que margles la vereda,

Silvia extiende sobre la mesa el mantel flareado v pone encima los cubiertos. En la esquina aparece va don Cantalicio, el barraquera, en mangas de camisa y con las manos metidas bajo la pretina de la bombacha porteña, como

para proteger el fofo vientre. Sin cambiar una sola palabra, a fin de no perder tiempo, engulle el matrimonio los platazos de "guiso carrero". En la cocina, Silvia raspa con avidez la olla panzuda, atento su oido a la voz de las ranas, que parecen llamarla desde el viejo pozo del baldio. El corazón empieza a retozarle en el pecho. Ya no la molesta el escozor de codos y rodillas. Y hasta sonrie sin motivo aparente,

Unos minutos más, y volverá a ser una niña oue puede jugar... 3

lugar y que, pese a los años que neva en Atamisqui, pronuncia con dificultad las palabras castellanas. No obstante, con una seguridad que nos deja pasmados traduce sin lugar a dudas, explicando luego razones lingüísticas y etimológicas en la siguiente forma:

-Uagchap makimpi, purerani, Cunanka ricup makimpi purini quiere decir: ¡Antes estuve en las manos de un pobre y ahora estoy en la mano de un ricol El mensaje ha llegado a nosotros calu-

rosamente, con exacta fidelidad, y lo hemos captado-en su plenitud hasta dolernos el alma... *

la lengua del incanato?... ¿Qué mensaje ofrece al comprador esta alfombra tejida STALIN Y TRUMAN CONTRA :

(CONTINUACION DE LA PAGINA-15)

una exposición de discípulos de Picaso, El liombre revistó marcialmente los barullos de poligonos y narices colgados de las paredes.

-Todos los expositores son comunistas, camaçada mariscal - le ponderaton.

-¿Comunistas? - rugió el guerrero -, ¡Si los autores de estos cuadros vivieran en la U.R.S.S. se les retirarian las tarjetas de alimentación y de ropa!

¡Excomunión!

de Salavina.

con tanto celo?

Decididamente el Comunismo y el Cubismo no habían nacido para entenderse. Y en agosto úlcimo Moscú le declaraba la guerra a Montmartre, mediante un artículo de la Pratida:

"Los epigonos del arte formalista burgués, podrido, de Occidente, que continúan apestando con su veneno el aire puro del arte soviético,

tratan de influir sobre nuestra juventud artistica. Es absolutamente inadmisible que al lado del arte del realismo socialista puedan existir entre nosotros corrientes representadas por los admifadores del arte degenerado burgués, que consideren como maestros suvos a los formalistas franceses Picaso y Matisse... Existen, aún, en el mundo del arte sovietico, rincones mal ventilados. De ahí viene la admiración, indigna de artistas soviéticos, a los artistas fracasados del Occidente capitalista".

"Gran artista" y "gran hombre", según "L'Humacité", en noviembre de 1944, y "artista fracasado", según la Pracida, en agosto de 1947, Picaso debería sentir algún desconcierto. Pero no lo manifiesta, por lo que dicen, El "formalista francés", que en realidad es, como se sabe, andaluz, v profundamente andaluz, anda ahora por la costa mediterranea dedicado a la alfarería, su última experiencia o su última diversión,

Truman apoya a Stolin

Le esperaba una nueva prueba. Ocurre que mister Truman, de acuerdo con Moscu por una vez, ha condenado también agriamente al creador del cubismo.

"Las pinturas de Picaso, Matisse v compañía

- ha diagnosticado en carta al organizador de una exposición - no son más que expores de

perezoso a medio cocer ..

"Hav muchos artistas americanos - agrega que persisten en creer que la primera cualidad de un artista es la de conseguir el parecido: no pertenecen a la escuela moderna, En mi opinión los pintores modernos no tienen nada que ver con el arte..

No se adivina dónde podtá refugiarse Picaso, condenado por Stalin y anatematizado por Truman; rechazado por Oriente y Occidente. ¿Quizá en esa sonrisa que jamas le ha entreabierto los labios, pero que lleva medio siglo brillando en su mirada buida, de banderillero? ... @

au le contestamos

A. D., Córdoba, — La respuesta a su carta an-terlor se publicó en el número 336 de Leorián. A. Satocoa, Capital. — Lamentamos no poder complacerio esta vez, pues la índole de su pedido no encuadra dentro de las normas de nuestro

NENUCHA FLORES. - Es indudable que, en esa materia, las leyes de aquel país han de diferir de las nuestras. Por lo tanto, conviene que se haga asesorar detalladamente por un abogado, a fin de no incurrir en gastos inútiles.

En esto sección contestamos todas las preguntas de corocter general que nos formulon nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneos ni se mantiene correspondencio sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmerolda 116, Buenos Aires.

SANTOS E. VALDEZ, Chaco. — 1º Puede escribirle a la Sociedad General de Autores de la Argentina. Santa Fe 1243. 2º Debe aclarar si

Argentina, Santa re 1243, 27 Dece actarar at se trata de una crónica o de un libro. VIA AFICIONADO, Comeordía, — 1º Existen va-tías, pero lo hacen con carácter puramente popu-lar. Deade un punto de vista más serio o cien-tífico, quizá pueda usted hallar alguna publicacino es quiza juecto esten maiar arguna puorica-ción es que a cuyo fin debe dirigirse a la Asociación Amigos de la Astronomía, de cata capital. 2º Por razones táciles de com-prender, en esta sección tenemos por nozma no suministrar direcciones comerciales.

Susy Berry, Capital. — En general, todas las que son populares. En cuaño a los datos que solicita, comprenderá usted que tratândose de cuestiones de administración interna, no estamos en condiciones de suministrariselos, Como reside usted en la Capital, fácil le será averiguarlos personalmente.

personalmente.

Roberto, Salla. — 1º Basta sumergir la lona durante varias horas en una disolución de alumbre. Luego se deja secar y se lava con agua clara. 2º La novela que usted cita no se-

ha publicado en las páginas de LEOPLÁN, Ten-

dremos en cuenta su pedido para cuando lo permita nuestro pian de publicaciones, JUAN CARLOS CISNEROS, Sulta. — En cada ejemplar está impresa la tarifa y la dirección a la cual debe dirigir su pedido. En cuanto a una publicación del carácter especializado a que unted alude, quizá es posible que se edite alguna en Estados Unidos, donde se halla tan difundida esa música.

PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLAN"

Anual \$ 19.-Semestral 9.60 Estos precios rigen para todo el pris. América y España.

Imp. Cia Gral, Fabril Financiera, S. A. Irlante 2035, Bs. Alres - Mayo 1948